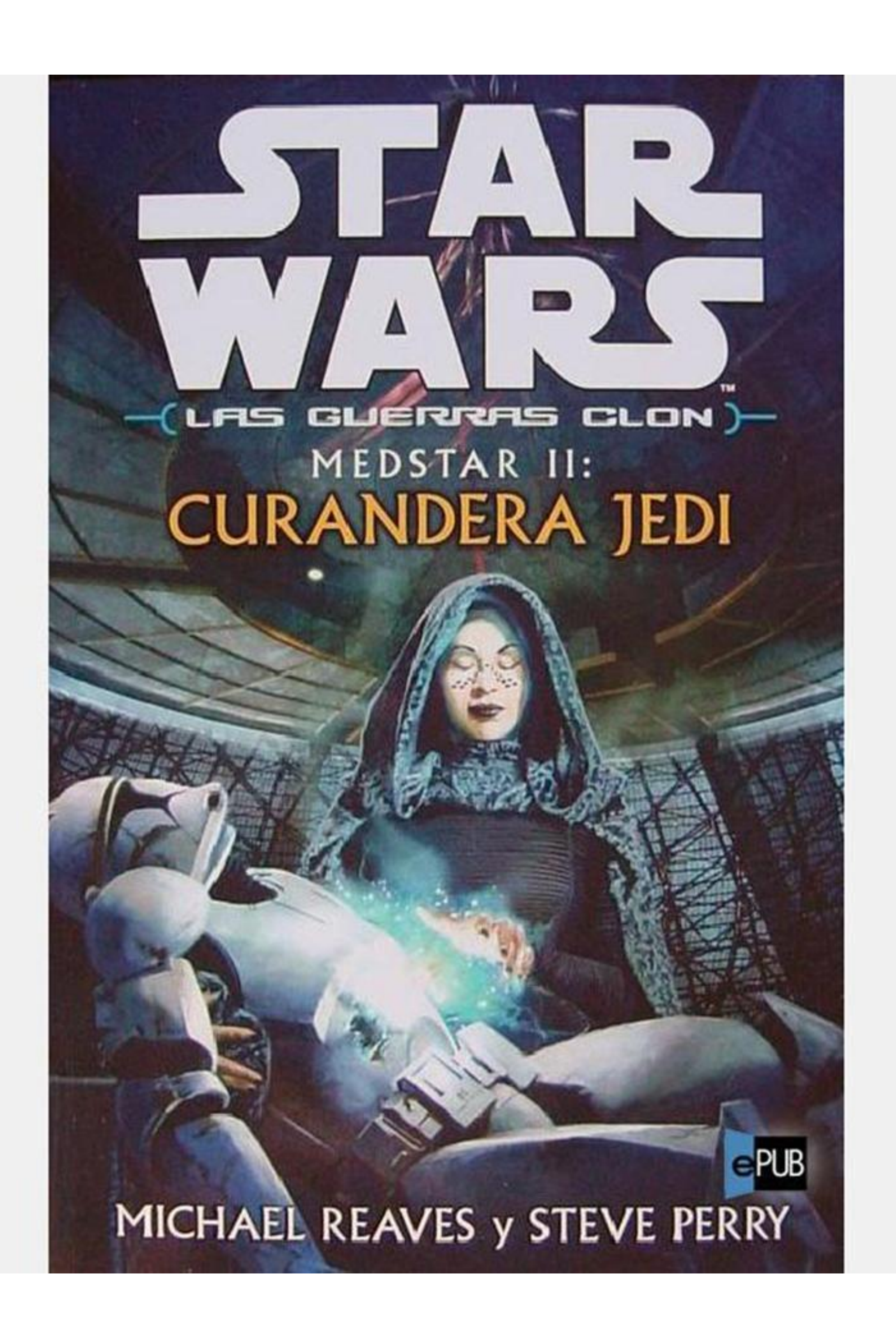

STAR WARS
LAS GUERRAS CLON
MEDSTAR II:
CURANDERA JEDI
ePUB
MICHAEL REAVES y STEVE PERRY

Mientras las Guerras Clon desatan el caos por toda la galaxia, la situación es desesperada en el mundo de Drongar, donde las fuerzas de la República libran una lucha feroz contra los separatistas...
La anunciada ofensiva del enemigo empieza cuando los separatistas lanzan al ataque sus legiones de droides. Las tropas de carne y hueso de la República no son rivales para el duracero de los droides de combate, por muchos refuerzos que tengan.
En ninguna parte resulta eso más crudo que en la caldeada selva de Jasserak, donde los médicos y enfermeras de una pequeña unidad médica afrontan una situación imposible. Cuando los muertos y los heridos empiezan a amontonarse, los cirujanos Jos Vandar y Kornell «Uli» Divini se dan cuenta que se les acaba el tiempo.
Hasta las habilidades Jedi de la padawan Barriss Offee se ven forzadas al límite. Le espera una prueba que bien podría llevarla a su muerte, y a la de incontables seres



Medstar II:

Curandera Jedi

Michael Reaves y Steve Perry

Versión 1.1

31.10.12



Título original: *MedStar II: Jedi Healer*
Cronología: 20 años A.B.Y (Antes de la Batalla de Yavin)
Autores: Michael Reaves y Steve Perry
Arte de portada: Dave Seeley
Publicación del original: septiembre 2004

Digitalización: LorD XiaN
Revisión: Digital_Sith
Edición original: jukogo (versión 1.0 epubgratis)
Edición: Bodo-Baas (v 1.1)
Base LSW v1.1

Declaración

Todo el trabajo de digitalización, maquetación, revisión y montado de este libro ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Ninguno de nosotros nos dedicamos a esto de manera profesional, ni esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si pensáis que lo merecemos.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en el Grupo Libros de Star Wars.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo con tus amigos si la legislación de tu país así lo permite y bajo tu responsabilidad. Pero por favor, no estafes a nadie vendiéndolo.

Visítanos para enviar comentarios, críticas, agradecimientos o para encontrar otros libros en:

- Nuestro grupo yahoo http://espanol.groups.yahoo.com/group/libros_starwars/
- En el foro de Star Wars Radio Net: http://foro.swradionet.com/index.php

¡Que la Fuerza os acompañe!
El grupo de libros Star Wars

Hace mucho, mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana…

Para mi hijo Alexander:
“Que la Fuerza esté contigo, siempre.”
MICHAEL REAVES
Para Dianne.
STEVE PERRY

UQMR-7.
Altiplanicies de Jasserack en Tanlassa, cerca de las llanuras Qarohan.
Planeta Drongar.
Año 2 después de Geonosis.

1

En aquel momento no había tiempo para pensar. No había espacio real para le la mente consciente juzgara acción y reacción, ni para decidir sobre forma y fluidez. La mente era demasiado lenta para servirle de defensa en esa situación a vida o muerte. Debía confiar en el músculo de su memoria, prescindir de cualquier conexión con preocupaciones pasadas o futuras. Debía vivir el ahora de forma absoluta y completa si quería sobrevivir a la batalla.

Todos esos pensamientos transcurrieron en el espacio de un abrir y cerrar de ojos.

Barriss Offee corto y sajo con su sable laser, girando y describiendo círculos, tejiendo, a su alrededor un escudo de energía luminoso con sus movimientos, parando disparos laser, flechas, espadas, y hasta alguna que otra piedra, sin devolver ningún proyectil contra sus atacantes. Eso era de vital importancia, además de la peor parte de la batalla «no mates a ninguno».

El maestro Kenobi había insistido en ello. No amputes brazos, piernas o cabezas. No hundas el sable laser en el cuerpo de los atacantes. Ni de los borokii ni de los januul.

Era mucho más difícil luchar para desarmar o herir que para amputar o matar. Lo correcto siempre era mucho más difícil.

Barriss lucho… A su lado, Anakin Skywalker realizaba una impresionante demostración de talento con su sable láser, aunque su técnica era algo más basta. Había entrado en el Templo mucho más tarde que la mayoría de los padawan Jedi, pero se las apañaba bastante bien. Ella percibió mediante la Fuerza e él quería más, que quería acabar con todos ellos, pero se controlaba. También pudo percibir lo mucho que le costaba hacerlo. Y le preocupaba un poco la sonrisilla que veía en Anakin mientras tejía una red energética de defensa. Parecía disfrutar demasiado con ello.

A su izquierdo, la hoja reluciente del Maestro Kenobi cosía un tapiz de luz borrosa con aroma a ozono, derribando disparos láser, bloqueando flechas y quebrando hojas de duracero casi demasiado rápido para el ojo humano. Su expresión era determinada, firme.

La Maestra Unduli tejía su defensa como si bailara, moviéndose con esa elegancia increíble flexible que le daba su toque personal, rechazando los ataques sin problemas.

Barriss estaba al lado de su tutora, moviendo su hoja azul en perfecta sincronía con el sable laser verde de su maestra. Cada una de ellas era una contrincante considerable por separado; juntas, unidas en la fuerza, eran una unidad de combate más fuerte y rápida que la suma de ambas partes. Se complementaban de forma tan precisa y absoluta en las fintas, bloqueos y movimientos que muchos de los indígenas de Ansion contemplaban incrédulos la escena, incluso mientras acentuaban el ataque.

Cuando, pese a sus habilidades, la jauría siguió avanzando, Barriss sintió una oleada de miedo: era muchísimos, y controlar sin matar resultaba difícil, mucho más difícil. Pero en ese momento, al saltar y blandir su arma, la Fuerza, guiaba cada uno de sus movimientos, y el pánico inicial desaparecería. Al estar los cuatro, juntos, unidos por un mismo propósito, se dio cuenta de que jamás había sentido el fluir de la Fuerza con tanta intensidad como entonces. Estaba con Anakin y con el Maestro Kenobi, de forma casi tan completa como la Maestra Unduli. Era una sensación increíble poderosa, embriagadora, intoxicarte y abrumadora que la llenaba de confianza. «¡Podemos conseguirlo! ¡Podemos vencer a los dos ejércitos!».

Sabia de forma racional que eso no era posible, pero su convicción nacía del corazón, no de la mente. Eran invencibles. Batían a la muerte que caía de los cielos: rayos de partículas a toda potencia, flechas con punta de aguja, espadas los suficientemente afiladas como para cortar la larga melena de los ansionianos… Aquello pareció durar mucho tiempo, al menos varias horas, pero cuando por fin acabó, se dio cuenta de que el encuentro había durado como mucho diez minutos. A sus pies había docenas de armas destrozadas, y estaban rodeados de combatientes sorprendidos, absolutamente atemorizados ante las habilidades. Combativas de los Jedi.

Lo cual era comprensible…

~

Barriss sonrió al recordar el encuentro en Ansion. Había sentido la Fuerza muchas veces, tanto antes como después de entonces, pero jamás de forma tan… imponente. Ni siquiera cuando mostraron su «espíritu» a los alwari —ella con su danza, Anakin con su canto, Obi-Wan como cuentacuentos y la Maestra Luminara creando esculturas de arena giratoria con el poder de la Fuerza— se había sentido tan viva como durante esa batalla, luchando junto a su Maestra y a los demás. Una cosa era luchar sola, pero luchar en conjunto o en grupo… Eso era mucho, mucho más.

Pero aquello era parte del pasado, y si había aprendido algo durante sus años en el Templo Jedi era que el pasado podía recordarse, pero no revivirse. Ya no estaba en Ansion, sino en Drongar, ese mundo parecido a un invernadero húmedo, y aunque ya había cumplido su misión de encontrar al ladrón de la valiosa planta de bota que actuaba en aquel planeta, aún debía recibir órdenes de su Maestra respecto al siguiente paso en su aprendizaje.

Sentía cómo bullía la frustración en su interior cuando sonó la unidad de comunicación de su escritorio. La activó, y en el aire caliente flotó una pequeña holoproyeción de su Maestra. La unidad de comunicación era pequeña y no parecía funcionar bien del todo; además del parpadeo normal y del aire fantasmagórico que tenían las comunicaciones a muchos pársecs de distancia, alguna pieza del amplificador de potencia parecía desprender un olor de circuito recalentado tan sutil que ella no estaba segura de si era real o sólo se lo imaginaba. No era un olor desagradable; le recordaba las nueces klee-klee asadas.

Aunque la Maestra Unduli estaba a años luz de distancia, en Coruscant, su imagen estaba tan cerca que podía tocarla. Pero la aparición tridimensional era insustancial, y hubiera sido como querer tocar a un fantasma.

Barriss suspiró, sintiendo que la tensión se aflojaba en su interior. Había sentido profundamente la separación de su tutora. El hecho de ver a la Maestra Unduli, aunque sólo fuera en una parpadeante holoemisión de baja resolución, bastaba para ayudarla a centrarse. Y necesitaba desesperadamente poder centrarse. La reciente reubicación forzosa del Uquemer, cincuenta kilómetros más al sur para evitar la destrucción por parte de androides de combate separatistas, la muerte de Zan Yant y la incesante llegada de heridos le producían una necesidad imperiosa del consuelo y la influencia relajante que siempre había sido su Maestra.

—Bueno, supongo que mi misión aquí, en Drongar, ha terminado —dijo Barriss tras el saludo mutuo.

La Maestra Unduli ladeó la cabeza.

—¿Y qué te hace suponer eso?

Barriss contempló la imagen, sintiéndose de pronto insegura.

—Bueno… fui enviada aquí para averiguar quién robaba la bota. Los responsables, Filba El Hutt y el almirante Bleyd, ya no podrán seguir haciéndolo porque han muerto. El ejército ha asignado un nuevo almirante al mando del MedStar y los Uquemer planetarios. Pronto estará aquí y, dado el valor del cultivo de bota, es de suponer que lo habrán elegido por su honradez.

—Ésa era sólo una parte de tu misión, padawan. También eres curandera, y allí sigue habiendo gente que necesita tus cuidados, ¿no es así?

Barriss pestañeó.

—Sí, Maestra, pero…

Hubo una pausa durante la cual su Maestra la miró fijamente.

—Pero no crees que eso sea razón suficiente, ¿verdad?

—Con el debido respeto, no creo estar consiguiendo gran cosa aquí. Es como trasladar una playa de arena granito a granito. Un médico competente podría sustituirme fácilmente.

—Y crees que tus habilidades podrían ser más útiles en otra parte —no era una pregunta.

—Sí, Maestra. Así es.

La Maestra Unduli sonrió. Barriss pudo ver el brillo de esos intensos ojos azules, incluso en la parpadeante proyección.

—Ya. Eres joven, y tu deseo de ser una brillante fuerza del bien te ciega ante las cosas que te rodean y que siguen necesitando tu atención. Pero yo percibo que aún no has acabado allí, mi impaciente padawan. Sigue habiendo lecciones que aprender. También el espíritu requiere curarse, a veces tanto o más que el cuerpo. Me pondré en contacto contigo cuando crea que es hora de que abandones Drongar.

La imagen de la Maestra Unduli se desvaneció.

Barriss permaneció un rato sentada en su catre. Buscó paz de espíritu y le fue difícil encontrarla. No conseguía entender lo que pretendía su Maestra al retenerla allí. Sí, era curandera y sí había salvado algunas vidas, pero eso podía hacerlo en cualquier parte, En aquel fecundo planeta no parecía haber gran cosa que pudiera ayudarla a convertirse en una verdadera Jedi. Su Maestra debía estar buscando algún otro lugar donde ponerla a prueba de forma adecuada, que requiriera utilizar todas sus habilidades y no sólo su talento como curandera.

Pero, en vez de eso, la Maestra Unduli había decidido dejarla en aquella olvidada bola de barro donde las batallas se libraban como hacía miles de años: en tierra, entre ejércitos adiestrados para luchar procurando no dañar la valiosa bota, que allí crecía más abundante que en cualquier otro lugar de la galaxia. La bota, una planta milagrosamente adaptogénica de la que podían extraerse varias sustancias maravillosas, era muy delicada y hasta la onda expansiva de una explosión podía acabar con un cultivo entero. A veces bastaba para dañarla el rayo de una tormenta cercana, muy abundantes al ser Drongar un planeta joven y volátil. Ni la República ni la Confederación querían eso, por lo que las armas y tácticas bélicas eran primitivas en extremo. Los androides de combate se enfrentaban a los soldados clon con disparos de pistola láser en grupos pequeños y sin mucha artillería pesada o grandes rayos de energía. Daño que la planta por cuyo control peleaban ambos bandos valía su peso en piedras preciosas, nadie quería darle un susto de muerte o prenderle fuego, cosa bastante sencilla en un territorio con una rica concentración de oxígeno, pese a ser tan pantanoso. Y aunque ambos bandos empleaban ocasionalmente armamento pesado, como en la reciente incursión separatista que provoco el traslado de toda la base, casi siempre era la infantería la que combatía y sangraba por cada precioso centímetro de suelo, todo porque había que tratar a la bota con guantes de seda. Barriss se preguntó, no por primera vez, cómo había conseguido una planta autóctona tan frágil mantenerse tanto tiempo dentro del ecosistema de aquel tempestuoso planeta.

Pero esas preguntas carecían de importancia. Lo único importante era que el ladrón de bota había muerto y aun así, la Maestra Unduli la obligaba a permanecer allí. ¿Por qué? ¿Con qué objeto?

Se deshizo de aquellos pensamientos. La claridad de mente no se alcanzaba pensando demasiado, más bien era al contrario. Tenía que vaciarse, permitir a la Fuerza que le

proporcionase calma y serenidad, como hacía siempre… cuando conseguía contactar con ella.

Había días en los que eso era mucho más difícil que en otros.

2

Jos Vondar estaba tumbado en su catre, observando al joven con uniforme de teniente parado en la entrada de su tienda. Apenas era un crío; parecía tener unos catorce años estándar.

—¿Qué?

—¿Capitán Vondar? Soy el teniente Kornell Divini.

—Muy bien. Y está ahí parado, dejando que el calor entre en mi humilde morada, porque…

El chico se puso algo nervioso.

—Me han destinado aquí, señor.

—No necesito un criado.

El chico sonrió inesperadamente.

—No, señor, ya veo que no. No hay más que echar un vistazo a lo limpia y ordenada que tiene la tienda.

Jos no respondió. Era verdad que últimamente las cosas estaban… algo desorganizadas. Miró el pequeño espacio vital que tenía a su alrededor. Sus dos últimas mudas sucias colgaban del respaldo de una silla de plastiforma, el dispensador de bebidas estaba en tan mal estado que hasta un traficante de las cloacas se lo pensaría dos veces antes de usarlo, y el moho que reptaba por las paredes era tan espeso como el musgo maderero de Kashyyyk. Jos tuvo que admitir con sinceridad que ni un cerdo viviría en una pocilga tan sucia y desordenada.

Zan siempre había sido el más limpio de los dos. Él jamás habría permitido que las cosas se descontrolasen tanto. Jos casi podía oír la voz del zabrak: «Oye, Vondar, he visto vertederos más asépticos que esto. ¿Es que intentas poner a prueba tu sistema inmunológico?». Pero Zan no estaba allí. Zan estaba muerto.

El chico volvió a hablar. Jos regresó a la conversación.

—… me destinaron al Uquemer-7 como cirujano, señor.

Jos se enderezó en el catre y se le quedó mirando. ¿Había oído bien? ¿Aquel… aquel «chaval» era médico?

Imposible.

Puede que su incredulidad resultara evidente, pues el chico reaccionó, algo tieso.

—Facultad de Medicina de Coruscant, señor. Me licencié hace dos años, pasé un año como médico interino y otro como residente en el Gran Zoo.

Eso hizo sonreír a Jos. Gran Zoo era el apodo del Polisapiente Galáctico, el centro médico multiespecie de Alderaan, donde él mismo había sido interino. Tenía ni más ni menos que setenta y tres zonas medioambientales distintas, salas de operaciones y protocolos de tratamiento para todas las especies vivientes conocidas de la galaxia basadas en el carbono, así como para la mayoría de las formas de vida basadas en el

silicio y el halógeno. Si algo estaba vivo y razonablemente consciente, más tarde o más temprano pasaría por el Gran Zoo.

Jos inspeccionó con más detalle y admiración al chico. Era humano, quizá corelliano, como Jos, o alguna otra variante cercana. Era algo cabezón, y sus mejillas no parecían todavía haber probado la crema depilatoria.

—Tendrías que haber pasado tres años de residente antes de ser reclutado —dijo Jos.

—Sí, señor. Al parecer se están quedando cortos de médicos.

Lo poco que quedaba de la sonrisa de Jos se desvaneció. Zan llevaba muerto sólo una semana. ¿Y se suponía que iba a sustituirlo este chico? La República debía de estar muy desesperada para sacar a los niños de la guardería y enviarlos allí.

Además, nadie podía remplazar a Zan. Nadie.

—Mire, teniente… Divini, ¿no?

—Uli.

Jos parpadeó.

—¿Disculpe?

—Todo el mundo me llama Uli, señor. Soy de Tatooine, de cerca del Mar de Dunas. Es el diminutivo de Uli-ah, que significa «niño» en el idioma de los Moradores de las Arenas. La historia de cómo me lo pusieron es bastante curiosa, verá…

—Teniente Divini, nada más lejos de mi intención el cuestionar la sabiduría de la República, cosa que no creo haga nadie porque no hay sabiduría que cuestionar, así que bienvenido a la guerra. ¿Ha ido ya a ver al comandante de su unidad?

—¿Al coronel Vaetes?, sí, señor. Fue él quien me envió aquí. Jos suspiró.

—Vale, entonces el siguiente paso es buscarle un sitio donde dormir —se levantó del catre.

El joven Divini se puso nervioso.

—El coronel me ha dicho que vaya ser su compañero, señor.

—Deja de llamarme señor. No soy tu padre, aunque últimamente me siento tan viejo que podría serlo. Háblame de tu… ¿Vaetes dijo que te quedaras aquí?

—Sí, señor. Quiero decir, sí, Jos.

Jos sintió que se le apretaban las mandíbulas con fuerza.

—No te muevas.

—Vale.

Cuando Jos llegó al despacho de Vaetes, éste le estaba esperando. El coronel empezó a hablar antes de que pudiera abrir la boca.

—Sí, así es, he enviado al chico a su tienda. Lo han destinado aquí como cirujano general y no pienso ordenar a los androides constructores que lo dejen todo para construir una tienda nueva, habiendo un catre libre en la suya. —Alzó una mano para impedir que Jos le interrumpiera—. Esto no es la clase de ética, capitán, es el ejército. Usted es el cirujano jefe de esta unidad. Muéstrele los procedimientos y ayúdele a instalarse. No tiene que disfrutarlo, sólo hacerlo. Retírese.

Jos miró fijamente a Vaetes.

—¿A usted qué le pasa, D'Arc? ¿Es que alguien le abrió la cabeza en dos y le insertó un cerebro de soldado raso? Habla usted como el personaje de una mala holonovela. ¿Se ha dado últimamente alguna vuelta por ahí fuera? Ni siquiera hemos terminado de reubicarnos, sólo tenemos un tanque de bacta conectado y hemos perdido una caja entera de criógeno en el traslado. Y a nadie se le ha ocurrido decir al enemigo que estamos teniendo dificultades, pues siguen disparando sin parar a los nuestros, y nosotros tenemos que seguir parcheándolos como podemos. ¡No tengo tiempo de cambiar los pañales a un niñato!

Vaetes le miró con pasividad, como si estuvieran hablando del tiempo.

—¿Se siente ya mejor? Bien. La salida está justo detrás de usted. Sólo tiene que darse la vuelta y avanzar un par de pasos para activar el sensor. Y quizá deba darse prisa porque…

—Ya las oigo —dijo Jos, disgustado. Se acercaban al menos dos aeroambulancias—. Pero no hemos terminado con esto, D'Arc.

—Pues pásese por aquí cuando quiera. Mi puerta siempre estará abierta. A excepción, claro está, de cuando esté cerrada. Algo que podrá comprobar en cuanto salga de aquí.

Jos salió del despacho del coronel a la tarde drongariana, húmeda y asfixiante.

Es justo lo que necesito, pensó. Un chaval más inocente que un clan recién decantado. Puede que el chico creyera estar preparado para trabajar, pero eso estaba por ver. Sí, las cosas podían llegar a ponerse muy feas en un centro médico grande, pero él había visto endurecidos veteranos con años de experiencia en todo tipo de muertes tener que abandonar la SO de un Uquemer para no seguir lloriqueando en sus máscaras.

Lo llamaban cirugía mimn 'yet, por un guiso de carne de origen cuestionable muy apreciado entre los reptiloides hambrientos de sangre de Barab I. Era una clara metáfora que ilustraba el frenético ritmo de corta y pega que tenían que seguir. Corta esa hemorragia, aplica un parche de sintocarne aquí, pon un entablillado nebulizado allá, no te pares. No había tiempo para detalles como la estimulación regenerativa, Daba igual si algún herido quedaba con una enorme cicatriz lustrosa en toda la cara. Lo importante era que pudiera seguir disparando.

Había momentos en los que Jos se pasaba veinte horas seguidas de pie, con los brazos cubiertos de sangre y sin pausa entre un paciente y otro. Era primitivo, atroz, brutal.

Era la guerra.

Y aquél era el infierno estéril al que Vaetes acababa de lanzar a un chaval que no parecía tener edad ni para conducir legalmente un deslizador.

Jos negó con la cabeza. Al teniente Kornell «Uli» Divini le esperaba un difícil despertar, y Jos no sentía ninguna envidia por él.

Por otro lado, la situación tenía un aspecto positivo: Seguro que el chico le caía de miedo a Tolk.

Pensar en ella le hizo sonreír de corazón. Su relación con la enfermera lorrdiana era algo bueno que había salido de aquella guerra. En lo que a Jos respectaba, era lo único bueno.

~

Den Dhur tenía una misión.

Era una misión que tenía poco que ver con la guerra entre la Confederación y la República, salvo en términos bastante abstractos. Y aunque él era un corresponsal autónomo, tampoco era algo que pudiera acabar siendo noticia. No, era una iniciativa orientada a ayudar a un amigo, alguien a quien había conocido durante su estancia en el Uquemer-7 y al que había llegado a considerar un alma gemela.

Sin duda, todo el que conociera al avezado sullustano de antaño dudaría que Den pudiera profesar amistad hacia algún ser vivo. Lo cual significaba que no tendría que variar su opinión de él, ya que el ser al que estaba realizando ese favor no estaba vivo… Al menos no en el sentido tradicional.

Lo cual lo hacía todavía más interesante.

Den estaba sentado con su colega en la cantina de la base, degustando un combinado especialmente potente de brebaje especiado: ginebra sullustana y licor de Viejo Janx, llamado el Destornillador Sónico. Nadie parecía conocer el origen de aquel nombre, y tras beber uno o dos, a nadie le importaba. Como de costumbre, su compañero no bebía nada, lo cual no era sorprendente, ya que no tenía boca ni garganta, y por fin había conseguido convencer a Den de que verter alcohol en su vocalizador no era buena idea.

Den fijó sus enormes ojos miopes en 1-5YQ. El androide tenía la molesta tendencia (exagerada por las lentes reductoras polarizadas del sullustano) de separarse en varias imágenes. Aparte de eso, era perfectamente normal.

—Tenemos que conseguir que te emborraches —dijo a I-Cinco.

—¿Y por qué razón eso es imperativo?

—Porque no es justo —le dijo Den—. Todo el mundo se puede pillar unas melopeas impresionantes…

—Cosa que hacen con una frecuencia alarmante, por lo que he podido ver.

—Todos menos tú. Eso no es bueno. Hay que hacer algo.

—Suponiendo por un momento que yo aspirara a ese estado de intoxicación —dijo el androide—, antes habría que solventar toda una serie de problemas. Uno de ellos, bastante considerable por cierto, es que no tengo metabolismo para procesar el etanol.

Vale, vale —asintió Den—. Habrá que trabajar en ello. No te preocupes, ya se me ocurrirá algo…

—En este momento, dudo que consigas recordar ni cómo te llamas. No te ofendas, pero ahora mismo no permitiría ni que manipularas los cables de un androide ratón. Quizá luego, cuando hayas…

El sullustano agitó de pronto las agallas, contento.

—¡Lo tengo! ¡Es perfecto!

—¿Qué? —el tono del androide era receloso.

Den se tragó lo que quedaba de su copa y tuvo que apoyarse un momento en el borde de la mesa hasta que se estabilizó la cantina entera, que parecía haber saltado de pronto al hiperespacio y sin razón aparente.

—Vamos a hacerte un recorte parcial de energía en el núcleo.

Revolveremos un poquito la entrada de los sensores, aflojaremos los circuitos de lógica…

—Lo siento. Tengo múltiples sistemas de apoyo. Están reforzados. No podría interferir con ellos voluntariamente, como tú no podrías dejar de respirar.

Den frunció el ceño al ver su vaso vacío.

—Maldita sea —sonrió de repente—. ¿Y por qué no realineamos el circuito directamente? Sólo de forma temporal, claro…

—Quizá funcionaría si tuvieras los picoandroide ingenieros que hicieron la realineación. Y sólo se pueden conseguir en los centros de reparación de Cybot Galáctica o representantes autorizados. Creo que el más cercano está a unos doce pársecs de aquí.

Den eructó y se encogió de hombros.

—Bueno, ya veremos cómo lo hacemos. No te preocupes… Den Dhur no se rinde. Yo me encargo, amigo mío —su cabeza cayó sobre la mesa con un ruido seco. Un momento después comenzó a roncar.

I-Cinco se quedó mirando al periodista inconsciente y suspiró.

—Hay algo en todo esto que me resulta tan familiar —murmuró el androide.

3

De tener opción, Jos no habría iniciado así al chico, pero la sala de operaciones estaba llena de soldados clan heridos, y el zumbido de las aeroambulancias que traían un flujo incesante de nuevas bajas era tan constante como el de un ventilador, así que se necesitaba a cualquiera que supiera manejar un vibroescalpelo. Inmediatamente.

No tenía tiempo para vigilar al chico, Jos estaba metido hasta los codos en la cavidad pectoral de un clon lleno de metralla. El grupo de investigación armamentística del Conde Dooku había descubierto uno lluevo bomba de fragmentación llamada «cortahierbas»; una bomba inteligente que podía sobrevolar cualquier parrilla de defensa, caer en medio de un batallón de soldados y explotar a nivel torácico antes de llegar al suelo, descargando en un patrón circular pequeños dardos de duracero afilados como cuchillas. La cortahierbas era letal en un radio de doscientos metros para objetivos blandos, y la armadura de los soldados clon no podía hacer gran cosa contra ella.

Jos pensaba que el inventor de esas armaduras tenía que dar muchas explicaciones. Los kaminoanos eran genios a la hora de diseñar y esculpir tejido blando, pero, por lo que había podido ver, sus armaduras eran prácticamente inútiles. Las tropas de infantería que no eran clones se referían a esos trajes de cuerpo completo como «cubos corporales». Era un término bastante descriptivo.

Estaba a punto de pedir que subieran un punto el campo de presión, cuando Tolk se le adelantó.

—Sube a seis el campo —dijo al androide 2-1B que controlaba la unidad. Tolk la Trene era lorrdiana y, como tal, poseía una habilidad singular para leer las microexpresiones de casi todas las especies y percibir sus sentimientos de una forma que casi parecía telepática. También era la mejor enfermera de cirugía de todo el Uquemer, y además era guapa y cariñosa. Estaba con Jos, pese a ser una ekster (una prohibida, una extraña que no formaba parte de su clan), lo que significaba que su relación carecía de futuro. Los Vondar eran enster, lo que significaba que debían casarse con alguien de su propio sistema, a ser posible de su mismo planeta natal. Sin excepciones.

Las relaciones esporádicas con los ekster eran permisibles, y todo el mundo hacía la vista gorda ante estas locuras de juventud, pero no se podía llevar a una ekster a casa a conocer a tu familia, a menos que quisieras renunciar a tu clan y ser condenado para siempre al ostracismo. Por no mencionar la infamia que tal acto supondría para los tuyos: «¡Se casó con una ekster! ¿Te lo imaginas? ¡Sus padres estuvieron a punto de morirse de vergüenza!». Jos miró a Vli, y luego a Tolk.

—Vli parece apañarse bien —dijo ésta—. Los androides camilleros acaban de llevarse a su primer paciente y no se dirigían al depósito de cadáveres. Es un encanto.

Jos negó con la cabeza.

—Sí. Un encanto.

Se arriesgó a echar un rápido vistazo alrededor. Seguían faltando dos médicos y tres androides quirúrgicos FX-7 para que la unidad estuviera completa, y eso iba a costarles…

Mientras pensaba aquello, vio que una figura enmascarada y cubierta con un hábito se acercaba a una de las mesas vacías. El campo de esterilización se activó, y la figura realizó un gesto para que los camilleros trajeran algo.

—No sé quién es —dijo Tolk cuando Jos fue a preguntarle.

Tras meses de trabajo en aquel estercolero tropical, los médicos de la SO podían conocerse incluso con las caras y las cabezas cubiertas por máscaras y gorros quirúrgicos. Lo que significaba que era nuevo y planteaba la siguiente pregunta: ¿por qué nadie le había contado a él, al capitán Vondar, cirujano jefe, que había alguien nuevo?

Una arteria se abrió, salpicando sangre a su alrededor, y, de repente, Jos temía otras cosas de las que ocuparse.

~

Nueve pacientes más tarde, Jos pilló uno fácil, un pulmón con laceración simple que podía pegar y cerrar en cuestión de minutos. Tolk comenzó a sellar y Jos miró a su alrededor. No tenían otro paciente preparado. Las cosas por fin se habían calmado. Miró al androide de diagnóstico (aquel día era I-Cinco), y éste alzó los dedos de la mano, indicando los minutos que les quedaban antes de tener otro preparado.

Jos se quitó los guantes de finapiel estériles y se puso un par nuevo, agradecido por el momento de descanso.

—Me vendría bien que alguien me echara una mano —dijo el nuevo cirujano—. Si no tenéis nada importante.

La voz era profunda y parecía pertenecer a una persona mayor de lo que solía haber en la sala de operaciones, en la que casi todos los cirujanos y médicos tenían la edad equivalente a los veinte o veinticinco años humanos estándar. Jos avanzó hacia él, pasando junto a las tres mesas que les separaban y por delante de Leemoth, que trabajaba en un aqualish quaran desertado del frente separatista. Observó el procedimiento iniciado por el nuevo en un soldado clan.

—¿Trasplante de corazón y pulmón? —preguntó.

—Sí. Una onda sónica se lo llevó por delante y se dejó el miocardio y los alvéolos por el camino.

Jos observó los órganos nuevos, recién llegados de los bancos clan. Las grapas disolventes que sujetaban las arterias y las venas estaban dispuestas en X, algo que no veía desde sus años de facultad. Aquel tío era mayor. Los de reclutamiento debían de estar recurriendo a cualquiera por falta de personal. Primero un chaval, y ahora un abuelito, pensó. ¿Qué será lo próximo? ¿Estudiantes de la facultad?

—¿Te importaría juntar esos nervios de ahí?

—Claro —Jos volvió a ponerse los guantes, cogió la herramienta de sutura adaptopresora que le ofrecía la enfermera y comenzó las microsuturas.

—Gracias. Ohleyz Sumteh Kersos Vingdah, doctor.

Si aquel hombre le hubiera dado un bofetón en la cara, Jos se habría sorprendido menos. ¡Era un saludo de clan! Aquel hombre procedía de Corellia, su planeta natal, y, lo que era más, afirmaba pertenecer a la familia de su madre. ¡Aquello era increíble!

—¿Ya no tienes modales, hijo?

—Oh, perdón Sumteh vendar Ohlegz —dijo Jos—. Soy, eh, Jos Vander.

—Sé quién eres, hijo. Soy Erel Kersos. El almirante Kersos, tu nuevo comandante.

Aquello sí que fue un bofetón en toda la cara. Erel Kersos era tío de su madre. Nunca se habían visto, pero Jos sabía quién era, por supuesto. Se habla Ido del planeta cuando era joven y no regresó… porque había…

Jos intentó no demostrar su conmoción. Aquello era absoluta y totalmente increíble. Entre todos los Uquemer de todos los planetas de toda la galaxia, ¿qué posibilidades tenía de encontrarse con el tío abuelo Erel en aquel sitio?

—Quizá luego haya tiempo de que hablemos tranquilamente si lo deseas —dijo Kersos.

—Eh, sí. Claro. Me encantaría, señor.

Sorprendentemente, no le temblaron las manos al terminar la sutura. Su tío abuelo, expulsado del clan sesenta años antes, estaba en Drongar, Y dirigiendo el catarro.

¿Qué posibilidades había de que pasara?

~

El nediji Kaird contempló a la curandera Jedi trabajando en un soldado herido. El soldado clonado acababa de llegar al postoperatorio desde la SO, y en su piel bronceada resaltaban las marcas de la sutura láser. La curandera estaba realizando una imposición de manos que, sin duda, tenía algo que ver con la Fuerza. Kaird sabía poco de ese tipo de cosas, y todavía le importaban menos. No dudaba de la realidad de la Fuerza, pero como los jedi le daban igual, también le daba igual su misteriosa fuente de poder. Su meta principal, como agente de Sol Negro, se centraba en cuestiones más prácticas.

Aun así, era interesante observar cómo funcionaba. Y él podía observarlo muy bien, tan cerca que casi podía tocar a la jedi en la sala de postoperatorio. Oculto, por así decirlo, a plena vista.

Kaird solía destacar en cualquier grupo de seres vivos, pues su especie era casi desconocida en la galaxia. Nedij era uno de los planetas más alejados de su centro y estaba bastante aislado. Sólo quienes habían violado los votos de la hermandad del Nido solían aventurarse por el espacio. De llevar su atuendo normal, su rostro afilado, el pico chato, los ojos color violeta y la piel de color azul celeste habrían atraído las miradas de

todos. Pero ahora era invisible a todos los efectos, ya que había elegido el disfraz perfecto para un centro médico.

Los hermanos de la fraternidad de los Silenciosos estaban repartidos por toda la galaxia. Jamás hablaban, solían ocultar sus rasgos y cuerpos en hábitos amplios con capucha y lo único que hacían era limitarse a estar ahí. Ellos creían que su presencia meditativa cerca de enfermos y heridos ayudaba de algún modo a que los pacientes se recuperaran. Y lo más curioso de todo, pues ni los más reputados científicos y médicos conseguían explicarlo, era que los Silenciosos tenían razón. Las estadísticas demostraban, sin lugar a dudas, que heridos y enfermos se recuperaban más rápidamente y con más frecuencia cuando había cerca una de esas figuras ocultas bajo el hábito. Al parecer, tampoco era algo que tuviera que ver con la Fuerza. Los miembros de la Orden procedían de todas las especies y estamentos sociales, y no exhibían ningún indicio biológico que demostrara afinidad con ese campo de energía mística. El fenómeno tampoco podía atribuirse del todo al efecto placebo, ya que de él se beneficiaban tanto los pacientes que habían oído hablar do la Orden como los que no. Era una maravilla en verdad inexplicable.

Kaird no entendía cómo podía ocurrir algo así, y lo cierto era que le daba igual, aunque a veces se preguntaba si su presencia tendría el mismo efecto paliativo, dado que los pensamientos que solían pasarle por la cabeza estaban tan alejados de la serenidad de un Silencioso como Drongar del Núcleo galáctico. Daba igual. Se hacía pasar por un Silencioso porque era la identidad que mejor le permitía pasar desapercibido en aquel Uquemer. Había ingerido previamente un combinado herbal que se había traído de su planeta, y que enmascaraba su distintivo olor ante los sentidos de la mayoría de 108 especies. Eso y el hábito encapuchado garantizaban su anonimato, algo muy necesario para un agente de Sol Negro, cuya misión allí no tenía nada que ver con la guerra o con la curación de los caídos en ella.

Kaird estaba allí, simple y llanamente, por la bota. La valiosa planta era muy codiciada por los farmacéuticos, ya que podía actuar como antibiótico, narcótico, soporífero… Tenía multitud de efectos, según la especie a la se lid ministrara. Era un paliativo más efectivo que las hojas de cambylictus o el fluido de bacta para los abyssinios, un psicotrópico más potente que la raíz tenho santheriana para los falleen, y un esteroide anabolizante que ayudaba a los whiphids a obtener sus mejores marcas. Sol Negro podía amasar una fortuna moviendo toda la bota que pudiera obtener. Era un producto con un atractivo realmente universal.

Irónicamente, el uso de la planta maravillosa estaba prohibido en los Uquemer de Drongar. Oficialmente se decía que era para no fomentar el contrabando, pero todo el mundo sabía que la verdadera razón era económica. La bota se reva1uaba proporcionalmente cuanto más lejos estaba de Drongar, ¿Por qué malgastarla en su lugar de origen con los soldados clon? Después de todo, tampoco se iban a quedar de repente sin ellos…

Un grupo de médicos destinados en Drongar había solicitado que se anulara la prohibición. Y, según había oído Kaird, algunos se limitaban a pasar de la ley y buscaban formas de emplear la bota en curar a sus pacientes. Kaird, como individuo y guerrero, admiraba el valor y la dedicación de estos profesionales. Pero como miembro de Sol Negro debería hacer algo al respecto si se cambiaba el decreto.

El cártel del crimen había conseguido hacerse con cantidades considerables de bota oculta en placas de carbonita, que podían transportarse sin ser detectadas o sufrir daños gracias a un par de contrabandistas pertenecientes a las fuerzas de la República destinadas allí. Desgraciadamente, ninguno de ellos seguía en el mundo de los vivos. Al parecer, uno había eliminado al otro, Kaird tuvo que luego del superviviente. Por tanto, Sol Negro necesitaba otro contacto local, y los vigos le habían ordenado que permaneciera en el planeta hasta encontrarlo.

Sol Negro tenía un contacto en el planeta, dentro del propio Uquemer, pero lamentablemente no podía utilizar a ese operativo, ya que era un doble agente al servicio de los separatistas del Conde Dooku. El espía no se arriesgaría a convertirse en proveedor activo y ser descubierto por eso, cosa que a Kaird le parecía comprensible. Además, la tarea que realizaba Lente filtrando a la organización criminal información de ambos bandos era demasiado valiosa.

Se sintió inquieto. El hábito se le pegaba a la piel. Los refrigeradores de la base sólo operaban de forma esporádica, y los campos osmóticos no conseguían mantener a raya todo el calor y la humedad. El pestilente medioambiente de Drongar no se parecía en nada al aire limpio y despejado en el que crecían los nediji. Ya no tenían alas, y su plumaje de pelo suave era una pálida sombra del que lucieron sus lejanos antepasados, pero seguían prefiriendo las frescas alturas y los peñascos cubiertos de nieve, a las tierras bajas.

Ojalá pudiera estar allí…

Kaird sonrió para sus adentros, con la expresión oculta por la capucha.

Ya puestos, también podría desear un harén de hembras y un montón de ratacorredores, la presa tradicional de los nediji. Y quizás un poco de thuilvino de cosecha para complementar la fantasía hedonística.

La sonrisa se tornó en gesto preocupado al ver a la padawan Offee moviendo lentamente las palmas de las manos sobre el pecho desnudo del soldado. Se preguntó si la jedi acabaría siendo un problema. Su presencia en aquel planeta le resultaba curiosa. Sí, era curandera, pero, en esos tiempos, los Jedi debían dispersarse demasiado. Parecía un desperdicio mandar uno allí, aunque fuera una padawan sin haber concluido su formación. Como agente de Sol Negro, Kaird sospechaba de todo y de todos aquellos cuya presencia no pudiera explicar a la primera. En su profesión había agentes viejos y agentes descuidados, pero los segundos nunca llegaban a ser de los primeros. Uno sólo podía sobrevivir gracias a una vigilancia constante a ir siempre un paso por delante de un enemigo potencial.

Aquella mujer no era un peligro directo para él, por mucho que su conexión con la Fuerza le proporcionase habilidades mentales considerables. Pero las técnicas que empleaba el nediji para que no le leyeran el pensamiento estaban muy por encima de la media: su formación había sido la mejor que había podido permitirse su vigo. Un simple padawan, aunque fuera una curandera, no podría percibir en él nada que no quisiera transmitir. Aun así, era preocupante. La persona a la que acabase convirtiendo en agente tendría que tener la capacidad de no transmitir sentimientos o pensamientos. A Sol Negro no le beneficiaría nada que la Jedi identificase a su nuevo operativo tendrían que volver a empezar de nuevo, y eso sería… un problema.

Igual debería matarla. Lo pensó un momento. Sería muy fácil, y con eso se acabarían las preocupaciones. Sí, quizá…

No. En la galaxia había pocas cosas seguras, pero una de ellas era que si matas a un Jedi en alguna parte, en cualquier parte, otro jedi aparecerá inevitablemente para investigarlo. Podía quitarse de encima sin problemas a esa padawan, pero puede que el siguiente fuera un Caballero jedi, o incluso un Maestro, y, por tanto, su eliminación sería más problemática. Como dodo el viejo refrán: «Más vale d'javl conocido que d'javl por conocer».

La padawan terminó su ritual de curación. Los párpados del soldado temblaron. Kaird pudo ver a través del tejido de la capucha que el pecho del paciente subía y bajaba rítmica y suavemente, y sus ojos se movían bajo los parpados en un sueño reparador y tranquilo. La labor de la jedi había sido eficaz, Al pasar ante él, le saludó con una inclinación de cabeza, en un gesto de respeto y gratitud de un curandero a otro. Kaird le devolvió el saludo, manteniendo la mente en blanco hasta que creyó que había salido del edificio. Entonces sonrió.

De momento, pensó, tenía que concentrarse en encontrar y entrenar a un nuevo socio de Sol Negro. Luego, una vez reanudado el tráfico de bota, ya se enfrentaría a cualquier problema que pudiera surgir. Sol Negro era, ante todo, muy adaptable.

4

Ser espía en una base enemiga no es nada fácil. Es una observación que no tenía nada original ni sorprendente; la verdad no suele contar con esos atributos. Pero eso no lo hacía menos difícil. Para trabajar encubierto en una base militar enemiga hay que mantener los ojos bien abiertos y estar más alerta que un h'nemthe. Hay que pensar constantemente que un espía es un rebelde, un intruso. No se puede bajar la guardia ni un segundo.

Tampoco es que alguien tuviera motivos para sospechar del espía, y menos ahora que se había desenmascarado al hutt y al antiguo almirante, por no mencionar el hecho de que habían muerto. Pero aquello era la guerra, y los espías eran ejecutados cuando eran capturados. Y muchos de ellos eran capturados en sitios mucho menos peculiares que un Uquemer perdido en algún extremo de la galaxia.

Lo que complicaba aún más las cosas era el hecho de que hubiera muertes. Muertes de las cuales el espía, que servía a dos jefes distintos bajo dos alias diferentes (Columna para los separatistas del Conde Dooku y Lente para Sol Negro), era al menos parcialmente responsable. ¿Le importaba a los muertos que el responsable hubiera sido alguien conocido como Columna o Lente? No. ¿Le importaba a una de las dos identidades ocultas que la otra fuera descubierta y ejecutada? Sonrió amargamente al pensarlo.

Columna: ese primer sobrenombre era con el que más tendía a identificar el espía, ya que lo separatistas le habían reclutado antes de que Sol Negro. Le caía bien la gente del Uquemer. La reciente muerte d ' uno de Jos médicos le había dolido bastante, aunque no fuese consecuencia de una operación encubierta. Solía pensar en los peligros que entrañaba vivir inmerso en las filas enemigas. Incluso conviviendo con una tribu de asesinos uno podía llegar a desarrollar lazos afectivos con ellos. Y ninguno de los médicos, enfermeras y miembros del personal de apoyo eran asesinos: todos vivían para curar, y si un enemigo acababa en su mesa de operaciones, le atendían con la misma habilidad y dedicación que a uno de los suyos. Su deber consistía en salvar vidas, no en juzgarlas.

Eso le dificultaba el trabajo cuando tenía que hacerles daño, ya fuese como Columna o como Lente; algo que había sido necesario en ocasiones. Era cierto que todo acabaría justificándose con el tan ansiado final, pero algunas veces esa meta parecía muy lejana, oculta por una niebla tan densa como los vapores que emergían de los pantanos eternos. Eran momentos en los que los pequeños detalles del día a día, además de las amistades, las preocupaciones y las alianzas, tendían a interponerse en el camino.

Columna suspiró. No se podían construir casas de madera sin talar árboles, pero eso no hacía más agradable que un maderazul gigante cayera sobre los que se consideraba amigos y colegas. Pero era inevitable; por muy doloroso que fuera en ocasiones, era su deber y debía hacerse. No podían ayudarle con esa parte. En nada.

Columna estaba parado ante la ventana del cubículo, mirando a la base.

El Uquemer-7 casi se había reconstruido ya del todo. El traslado de las tierras bajas a las altas se había llevado a cabo con relativamente pocos problemas. Los androides de construcción habían levantado en menos de dos ciclos diarios locales el centro de administración, los edificios de abastecimiento y, lo que era más importante, las estructuras médicas y quirúrgicas. Un día en Drongar equivalía a poco más de veintitrés horas. La cantina y el comedor terminaron de levantarse antes de la noche del tercer día. Las cosas parecían haber vuelto a la normalidad.

Pero no había sido gratis.

El traslado, realizado bajo un intenso fuego separatista, había tenido como resultado tres pacientes muertos, todos ellos a causa de la reubicación quince heridos y la muerte de un médico: Zan Yant.

Una auténtica lástima. Yant no sólo era un médico excelente, sino un músico notable que en ocasiones conseguía dejar boquiabierto a todo el personal de la base con la magia de su quetarra. Él sí que sabía hacer cantar a su instrumento. Melodías tan seductoras y tan bellas que parecían capaces de rescatar a los soldados moribundos del umbral de la eternidad.

Pero no había composiciones, ni fugas, ni rapsodias que pudieran recuperar a Zan Yant.

Columna se apartó de la ventana, hacia el escritorio que abarcaba casi toda la pared. Los separatistas esperaban las últimas noticias, y él tenía que generar un complejo mensaje en clave para enviarlo él las fuerzas de Dooku. El proceso era aburrido y complicado: una vez se conseguía codificar el mensaje en el incómodo código, el protocolo de seguridad requería transmitirlo a velocidad subluz por una conexión secundaria hiperespacial en lugar de por los ondas hiperespaciales normales. Un ejercicio absolutamente pesado y dificultoso, pero necesario, si los mensajes no se descifraban a tiempo, las consecuencias serían desastrosas. El aviso del ataque en el que había perdido la vida el doctor Yant había llegado en uno de esos mensajes, y, de haberlo decodificado más rápidamente, igual la vida de Yant hubiera sido ligo más larga. Era una lección que no debía olvidar. Por muy laborioso que lucra el proceso, por mucho tiempo que le llevara hacerlo, Columna seguía necesitando los recursos y la ayuda de Dooku para vencer a la República, y eso tenía un precio.

Más le valía ponerse a ello, entonces. Posponerlo no lo haría más fácil…

~

Den tuvo que reconocerlo. Klo Merit, el terapeuta equani, no movió ni un bigote de asombro al ver que el periodista se presentaba en lugar de Jos Vondar. De hecho, el consejero debía de estar mucho más cómodo con la situación que Den, al ser ésta la primera vez que ponía el pie en el despacho de un mentalista.

Había sido una decisión de última hora, le dijo a Merit nervioso. No sentía que tuviera que quitarse un peso de encima, y mucho menos para depositarlo sobre los hombros del equani o cualquier otro ser: al menos no hasta que unos cuantos matabanthas de elevado octanaje le aflojaran los lóbulos frontales lo suficiente como para hacerle hablar. Den era de la firme opinión de que los camareros eran los mejores terapeutas, y así se lo dijo a Merit.

Merit asintió.

—En ocasiones lo son. Lo crea o no, algunas de mis mejores sesiones improvisadas, pero no por ello menos memorables, han tenido lugar en circunstancias similares. Y, por cierto, suelo poner objeciones a las sustituciones de mis pacientes, sobre todo a las de última hora. Pero lo dejaré pasar por esta vez. —Se inclinó hacia delante—. Bueno, ¿qué trae a Den Dhur a mi santuario?

Den se mordió el bulboso labio inferior. Vaya, la cosa iba a ser bastante más difícil de lo que suponía. Nunca había supuesto que podría llegar a sentirse tan incómodo sólo por hablar…

—Jos me dijo que aprovechara su cita —dijo al fin—. Está ahora mismo hasta arriba de heridos.

Merit no respondió al principio. Luego se apoyó en el respaldo.

—¿Y…?

Den se dio cuenta de que aquello iba a ser todo menos divertido.

—Pues que… me dijo que yo lo necesitaba más que él.

Merit parecía ligeramente sorprendido.

—¿Ah, sí? Bien, como va en contra de los votos de mi profesión quebrantar el secreto que ampara las sesiones privadas de mis pacientes, sólo diré que es una afirmación sorprendente, viniendo del doctor Vondar.

—Lo sé —dijo Den, aliviado al poder hablar de las penas de Jos en lugar de las propias, aunque sólo fuera por un momento—. La muerte del doctor Yant le ha afectado muchísimo. Es decir, él se enfrenta a la muerte constantemente en la SO, pero esto es diferente. Zan era su amigo. Y fue una muerte sin sentido. Sin ningún sentido. ¿Pero qué muerte tiene sentido en una guerra?

Merit asintió. Den se dio cuenta de que ya se sentía mucho más relajado. Quizá se debía a las habilidades empáticas del equani. Fuera lo que fuera, eso hacía que hablar con él fuera muy fácil. Pero, aun así, Den seguía prefiriendo el alcohol.

—¿Ya usted cómo le sentó su muerte? —preguntó Merit.

—Fatal —admitió Den—, pero no tan mal como a Jos, No creo que a nadie le haya sentado peor que a Jos. Es decir, yo tampoco conocía tan bien a Zan. Alguna vez había participado en una partida de sabacc con él, y tocaba la quetarra y tal, pero…

Merit se apoyó en el respaldo de su asiento.

—Pero no es de su muerte de lo que quiere hablar, ¿no?

Den observó sorprendido al mentalista.

—Es usted muy bueno —dijo—. Pero que muy bueno.

—Por eso gano tantos créditos.

Den puso una mueca de dolor pese a lo cómodo que era su formasiento.

—Bueno, es sólo que… hace poco me encontré con más información sobre los hombres a los que mató Phow Ji. Ya recordará que murió en su asalto individual…

Merit no se movió, pero había algo en él que invitaba al periodista a continuar.

—Los expertos manipuladores consiguieron venderlo como si fuera un héroe. Nadie quiso publicar mi artículo. En vida, Ji era un asesino más frío que el vacío espacial.

Ahora es todo un héroe.

—La verdad es que igual lo es de verdad.

—¿Qué quiere decir? —Den sacudió las agallas—. Se cargó a todo un contingente de mercenarios salisianos y a un superandroide de combate. Jamás había visto algo así. La padawan Offee me dijo que se volvió loco, que mató indiscriminadamente. Pero él sabía lo que hacía: ordenó que le holograbaran y me envió la cinta.

»Según mis fuentes, no escogió a esos mercenarios al azar. Eran un equipo de combate de élite en misión de entrenamiento, enviado a este planeta por sus difíciles condiciones climáticas. En teoría eran una avanzadilla preparándose para una operación encubierta.

—Entonces se ve obligado a llegar a lo que parece una conclusión inevitable: que Phow Ji, en lugar de lanzarse a una orgía de asesinatos brutales dio su vida en un acto heroico que quizá tenga beneficios a gran escala para la República.

—No descarto del todo lo de la brutal orgía de asesinatos —dijo Den—, pero, básicamente, sí. —Hizo una pausa—. Me quedé de piedra cuando supe que había muerto. De piedra. Me sentí como si Ji me hubiera dado una patada en el estómago. Pensé que todo tenía sentido: él estaba más loco que un givin disléxico y no podía soportar la humillación a la que, a su entender, le había sometido la padawan jedi, Ya sabe que una vez venció a un Caballero Jedi. Por eso dejó este mundo con la cabeza muy alta, para abrir las puertas de la gloria. Así de fácil.

—Desde luego. Ya usted le sienta fatal que se considere un campeón a Ji.

Den suspiró.

—Llevo casi veinte años estándar en esto, colega, y si alguien sabe que la galaxia no es ni blanca ni negra, ése soy yo. Pero ahora me siento como u n cachorrillo recién nacido que acaba de enterarse de que el senador de su sistema acepta sobornos. Me siento… traicionado —soltó una risilla descreída, negó con la cabeza y miró a Merit—. ¿Por qué?

—Yo tengo una teoría. Pero usted también. Oigamos primero la suya. Den puso gesto escéptico.

—¿Por qué no oímos primero la suya?

—Porque es mi oficio.

Merit sonrió ligeramente, y Den no pudo evitar devolverle la sonrisa. Un mentalista, una jedi y un Silencioso en el mismo campamento, pensó. Sin duda la energía psíquica de este sitio es más densa que los gases del pantano.

Apretó los labios y se encogió de hombros.

—La padawan Offee me dijo que yo tenía aura de «héroe» —dijo.

—Lo cierto es que lo demostró de sobra al rescatar la quetarra de Zan.

—Mire para lo que le sirvió. No hubo nadie que la tocara en su funeral.

Yo no quiero ser un héroe, colega. Los héroes ganan medallas, pero la mayoría acaban muertos.

—Nadie le pide que sea un héroe, Den.

—Mejor, porque acabaría decepcionándolo. Pero tampoco quiero que se idolatre a una especie de nexu rabioso. Lo único que quiero es que la gente sepa la verdad.

—Su verdad —dijo Merit—. Su versión de los hechos, Den. Y quiere que hagan algo más que conocerla, quiere que se la crean.

Den frunció el ceño.

—Suena como si no lo aprobara.

—Ni lo apruebo ni lo desapruebo, sólo doy mi punto de vista. Pero permita que añada modestamente que es una perspectiva respaldada por una considerable experiencia en la lectura e interpretación de las personas.

Den se sintió de pronto muy incómodo. No quería oír la teoría de Merit.

No le interesaba recorrer el camino que le marcaba el mentalista. Se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—Mire, tengo que irme. Ya casi es de noche y todavía no me he tomado ni una copa. No quiero quedarme atrás.

—Podrá esconderse detrás de un vaso durante un rato, Den —dijo Klo Merit—. Si lo hace, podrían pasar dos cosas. Una: el vaso tendría que crecer y crecer para seguir protegiéndolo de lo que no quiere ver. Y al final acabada cayendo dentro.

—¿Y la otra?

Merit se encogió de hombros.

—Se atreverá a mirar y se enfrentará a lo que vea.

—Estupendo —dijo Den. Activó la puerta y salió al resplandor del sol poniente—. Sería usted un barman lamentable, colega.

5

El crepúsculo tropical de Drongar ya había caído cuando Jos consiguió salir de la SO. Vio a Uli sentado en un banco bajo un árbol. El chico había dejado el traje en la recicladora y se había puesto un mono del ejército de la República que le quedaba algo grande. Una pequeña nube de chinches ígneos zumbaba a su alrededor, pero era obvio que estaba demasiado cansado para quitárselos de encima de un manotazo.

Jos se acercó lentamente. Sacó de un bolsillo una barra de graniespecias y la alzó.

—Toma. Creo que te vendrá bien.

El chico dudó.

—Vamos, hombre —le dijo Jos—. No pasa nada. Es sólo un revitalizante suave. Te seguirás sintiendo como si te hubieran arrastrado por una mata de espino… boca abajo.

Uli cogió la graniespecia y se la metió en la boca.

—¿Estás bromeando? —le preguntó mientras masticaba—. Cuando era residente, yo vivía a base de esto. Como todos los que me rodeaban.

Jos se sentó.

—Sí, lo recuerdo bien —dijo suspirando—. Estimcafé y graniespecia: la dicta de los campeones. —Señaló con la cabeza a la SO—. Te las has arreglado muy bien. Mejor de lo que yo pensaba, la verdad.

Uli se frotó los ojos. Jos se dio cuenta de que le temblaban levemente las piernas.

—¿Esto es siempre así? Y, por favor, no me digas: «No, normalmente es peor». —Vale, pero es que normalmente es peor.

El chico le miró de perfil con una mirada demasiado anciana para una cara tan joven.

—A mi primer paciente de hoy le habían dado con un agonizador.

Jos asintió muy serio. El agonizador era una nueva arma de mano en fase experimental que atacaba al sistema nervioso con un rayo microsónico de alta colimación que estimulaba formaciones desbocadas de prostaglandina. El resultado era un dolor intenso sin lesiones físicas. No podía bloquearse con somaprina ni ningún otro calmante fuerte, y solía ser tan intenso que el paciente moría de sobrecarga sensorial. La única forma de superarlo era cortar las sinapsis nociceptoras en el córtex talámico. Esto requería una operación muy delicada con neuroláser, justo la clase de operación incompatible con la cirugía carnicera mimn'yet.

—Pero creo que lo hice bastante bien, teniendo en cuenta la situación —dijo Uli con voz hueca—. Detuve el dolor. Por supuesto, padecerá diskinesia grave y ataraxia motora por el resto de sus días…

Jos sonrió amargamente, en un gesto comprensivo. Estuvieron un rato callados.

—Ya me he enterado de lo del doctor Yant —dijo Uli—. Lo siento, Jos.

Ya entiendo por qué no te apetecía cargar con un compañero nuevo.

—A veces me gustaría verme las caras con quien comenzó esta asquerosa guerra y hacerle una neumonectomía con mis propias manos. —¿En serio?

—Pues sí, para empezar.

Uli se rió. Miró a Jos, y éste sonrió al cabo de un momento. Luego, de pronto, los dos empezaron a reírse a carcajada limpia, y no tanto porque se sintieran alegres, sino de pura rabia, por el sentimiento de pérdida, por la frustración…

Al cabo de un minuto, se calmaron un poco. Ya no reía ninguno.

—Sé cómo te sientes —dijo Uli secándose los ojos—. Hace unos años yo perdí a una buena amiga en Mos Espa, en Tatooine. Dos cazarrecompensas se estaban peleando y ella se vio de repente en medio del fuego cruzado —dudó un momento—. No lo superas nunca, ¿verdad?

—No —dijo Jos—. No lo superas, pero aprendes a soportarlo.

—No puedo hacer nada al respecto —dijo Uli.

—Así es. Y tienes que entender que no puedes. Culparte porque no pudiste salvar a tu amiga, o porque no puedes detener esta guerra, es malgastar tu esfuerzo y tu energía. No es culpa tuya, Uli. Nada de esto es culpa tuya.

Jos hizo una pausa, dándose cuenta de que hablaba más para sí mismo que para el chico. Negó otra vez con la cabeza. Era fácil de decir. Pero muy difícil de creer.

Pero quizá, sólo quizá, el tiempo lo hiciera más fácil de soportar.

~

Kaird se sentía inquieto. Las vestiduras que le hacían pasar por Silencioso habían sido incompatibles con aquellas condiciones climáticas, pero el nuevo disfraz era aún peor, ya que ahora debía llevar una fleximás-11M. Pero todas aquellas precauciones eran necesarias. Una de las razones por las que era tan buen agente de Sol Negro, pese a ser alguien que solía destacar en la multitud, era por su habilidad a la hora de camuflarse. Durante sus años de servicio había ocultado sus rasgos distintivos y su Silueta tras varias identidades distintas, y siempre con un éxito notable. En cierta ocasión hasta se disfrazó de hutt, empleando una estructura plastoide de piel y rostro de sintocarne. Por el Huevo Sagrado, eso sí que había sido fuerte. Al lado de eso, la máscara y la túnica de kubaz no eran nada del otro mundo.

Sus propios rasgos limitaban la elección de las especies de las que podía disfrazarse, pero el tabique truncado de una nariz de kubaz ocultaba bastante bien su propia boca en forma de pico, y las gafas que llevaban estos insectívoros para protegerse del exceso de luz solar cubrían sus ojos violeta. Nadie reparó en él en el espaciopuerto. Había kubaz por toda la galaxia.

Kaird esperaba a que aterrizase el último transporte. Junto con los suministros llegaba un equipo de hombres que le habían recomendado encarecidamente. Uno era un umbaran, la otra una falleen. Según Lente, no eran unos chapuzas cualquiera, sino unos maestros de la sutileza y del talento. Eran oportunistas, artistas del timo que se ganaban la vida de planeta en planeta, recorriendo las autopistas espaciales a base de estafas. Según le había

contado Lente, eran como la mayoría de los rateros y tenían períodos de solvencia, e incluso de riqueza, seguidos por otros de desesperación. En ese momento atravesaban uno de los últimos.

Lo que significaba que podían resultar útiles para Kaird.

El transporte descendió sobre rayos retropropulsores atravesando las nubes de esporas de color carmesí y cobre, y fue admitido por el campo interruptor de la cúpula para posarse en la plataforma. Los androides y los montacargas binarios empezaron a sacar la mercancía del transporte. Kaird observaba el proceso. Sólo había unos pocos pasajeros en aquel viaje: un kaminoano que llegaba para realizar algún tipo de inspección biológica, y un trío de oficiales humanos para discutir con el coronel Vaetes la cuota de envíos de bota. Unos androides y sus dos empleados potenciales completaban la lista.

Sus dos contactos fueron los últimos en desembarcar, seguidos por un androide «cabezarroja» RC-101 que les llevaba el equipaje. Ninguno parecía molesto por el aire caliente y húmedo, aunque las esporas eran aquel día especialmente desagradables. Kaird les observó cuidadosamente. Eran tan distintos como podían serlo dos humanoides basados en el carbono tan diferentes que resultaba casi ridículo. El umbarano era bajito, de quizá un metro veinte, calvo y pálido. Por su parte, la falleen le sacaba más de una cabeza y llevaba el pelo recogido en una coleta alta. Caminaba altiva, como una guerrera. No llevaba armas, pero el movimiento fluido de sus músculos bajo el ajustado mono de sintotela dejó claro a Kaird que era peligrosa incluso desarmada.

El umbarano, en cambio, daba la impresión de que un fuerte viento lo levantaría por encima de los popárboles, un efecto que se acentuaba por la voluminosa túnica que le tapaba del cuello a los pies. Kaird había investigado sobre ambas especies y sabía que la prenda en cuestión se llamaba hábito de sombra. La mayoría de las especies de humanoides la veían de color Blanco, como la piel del umbarano, pero los demás umbaranos no, ya que su gama de visión estaba en la onda ultravioleta, por debajo de los trescientos nanómetros. Pero Kaird no la veía así, Los depredadores alados que fueron sus antepasados habían tenido acceso a una paleta visual de colores más amplia que la escasa gama de radiación disponible para la mayoría de los ojos, Al cabo de cientos de miles de generaciones, el ojo nediji podía seguir viendo ambos extremos del espectro visible, Para él, la túnica era un torbellino de colores puros que pocos idiomas aparte del suyo tenían nombre: berl, crynor, nusp, onsible… Era realmente bella, A medida que el umbarano caminaba, los dibujos de la tela parecían arremolinarse en sombras y matices insospechados, en un juego constante y caleidoscópico de luces y sombras, Una prenda magnífica, pensó Kaird. Conocía a gobernantes de planetas que se habrían contentado con prendas mucho peores que aquélla, Dio un paso adelante para saludarles, con el chip de vocoder de su máscara imitando el áspero acento kubindi.

—Hunandin, del clan apiida, a su servicio, Nuestro mutuo amigo me pidió que les diera la bienvenida a Drongar. —El amigo «mutuo» era, por supuesto, el espía llamado Lente—. ¿En qué puedo ayudarles?

Los dos le miraron, Kaird sintió una atracción definida por la falleen: ¿nostalgia?, ¿carisma? Sabía qué provocaba aquello, Esos reptiloides emitían un tipo de feromonas con una amplia base química que podía influir sutilmente, o no tanto, en muchos seres, Se preguntó si ella no estaría liberando las fe romanas a propósito o como acto reflejo, Daba igual, mientras fuera consciente de lo que estaba pasando, su mente contaría con la disciplina suficiente para soportarlo, Luego se quedó atónito al oír hablar al umbarano.

—Vuela libre, vuela recto —dijo—. Hermano del Aire, ¡La Bendición del Nido, con la inflexión laringítica adecuada! ¿Cómo? ¿Cómo podía conocerla? Su disfraz era lo bastante bueno como para engañar a cualquiera en el campamento, incluso a otros kubaz, No había forma de que… Un momento, Recordó otra cosa de los umbaranos: al parecer tenían habilidades paramentales que les permitían ver e incluso influir en los pensamientos de los demás. Genial. Otro manipulador mental más en el Uquemer-7. Es un milagro que no nos explote a todos la cabeza.

Era evidente que él no era el único que había hecho los deberes, Había pocos no nediji que conocieran el lenguaje de la Bandada, Lente lo conocía, y ahora estos dos… Habló en voz baja, mirando a su alrededor para asegurarse de que nadie podía oírles.

—Les felicito por vuestra perspicacia, pero os aseguro que nuestro beneficio mutuo dicta que mantengamos la ilusión de…

—Por supuesto —dijo la falleen. La voz del umbarano apenas era un susurro, mientras que la de ella era rica y llena de vida—. Tu identidad secreta está a salvo con nosotros, Hunandin. —Hubo un ligero tono de sarcasmo al decir su nombre—. Y disculpa nuestros modales. Todavía no nos hemos presentado. —Ella se enderezó y Kaird se dio cuenta de que era un poco más alta que él—. Me llamo Thula. —Señaló al umbarano—. Éste es mi socio, Squa Tront.

—Encantado —susurró secamente el umbarano—. ¿Hay algún lugar de este maldito planeta en el que uno pueda tomarse una copa?

Kaird sonrió dentro de su máscara.

—Claro. Venid conmigo. Tenemos mucho de lo que hablar.

6

A unos doce metros detrás de la tienda de Barriss había un pequeño claro rodeado por espesos matorrales de un profundo verdor llamados graznadores por el extraño sonido que emitían las hojas al ser agitadas por la brisa. La densa vegetación era el doble de alta que ella, y era allí donde Barriss practicaba las diferentes técnicas de combate con sable láser. No era un entrenamiento que un jedi soliera hacer en público, pero aquel sitio era lo más privado que había podido encontrar. La única forma de que alguien la viera era pasando por el extremo abierto del pequeño claro. Y dado que el pantano se hallaba a unos doce metros de allí, era poco probable que alguien eligiera aquel lugar para dar un paseo, por el bien de su salud.

El calor caía sobre el pequeño espacio abierto como una manta mojada.

Sudaba sin parar bajo la túnica marrón amplia que llevaba, y el sudor le empapaba el pelo y la piel, evaporándose apenas por culpa de la elevada humedad. Era desagradable, pero debía sobrellevarlo si quería vivir en Drongar, Se había acostumbrado a llevar en todo momento un hidroequipo encima. Si no lo hacía, se arriesgaba a deshidratarse.

Como había hecho antes en incontables ocasiones, Barriss repasó los ejercicios básicos de brazos y hombros, cortando y sajando el fétido aire tropical en movimientos sencillos, dobles y triples, cambiándose el arma de mano. Realizaba, principalmente, movimientos marciales de la Forma III, uno de los siete sistemas de lucha que los Jedi habían desarrollado a lo largo del tiempo. Era la forma preferida de la Maestra Unduli, pero había detractores que la tachaban de ser una disciplina demasiado defensiva. Aunque era cierto que inicialmente se había desarrollado en respuesta a los disparos de láser y de otros proyectiles, con el paso de los siglos se había convertido en mucho más.

—De las siete formas —le había dicho su Maestra—, la forma III, con su énfasis en prever y bloquear los disparos de energía a la velocidad de la luz requiere una conexión superior con la Fuerza. El camino es largo, pero el viaje merece la pena, porque un verdadero Maestro de la Forma III es invencible.

El zumbido del sable láser era un ronroneo reconfortante, y el afilado rayo de energía le resultaba tan familiar como su propio brazo. No podía recordar una época en la que no manejase el sable láser. De pequeña utilizaba los modelos de práctica de baja potencia, con los que se enfrentaban en duelo los jóvenes padawan. Eran lo bastante potentes como para soltar una buena descarga. Si te daban, lo notabas.

El dolor era un instructor de lo más eficaz.

Al cumplir los dieciséis años, encargó su propia unidad de energía completa, escogiendo el cristal azul para conformar el tono signatura de su rayo. Y lo había llevado desde entonces. Lo conocía con todo detalle, como a sus propios dedos. Parte de su formación consistía en desmontarlo y volverlo a montar usando sólo la Fuerza. Era más que un arma. Era una extensión de su cuerpo, casi una parte orgánica…

Sonrió al dar un paso adelante, haciendo girar ante sí el sable láser a toda velocidad, creando lo que parecía ser un sólido escudo de luz. Ya vuelves a pensar demasiado. Concéntrate en el momento.

En ese instante sintió una brisa de aire frío, como si alguien hubiera abierto un congelador detrás de ella, de una intensidad impresionante. Pasó enseguida, antes de darse cuenta de lo que era, pero la combinación de su mente a la deriva y la brisa gélida la sobresaltaron. Supo inmediatamente que el sable láser, que ahora se movía por debajo de su cintura y volvía a subir hacia arriba, estaba… demasiado bajo.

Escuchó más que sintió la punta de la hoja vibrante atravesándole la punta de la bota, hecha de plastitrenzado, un material flexible pero sumamente resistente. Al comprarlas, le ofrecieron una garantía: si se rompían, el fabricante le daría otro par gratis, siempre y cuando el dueño original siguiera vivo. El plastitrenzado podía doblar una hoja de duracero o incluso un vibrocuchillo.

Pero había pocos materiales a prueba de sable láser, y el plastitrenzado, por resistente que fuera, no se contaba entre ellos.

Barriss apagó rápidamente el sable láser. Miró hacia abajo y vio la sangre manando del limpio corte de la punta de su bota.

Se quedó de piedra. No por la herida, sino por el error que había dado pi(: ni occidente. ¿Cuántas veces había repasado aquella forma? ¿Cinco mil, diez mil veces? Era un error de principiante, una equivocación que sería inexcusable en una niña padawan de primer curso.

¿Se lo había imaginado? Era tentador pensar algo así, pero cuando el aire movió las hojas de los arbustos graznadores, ella había oído aquel sonido quejumbroso e inconfundible. La brisa había sido real.

Se colgó el sable láser en el cinto, alzó el pie, y se quitó la bota, poniéndose sin problemas a la pata coja.

El corte era estrecho y no muy profundo, quizá de tres centímetros de largo, y a un par de centímetros por encima del segundo y del tercer dedo del pie, Los bordes epidérmicos estaban quemados, pero el corte seguía sangrando sin parar. Evidentemente, el plastitrenzado había absorbido lo justo de la energía del arma para impedir la completa cauterización de la herida. Barriss se quedó ahí de pie, a la pata coja, mirándose la herida. Negó con la cabeza.

Convocó a la Fuerza, la sintió fluyendo en su interior y se concentró en el corte. No corría peligro de morir desangrada, pero no le apetecía volver a la base para que le curasen la herida dando saltitos y dejando un rastro de sangre.

La circulación fluía a buen ritmo y de repente se detuvo. Podía sentir cómo empezaba a palpitar el dolor. Respiró hondo, le hizo espacio y lo arrinconó. Aplicó mentalmente la Fuerza a la herida. Los bordes parecieron juntarse un poco, pero luego volvieron a abrirse.

—¿Por qué no dejas que le eche un vistazo a eso? —dijo una voz cercana. Ella alzó la vista, sorprendida. Era el teniente Divini, el nuevo cirujano.

—Puedo yo sola —dijo ella.

El chico, Uli, recordó ella, cuyo uniforme estaba repleto de barro del pantano hasta los muslos, dio un paso adelante y le examinó el pie.

—Creo que te has cortado un par de tendones. Habrá que cortar la hemorragia, y vas a necesitar al menos tres o cuatro grapas y un dermosello. Por aquí revolotean cantidad de pequeños microorganismos. —Abarcó todo el planeta con un gesto de la mano—. Mejor parcheada y sellada que infectada y lamentándolo, ¿no?

Tenía razón, por supuesto. Barriss asintió.

—¿Y cómo propones que lo hagamos?

Él sonrió.

—No hay problema. Voy preparado —se señaló un bolsillo del cinto—. Tengo aquí el equipo básico —señaló una zona del suelo relativamente seca—. Siéntese, señorita.

Barriss lo hizo, conteniendo una sonrisa, y Vli se agachó junto a ella en esa posición relajada de cuclillas que sólo podían realizar los de tobillos flexibles. Abrió la mediunidad, extendió la tela estéril, la activó y se puso un par de guantes mientras ella colocaba el pie. El campo palpitó cuando ella lo atravesó con el pie.

Él utilizó un brillo esterilizador en la herida, y tanto la reluciente sonda de azul actínido, como el ruido que se oyó a continuación indicaron que la herida había quedado limpia de bacterias y gérmenes. Luego cogió un nebulizador de nulicaína.

—Eso no lo necesito —dijo ella.

—Es verdad. Lo había olvidado.

Volvió a poner el anestésico en el equipo. Lubricó una zona con coagulante y empleó un hemostato para abrir el corte. Acercándose, Barriss pudo ver que los tendones de los dedos de sus pies tenían pequeños cortes superficiales que revelaban un par de elipsis blancas más pálidas, como perladas.

Se concentró en mantener el dolor a raya.

Uli untó de coagulante los cortes y esperó. En cinco segundos, los cortes cambiaron de color y recuperaron el de los tendones sanos.

—¿Qué habías olvidado? —preguntó ella.

—Estuve de interino en el Gran Zoo, en Alderaan —dijo él, cogiendo la biogropadora—. En cierta ocasión traté a un Jedi herido. Menudo control corporal. La capacidad de detener hemorragias menores y de rechazar el dolor es muy útil.

Insertó la punta de su grapadora en la herida y la activó. La grapa, hecha de un memoriplástico biodegradable, como ya sabía Barriss, formó un pequeño rizo. Aguantaría una semana más o menos, y después sería absorbido por su cuerpo. Para entonces, la herida ya se habría curado.

—¿Cómo pudo ser eso? —preguntó ella, refiriéndose a lo que le había contado—. Los Jedi tienen sus propios sanadores en casi todos los planetas del Núcleo, incluido Alderaan. No suelen acudir a médicos externos.

Él insertó otra grapa en la punta del aplicador.

—Una noche, una panda de borrachos decidió destrozar una cantina del centro de Aldara. Iniciaron un altercado que se extendió a la calle. Una senadora de la República pasaba por allí y su zumbador se vio en medio de In reyerta. Tenía un jedi protegiéndola. Eran treinta o treinta y cinco matones, y se les puso entre ceja y ceja volcar el zumbador de la senadora. El Jedi… creo recordar que era un cereano, puso objeciones a la acción. Los matones decidieron enseñar una lección al Jedi.

—¿Qué ocurrió?

Él se rió mientras le ponía la tercera grapa. Barriss le miró a la cara y pensó, Algún día, cuando tenga edad suficiente para tener arrugas de la risa, será increíblemente guapo.

—Lo que ocurrió fue que cuatro médicos internos de cirugía, yo incluido, y dos residentes nos pasamos el resto de la noche reinsertando manos, pies, brazos y piernas a los borrachos. Los sables láser dejan cortes muy limpios, quirúrgicos. Los tanques de bacta echaban humo. La senadora no resultó herida, pero la trajeron para revisión, y su guardaespaldas vino con ella. Tenía una herida de vibro cuchillo en un brazo, una laceración de tamaño considerable que llegaba justo hasta el cúbito. Pero no sangraba, y la verdad es que parecía que le daba igual. Yo le limpié y le puse las grapas.

Barriss sonrió. Se preguntó quién sería aquel Jedi. Ki-Adi-Mundi era el único Jedi cereano que conocía, y la habilidad de un Maestro jedi no solía desperdiciarse en un papel de guardaespaldas, ni siquiera para una senadora, Probablemente sería uno de los muchos que murieron en Geonosis, pensó. Que pocos somos ahora, qué pocos…

Uli puso cuatro grapas y luego examinó los bordes externos de la herida.

—Estoy pensando en poner un par de grapas más, aparte del dermosello, para cerrar la piel —le dijo.

Ella asintió. Eso evitaría que, al andar, la presión recayera en los bordes de las heridas del corte.

El comenzó la reparación extorna con movimientos limpios y precisos.

—Está haciendo usted un buen trabajo, doctor Divini.

—Llámame Uli —dijo él—. El doctor Divini es mi padre. Y mi abuelo, Y mi bisabuelo. Y todos ellos siguen en activo juntos.

—Les decepcionó que no te unieras a ellos, ¿verdad?

Él rió.

—Una Jedi con sentido del humor. ¿Es que las sorpresas no se acaban nunca?

Cuando él terminó, ella le dio las gracias. Se puso en pie y realizó una pomposa inclinación.

—Encantado de servirla —le dijo—. Es mi trabajo —la contempló con el ceño fruncido mientras ella se ponía otra vez la bota—. Bien, un humano o humanoide normal tardaría en curarse unos cinco o seis días. Pero tú tardarás cuánto… ¿tres?

—Dos. Dos y medio como mucho. Uli negó con la cabeza.

—Ojalá se pudiera comercializar eso.

La inquietante imagen de los seres muriendo en la SO le vino a la mente sin censuras, y ella pudo ver por la cara del chico que él también se había acordado de eso. Cambió de tema.

—¿Pasas mucho tiempo merodeando por el pantano? Él sonrió, y una vez más aparentó catorce años.

—Mi madre colecciona alas-bengala de Alderaan —dijo él—. Algunos de los bichos de este planeta son muy parecidos. Igual son parientes panespérmicos. Vaya cogerle unos cuantos.

De repente, su nombre le sonó muy familiar.

—Una vez vi una exposición en el Museo Xenozoológico de Coruscant.

La colección de alas-bengala más exhaustiva de la galaxia conocida. Llenaba tres de las mayores salas del edificio. La presentaba la conocida mudopterista Elana Divini. ¿Es pariente tuya?

—A mi madre no le van las medias tintas —miró su crono—. Tengo que irme. Mi turno empieza otra vez en diez minutos. —Gracias otra vez por las puntadas.

—Gracias por la oportunidad.

Cuando se fue, Barriss caminó por el claro. Tenía bien el pie y se curaría pronto, pero no quedaba ni rastro de esa extraña brisa gélida que había sentido de repente. Llevaba en aquel horno de planeta tanto tiempo que casi se había olvidado de lo que era el viento fresco. ¿Cómo podía producirse en Drongar una brisa fría sin ayuda mecánica? ¿Y además dentro de un campo de fuerza? Normalmente, la temperatura se igualaba a la corporal antes de amanecer, y nunca llegaba a refrescar mucho, ni siquiera por la noche.

Y lo que era más importante, en el supuesto de que le hubiera rozado una brisa gélida, ¿cómo había podido distraerse hasta el punto de cortarse a sí misma con un sable láser? La última vez que había ocurrido eso tenía nueve años, y apenas se hizo un cortecito en la muñeca. Nada ni remotamente parecido a aquello.

No había vuelta de hoja: se había portado como una auténtica principiante.

Barriss regresó a su tienda. Aquello era una mala señal. Cuanto más tiempo estaba en Drongar, parecía alejarse más y no acercarse a su meta de convertirse en una auténtica Jedi.

Se estremeció. Por un momento tuvo la impresión de que volvía a sentir aquella brisa. Pero esa vez no fue en la piel, sino en el corazón.

7

La cantina estaba repleta, pues era uno de esos pocos momentos en que los cielos plagados de esporas no estaban llenos de aeroambulancias, llenas a su vez los soldados clon heridos. En la mesa de siempre estaban Den Dhur, Klo Merit, Tolk la Trene, Jos Vondar, I-Cinco y Barriss Offee. Solían reunirse para las dos partidas semanales de sabacc. De vez en cuando se les unían otros como Leemoth, pero casi siempre eran los mismos seis. El juego era una forma de relajarse, un reconstituyente para la siguiente carnicería de sangre y dolor. No podían olvidarse de la guerra, pero durante una hora o dos no sería la principal prioridad en sus mentes.

El aire acondicionado funcionaba bastante bien, lo cual resultaba muy inusual. Los filtros de las unidades de refrigeración eran especialmente sensibles a la plaga de las esporas y, como todos los Uquemer de Drongar tenían el mismo problema, las piezas de recambio eran un bien muy codiciado. Aunque las esporas no podían penetrar con el campo de fuerza encendido, solían colarse con las naves que entraban y salían del campamento, sin olvidar a la flora y la fauna local que ya estaba allí al instalarse la cúpula. Por tanto, la mayor parte del tiempo, las salas con ambiente fresco, limpio y seco solían escasear y estar muy distantes entre sí.

La cantina acababa de adquirir otros lujos además del frescor celestial, ya fuera por un envío accidental o por los esfuerzos del nuevo oficial de suministro, un twi'leko llamado Nars Dojah. Uno de los lujos era un juego de dejarik, con generador de holocriaturas incluido, con el que en ese momento jugaban dos enfermeras humanas. Otro lujo era una autonevera para bebidas. Pero lo más impresionante era un flamante androide camarera TDL-501 unimonitor, al que Den apodó inmediatamente Teedle, y que avanzaba diligentemente sobre su rueda por la repleta estancia, haciendo equilibrios con las bandejas de bebidas.

Teedle se detuvo en seco frente a la mesa de sabacc y colocó las bebidas de Jos, Tolk, Klo y Den.

—Una fresca de Coruscant, un matabanthas, una cerveza alderaaniana y un whisky johriano —dijo expeditiva—. Diecisiete créditos, chicos.

Den hizo un gesto para que se alejara.

—Ponlo en la cuenta.

—¿La cuenta de quién, cariño? La tuya ya es tan elevada que casi ha entrado en órbita —un pop estático acompañó cada frase; sonaba casi como el chasquido de un chicle.

Den se giró lentamente y miró a Teedle.

—¿Disculpa?

Teedle señaló a la barra con un pulgar de duracero.

—Mohris dice que ya no puede fiarte más. Así que o pagas o la próxima vez te traes a alguien de fiar.

Jos vio que a los demás parroquianos de la mesa, exceptuando a I-Cinco, les costaba tanto aguantarse la risa como a él.

—Entonces ponlo en mi cuenta —dijo a Teedle—. Esta noche le invito yo.

—Entendido, capitán —respondió la androide camarera, y se alejó rápidamente.

Den la miró resentido mientras se alejaba.

—Gracias —dijo a Jos—. Es difícil programar un alma caritativa en estos tiempos que corren.

Jos estaba a punto de responder cuando se dio cuenta de que I-Cinco se había ido detrás de Teedle. Los demás también se dieron cuenta.

—¿Algún problema, I-Cinco? —preguntó Klo Merit.

—Es preciosa —dijo I-Cinco con adoración.

Todos se lo quedaron mirando. Jos dejó el vaso sobre la mesa con tanta fuerza que salpicó en el plato de patatas fritas.

—I-Cinco… ¿estás diciendo que te atrae Teedle?

El androide siguió mirando a Teedle, y luego, de repente, pasó a concentrarse en sus cartas.

—No —dijo alegremente. Alzó la vista, y Jos hubiera jurado que sus rasgos inmóviles se habían contraído para generar una mueca astuta—. ¿Pero a que casi os engaño?

Los otros se echaron a reír. Jos sonrió.

—Maldito cacharro bañado en cromo… debería…

—Deberías callarte y jugar —le interrumpió Tolk de buen humor, mirando alrededor—. ¿Dónde está el Tiburón Crupier?

El otro nuevo androide de la cantina, y Jos seguía sin estar seguro de si era una mejora, era un crupier automático de sabacc, un Tiburón Crupier RH7-D. Era una versión móvil de menor tamaño de un autómata de gran casino que bajó flotando del techo para detenerse sobre la mesa gracias a sus retropropulsores. Barajó las cartas con movimiento veloz, y las puso sobre la mesa.

—Corte —dijo a Jos con su áspera voz electrónica.

Jos cortó las cartas sin hacer ver lo mucho que le desagradaba el tono del androide. El Tiburón Crupier repartió dos rondas con sus apéndices manipuladores.

—Estándar de Bespin —anunció—. Primera ronda. Hagan sus apuestas, caballeros.

Oye —le replicó Tolk, alzando la vista para mirarle—. Límpiate los fotorecptores y vuelve a intentarlo.

Disculpe, señora —dijo el Tiburón Crupier con decisión—. Apuestas, por favor, distinguidos seres.

—Tampoco ha mejorado mucho —gruñó Tolk mientras miraba sus cartas. Habían estado hablando del último fichaje del equipo de cirugía.

—El problema del nuevo ha sido obvio desde el principio —comentó Den mientras tiraba al bote un chip de créditos—. Es demasiado joven para entrar en la cantina. Así que supongo que tardará bastante en jugar al sabacc.

—No es tan joven —dijo Barriss—. Y está muy lejos de casa. —Añadió su opuesta al bote y se dio cuenta de que Jos, Tolk, Den y Klo la miraban sonrientes—. ¿Qué pasa?

Deberías avergonzarte —dijo Den con severidad fingida—. Siendo una Jedi…

—Estoy alucinado —añadió Jos. Sonrió aún más al ver que ella se ponía roja, lo cual producía un bonito contraste con sus tatuajes faciales.

No quise decir que… —comenzó a decir ella, y miró a Den—. Tienes la mente sucia, Den. Nunca cambiarás.

El periodista se encogió de hombros.

—Es difícil, viviendo en un planeta tan sucio.

—Lo que quise decir —continuó Barriss— es que deberíamos hacer todo lo posible por incluirle en este tipo de cosas. Le haría sentirse más aceptado.

—Tiene razón, por supuesto —dijo el equani—. La adolescencia, sobre todo la humana, es difícil de aguantar sin apoyo.

—¿Pero cuántos años tiene? —preguntó I-Cinco—. Confieso que el cálculo de edad es algo para lo que no me programaron intensivamente.

—Serías un androide canguro espantoso —le dijo Tolk.

—Algo por lo que doy las gracias al Sumo Hacedor.

—Tiene diecinueve años estándar —dijo Klo Merit—. Es un poco niño prodigio, según creo. El primero de su promoción en todos los cursos, se licenció con matrícula de honor. Estuvo de interino en…

—En el Gran Zoo —terminó Jos—. Casi todos hemos visto al Chico maravillas trabajando. Es muy bueno.

—Yo doy fe de eso —dijo Barriss—. Me planto.

—Por favor, cambien de mano, señoras —dijo el Tiburón Crupier.

Todos se quedaron mirando al androide flotante.

—Hay que fastidiarse —dijo Jos, negando con la cabeza—. El que le encasqueto este androide a Nars le vio venir.

Den miró a su alrededor.

Puede que los nuevos androides se ganen el sueldo —dijo—. Hace tiempo que no veía aquí tanta gente. Y a algunos ni siquiera los conozco —señaló una mesa en una esquina, en la que había tres seres enzarzados en una intensa discusión.

Klo Merit miro y frunció el ceño.

—Reconozco a dos de las especies, aunque no a los individuos. El kubaz, por supuesto, y el umbarano también. Pero la otra no me suena de nada.

—Es una falleen —dijo Jos—. Tienden a aislarse. Descontando a algunos peces gordos que viven en Coruscant, no suelen verse fuera de su planeta. Me pregunto qué hará aquí.

—Por si acaso, tú no te acerques mucho a ella —le advirtió Tolk con una sonrisa socarrona.

Den se quedó de piedra.

—Los falleen exudan feromonas —le explicó Jos—. Una sustancia fuerte que afecta a casi todas las especies. Suele advertirse por cambios cromatoforicos en la pigmentación. Se dice que pueden mezclar precursores e influir en los niveles endocrinos.

—Gracias. Ahora me lo has dejado más claro que el agua… del pantano.

—Pueden manipularte con su sudor —le dijo Tolk.

Den parpadeó.

—Entonces tienen que ser realmente carismáticos con este clima.

I-Cinco tiró una tarjeta al bote de sabacc.

—Subo.

Jos miró sus cartas y frunció el ceño.

—Creo que vas de farol, hombre de hojalata.

—Y yo creo que estás sudando la gota gorda, hombrecillo enclenque.

—¿Y quién no? Veamos las cartas.

Los jugadores mostraron lo que llevaban. Jos sonrió socarrón. Llevaba un Comandante de monedas, una Dama de sables y una Sota de pentagramas. Puso la mano en el campo de interferencia emitido por el Tiburón Crupier, congelándolo.

—¿Alguien se ha acercado más que yo? ¿No? Eso es lo que yo…

—A menos que mi módulo matemático haya sufrido daños graves —dijo I-Cinco—, creo que mi mano vence a la tuya.

Jos miró hacia abajo. Se quedó boquiabierto. La mano del androide consistía en un Idiota, un tres de pentagramas y un dos de sables. Tenía un Idiota, la única mano que vencía a todas las demás, incluso a un sabacc puro.

—Esto no es justo —dijo Jos quejumbroso, mientras I-Cinco recogía sus ganancias— … ¿Para qué necesita un androide unos créditos?

—¿No os lo he contado? —respondió el androide—. Me vaya ver a la Hechicera de Tund para comprarme un corazón y un cerebro.

Jos no respondió. El comentario le recordó de repente a CT-914 el soldado clon cuya vida salvó en la SO, para enterarse poco después de que había caído junto al resto de su guarnición en un ataque sorpresa de los separatistas. Fue CT-914 y, en menor medida, I-Cinco, el que despertó la conciencia de Jos en lo referente a que los clones y, según las circunstancias hasta los androides y otras inteligencias artificiales, debían considerarse seres conscientes de sí mismos y, por tanto, merecían los mismos derechos.

Era algo que él siempre había sabido, pero que mantenía inconscientemente en segundo plano, sin tener realmente en cuenta sus implicaciones morales. Los clones se creaban para luchar en las guerras, y en su código genético se grababan muy pocos deseos más. No temían a la muerte, cuando entraban en combate les invadía una sensación de logro y satisfacción y solo tenían los receptores de dolor justos para ser conscientes de las acciones que podrían provocarles el sufrimiento o la muerte.

Hasta que conoció a CT-914 creía que los clones eran incapaz de crear lazos emocionales entre ellos o con seres de otras especies, pero CT-914 sentía un amor de

hermano por su compañero CT-915, y cuando este murió, Jos fue testigo del sufrimiento del primero.

Asimismo, I-Cinco, con las funciones de su módulo cognitivo ampliadas y los inhibidores de creatividad desactivados había impresionado a todos en repetidas ocasiones con su «humanidad». Aunque todo aquello había vuelto del revés su visión de las cosas, Jos se sentía agradecido porque esa definición amplia del ser humano le llevaba directamente a poder abrazar, de manera tanto literal como figurada, a Tolk como compañera, aunque ella fuera una esker no permitida.

Por fin se había dado cuenta de que amaba a Tolk. Independientemente de las consecuencias que tendría casarse con una extranjera, estaba decidido a hacer caso a su corazón en aquel aspecto. Pero no podía evitar preguntarse qué pensaría de aquel asunto el nuevo comandante, su tío abuelo Erel.

Pronto lo averiguaría. Mientras el androide de casino se preparaba para otra partida, un oficial bothano se acercó a la mesa.

—El almirante Keros solicita su presencia, capitán Vondar. Por favor, acompáñeme.

8

—Hlegz Sumteh Kersos Vingdah —dijo el almirante—. Than donga sinyin.

—Sumteh Vondar Ohlegz… dohn donga —respondió Jos, dudando un momento, Hacía casi diez años de la última vez que habló la Alta Lengua. En aquellos tiempos casi todo el mundo hablaba Básico. De pequeño sólo había usado el viejo idioma ceremonial en los Días de Purgación.

Su tío abuelo parecía cansado. Le hacía mucha falta un afeitado y llevaba desabotonada una solapa del uniforme. Como no llevaba la máscara quirúrgica, esta vez Jos pudo apreciar cierto parecido familiar. En algún momento de su infancia, su primo y él descubrieron en los archivos familiares fragmentos de hologramas rotos: imágenes hechas añicos de, entre otros, el joven que había ignorado su legado y fue repudiado por la familia que había abandonado. Repasaron los fragmentos como si fueran ventanas abiertas al pasado, obteniendo atisbos de un joven que seguía plasmado en los rasgos de aquel hombre de edad.

La verdad era que Jos no debería ni dirigirle la palabra a Erel Kersos, salvo en su calidad de militar subordinado a un oficial superior en rango. Su tío abuelo Erel seguía siendo un no permitido: la invisibilidad social y personal no disminuía con el tiempo, ni siquiera con la muerte, pero lo cierto es que, dada la relación que Jos mantenía en aquel momento con una esker y su decisión de mantenerla a toda costa, ya no le parecía una infracción tan grave saltarse la prohibición de hablar con un pariente rechazado.

Además, allí no había nadie de su planeta natal para verlo. Y la razón por la que Erel Kersos había sido expulsado de los clanes era de vital interés para Jos: el hombre contrajo matrimonio con una esker.

Estaban solos en el despacho de Vaetes. Jos tenía cientos de preguntas que hacer a su tío abuelo, y la primera era muy concreta. Allí, en pie, incómodo y preguntándose si debía ser el primero en hablar, se acordó de repente de la primera vez que su padre le habló de los extranjeros…

A los seis años, Jos no había salido de su planeta, y la única vez que había visto alienígenas fue de lejos. Así que se quedó de piedra cuando el tema salió en la cúpula de recreo del colegio. Una de las pocas noches que su padre no se quedó trabajando en la clínica y volvió pronto a casa, decidió preguntarle.

Le costó reunir valor para acercarse a él. No es que fuera un hombre violento, y Jos no dudaba en absoluto de su amor de padre, pero era «grande». Cuando estaba de pie, era como una torre aliado de Jos. Y hablaba alto, muy alto, pero nunca cuando se dirigía a su hijo.

En retrospectiva, estaba claro que su padre no estaba preparado para mantener aquella conversación. Jos recordaba que cuando se acercó y le contó lo que le habían dicho sus compañeros, su padre dejó de hacer lo que estaba haciendo —leer el periódico de la noche, según recordaba Jos— para, ligeramente sorprendido, mirar a su hijo.

—Bueno, hijo, aparte de ser de una casta distinta, cosa que es como la diferencia entre un blethylino y un tarkalino, que parecen iguales, pero tienen colores y tamaños distintos… Aparte de eso, no tienen las mismas creencias que nosotros. Son… —buscó una palabra adecuada, y finalmente la encontró— menos «puros». Mezclan cosas que nosotros no mezclamos, y eso incluye la gente con la que se… bueno, con la que se casan.

Jos asintió, sin comprender lo que su padre quería decir, pero consciente de que el tema lo incomodaba mucho.

—Ajá.

—No son… «malos» —le dijo su padre—. Sólo… «diferentes».

—¿Cómo, papá?

Su padre frunció el ceño.

—A ti te gusta la mantequilla de salcahuete en el pan, ¿verdad?

—¡Sí! —la que era fresca de la granja, con los frutos recién abiertos.

¡Bien extendida era la mejor merienda!

—Y también te gusta la mermelada de frutazul, ¿no?

—Sí… —no era tan buena como la mantequilla de salcahuete, pero seguía siendo una golosina.

—Pero si mezclas la mantequilla de salcahuete y la mermelada de frutazul no te gusta, ¿a que no?

—Pues no —era cierto. Los dos sabores, que individualmente eran maravillosos, en conjunto provocarían náuseas a un gato de las arenas. Era de lo más injusto.

Bien —dijo su padre—. Pues eso es lo que pasa con los ensters y los eksters. Que no combinan bien.

—Pero, papá, no todos somos iguales, como la mantequilla de salcahuete Y la mermelada de frutazul, no se puede…

Su padre le interrumpió.

—Lo entenderás cuando seas mayor, Jos. No te preocupes ahora por eso. Ahora, décadas más tarde, estando allí, en pie, frente a su repudiado tío abuelo, Jos comprendió mucho mejor lo que le había querido decir su padre. En casa, aquella actitud era normal, pero a los de fuera les parecía xenofobia, racismo y cosas peores. Llevaba años esquivando el tema. Los extranjeros comprendían las complejidades de los suyos, así que hablaban desde la ignorancia. Eran dignos de compasión, más que de miedo o de burla. Y pese a pasar por Coruscant y Alderaan, pese a las docenas de seres que había operado, pese al tiempo que llevaba sin hablar en la Alta Lengua y sin observar los Días de Purgación, por muy galactopolita que se considerase, la prohibición, la barrera entre los suyos y los demás, seguía vigente en su interior a un nivel profundo, tan profundo que ni siquiera se había dado cuenta de la fuerza que ejercía sobre él.

Pero entonces se enamoró de Tolk, una enfermera lorrdiana que no era de su planeta, ni de su sistema, algo considerado letal para cualquier posible relación a largo plazo. En

palabras de muchos seres mayores y débiles a los que había tratado: «se había caído y no se podía levantar».

Y no estaba seguro de querer hacerlo.

—Adelante —le dijo su tío abuelo y almirante. Su voz era potente, una voz que sabía dar órdenes, pero amable al mismo tiempo—. Adelante.

Pregunta.

Jos le miró de hito en hito.

—¿Mereció la pena?

Hubo un silencio mientras los dos hombres se miraban fijamente, y el mayor sonrió.

—Sí. Y no —se sentó con un suspiro en el asiento de Vaetes—. Durante seis gloriosos años estuve seguro de que sí.

Jos alzó una ceja. Su tío le indicó que tomara asiento como él, y así lo hizo.

—Feleema, mi esposa, murió en un accidente de tren de levitación magnética en Coruscant, a los seis años de casarnos. Ella y cuatrocientos seres más. Fue rápido. Un superconductor falló, los seguros se estropearon y el tren descarriló a trescientos kilómetros por hora. Chocó con un polígono industrial desierto en el hemisferio sur. No hubo ni un superviviente, en ninguno de los vagones.

—Lo lamento. —Su tío abuelo asintió.

—Gracias. Han pasado más de treinta años. Nadie de la familia me lo había dicho nunca. Ni eso ni nada.

Jos estaba callado, conmovido por la pérdida de aquel hombre.

—Y así me quedé —prosiguió Erel Keros—. Un teniente novato al servicio de la República, con una esposa muerta y una familia y una cultura que ya no me reconocían como suyo. No tuvimos hijos. No podía volver a casa. Así que me dediqué a trabajar y me construí una carrera en el ejército. —Sonrió, y Jos pensó que había cierta amargura en aquel gesto—. Y supongo que por eso he acabado aquí, casi cuarenta años después.

—Podrías haber reingresado.

—Para eso tendría que haber renegado de mi mujer muerta. No podía hacer algo así. Y no hubiera podido aceptar a una familia que me pidiera algo así.

Hubo otro silencio, especialmente incómodo para Jos. Entonces Erel Keros le miró fijamente a los ojos, y aquello fue peor todavía.

—Jos, tienes que plantearte esto muy seriamente.

Jos pestañeó. ¿Acaso el viejo podía leer la mente? ¿Acaso no tenían ya suficientes mentalistas en el campamento?

—Me enteré de que estabas en el planeta antes de solicitar esta misión.

Yo… pregunté por ti. Sé por qué quieres hablar conmigo. Sé lo tuyo con la enfermera lorrdiana.

Jos sintió un súbito acceso de ira. Keros debió de darse cuenta y negó con la cabeza.

—No te alteres, hijo. No te estoy diciendo lo que tienes que hacer o lo que no. Sólo te ofrezco mi experiencia. Cuando decidí casarme con Feleema jamás miré atrás. Era joven

y valiente, y yo pensaba que por ella merecía la pena que toda mi familia me repudiara. La tenía a ella… No les necesitaba.

»Pero de repente ella desapareció… y tampoco los tenía a ellos —hizo una pausa—. La familia a veces es más importante de lo que creemos. Sobre todo cuando sigue ahí, pero no para ti. Suceden cosas. La gente cambia se separa, por todo tipo de razones. Y se muere. La mujer que hoy amas puede llegar a convertirse en alguien insoportable para ti dentro de cinco diez o quince años. O quizá ni siquiera esté ahí. No hay garantías de nada:

Jos asintió.

—Lo sé, pero dime una cosa: si te enfrentaras de nuevo a esa decisión sabiendo lo que sabes ahora… ¿harías lo mismo? ' Su tío abuelo sonrió, pero no hubo felicidad en aquel gesto.

—Yo no soy tú, Jos. Yo cometí mis errores… Tú cometerás los tuyos.

—Esa no es una respuesta.

El hombre se encogió de hombros.

—Quizá no, pero es cierto —se detuvo un momento—. Hay veces en las que no tengo ninguna duda: sí, volvería a hacer exactamente lo mismo. Los seis años con Feleema fueron mucho mejores que seiscientos con mi familia.

»Pero ha habido ocasiones en las que también me pregunte: ¿Cómo había sido ver crecer a los hijos de mis hermanos? Los sobrinos que nunca conocí, que nunca he visto, y de cuyo nacimiento ni siquiera he tenido noticia. No pude regresar para el funeral de mi padre. Mi madre sigue viva… lo averigüé gracias a los bancos de datos censales, pero para ella estoy muerto. La decisión que tomé fue sencilla, tan sencilla como irrevocable, pero no fue fácil. Y el tiempo tampoco la hizo más fácil. Hay un viejo dicho, Jos, quizá lo conozcas: afeitar a un wookiee no es fácil.

Jos suspiró. Era justo lo que necesitaba oír.

9

Cuando Jos se levantó de la mesa, los jugadores que quedaban empezaron a hablar del nuevo comandante Erel Keros por unos minutos.

—Me parece bastante más eficiente que el almirante Bleyd —dijo Barriss.

—Una criatura de las nubes de Bespin hubiera sido más eficiente que aquel inútil —dijo Den—. Pero nunca encontraron a su asesino. Una razón más para dormir tranquilos.

El Tiburón Crupier comenzó a repartir de nuevo. Den alzó una mano.

—Lo dejamos. Nos limitaremos a terminarnos las copas.

El androide del casino no le hizo caso.

—Doble mano de Dantooine —dijo—. Hagan sus apuestas, por faaaaavoooor…

La voz del Tiburón Crupier empezó a zumbar de repente, mientras sus apéndices manipuladores se desplomaban lentamente. Cayó lentamente en espiral, hasta una base de descanso en una mesa vacía cercana. Los jugadores se miraron asombrados entre sí. Entonces, se giraron a la vez hacia I-Cinco.

—¿Qué has hecho? —le preguntó Barriss.

Si los androides hubieran podido encogerse de hombros, I-Cinco lo hubiera hecho.

—Lo he apagado. No es que tuviera mucha conversación.

—Pero si no estabas cerca de él —dijo Den.

—Cierto. Pero no era necesario. Me limité a dirigir un rayo de microondas a uno de sus receptores EM y le sobrecargué un capacitador. Sabía que iniciaría el modo de apagado de emergencia.

—Quizá no sea tan buena idea emborracharte —musitó Den—. Ya eres bastante peligroso estando sereno.

Los otros tres miraron escépticos al sullustano y al androide.

—¿Y por qué ibas a querer emborrachar a un androide? —preguntó la Padawan.

—Es que no es cualquier androide —Den se puso en pie y paso un brazo por los hombros de I-Cinco, un logro únicamente posible porque el androide seguía sentado—. I-Cinco tiene que echar un cable al aire.

—Gracias —dijo I-Cinco—. Es un gesto muy considerado, pero creía que hablamos llegado a la conclusión de que eso era imposi…

—Quizá pueda conseguirse —intervino Klo Merit—. Variando la señal del oscilador para que los armónicos de fase emitan una multipulsación en lugar de una configuración de onda estándar.

Todos se giraron y se quedaron mirando al mentalista. Merit extendió sus manos de cuatro dedos, el vello corto del anverso se oscurecía al acercarse a las palmas curtidas.

—¿Qué pasa? ¿Es que sólo puedo destacar en una cosa?

—Podría funcionar —dijo I-Cinco, pensativo—. El patrón de retroalimentación no lineal establecido podría crear una nueva respuesta heurística.

—El procesador de la red sináptica tendría que estar en modo de reducción de electrones —señaló el equani.

—Por supuesto. Eso no hay ni que decirlo. Quizá la programación podría diseñarse para…

Den miró suspicaz a Merit.

—¿Dónde aprendió todo ese galimatías? y no mienta a un periodista… siempre nos damos cuenta.

Merit sonrió.

—Tuve varios empleos antes de decidirme por el mentalismo. Estuve seis meses trabajando como técnico de cableado para Industrias Automaton.

Den se encogió de hombros.

—Menuda sorpresa —se giró de nuevo hacia I-Cinco—. ¿Qué tal si lo Intentamos? y para asegurarnos de que no vuelas en solitario, yo seré tu copiloto —señaló a la androide camarera, que avanzó sobre su única rueda en su dirección—. Oye, Teedle, tráeme un pangaláctico…

—¡Silencio! —Tolk tenía la cabeza ladeada como si escuchara. Una postura que todos conocían bien. Un sonido comenzó a oírse en el repentino silencio de rumores acallados… un sonido que conocían demasiado bien.

—¡Aeroambulancias! —Tolk salió rápidamente de la cantina, seguida de Barriss. Merit también salió, moviendo su corpachón con sorprendente facilidad y rapidez.

—Parece que habrá que posponer un poco el viaje a las fronteras de la ciencia —dijo I-Cinco a Den mientras se acercaba hacia la puerta—. Pero tenlo en mente.

El resto de los parroquianos también se marchaba ya, dirigiéndose a sus distintos puestos. Sólo los tres seres del rincón, el kubaz, el umbarano y la falleen, permanecieron donde estaban.

Den se encogió de hombros, y se puso cómodo para esperar su copa.

~

Estaban en la cantina, rodeados por la multitud del almuerzo de mediodía, ocultos a plena luz del día, como a Kaird le gustaba estar.

Kaird, que seguía llevando su disfraz de kubaz y daba gracias al Gran Huevo por el hecho de que volviera a funcionar el aire acondicionado, se recostó en el respaldo y miró a sus dos potenciales empleados. Éstos también le miraban con lo que a él le parecían caras inexpresivas. Siempre le había costado leer esos bultos y huecos de carne que servían de cara a la mayoría de los humanoides, pero no cabía duda de que iban a aceptar el empleo. Si eras un renegado y Sol Negro te hacía una oferta, no te interesaba decir que no.

Pero la cuestión era si serían capaces de llevar a cabo la misión. Pidieron unas copas, y entonces, antes de que Kaird pudiera decir nada, la falleen habló:

Está bien. Lo haremos. Pero ¿qué beneficio nos corresponderá?

—¿Ya está? —dijo Kaird, algo decepcionado. Se esperaba al menos un tira y afloja, aunque fuera fingido.

—Eres de Sol Negro —dijo Thula—. ¿Acaso parecemos estúpidos? —¿Cómo? ¿Cómo lo conseguiréis?

Ante la mirada de Kaird, la falleen empezó a cambiar el color de su piel verde pálido, derivándola hacia un tono rojizo anaranjado más cálido. Y, casi inmediatamente, Kaird sintió que un potente deseo bullía en su interior. Una atracción tan fuerte hacia ella que apenas podía resistirla.

Era la misma atracción que había sentido previamente, pero multiplicado por cien. Y sabía la causa. Las feromonas. Unos agentes químicos liberados únicamente para provocar reacciones emocionales en los demás. Varias especies que las empleaban, unas para comunicarse, otras para marcar territorio… y algunas para potenciar su atracción sexual.

Thula sonrió. Sabía perfectamente cómo le afectaban las feromonas.

—Así es como lo conseguiremos —dijo ella—. El ejército subcontrata civiles de vez en cuando, sobre todo cuando tienen los credenciales adecuados. Y resulta que tanto Squa como yo tenemos unos documentos excelentes, los mejores, que dan fe de nuestra capacidad en varias disciplinas diferentes. Entre ellas se cuentan el despacho de envíos y el control de sistemas. Si hubiera un… jefe que se sintiera atraído por mí, estoy seguro de que podríamos conseguir que nos colocaran en el sistema de envíos.

—Pero ¿y si la persona al cargo es hembra? ¿O de otro sexo distinto? —preguntó Kaird—. Como los triparatos de Saloth, del cúmulo estelar Millos. ¿Habéis oído hablar de ellos?

Los dos se miraron tranquilamente.

—No, en absoluto —dijo Squa Tront—. Nadie ha oído hablar de ellos porque te los acabas de inventar.

Kaird se rió, y su máscara emitió ruidos jocosos y regurgitantes que indicaban alegría en los kubaz. Aquellos dos parecían realmente imperturbables, cualidad esencial en un contrabandista.

Thula señaló a su socio.

—En cualquier caso, por si nos topamos con el sexo débil, Squa tiene cierto talento en ese campo. Sus métodos difieren de los míos, pero el resultado es el mismo —la falleen sonrió—. ¿A que no lo parece a simple vista?

—Lo lamento —dijo Squa—. Entre los de mi especie se consideraba que tengo un atractivo bastante por encima de la media.

—Tampoco es para fanfarronear —dijo Thula, pero sonrió al decirlo y Squa le devolvió la sonrisa.

Kaird detectó cierto cariño en la voz y la expresión de la falleen que reflejaba el de su campanero. Una extraña pareja, realmente.

—Una vez contratados —dijo Thula— estaremos en posición de influir en los que tengan acceso directo al producto. Pan comido. Pero… ¿qué precio tiene eso para Sol Negro?

Ah, ya llegaba la parte divertida. Tenía bastante margen para transacciones como aquélla. El estándar era un dos por ciento, pero podía subir hasta un cuatro. Empezaría ofreciendo un uno por ciento de la red, que podría endulzar con un pequeño avance, cinco mil créditos o algo así…

—Dejemos de rodear la cuestión como si fuéramos toydarianos —dijo Squa con su voz seca y rasgada—. ¿Qué te parece que nos llevemos el… cuatro por ciento? y un pequeño avance de unos… cinco mil créditos.

Kaird negó con la cabeza y se maldijo a sí mismo para sus adentros. Era difícil regatear con alguien que tenía habilidades empáticas o telepáticas. Aunque tenía un escudo antitelepatía bastante bueno cuando se concentraba, se había relajado y lo había bajado. Le habían dado una buena lección.

La extraña pareja tenía cierto atractivo, al margen de sus hormonas y sus habilidades mentales de manipulación. Eran un par de pícaros con encanto. Eso era algo Valioso. Los sentimientos, los pensamientos e incluso los sentidos podían engañarse de muchas formas, pero el carisma espontáneo era algo escaso.

—Hecho —dijo él—. Pero dado que podéis ver cosas que no deberíais ver, sabéis lo que os pasará si hay algún problema. Si, por ejemplo, decidierais, de repente ocultar cien kilos de bota para poner un negocio propio, ya podéis ver lo que pienso sobre ello.

Squa empalideció aún más, como si eso fuera posible. Tragó saliva con dificultad.

—Eso es algo que no haríamos ni en sueños —dijo.

—No somos estúpidos ni codiciosos, razón por la cual seguimos vivos —añadió Thula, con la piel otra vez en su tono verde normal—. No hay que ser fabricante de armas para reconocer un arma cuando la ves. Nosotros hacemos el trabajo y sacamos, un dinero, vosotros os sacáis un dinero y todos contentos. Y quizás algún día Sol Negro quiera plantearse volver a darnos trabajo.

Kaird sonrió tras la máscara, lo cual, tras un instante, se tradujo en el equivalente kubaz: la pequeña probóscide se rizó sobre sí misma.

—Siempre es un placer hacer tratos con profesionales —dijo él—. Me quedare en el planeta hasta que os instaléis y la cosa se ponga en marcha pero luego será todo vuestro.

Alzó una mano con la palma hacia abajo, signo tradicional de los kubaz para sellar un trato.

Tanto Thulu como Squa Tront repitieron el gesto.

¡Excelente! Unos cuantos días, una semana o dos, y Kaird podría largarse dejando atrás una nueva operación en marcha, mientras ponía rumbo a lugares y cosas más interesantes.

Volvía a su dormitorio para cambiarse de disfraz, cuando sucedió algo extraño: una suave brisa le rozó mientras avanzaba por el complejo. Pudo sentirlo incluso a través del disfraz grueso y caluroso; apenas duró un instante, tan poco tiempo que no estuvo seguro

de haberlo imaginado. Se detuvo y miró a su alrededor, pero allí no había nada de nada, no tenía a nadie cerca.

Frunció el ceño. La máscara lo convirtió en una mueca kubaz, curvando la trompa facial para enrollarla cerca de la barbilla. Kaird no se dio cuenta, ¿una cuenta corriente de aire tan fría como para percibirla pese a todo lo que llevaba puesto? ¿Que procedía, aparentemente, de ninguna parte? Aquello no era normal. Y los agentes de Sol Negro que querían llegar a la vejez no conseguían su objetivo ignorando ese tipo de cosas.

Alzo la vista por pura intuición. El cielo lucía su típica banda de colores: verde claro, amarillo, un poco de azul y rojo. Las esporas se amontonaban fuera de la cúpula de fuerza y flotaban en pequeñas nubecitas por el campo de energía, en lo alto, pero no lo bastante cerca como para suponer un peligro para la salud.

¿Procedía la brisa de fuera de la cúpula? Negó con la cabeza. Eso no tenía sentido. Porque fuera hacía todavía más calor que dentro.

Kaird siguió su camino lentamente. Algo extraño acababa de ocurrir, y su causa era desconocida. Por el momento.

Pero se encargaría de averiguarlo. Muy pronto.

10

El anuncio se oía por los altavoces de hipersonido como si una voz tranquila hablara personalmente con cada uno de los seres de la base. Pero el orador, era un ugnaught, y su acento denso, en un Básico destrozado, hacía difícil descifrar las palabras.

—Atención, En tré díah localeh, Ocio HoloRed en, estoooo, colab… colaboración con la Asociación Benéfica del Ejército de la República, leh traerá al Jasod Revoc y su Revista Galáctica, sí, sí. Y el Epoh Bahb, Lili Renalem, Annloc Yerj, Eyar Marath y Figrin D'an y los Nodos Modales.

Uli, que examinaba una lectura de cefaloscáner en su monitor de mano, frunció el ceño y miró a Jos.

—¿Qué ha dicho?

—Que el carnaval viene a la ciudad. Los soldados estarán entretenidos, y en teoría nosotros también. A menos que nos pille metidos aquí, jugando al quién es quién con las vísceras.

Jos hizo una seña al FX-7 que estaba de guardia para que se encargara de la resección del soldado que tenía en la camilla. Había tardado casi cuarenta y cinco minutos en quitarle toda la metralla incrustada en el mediastino. La extracción de metralla era la causa de casi toda la acumulación de trabajo que tenían en el Uquemer. Más que los disparos de lanzacartuchos, las lesiones por disrupción sónica, por vibro cuchillas o por cualquier otro cosa del catálogo letal que había en la jungla. Calculaba haber extraído unos diez kilos de metal retorcido de las entrañas de varios soldados. El daño era siempre terrible. Un pedazo de duracero viajando a una velocidad cercana a la del sonido impactaba contra el torso de un cuerpo como un reek enloquecido por el hambre, y su mordisco era aún peor.

—No sé tú —continuó él—, pero yo necesito desesperadamente echarme unas risas. Según me han dicho, los de Revoc son bastante buenos —sonrió a Uli—. Por supuesto, puede que el tipo de música que tocan te resulte algo indigesto…

—Yo siempre estoy a favor de un buen grupo —dijo Uli—. La saltomusica me encanta. Ahora mi meta es encontrar a alguien con quien ir. A ser posible, una humanoide basada en el carbono, hembra; aunque después de tres semanas aquí estoy aprendiendo a no ser quisquilloso.

Jos asintió pensativo mientras se quitaba los guantes y el delantal en la cámara de postoperatorio. ¿De verdad habían pasado ya tres semanas de la llegada de Uli? Se dio cuenta de que hacía tiempo que no pensaba en Zan y sintió una punzada de remordimiento. ¿Por qué?, se preguntó a sí mismo. Cualquier buen médico sabe que la pérdida acaba por sanar… el dolor es un proceso. Zan lo hubiera querido así, pero seguía sintiendo una culpa oscura. La verdad era que Uli, pese a ser tan joven, era bastante buen compañero. Era limpio y, al ser tan organizado, había inspirado a Jos para estar a su vez un poco más pendiente de su entorno inmediato, para que al menos las paredes no

resultaran como peludas al tacto. Lo cierto era que tenían una perspectiva diferente sobre muchas cosas, pero, al contrario que la mayoría de la gente de su edad, Uli no era dogmático en sus creencias, y ambos solían mantener interesantes conversaciones de todo tipo de temas, desde política galáctica hasta sus restaurantes favoritos en Coruscant. Jos prefería el elegante y caro Zotique, mientras que Uli se inclinaba por una tasca grasienta llamada el Comedor de Dex. Sin duda, el nuevo compañero había ayudado a aliviar la falta del antiguo.

Tres semanas. Casi el tiempo que había pasado desde que el almirante Keros tomara el mando. Su tío abuelo todavía no había conocido a Tolk a excepción del breve encuentro en la So. Diversos deberes administrativos habían mantenido a Keros la mayor parte del tiempo en el MedStar que orbitaba el planeta. Aunque Keros era culpable del mismo pecado que Jos pensaba cometer, tenía miedo de que su tío abuelo no aprobara a Tolk, o que a Tolk no le cayera bien su pariente. Sinceramente, no estaba seguro de cual de las dos cosas sería peor.

Bueno, los dos acabarían por encontrarse en el evento social de Ocio Holored. Y no estaba nada seguro de querer estar allí, o en alguna otra parte del mismo hemisferio, cuando eso ocurriera.

~

Columna miró el mensaje descodificado del monitor, sintiéndose algo mareado por el contenido. Los poderes fácticos habían ordenado un curso de acción inminente que conllevaba violencia, por mucho que el espía odiaba la idea.

Y era violencia extrema.

Los separatistas querían el planeta y su valiosa bota. Su intención era desequilibrar en su favor la precaria balanza del poder, y el modo en que pensaban conseguirlo era, en una palabra, despreciable.

Solo pensar en las consecuencias de aquella acción le producía náuseas. Columna no sería el único responsable de realizar aquel sabotaje. Aun así, el espía tendría que instigar un elemento vital del plan en el momento adecuado y el resultado inevitable sería la pérdida de una parte de las fuerzas de la República, quizá de muchos soldados, y una gran cantidad de no combatientes. Si, la mayor parte del personal era militar, pero eso se debía al reclutamiento; Columna había conocido muy pocos médicos que eligieran unirse voluntariamente al ejército o la Marina. Aunque siempre había gente que consideraba válido el servicio militar, todos los que ayudaban a los heridos y a los enfermos, sobre todo los cirujanos, los médicos, las enfermeras y el personal de apoyo técnico, habían sido reclutados. No tenían elección: o te reclutaban o te encarcelaban. Algunos optaban por esto último, pero eran minoría, La guerra acabaría algún día, ganasen o perdiesen, y entonces los presos que sobrevivieran regresarían a casa, de vuelta a sus vidas. Pero elegir la cárcel en lugar del ejército era una decisión que podía acompañar a una persona

a lo largo de toda su vida. No era fácil. Antes de que empezase la guerra, untos de que hubiera un agente con el alias de Columna o Lente, la persona que usaba ambos nombres había conocido a objetores de conciencia que se habían posicionado en contra. Algunos pudieron resistir: otros se quebraron bajo el peso de su propia decisión, aplastados como un picotón bajo una bota.

Columna suspiró. En tiempos así, sólo había que pensar en las metas a largo plazo. Las personas y los objetos cercanos estaban borrosos y, al igual que las partes más pequeñas de la materia, no aguantaban un examen detallado. Mirarlos demasiado de cerca, sabiendo lo que iba a ocurrir, era flirtear con la locura. ¿Cómo podía sonreír a los que tenía a su alrededor, interactuar con ellos, compartir sus esperanzas, sus sueños y sus frustraciones, mientras participaba en una confabulación que acabaría con las muertes de al menos algunos de ellos?

No, la fealdad inmediata tenía que ser ignorada. Ya tendría tiempo de lamentarse cuando todo aquello hubiera acabado, cuando la República cayera de un vez por todas y los errores del pasado, antiguos pero no olvidados, fueran subsanados.

A veces los tópicos contienen algo de verdad. Por eso se convierten en tópicos. En ese caso, hay ocasiones en las que el fin justifica completamente los medios, independientemente de lo atroz que puedo parecer entonces.

Así era como había que contemplar el problema. Si cambiaba de perspectiva se quedaría inmovilizado. Y, pasara lo que pasara, la República tenía que perder aquella guerra.

Tenía que perderla.

~

Tolk se sentó en el catre de Jos y se secó el pelo húmedo con una toalla de sintotela.

—El secador sónico de tu baño vuelve a estar averiado —dijo ella. Tumbado en la cama, contemplándola, Jos sonrió.

—No me digas. Haré que el androide mayordomo llame inmediatamente al androide mecánico —dijo él imitando el acento pijo del cuadrante Este de Coruscant—. Espero que no hayas sufrido demasiado en tan terribles y agrestes circunstancias, querida.

Ella le devolvió la sonrisa, se terminó de secar el pelo y le tiró la toalla húmeda a la cara antes de que él pudiera alzar una mano para evitarlo. Él se rió y ella sonrió aún más.

Entonces, de repente, se puso seria.

—¿Qué pasa?

—Nada —hizo amago de levantarse, pero él la obligó a sentarse de nuevo, agarrándola con suavidad.

—No eres la única capaz de interpretar expresiones, ¿sabes? Venga, cuéntaselo al doctor Vondar.

Ella se mordió el labio inferior.

—El director de los Servicios de Enfermería de la MedStar se ha puesto en contacto conmigo.

—¿Y…?

—Quieren que suba a hacer un cursillo de Educación Médica Continuada en cuidados de cama. Seis horas, entre la práctica y la teórica.

Él se rió burlón.

—¿Una clase de EMC de úlceras de cama? ¿Pero a qué idiota se le ocurrió eso? ¡Aquí no tenemos a los pacientes el tiempo suficiente como para que desarrollen ese tipo de lesiones! y con los campos de masaje no es una… —Lo sé. La orden vino directamente del despacho del almirante.

Jos frunció el ceño.

—Entiendo… ¿algo más?

—Según un viejo amigo de los SEQ, desde esta mañana soy la única enfermera del planeta a la que le han ordenado hacer el cursillo. ¿Qué crees que significa eso?

La respuesta era bastante obvia. ¿Por qué iba a salir una orden del despacho del almirante para que una sola enfermera hiciera un curso que, daba la naturaleza del Uquemer, era bastante inútil?

—El tío abuelo Erel —dijo Jos entre dientes—. Quiere inspeccionarte. Y no quiere que yo esté cerca cuando lo haga.

Ella asintió.

—Es lo que yo pensé.

Jos se sentó en la cama.

—Puedo decir a la MedStar que en este momento no podemos prescindir de ti —dijo.

Ella llegó con la cabeza.

—No. Tarde o temprano tendré que hablar con él. Más vale que sea ya.

Llevo aguantando la respiración desde que me dijiste quién era.

—Tolk… no tienes por qué…

Ella se acercó y le silenció poniendo una mano en su boca.

—Calla. Ya soy mayorcita. No me echaré a llorar si tu tío me mira con mala cara. Si vamos a ser familia… —ella se detuvo—. ¿O te estás pensando lo nuestro?

Él le puso una mano en la mejilla.

—Jamás.

Ella sonrió.

—De acuerdo. Entonces iré a ver al tío almirante y veremos qué tripa se le ha roto. Estaré bien.

—¿Seguro?

—Sé leer las caras, Jos. Al menos sabremos a qué atenernos con él.

El seguía preocupado, y ella pudo apreciarlo en su expresión. Tolk sonrió, le cogió la mano que aún seguía acariciándole la mejilla y la besó en la palma. De repente, la preocupación por su tío dejó de ser la prioridad número uno en su lista de cosas pendientes.

11

Las fragatas MedStar eran lo mejorcito de la flota médica de la República. Estaban equipadas con instalaciones xeno y biomédicas de última tecnología que rivalizaban con las de muchos hospitales planetarios, y diseñadas para admitir pacientes estabilizados en el Uquemer, enfermos o heridos, y continuar con su tratamiento en caso necesario. Se trataba de naves extremadamente caras, y actualmente había pocas en servicio activo. Dada la naturaleza y la duración de la guerra, los astilleros Kuat estaban construyendo más con toda la premura posible.

En la guerra, el camino hacia la victoria, o hacia la derrota, siempre se construía a través de montañas de cuerpos.

Columna, sentado en el transporte que se dirigía hacia la MedStar, miraba por el pequeño y grueso ojo de buey ni verde paisaje que disminuía cada vez más. El gravicampo de la nave garantizaba que los pasajeros y la tripulación permanecieran en una cómoda constante planetaria, pero a juzgar por la velocidad a la que se alejaba de Drongar, el espía calculó que el transporte debía de Viajar al menos a cinco g. El motivo de tan rápido ascenso cm atravesar rápidamente los estratos de esporas. Columna miró por la ventana mientras multitud de colonias de aquellos proto-animalículos unicelulares chocaban contra el transpariacero como insectoides contra un parabrisas. Manchas de color, casi todas en distintos tonos rojizos o verdosos, chorreaban por la superficie gracias a la velocidad de la nave.

En Drongar la vida era tanto mutagénica como adaptogénica, y su tasa de evolución parecía ser más constante que puntual, así como extremadamente rápida. Los estudios demostraban que las especies de aquel planeta poseían un ADN que confería propiedades de diferenciación a casi todas las células de su organismo, permitiéndoles adaptarse a las amenazas medioambientales en un periodo de tiempo asombrosamente corto. Esta rápida mutabilidad era todo un peligro para los alienígenas que acudían al planeta a recolectar bota. Las esporas, las bacterias, los virus, los rizomas y seguro que otros millones de pequeñas formas de vida todavía por descubrir entraban en todo lo que había en Drongar, atascándolo. Una nave viajando a través de las nubes de esporas tenía que darse prisa. Si se demoraba demasiado, la rebosante proto-forma de vida atacaba sus sellos, y a veces llegaba a carcomer el material tan rápidamente como un potente agente cáustico. Podía hacer lo mismo, y solía hacerlo, con los sistemas biológicos alienígenas como pulmones, hígados, riñones, tripas, espiráculos y demás. Por suerte, las concentraciones más dañinas de enjambres de esporas solían estar por encima de las copas de los árboles, lo bastante alto como para que la gente que se movía a nivel del suelo pudiera mantener unas condiciones de vida saludables. Nadie estaba seguro de por qué no descendían. Quizá fuera por las corrientes de aire, pensó Columna. O quizá por el calor. Fuera cual fuese la razón, todos agradecían que la ingente forma de vida drongariana no se ensañara más con los forasteros.

Columna suspiró, sabiendo que si pensaba tanto en la fauna y la flora local era solo para no pensar en la tarea que se le avecinaba. Acarició con un dedo los controles del holoproyector, cambió la imagen de una vista aérea de Drongar a una aumentada de la MedStar que esperaba en la órbita superior geosincronizada. Lo que tenía que hacer no era muy agradable el' eso no cabía duda. Había ocasiones en las que un espía no se limitaba a ser un simple recabador de información. Había ocasiones en las que se le requería un papel más activo. En ocasiones, había que entrar en el territorio del sabotaje. Era parte del trabajo: era difícil, pero era inevitable.

Columna reflexionó por lo que parecía ser enésima vez en aquella triste pero necesaria realidad. Pero pensar en ello no cambiaba nada. Aquello era la guerra. La gente moría en la guerra; algunos se lo merecían, otros no, y por mucho que desearan lo contrario, los espías y saboteadores del campamento enemigo teman que asumir la responsabilidad de los actos violentos.

Si no lo hacía Columna, lo haría otra persona. Le gustaba pensar que ese otro agente podía no tener tantos escrúpulos respecto a la muerte y la destrucción.

No es que Columna se considerase muy escrupuloso: en los últimos meses había sido el responsable directo de acciones que se habían cobrado, vidas y daños materiales. Acciones que, como dijo una vez el revolucionario ithoriano Andar Suquand, eran como «echar arena en las piezas de la maquina». No iban a acabar con la guerra por sí solas, pero sí contribuirían a colapsarlo todo.

En ocasiones, era lo único que uno podía hacer.

La siguiente acción sería como tirar piedras en lugar de arena, al menos localmente. Cuando Columna hubiera terminado, esos engranajes metafóricos He detendrían, los árboles de levas se romperían y las reparaciones requerían tiempo, dinero y valiosa mano de obra; y todas esas cosas serían una china en el zapato de la República. No muy grande, claro, dada la longitud, la profundidad y la amplitud de las Guerras Clon, que era como se empezaba a llamar a todas esas batallas relacionadas, y apenas llamaría la atención. Pero las guerras no se ganan con grandes golpes, sino con muchas pequeñas grietas. Hasta los agujeros más diminutos, cuando se dan en número suficiente, pueden vaciar el contenedor más grande.

Columna miró de nuevo el holoproyector instalado en el respaldo del asiento delantero. La MedStar crecía lentamente en la imagen, completamente sola contra el fondo negro del espacio. Columna suspiró de nuevo. Tenía un deber que cumplir. Así era la guerra.

~

Jos acababa de terminar una serie de procedimientos simples y aburridos, puntos de sutura rutinarios que podía realizar cualquier residente de primer año. Pero, por simples que fueran, llevaban tiempo cuando se amontonaban en medias docenas o más.

Cuando tiraba el delantal sucio a la cesta de reciclaje, Uli salió de la SO con pinta de haber dormido diez horas seguidas, haberse dado una ducha sónica y haberse tomado una taza de bajjah calentito.

Que mal repartido estaba el mundo.

—¿Qué tal, Jos? —dijo el chico—. Hoy no han parado de llegar, ¿eh?

—Sí, a veces pasa. Demasiadas veces. ¿Qué tal todo?

—Genial. Dos resecciones intestinales, un trasplante cardíaco y una reparación de hígado. Todos siguen vivos y apenas me ha costado esfuerzo.

Jos sonrió y negó con la cabeza. Ninguno de esos procedimientos era fácil ni siquiera en la galaxia real. Lo que para aquel chaval era coser y cantar, a Jos le hubiera tenido sudando ácido de batería en su tercer año como residente. Tenía un vibroescalpelo, y Uli también, eso no se podía cuestionar. La inseguridad que Jos había visto en el chico en su primer día había sido sustituida rápidamente por una confianza que rayaba en la chulería. Jos sabía que, aunque Uli se había pasado el día recuperando vidas desde el umbral de la eternidad, la muerte seguía siendo un concepto abstracto para alguien tan joven.

—¿Y tú te las apañas bien?

Ligeramente sorprendido por la pregunta, Jos miró al chico.

—Claro. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque, bueno, ya sabes… como Tolk no está y eso…

—No es la única enfermera de cirugía del equipo.

—Ya, pero es la única con la que tú tienes, eh, algo.

Jos arqueó una ceja.

—¿Qué te hace pensar eso?

Uli sonrió socarrón, algo propio de su edad.

—Venga ya, Jos. Somos compañeros de tienda. Y no es tan grande como para que un par de paneles centrales de plastoide puedan aislarte acústicamente.

Jos se sintió incómodo.

—Creía que habíamos sido discretos.

—La verdad es que no. Además, es obvio incluso para los que no comparten cuchitril contigo. ¿Ella está bien?

—Está bien. Ha tenido que ir a la MedStar para un curso de EMC.

Volverá en un día o dos.

—La echas de menos.

No era una pregunta, y Jos supuso que podría haberle dado una bofetada por aquello, pero sonaba como un comentario de ánimo y no de peloteo.

—Sí, la echo de menos.

Hubo un silencio incómodo.

—Creo que iré a por algo de comer —dijo Jos—. ¿Te vienes?

—Luego. Antes tengo que ver a un paciente.

~

Barriss era cuidadosa durante sus entrenamientos con el sable láser desde que se cortó. Al principio actuaba insegura, con una preocupación que frenaba sus movimientos, pero eso fue desapareciendo gradualmente, y ya había recuperado su velocidad normal. Fuera cual fuese el problema, no había vuelto a pasar, así que había recuperado la confianza, aunque seguía sin tener ni idea de lo que pudo provocar aquel error. Un movimiento que había ejecutado decenas de miles de veces no era algo en lo que pensara normalmente; de hecho, no debería ni pararse a pensar en ello. Pensar era lento.

Tampoco tenía ni la menor idea de lo que provocó la repentina corriente de aire frío. Preguntó a otros seres que estaban por allí, así como a algunos técnicos. Nadie lo había experimentado, y nadie tenía una explicación para aquel fenómeno.

Resultaba tentador pensar que sólo había sido su imaginación, pero sabía que no era así. Barriss había sentido una especie de perturbación en la Fuerza, al margen de la causada por los arbustos graznadores.

Ella confiaba en la Fuerza. Confiaba desde la primera vez que brotó en ella y comprendió lo que era. Y pronto aprendió también lo que no era. En primer lugar, y lo más importante, es que no era ni una protección ni un arma, ni un tutor, aunque en ocasiones pudiera ser una de esas tres cosas. La fuerza era lo que era, ni más, ni menos. Los errores de utilización eran responsabilidad exclusiva del usuario.

Acababa de terminar la sección de la Forma III en la que se enfrentaba a cuatro oponentes imaginarios, todos ellos empuñando pistolas láser. Ni el mejor jedi de la historia hubiera podido detener cuatro disparos simultáneos desde cuatro puntos distintos, pero ésa no era la cuestión. Los principios del combate Jedi se fundamentaban en el concepto de la constante búsqueda de la perfección. Un Jedi entraba en la batalla con la idea de enfrentarse a multitud de atacantes armados y hábiles. Si se entrenaba para el combate pensando que podían atacarte en mayor número y más armados, y que aun así podías vencer, tendrías bastantes más posibilidades que si pensabas que serías derrotado por tener todas las circunstancias en contra.

Alguien se acercaba a Barriss desde atrás. Ella utilizó la Fuerza…

Era Uli.

—Hola —dijo él.

Barriss se giró, encantada de haberle identificado antes de oír su voz, y a la vez, divertida por enorgullecerse por una cosa tan trivial.

—Hola a ti también.

—¿Qué tal el pie? ¿No te han quedado daños secundarios?

—No, está bien. Está completamente curado. —Él sonrió con admiración ante su capacidad curativa—. ¿Vuelves a cazar alas-bengala?

El negó con la cabeza.

—Acabo de terminar mi turno en la SO y necesitaba estirar las piernas. —La miró, aunque esquivando sus ojos—. ¿Te puedo hacer una pregunta?

Barriss apagó el sable láser.

—Claro.

—¿Cómo puedes ser curandera y utilizar el sable láser como lo utilizas?

—Práctica, Muchísima práctica.

Uli sonrió y negó con la cabeza, pero antes de que pudiera responder, Barriss dijo:

—Tú te refieres al porqué y no al cómo, ¿a que sí?

El asintió.

—Así es.

Un picotón pasó zumbando, buscando una presa más pequeña que aquellos dos seres en pie bajo el sol ardiente. Barriss señaló a la sombra de un enorme árbol y se acercaron hasta ella.

—Desde que empezó la guerra, los Jedi son sobre todo guerreros —dijo ella—. Se han hecho más poderosos por sus habilidades con la Fuerza. A lo largo de la historia, siempre hemos buscado emplear nuestro poder para hacer el bien, como guardianes, lo cual se traduce en defensa más que en agresión. Aun así, un guerrero debe saber combatir a niveles que van de la batalla, hasta el duelo. Y uno parle de eso implica responsabilizarnos de lo que hacemos.

»Creemos que, si tienes que matar a alguien, si tienes que privarle de su vida, se debe mirar a ese ser directamente a los ojos mientras lo haces. El asesinato de otro ser vivo, aunque sea alguien que se lo merezca, no es algo que deba tomarse a la ligera. Como no debe hacerse fácilmente. Hay que estar lo bastante cerca de él como para comprender lo que conlleva ese acto, para comprender el dolor y el miedo que sufre el enemigo cuando es asesinado. Hay que padecer su muerte, en parte.

—Por eso utilizáis los sables láser.

—Por eso utilizamos los sables láser. Porque sirven para acercarte al enemigo, cara a cara, no a una distancia alejada. Se puede emplear un rifle láser con holomira para encasquetar un tiro a tu enemigo a un kilómetro de distancia… Es más eficaz y entraña muchos menos riesgos, pero te impide escuchar el crujido de la muerte y oler el miedo, y no tienes que limpiarte la sangre de tu enemigo de la cara. Si se debe matar a alguien, hay que ser consciente de lo mucho que supone eso… para tu oponente y para ti.

—Vale, esa parte la entiendo, pero…

—¿Cómo puedo ser curandera y guerrera al mismo tiempo?

El asintió.

—Son las dos caras de la misma moneda. Te llevas una vida, devuelves otra… Siempre hay un equilibrio. En casi todas las culturas, el individuo es una combinación del bien y el mal, rara vez es una cosa o la otra. Casi todos los pueblos tienen un concepto de decencia innata. Viven vidas más o menos virtuosas, pero siempre tienen la opción de escoger entre el bien y el mal.

»Yo no puedo crear vida, Uli, pero puedo restaurarla. Ser curandera me permite equilibrar el hecho de que he acabado con vidas… y que volveré a hacerlo. Algunas veces, el enemigo no se merece la pena máxima y yo puedo conseguir mi objetivo

amputando un brazo o una pierna. Estaría mal permitir que ese enemigo muera. Por tanto, es muy valioso poder reparar el daño que he causado.

—Pero no todos los Jedi son curanderos —le indicó Uli.

—Ya, pero todos los Jedi reciben una formación básica de medicina y de técnicas de primeros auxilios. Y, claro, hay veces en las que tenemos que curar a nuestros amigos, o a uno de los nuestros, además de a nuestros enemigos.

Él volvió a asentir.

—Sí, ya entiendo.

—¿Por qué me lo preguntas?

Él miró al suelo, como si sus botas fueran de repente de lo más fascinante. Luego volvió a mirarla a ella.

—Soy cirujano. Es cosa de familia, pero también es algo que he querido ser desde que tengo uso de razón. Ayudar a mis pacientes, curarles, que se pongan bien. Pero, aun así…

Se quedó callado, pensando. Barriss aguardó. Sabía lo que el chico estaba a punto de admitir, se lo había dicho la Fuerza alto y cloro. Pero era importante que saliera de él.

—Aun así —dijo Uli—. Hay una parte de mí que desea matar. Apresar a los que empezaron esta guerra y exterminarlos hasta no dejar ni rastro de ellos. Puedo sentir esa… rabia asesina. Yo… no es así como quiero verme a mí mismo.

Barriss sonrió con un gesto breve y triste.

—Claro que no. La gente decente no quiere recorrer ese camino. La buena gente, los que aman y se interesan por los demás, preferiría no tener esos sentimientos.

—Entonces, ¿cómo puedo librarme de ellos?

—No puedes. Has de admitirlos, pero no permitir que te controlen. Los sentimientos no vienen etiquetados como «buenos» o «malos», Uli. Te sientes como te sientes.

Sólo tú eres responsable de tus actos. Ahí es donde entra la libertad de elección. Incluso la Fuerza, un gran poder del bien, puede utilizarse para hacer el mal.

—¿Ese es el «Lado Oscuro» del que he oído hablar?

Barriss frunció el ceño.

—Los Jedi hacen referencia al «Lado Luminoso» y al «Lado Oscuro», pero lo cierto es que sólo son palabras, y la Fuerza está más allá de las palabras. No es maligno, tampoco es bueno… sólo es lo que es. El poder en sí no corrompe, pero sí que puede alimentar una corrupción ya existente. Un Jedi tiene que elegir constantemente entre un camino y el otro. Dime una cosa:

—Si tuvieras la oportunidad de encontrarte cara a cara con el Conde Dooku, y tuvieras el poder de matarle… ¿lo harías?

Él lo pensó durante lo que pareció largo rato. Barriss podía oír el arrullo de los arbustos graznadores, el elevado y agudo zumbido de los chinches ígneos que revoloteaban a su alrededor y el sonido hueco de las pisadas descalzas de un ishi tib en un charco de fango cercano.

—Probablemente no —dijo Uli.

—Ahí lo tienes.

—Pero no estoy seguro de que no llegara a hacerlo. Después de todo, es el responsable directo o indirecto de un genocidio planetario, de la destrucción de cosas como el museo de la Luz de Tandis Cuatro…

—Eso es cierto. Pero, por otro lado, ¿conoces las Variaciones de Vissëncant, de Bann Shoosha?

El asintió.

—Tienen menos de dos años de antigüedad y ya se consideran una de las grandes obras musicales del milenio.

—Eran de las favoritas de Zan Yant. Esa música se compuso para celebrar la huida de la familia de Shoosha de Brentaal. Si esa batalla no hubiera tenido lugar, los Variaciones no existirían.

Uli pareció confundido.

—¿De verdad crees que una obra de arte vale lo que miles de vidas?

—Probablemente no. No estoy diciendo que sea así, sólo digo que las cosas no son difíciles. De eso se trató realmente, ¿no? De tomar decisiones y de saber vivir con las consecuencias.

—Si supongo que es así —dijo el en un tono inseguro.

Barriss encendió el sable láser de nuevo.

—Bueno —dijo a Uli mientras retomaba su entrenamiento—. Es… lo que hay.

12

Sentados cerca de la última fila de las gradas construidas a toda prisa, Jos, Den, Uli y otros miembros del equipo médico observaban cómo todo tipo de especies llenaban los asientos. Era de noche, y el breve atardecer tropical se convertía rápidamente en oscuridad. La zona estaba iluminada —de forma radiante, pero sin brillos ni sombras— por unos potentes focos de espectro total. Médicos, enfermeras, asistentes, técnicos, trabajadores y demás miembros del personal del Uquemer ocupaban uno de los conjuntos de gradas, mientras que los soldados y reclutas ocupaban otros dos.

Uli observó a los clones sentándose en las gradas; docenas de caras y formas idénticas.

—Una cosa es verlos de uno en uno en las camillas repulsaras —le comentó a Jos—, pero todos así, alineados… bueno, resultan bastante impresionantes. Como salidos de un holoduplicador, Jos asintió sin decir nada. Él también los estaba observando. Se sentaban juntos, riéndose, hablando; algunos fanfarrones y extrovertidos, otros más callados, más circunspectos. No podía encontrar diferencia alguna entre ellos y cualquier otro grupo de soldados en cualquier otra parte de la galaxia a punto de pasar un rato entretenido durante un par de horas. Sí, muchos eran horriblemente parecidos en sus maneras y gestos, como tenían pocos escrúpulos a la hora de compartir bebidas o bolsas de cascahuetes, pero ese comportamiento era frecuente también entre los gemelos monocigóticos. Aun así, las espirales idénticas de ADN no implicaban forzosamente personalidades idénticas, ni siquiera si esas personalidades habían sido labradas de forma similar desde su nacimiento… o decantación, en el caso de los clones.

Jos se mordió pensativo el labio. Hubo un tiempo en el que creyó que los clones eran sustituibles, sobre todo porque sus órganos lo eran, ya que podían realizar los trasplantes sin necesidad de atiborrarlos con inmunosupresores para impedir el síndrome de rechazo. Klo Merit tenía razón: su formación como cirujano, por muy bienintencionada que fuera, lo había condicionado a la hora de considerar a los nacidos de la probeta como menos que humanos. Pero ahora que sabía la verdad, se preguntó cómo pudo verlos alguna vez de ese modo.

Las gradas ya estaban llenas a rebosar, y algunos rezagados tomaban asiento en el suelo. No había estructura en la base que pudiera albergar a la compañía de cómicos, por lo que se instaló un escenario semicircular en la amplia explanada central del recinto. De pronto, el ruido de fondo de los murmullos de la gente fue eclipsado por la voz de megafonía:

—Damas y caballeros, miembros de todas las especies, den la bienvenidos a su anfitrión, Epoh Trebor, A un lado del escenario, los Nodos Modales con su cantante, Figrin D'an, tocaron el conocido tema musical de Bahb, una composición bith que se traducía al Básico como Apreciadas reminiscencias. Trebor, que era humano, llevaba más tiempo que nadie como showman en la HoloRed. Revoc era en aquel momento la estrella

de holovídeos más popular y más joven que Ocio HoloRed había procurado lanzar a la cima, pero Trebor llevaba décadas montando su espectáculo en diferentes sitios. Desde el comienzo del actual conflicto, él había sido uno de los defensores de esas giras a varios puntos del frente para entretener a las tropas, a las que llamaba «los héroes anónimos de la guerra». A Jos nunca le había llamado mucho la atención el humor de Trebor, Lo encontraba demasiado sentimentaloide y demasiado graciosón. Pero su popularidad era innegable, a juzgar por los aplausos.

—Buenas noches, mis queridos seres. Un saludo muy especial a nuestras tropas. —Eso renovó los aplausos y los gritos de júbilo de los soldados—. Me he enterado de que los kaminoanos están tan satisfechos con el éxito del ejército clon que están pensando en expandirse a otras áreas comerciales. Están planeando clonar falleen para que ejerzan de consejeros maritales… zeolosianos para ayudar en granjas y jardines… y gungan para enseñar oratoria.

Las risas y los aplausos continuaron mientras Trebor proseguía con su monólogo de apertura. Casi todas las bromas eran divertidas, pero Jos seguía estando de mal humor. Deseaba que Tolk estuviera con él, en lugar de en la MedStar, soportando unas clases ridículas e innecesarias… además de un posiblemente bienintencionado pero innecesario interrogatorio por parte de su tío abuelo almirante. Encontró difícil empaparse del humor festivo teniendo en mente por lo que estaría pasando ella.

Se preguntó cuánto más duraría aquella guerra, y cómo serían sus vidas juntos después de ella, suponiendo, claro está, que hubiera un después. Al igual que Erel Keros, si Jos se casaba con una ekster, jamás podría regresar a casa, No le preocupaba ganarse la vida, ya que con su talento como cirujano podría encontrar trabajo en cualquier centro médico, al igual que Tolk. Incluso podrían tener niños, ya que los lorrdianos y los corellianos eran básicamente humanos.

Pero no volver a ver su planeta, a sus amigos, a su familia, nunca más…

Sería muy difícil. Brutalmente difícil.

Erel Keros había llevado una vida en el exilio y Jos podía leer el arrepentimiento en los ojos de aquel hombre. Sintió que se ponía de peor humor. Deseó que Merit estuviera allí para poder desahogarse con él, pero los deberes del mentalista le habían alejado temporalmente del Uquemer. No, tendría que combatir él solito su dolor. Y la única forma fiable que tenía de hacerlo era, obviamente, ahogándolo. La cantina estaría más bien desierta, pero Teedle estaría allí, y tampoco estaba de humor para otra cosa que no fuera beber solo. Dio gracias a las estrellas por no tener que preocuparse por convertirse en un adicto al alcohol: quinientos miligramos de una nueva sustancia llamada sintenol antes de la primera copa impedían que los potentes brebajes tuvieran efectos a largo plazo en el cerebro. Y a veces, también ayudaba a aliviar las resacas; y cuando no era así, siempre podía acudir a I-Cinco. El androide había descubierto recientemente la capacidad para aliviar con tonos sónicos dolores de cabeza y otros síntomas post-fiesta.

—Dos clones entran en una cantina…

Jos se sintió de pronto impaciente. El espectáculo le parecía carente de sentido, y lo que era peor: aquél era el típico caso de imprudencia. Las posibilidades de que todo se viera interrumpido por la llegada de más pacientes eran mayores que de costumbre, ya que en aquellos momentos los separatistas estaban ampliando agresivamente su frente. Se levantó bruscamente, se acercó a las escaleras y se marchó.

~

Den y Uli le miraron mientras salía de las gradas. Uli se rascó la cabeza.

—Creí que tenía ganas de ver esto.

—Probablemente él también. Cuando lleves aquí un tiempo te darás cuenta de que nuestro buen capitán, aunque no sea exactamente bipolar, tiene a veces… cambios de humor.

—Yo creo que extraña a Tolk.

—Claro. Pero últimamente también tiene problemas existenciales con el tema de la guerra. Me da la impresión de que Jos era bastante apolítico antes de ser reclutado, puede que incluso estuviera ligeramente inclinado a favor de la guerra. Pero me temo que su sensibilidad ha cambiado drásticamente de rumbo desde que está en Drongar.

Uli se rió.

—Dime a quién no le ha pasado eso.

—Podría haberlo hecho, pero está muerto. Se marchó cubierto de gloria, llevándose separatistas por delante y, según se ha revelado, impidiendo un intento de asesinato que habría supuesto un duro golpe para la República —Den se encogió de hombros—. Pero pertenecía a una minoría. Lo cierto es que por aquí, él era la minoría.

—Phow Ji —dijo Uli—. «El Mártir de Drongar» le llaman. Noticias HoloRed está preparando un documental.

—Era inevitable.

Por un momento, Den considero la posibilidad de unirse a Jos en la cantina, porque el capitán se dirigía a aquel sitio sin duda alguna. Pero, entonces, Epoh Trebor presento a Eyar Marath, una cantante y bailarina sullustana bastante atractiva, y decidió quedarse un rato más. No tenía nada de malo ver a una hembra atractiva que prácticamente no llevaba nada puesto, ¿no?

Sin embargo, era difícil no dejarse llevar por la enorme injusticia cósmica. Sí, Ji estaba muerto, y, por tanto, no podría disfrutar de su breve notoriedad; pero, para Den, eso sólo conseguía acentuar la ironía.

Sí, ya, la fama es pasajera. Observó a Eyar Marath contoneándose por el escenario, recitando la letra de una de las canciones que acababan de entrar en los 40.000 Principales de la Galaxia. Era bellísima, por supuesto. Y ahora mismo era lo más de lo más, pero ¿dónde estaría dentro de diez años? El grupo que llevaba, ¿cómo se llamaba? ¿Los Nodos Modales?, también estaba en la cima, pero no le sorprendería nada que

veinte años más tarde acabasen tocando por calderilla en un repugnante bar de algún espaciopuerto perdido. Así era aquel mundo. Daba igual que el foco te apuntase con toda intensidad: tarde o temprano acabaría apagándose.

En ese momento se apagaron todas las luces del campamento.

Un ataque de pánico envolvió a la multitud. Den escuchó gritos de sorpresa y de asombro, y el murmullo intranquilo de las preguntas. Tanto Uli como él eran lo bastante pequeños como para encogerse y rodar por debajo de la grada, y estaba a punto de decir al joven humano que se preparase a hacerlo en caso de que el pánico se apoderara de la gente. Más le valía acurrucarse en un sitio incómodo que morir arrollado.

Puro, antes de que pudiera abrir la boca, saltaron los generadores de emergencia, llevándose consigo la oscuridad. Den vio a Trebor, a Marath y a otros; miembros de la compañía mirando de un lado a otro, atónitos y temerosos.

La sensación colectiva de miedo refulgió bajo la luz. Pero, entonces, las cosas se pusieron interesantes de verdad. Den sintió una brisa fría rozándole la nuca. Luego, bajo aquella iluminación escasa pero suficiente, unos copos gordos y blancos empezaron a caer sobre el público. Uno de ellos fue a parar a la mano de Den. Él lo miró, observando cómo se derretía.

Nieve, ¡Por todos los Sith! ¿Nieve?

13

Jos acababa de coger mesa en la cantina: tenía mucho donde elegir, ya que allí no había nadie a excepción de la androide camarera, Teedle. Entonces, las luces se apagaron. Los generadores de emergencia, rugieron al encenderse y sustituyeron la oscuridad con una iluminación leve y más contrastada.

¿Pero qué pasa ahora?, se preguntó.

Teedle se acercó sobre su plataforma de una única rueda giroscópica.

—Hola, colega. ¿Qué va a tomar? ¿Lo de siempre?

—Claro. Uno detrás de otro hasta que… —se detuvo, mirando por una de las ventanas. Al otro lado del transpariacero algo caía como hojas. ¿Esporas? No, eran demasiado grandes, y demasiadas numerosas. De todas formas, no parecían colonias de esporas… Eran blancas, como copos, como cenizas o como… ¿Nieve?

—Eso parece, ¿verdad? —dijo Teedle—. Y mis sensores me indican que la temperatura va a bajar más que un ugnaught fuera de servicio.

Al oír aquello, Jos también se dio cuenta de ello. Vaya que si estaba bajando la temperatura. Hacía mucho frío.

Se levantó y se dirigió hacia la puerta, con Teedle rodando tras él.

Al salir, alzó la vista. La cúpula de fuerza, allá arriba, solía estar transparente, aunque a veces se podía observar una ionización de color azul claro al caer el sol. Pero no aquella vez. En lugar de eso, el resplandor del campamento se reflejaba en lo que parecían ser nubes bajas y densas.

En ocasiones, en días especialmente calurosos y húmedos, se almacenaba cierta condensación bajo la cúpula, pero nada como aquello. Los intercambiadores osmóticos eran bastante eficaces y dejaban pasar el aire, e incluso la lluvia, al tiempo que mantenían a raya otras cosas menos deseables. Pero para que nevase, la diferencia de temperatura debía estar muy lejos de]0 normal. Aparte de estacionando una batería de unidades de refrigeración en trineos de gravedad nula allí arriba, no se le ocurría cómo podía haber pasado aquello.

Zan lo habría sabido. Cuando era joven, Zan había trabajado con un pariente que se dedicaba a cúpulas de fuerza.

—Jamás había visto algo así —dijo Teedle, añadiendo ese sonido de restallido de chicle que algunas veces generaba su vocalizador—. Pero la verdad es que sólo llevo operativa seis semanas, por lo que tampoco he visto mucho.

Jos se alejó de la cantina hacia la SO. Cada vez hacía más frío, y la nieve seguía cayendo. El suelo, y casi todas las superficies expuestas, seguían demasiado calientes como para que cuajase, pero calculó que si la temperatura seguía cayendo así no pasaría mucho tiempo antes de que tuvieran que empezar a retirar la nieve.

Recordó haber leído u oído en alguna parte que la cúpula era en realidad una burbuja esférica, y no un hemisferio. Una de sus mitades se ocultaba bajo tierra. Se preguntó si aquello tendría algún efecto en la temperatura del suelo.

Se estremeció. Necesitaba una chaqueta. ¿Se habría traído alguna a Drongar? ¿Se la habría traído alguien? El calor húmedo y pegajoso que le había golpeado como un insulto personal desde la primera vez que puso el pie fuera de la nave no había cesado nunca. Alcanzaba la temperatura del cuerpo humano y aumentaba durante el día, reduciéndose de noche a sólo las tres cuartas partes, y cuando el factor de humedad era inferior al noventa por ciento era para tirar cohetes.

Aun así, la actual temperatura ambiente, desafiando todas las leyes de la termodinámica, se acercaba rápidamente a la congelación. Necesitaba un abrigo, como poco. Una parka resistente sería incluso mejor…

—Atención, a todo el personal —se oyó la voz de Vaetes por el sistema de megafonía—. Se ha producido un fallo en el sistema de intercambio de calor de la cúpula osmótica del campamento. No hay motivos para alarmarse: la cúpula sigue funcionando como escudo. Los técnicos están trabajando ya en el problema y no tardarán en tenerlo resuelto. Hasta ese momento, se aconseja el uso de ropa de abrigo o permanencia en interiores.

Jos miró a su alrededor. Los copos se convertían en aguanieve y barro al entrar en contacto con el suelo caliente. Aun así, era una visión bastante inverosímil. Veía aquel lugar todos los días desde hacía prácticamente año y medio, y no había cambiado desde que se instalaron en él. Pero ahora parecía totalmente transformado. Se preguntó qué aspecto tendría con los tejados cubiertos de nieve, y con nieve apilándose en los caminos y contra las paredes de las estructuras, Jos no pudo evitar sonreír. A Zan le hubiera encantado aquello. Da un poco de pena que las cosas vuelvan a la normalidad antes de que cuaje la nieve, pensó. Me encantaría enzarzarme en una buena pelea de bolas con alguien…

—Qué fuerte —murmuró en voz alta. Había menos calor residual del que pensaba… La nieve ya empezaba a cuajar.

Puede que al final se cumpliera su deseo.

~

Barriss se quedó parada bajo la nieve que en ese momento caía con bastante densidad. La capa del suelo ya tenía casi un dedo de espesor y había cubierto al campamento con un reluciente manto blanco bastante bonito. Siempre le había encantado la visión de los paisajes nevados. Transformaba incluso las feas estructuras de duracero y plastiforma en algo bonito, limpio y nuevo. La temperatura estaba cercana a la congelación, lo bastante fría como para que siguiera nevando, y, para su sorpresa, el suelo se enfrió lo suficiente como para que empezara a cuajar…

Además de apreciar la nieve, Barriss se sintió vengada. Aquella corriente fría que había sentido, el imposible airecillo gélido que había contribuido a su accidente, había sido real. Y era consciente de que si la potencia de la cúpula había fluctuado en la frecuencia adecuada, la pulsación resultante podía haber afectado al cristal de su sable láser.

Aquello ocurría rara vez, pero los cristales que alimentaban el centro de un cúpula eran similares a los que se encontraban en el interior de los sables láser, aunque mucho mayores, claro está. La energía requerida era mucho más potente, y la onda del arco se orientaba de forma distinta para producir una cúpula en lugar de una hoja láser. Por tanto, razonó Barriss, era posible que una reverberación del potente generador armónico de campo de la cúpula hubiera resonado en los cristales de orientación de su arma, provocando una onda, tal y como el trueno puede llegar a hacer vibrar las cuerdas de un instrumento musical. Normalmente, el blindaje de un sable láser está a prueba de ese tipo de interferencias, aunque hubo enemigos que intentaron cortocircuitar las armas Jedi en alguna ocasión. Pero puede que alguno de los cristales de la cúpula tuviera algún defecto oculto, algo imposible de detectar en una inspección ordinaria, pero suficiente para provocar que el campo vibrara hasta reducir la hoja de un milímetro. O hacerla aumentar un milímetro…

Barriss sintió que se relajaba de una tensión que no era consciente de haber albergado. Puede que no fuera así, pero al menos aquello tenía más sentido que la idea de cortarse el pie realizando un movimiento que podía hacer hasta dormida.

La nieve seguía cayendo, y ella sonrió. El coronel había dicho que la anomalía no duraría mucho, así que la disfrutaría mientras pudiera.

Algunas veces, el presente era más fácil de afrontar que otras. Y aquélla era, sin duda, una de esas ocasiones.

~

Encapuchado como un Silencioso, Kaird, el nediji, se regocijaba del frío que hacía fuera de la sala de recuperación, contemplando con algo parecido al júbilo la nieve que caía perezosa sobre el campamento, espesando cada vez más el manto blanco que ahora lo cubría todo. Su carrera en Sol Negro había sido larga y exitosa. Era respetado, era un profesional y, algún día, si permanecía lo suficiente con la organización, llegaría a ser nombrado subvigo, puede que hasta vigo, Pero cuando se hallaba en planetas donde reinaba el frío, la llamada de su mundo natal siempre era más fuerte. No la había sentido allí, en aquel agujero tropical pestilente que hasta una hora antes era caluroso, húmedo y de un verdor casi maligno. Pero ahora…

Era realmente increíble. Al otro lado de la cúpula estropeada seguían reinando la jungla y el pantano; podía verse más allá del arco en el que la cúpula tocaba el suelo.

Pero allí, al menos de momento, el aire era fresco y despejado, lo que le recordaba el lugar donde había nacido y en el que se había criado.

Quizás era hora de regresar a casa. Tenía suficientes créditos ahorrados como para poder retirarse a Nedij y vivir el resto de su vida cómodamente, pero sin lujos. Encontraría unas pocas hembras núbiles, construiría un nido y se dedicaría a marchitarse como patriarca de una nueva casta. Construiría su propia familia y se olvidaría del pasado que le había obligado a abandonar Nedij. Su bandada no le consideraba del Nido, pero Nedij era un planeta grande. Seguro que en alguna parte había sitio para él.

El frío y la nieve le llegaban a lo más hondo. Se había pasado décadas como agente de la organización, y a sus jefes no les gustaría que se marchase, pero podía permitírselo con las circunstancias adecuadas. Sabía dónde se ocultaban demasiados cadáveres, seres a los que él había exterminado por orden de sus superiores. Y se había asegurado de que cierta información saliera a la luz si él era víctima de una muerte repentina o en circunstancias sospechosas, así que a sus jefes les convenía que tuviera una vida larga y saludable.

La emoción de la caza, hacerse con una presa peligrosa… Sí, eso se lo perdería. Pero tarde o temprano esa emoción acabaría con él. Quizá no aquel día, ni dentro de unos años, pero, al final, daría un paso en falso, equivocando por un ápice los cálculos, y del campo de batalla surgiría un contrincante más rápido y más rápido que él. A cierto nivel, nunca había creído que acabaría pasándole eso, pero, a otro, sabía que tendría que ser así.

La inesperada nieve que había allí era una especie de señal. Sí, causada por la máquina estropeada, pero, aun así, significaba algo. Kaird estaba seguro.

De repente, tomó una decisión. Sí, ¡por el Huevo Cósmico! Cuando acabara con su actual misión, cosa que ocurriría pronto, se presentaría en Sol Negro y encontraría el modo de dimitir. Un regalo lo bastante generoso conseguiría que su vigo le diera el visto bueno. Podría volver a su planeta y disfrutar de una vida distinta, una vida en la que haría mimitos a sus pequeñas crías y arrullaría con suaves palabras a sus esposas en lugar de matar gente y provocar desastres.

No se merecía menos.

~

Los seres reunidos en la cantina conformaban un curioso grupo. Jos, incapaz de encontrar nada que se pareciera remotamente a un abrigo, había cortado un agujero en una manta y se la había pasado por la cabeza. Era improvisado, pero funcionaba bastante bien para aislarse del frío. Uli había tenido la genial idea de ponerse una chaqueta de paracaidista, sellos y guantes incluidos. Era objeto de muchas miradas de envidia. Den Dhur, que llevaba tanto tiempo vagabundeando por el espacio que estaba preparado para cualquier condición climática, llevaba un impermeable de polifab térmico reluciente que mantenía su calor corporal, también obtuvo su propio cupo de miradas envidiosas. Barriss

llevaba la misma túnica Jedi de siempre y parecía disfrutar con el cambio de tropical a gélido. Obviamente, a I-Cinco no le afectaba en absoluto el frío, que arrasaba la cantina hasta el punto de provocar nubecillas de vapor en los alientos, aunque seguía haciendo bastante más calor que en el exterior.

La cantina era el edificio público más cálido del campamento, pues tenía revestimiento doble para aislar los típicos sonidos de una noche bulliciosa. Eso, combinado con el calor corporal de las especies de sangre caliente, hacía la temperatura más agradable, que no más cómoda, para la supervivencia.

Muchos miembros del grupo de cómicos también se habían abierto paso hasta allí, y aunque la mayoría no se mezclaba, parecían bastante simpáticos, sobre todo al cabo de unas cuantas rondas.

—¿Qué dijo Vaetes? —preguntó Den a Jos.

Tomó otro trago del peleón licor rojo que según él podía subir un grado el termostato interno. Jos se sintió tentado a probarlo, pero el líquido emanaba un olor pestilente que le recordaba a un saco de ropa sucio, grande y olvidado.

—Dijo que probablemente habría piezas de recambio en la MedStar, y que en cuanto las encontraran, pues parece que no están en su sitio, conseguirán rearmonizar el regulador y todo volverá a la normalidad. Dentro de lo que es la normalidad en este sitio.

—Jamás pensé que diría esto, pero el calor no estaba tan mal —dijo Uli.

—Yo, personalmente, prefiero las cuevas —dijo Den—. Una temperatura constante entre dieciocho y veinte grados, lleno de setas, nada de ruidos estruendosos. No entiendo por qué no vivimos todos en cuevas.

—A mi mente acuden palabras como «oscuro», «triste» y «deprimente» —dijo Jos.

Teedle se acercó en silencio.

—¿Qué tal, seres? ¿Todo el mundo contento? ¿Hay algo que una servidora pueda hacer por vosotros?

Todos afirmaron estar bien, y Teedle se alejó para atender a los cómicos.

—Otro androide gracioso. Este sitio se está llenando de ellos —musitó Den.

—Vaya contarte un secretito —dijo I-Cinco—. Todos los androides tienen sentido del humor. Que es más de lo que puede decirse de muchos bioseres.

—La nieve tiene su encanto cuando empieza a caer —dijo Den, mirando por la ventana e ignorando a I-Cinco—, pero deja de ser divertida cuando llega a la altura de la cintura, es decir, a la altura de vuestras rodillas, razas hiperdesarrolladas. Jamás había oído hablar de este tipo de avena en una cúpula.

—Claro que no —dijo Jos—. Nosotros somos la vanguardia en lo referente a desastres naturales.

—Creo que alguien de Suministros Centrales ha conseguido crear estufas a partir de paquetes comprimidos de comida. Producen tanto calor como para mantener una tienda relativamente caliente —afirmó Uli.

—¿Relativamente caliente? —comentó Den.

—Igual consiguen que no te congeles mientras duermes —dijo Barriss.

—Ya, pero sin comida acabas muriéndote de hambre —añadió I-Cinco.

—Déjame adivinar —dijo Jos—. Y después de eso, Teedle y tú repoblareis el planeta.

Den negó Con la cabeza.

—No será fácil.

—E chu ta —murmuró I-Cinco.

—Vaya —dijo Uli—. Eso te ha calado en lo más hondo de los circuitos, ¿eh?

El androide estaba a punto de responder, pero de repente se puso tieso y ladeó un poco la cabeza. Era una postura que Jos le había visto anteriormente.

—Oh, no —dijo el médico en voz baja.

—Yo también lo he oído —dijo Den. Al cabo de un momento, también lo oían los demás. El lejano zumbido de las aeroambulancias acercándose.

—Maldita sea —dijo Jos. Se terminó la bebida de un trago. Los otros se apresuraron también.

En ese momento, un técnico de comunicaciones entró corriendo en la cantina, visiblemente nervioso. Andaba violentamente, y chocó con uno de los miembros de la compañía de cómicos y con un trandoshano grande y fornido cuya bebida se derramó sobre su portador. El alienígena soltó una maldición en dosh que Jos se alegró de no entender, agarró al técnico y le alzó del suelo con una mano.

Muchos de los parroquianos se acercaron para impedir la inminente matanza, pero antes de que pudiera pasar algo…

—¡Ha tenido lugar una explosión en la MedStar! —gritó el técnico—. ¡La mitad de las cubiertas de despegue y casi todo un nivel entero de almacenamiento han quedado a la deriva!

Jos sintió una punzada de terror.

¡Tolk!

14

Había un par de asuntos de los que Kaird debía ocuparse antes de planear su regreso triunfal a su planeta natal. Lo primero era asegurarse de que Thula y Squa Tront se establecieran de forma segura en la conexión que llevaba de los campos de bota a los contenedores de almacenamiento en los cargueros de Sol Negro. Entre otras cosas, eso significaba que debían caerle en gracia a Nars Dojah, responsable de suministros, un viejo e irascible twi'leko. Por suerte, los twi'leko se contaban entre las muchas especies que caían bajo el efecto de las feromonas de las falleen. Por desgracia, Dojah lo sabía, motivo por el que no se fiaba de Thula. Durante la entrevista incluso llegó a insistir en ponerse un respirador con filtros. Todo esto se lo contaría luego, entre risas, Thula a Kaird, o a Hunandin, el kubaz, a ojos de todos los que pasaban por la cantina.

—Me da la impresión de que esto te divierte —dijo Kaird molesto—. Si Dojah no te contrata por ese prejuicio te garantizo que mis jefes no sonreirán en lo más mínimo, y yo tampoco.

—Sí te reirás —le garantizó la falleen—. No he terminado de contarle. Kaird se apoyó en el respaldo.

—Vale, diviérteme.

—Las investigaciones que ha realizado Dojah sobre la química corporal de los falleen son incompletas. Yo puedo emitir también análogos proteínicos que funcionan mediante el contacto corporal en lugar de a través de los órganos olfativos.

Kaird sonrió, y los sensores de su máscara lo tradujeron una vez más en el equivalente kubaz, enrollando su colgante morro como si fuera una probóscide.

—Entonces… pese a que no podía oler tu aroma, ejerciste el mismo efecto.

—Así es.

La falleen apuró lo que le quedaba del daiquiri Lado Oscuro que estaba tomando y se apoyó en el respaldo, con los músculos tensos bajo la piel de finas escamas. Kaird pudo sentir su propia libido revolviéndose. Era increíble: genéticamente, debía de ser tan compatible con la reptiloide como con el ADN de la bota, pero, aun así…

Kaird vio que la falleen le miraba y sonreía ligeramente. Obviamente, no necesitaba leer la mente de su socio para saber lo que pensaba. Él se aclaró la garganta y se giró hacia el umbarano.

—¿Y tú?

—Ningún problema —dijo Tront entre susurros—. Tengo un puesto fijo de procesador de datos de envío. El desvío de pequeñas cantidades de bota no supondrá dificultad alguna.

—Me alegra oír eso. Por desgracia, creo que esta semana no podremos cumplir Con la cuota exigida por Sol Negro. La explosión de la MedStar reventó uno de los compartimentos de almacenamiento designado para nuestro propósito, y perdimos un envío considerable de contrabando congelado en carbono. Y, como sin duda sabréis ya, la

actual fluctuación de temperatura ha diezmado gran parte de la cosecha local. Necesitaremos obtener en los próximos tres días otros doscientos kilogramos de material procesado. Por suerte, las cosechas de los Uquerner 7, 9 y 14 suelen desviarse hacia aquí para su envío.

Tront abrió los ojos ligeramente.

—Es una cantidad considerable para moverla sin llamar la atención, sobre todo tan pronto —señaló hacia la ventana y a la interminable nevada—. Este extraño fallo en el funcionamiento de la cúpula dificulta todo todavía más.

—Lo sé —dijo Kaird—, pero así están las cosas. Con el asesinato del último agente enviado aquí, y la actual táctica separatista de avanzar tomando los campos de cultivo, mis superiores se están poniendo nerviosos. Estarnos en una situación inestable y he recibido órdenes de maximizar los beneficios mientras sea posible.

Tront frunció el ceño.

—¿Conoces la fábula del Kåhlyt Cristalino, Hunandin?

Kaird negó con la cabeza.

—Una parábola popular de M'haeli. Un granjero se encuentra con un kåhlyt, una inofensiva criatura ovípara, Con la maravillosa habilidad de poner cristales rubat con forma de huevo cada ciclo lunar. El granjero vende los cristales y comienza a acumular riqueza, pero su mujer se impacienta. No quiere esperar para hacerse rica, así que mata al kåhlyt y lo abre para: quitarle todos los cristales de una vez por todas.

Kaird realizó un gesto de impaciencia.

—¿Y…?

—Y lo único que encuentra son las entrañas de un kåhlyt, ni cristales ni nada —Tront dio un delicado sorbo a su copa—. Puede que tus superiores no hayan oído esta fábula, amigo Hunandin. No es sabio matar al kåhlyt que pone los cristales rubat.

—Quizá no —respondió Kaird—, pero tampoco es muy inteligente tirar a un nexu de la cola, lo cual equivale a decir al nuevo subjefe que no.

Thula se movió, inquieta.

—He oído hablar del mal genio del subjefe —miró a Tront y se encogió de hombros—. Squa y yo lo conseguiremos, no te preocupes.

—Excelente —Kaird se levantó, arrojó un par de créditos a la mesa y salió de la cantina.

Avanzó por el recinto cubierto de nieve, pensando. Por su bien, más les valía a Thula y a Tront cumplir con la cuota de contrabando. Ahora que Kaird había tomado la decisión de abandonar Sol Negro y regresar a Nedij, cualquier cosa relacionada con dudas u obstáculos le ponía muy nervioso. Cuanto antes embarcara en alguna nave para abandonar Drongar de una vez por todas, mejor.

Y que el Huevo Cósmico se rompiera sobre cualquiera que se interpusiera en su camino.

~

I-Cinco había conseguido arreglar unos calefactores de batería para la sala de operaciones, para que al menos no se congelara la sangre de los pacientes. Un pequeño androide AG había sido reprogramado y enviado al tejado para ir quitando nieve y evitar que se acumulara sobre la fina estructura, lo que podría acabar enterrando a todo el mundo. El androide había recibido órdenes de dejar unos pocos centímetros de la blanca sustancia para que actuara como aislante, por extraño que eso pudiera parecer.

Jos cortaba, grapaba y pegaba a los soldados heridos, pero de forma tan mecánica como el androide del techo retiraba la nieve. Tolk no le había llamado, y tenía un nudo de miedo en el estómago.

Vaetes había acudido en persona a comunicarle lo poco que sabía sobre la explosión en la MedStar. Nada era seguro, pero el coronel anunció en tono lacónico todo lo que sabía mientras Jos operaba.

—Un sello hizo explotar uno de los puertos externos, posiblemente un impacto de micrometeoro, aunque se desconoce cómo pudo atravesar los escudos. El estallido provocó un cortocircuito en el sistema eléctrico de la nave. El monitor del sistema apagó el suministro de potencia, pero, no se sabe cómo, un contenedor de químicos volátiles derramó su contenido y el vapor de ese vertido se prendió, haciendo explotar otros materiales inflamables del almacén. Hubo una explosión secundaria que hizo saltar todo por los aires. Los controles automáticos dejaron escapar esa sección, pero hayal menos doce muertos.

A Jos se le secó la garganta.

—¿Tolk?

Vaetes negó con la cabeza.

—No lo sé, Jos. El intercomunicador de la nave se encuentra en estado de emergencia, y no permiten la entrada o salida de llamadas hasta que lo tengan todo bajo control. El piloto de un transporte me ha comunicado la cifra de muertos. Son los cuerpos que pudo contar en el espacio cuando salieron por la grieta del casco. Todavía no hay informes sobre las bajas de a bordo. En cuanto sepa algo más…

—Ya. Gracias.

El campo estéril tenía un calefactor que casi nunca se empleaba en aquel planeta, pero el androide quirúrgico que ayudaba a Jos lo había puesto al máximo, así que al menos tenía las manos calientes.

Pero el frío que sentía en el resto de su cuerpo no era nada comparado con el que sentía en el alma.

Tolk…

No podía estar muerta. Ningún universo podía ser tan cruel como para permitir semejante broma macabra. Después de trabajar tanto durante tanto tiempo, tras curar tantos heridos, tras salvar tantas vidas, era inconcebible que la vida que más le importaba en el mundo se perdiera.

¿De verdad lo crees?

Tengo que creerlo, se dijo Jos a sí mismo. Tengo que creerlo.

Uli se acercó a él.

—He terminado con lo mío —dijo—. ¿Te ayudo?

Jos dejó que la enfermera le limpiara la frente y negó con la cabeza.

—Estoy bien.

No recordaba haber dicho una mentira más enorme en toda su vida, pero lo cierto era que el chico no podía hacer nada para ayudarle, en ningún sentido. Tenía que seguir trabajando. Extirpó, cauterizó quemaduras, amputó y unió miembros, puso torniquetes, drenó heridas, taponó hemorragias…

Los pacientes pasaban por debajo de sus manos, y Jos siguió trabajando, con la esperanza de que las heridas ajenas le sirvieran de calmante.

~

En la cantina, Den Dhur trabajaba a destajo. Pidió que le devolvieran cada favor que se había ganado desde que llegó el primer día a aquel maldito planeta. Todas las copas a las que había invitado a los técnicos y al resto del personal, todos los usos no autorizados de su intercomunicador que les había permitido para que pudiesen llamar a sus familias, camadas, manadas y demás, los créditos que había prestado hasta el día de cobro… Suplicó, rogó y se quejó sin vergüenza alguna. Aquélla era una verdadera noticia, y él necesitaba acceder a ella.

Los datos iban apareciendo poco a poco, y acababan por encajar. Den los ordenaba.

Por un mecánico ugnaught de trasbordador se enteró de que una de las secciones de suministro que había expulsado su contenido al vacío había sido la de almacenamiento de pequeñas piezas de electrónica. Piezas que, según el mecánico, eran los armonizadores y los estabilizadores de cristales de sustitución que los técnicos de la cúpula estaban esperando para detener la incesante nieve. Piezas que formarían parte de la lluvia de meteoros que iluminaría el firmamento en cuanto entraran en contacto con la atmósfera.

Por un androide de comunicaciones cuyo turno coincidió con el accidente, antes de que lo afectara el estado de emergencia, Den supo que había 186 seres trabajando en las cubiertas afectadas. Algunos de ellos consiguieron traspasar las puertas antes de que se sellaran automáticamente. Otros no. Seguramente habría bolsas de aire en la sección afectada, salas que podían cerrarse y sellos herméticos que podían activarse, pero estando desconectados los sistemas de apoyo vital, la temperatura bajaría rápidamente, y no entraría en ellas ni calor ni aire mientras no se parchearan los efectos de la explosión.

En los casilleros de desastre había trajes de emergencia, en su mayoría trajes de finoevacuación con un suministro de aire limitado, pero no había forma de averiguar cuánta gente consiguió uno de ésos.

Por un piloto de trasbordador kubaz, Den obtuvo un recuento actualizado de cadáveres. Al menos veintiséis cuerpos congelados flotaban a la deriva en las inmediaciones de la MedStar.

—Ha tenía que ser una peazo explosión para que soltara a tanta banda, tío —dijo el piloto, con la trompa curvándose y desenrollándose de miedo.

Y eso fue todo lo que pudo obtener con algo de sustancia. En la MedStar había algunos miembros de ese Uquemer, amigos de la partida de sabacc como Tolk y Merit y, por lo que sabía, existía la posibilidad de que ambos estuvieran entre los muchos atrapados o, peor aún, quizá se hubieran convertido en esculturas de hielo retorcidas y quebradas, en órbita alrededor de la accidentada nave. Den era periodista y había visto morir a amigos y conocidos en escaramuzas por toda la galaxia, pero eso no lo hacía más fácil. Tenía que ponerse en modo objetivo y desembarazarse de sus sentimientos personales si quería llevar aquella misión a buen término. Pero últimamente aquello era cada vez más difícil. Cuando Zan Yant murió, le dolió mucho, más de lo que había creído posible. Una cosa era hacerse el cínico ante la gente que tenía alrededor, quitárselo todo de encima con la típica actitud «¿y yo qué culpa tengo?», y otra cuando estaba a solas consigo mismo, sin nadie que le observara. No era tan fácil como cuando era joven y estaba pagado de sí mismo y se sentía inmortal.

Den se sentó y se tomó un matabanthas detrás de otro, como si fuera a morir al día siguiente, preguntándose para cuánta gente conocida ésa sería una verdad literal. Aunque acababa de llegar una partida de heridos, la cantina estaba llena de gente que no tenía más sitio al que ir y estaba allí esperando nuevas noticias, buenas o malas.

Teedle se acercó rodando.

—¿Quieres otra, cari?

—No. Estoy bien.

Mientras la pequeña androide se alejaba, Den contempló su taza. Bien.

Era una palabra que cada vez encontraba menos útil para hablar de sí mismo.

Quizá fuera hora de retirarse del campo de batalla, encontrar algún planeta tranquilo en alguna parte, dedicarse a las noticias locales y dejar las Zonas de guerra para los jóvenes que seguían pensando que eran gloriosas y emocionantes. Si, las grandes historias podían encontrarse, incluso en planetas como Drongar, supuestamente lejos de donde estaba la «acción», pero cada vez todas empezaban a hablar de lo mismo: de la guerra. Muchos seres muertos, amputados, heridos; todo para mayor gloria de la República. Más detalles en la próxima edición de noticias…

Alzó una mano para llamar a Teedle. Quizá necesitaba otro trago. Al menos, las copas son algo que puedo decidir no tragarme. Hasta cierto punto…

~

Barriss entró, sacudiéndose la nieve de la túnica, y vio a Den sentado solo en una mesa, mirando su vaso vacío. Se acercó a él.

—¿Te importa que te acompañe?

Él sonrió achispado y señaló la silla que tenía enfrente.

—¿Qué te gusta, jedi? Yo invito.

—Gracias, pero nada —ella se sentó—. Tengo que volver enseguida a la SO. ¿Se sabe algo más?

Él se lo contó y Barriss asintió. Cuando el suceso tuvo lugar, ella no sintió una perturbación en la Fuerza, y eso le disgustó muchísimo. Había días en los que, durante las batallas en la superficie del planeta, ella había leído con una precisión milimétrica las corrientes etéreas que se arremolinaban. Se decía que el Maestro Yoda podía percibir grandes perturbaciones a parsecs de distancia… A veces, incluso de cosas que todavía no habían ocurrido, aunque Barriss no sabía si creérselo. Pero de la explosión de la fragata en órbita ella no había recibido ni un ligero temblor. Era sólo una padawan sí, pero seguía tomándose su insensibilidad como un error personal. Estaba segura de que Obi-Wan Kenobi o Anakin Skywalker lo habrían percibido do inmediato. Ella había vivido con la Fuerza desde que tenía uso de razón, bastante más tiempo que Anakin. ¿Cómo podía no haber sentido aquello?

—¿Estás bien? —preguntó Den.

Ella asintió. No tenía sentido agobiarle. Él no podía hacer nada para ayudarla. El pequeño sullustano negó con la cabeza como si supiera que le estaba mintiendo, pero no dijo nada.

Entonces, quizá porque no se lo esperaba, la Fuerza surgió repentinamente en su interior, imbuyéndola de una certeza que la dejó de piedra: La explosión de la MedStar no fue un accidente.

El periodista debió de captar la expresión de su cara:

—¿Qué pasa?

Barriss respiró hondo, intentando recuperar su centro. La absoluta seguridad del dato la había estremecido, y fue incapaz de recuperar el habla durante un momento.

Tenía que hacer algo con aquello. Tenía que contárselo a alguien. No a Den, no a un periodista, sino a otra persona. Alguien que estuviera en posición de hacer algo al respecto.

Era la misma convicción que había sentido cuando aquel transporte exploto en el aire, meses atrás, antes de la reubicación. Jamás habían encontrado al responsable de aquello. Ella le expreso sus sensaciones al coronel Vaetes, que fue cortes pero expeditivo con ella, ya que, obviamente, prefería fiarse de pruebas más sólidas que lo que él consideraba misticismo. Quizá se mostrara un poco más abierto de mente aquella vez. Aquel acto de sabotaje era mil veces peor que el último. Había que hacer algo.

15

Jos, cansado pero demasiado preocupado por Tolk como para tomarse un respiro, iba de un lado a otro del pabellón médico. Los pacientes de cirugía en recuperación estaban todo lo estables que podían estar, y las mesas de operación estaban vacías por el momento. La idea de volver a su tienda, en el frío silencio, era un imposible. Necesitaba algo que hacer.

A cierta distancia, un Silencioso permanecía impasible junto a una pared y una débil nubecilla de humo salía de su capucha a intervalos lentos y regulares. Allí, la temperatura era inferior a la de la SO, pero al menos tenían mantas y calefactores suficientes para que los pacientes no pasaran frio. El Silencioso parecía no estar afectado por el problema.

Barriss estaba junto a la cama de un soldado que presentaba una especie nueva de infección. Al parecer, uno de los microbios locales había sufrido una mutación y se había vuelto letal, lo cual era causa de una preocupación considerable. Lo que podía afectar a un soldado, podía afectarles a todos.

—Hola —dijo Jos.

Barriss apartó la vista del soldado enfermo, que estaba dormido o en coma.

—Hola —dijo ella.

—¿Qué tal está?

—Sin cambios. Ninguno de nuestros antibióticos, antivirales o antimicóticos parece funcionar.

—¿Y la espectacilina?

Dicho medicamento era el número uno en aquel momento, un inhibidor de polirnerasas de ARN de amplio espectro capaz de acabar con los microbios más virulentos de Drongar, Ella negó con la cabeza.

—Tiene muchísima fiebre y apenas podemos bajarla con supresores analgésicos, la inducción al coma, su recuento de glóbulos blancos, está por las nubes, y los riñones le están empezando a dejar de funcionar. Tiene fluido en los pulmones, un pulso irregular supeditado al tampón cardiaco y su hígado trabaja en exceso y empieza a cansarse. Lo único bueno es que no parece emitir patógenos, por lo que no debe de ser contagioso.

Jos se acercó y miró al paciente, cuyo gráfico le identificaba como CT-802.

—Con lo rápido que muta todo aquí, igual se curó solo.

—Pues más le vale darse prisa, si no quiere matar a su portador. Yo he hecho todo lo que he podido, pero no ha sido suficiente. He intentado estabilizarle con la Fuerza, pero es algo que no puedo mantener eternamente —en la voz de Barriss había calma y tranquilidad, en contraste con su expresión ojerosa y cansada—. No creo que pase de esta noche, Jos.

Jos se quedó allí un momento, recordando una conversación que había mantenido con Zan Yant en aquella misma estancia. No hacía mucho que conocía a Barriss, pero allí, en los pantanos, entre los muertos y los moribundos, se establecían rápidos vínculos entre el

personal médico. La guerra era el problema, y ellos hacían todo lo que podían por formar parte de la solución, lo que fuera, por poco que fuese.

Respiró hondo.

—Quizá podamos intentar otra cosa.

Ella dejó de mirar al paciente para mirarle a él con gesto interrogante. Cuando Zan murió, a Jos le correspondió ocuparse de sus efectos personales. Puso casi todas sus pertenencias, como la quetarra, la ropa, los lectores de libros y cosas así, en una maleta y la envió a la familia de Zan a Talus. Pero bajo el catre de Zan había algo escondido que Jos no incluyó entre sus efectos personales: unas dosis de bota procesada.

Era ilegal estar en posesión de aquella sustancia en Drongar, Toda la bota cosechada y estabilizada en carbonita se enviaba a otros planetas y sistemas, donde valía su peso en piedras preciosas. Al igual que en algunas plantaciones de otros mundos en las que se producían frutas y otros cultivos demasiado caros para la población local, o las minas en las que cada día los trabajadores encontraban piedras cuyo valor superaba un año de su salario, o cualquier otro sitio en el que los encargados del trabajo sucio no se llevaban nada a cambio, la bota era considerada demasiado valiosa para gastarse en los soldados.

Pero Zan no pudo aceptarlo nunca. Se las arregló para conseguir una pequeña cantidad del cultivo milagroso y la probó en la medida de lo posible, dada la necesaria clandestinidad de sus actividades. Incluso en condiciones menos que idóneas, la bota había curado cada infección resistente que los soldados clon habían desarrollado en aquel mundo. La ironía de estar en un planeta en el que la planta crecía como una mala hierba, sin poder usarla para salvar vidas, no se les había escapado ni a Zan ni a Jos. Zan arriesgó su carrera y su libertad para tratar a sus pacientes en secreto con la sustancia. Jos nunca quiso ir tan lejos, pero hizo la vista gorda ante las actividades ilegales de su colega.

Se dio cuenta de que llevaba mucho tiempo allí sin responder. Es hora de tomar una decisión, Jos. ¿Puedes hacer algo mínimamente parecido a lo que hizo tu amigo?

—Espera aquí —dijo él—. Vuelvo enseguida.

Salió del pabellón y se dirigió a su tienda. La nieve le llegaba por las rodillas Y seguía cayendo, pero algunos de los androides de mantenimiento se habían puesto a despejar caminos, por lo que no era un gran problema… todavía. Lo que si era preocupante era la escasez de ropas de abrigo. Jos era ectomorfico, alto y delgado, su cuerpo irradiaba calor de forma efectiva, lo cual era útil en un clima tropical, pero en aquel momento la temperatura bajo la cúpula era diez grados inferior a la de los polos planetarios, y por primera vez en su vida lamentó no tener más grasa corporal. Llevaba puesto casi todo armario: dos pares de pantalones del ejército y calcetines, una camisa gruesa, un chaleco de piel de durnis y una manta que hacía las veces de poncho. Llevaba dos gorros de cirujano para mantener la cabeza calentita, una diadema baja para cubrir las orejas y tres pares de guantes y, aun así, tenía frio.

Si aquella malformación armónica no se arreglaba pronto…

De camino a su barracón, Jos vio a varios miembros del grupo de Revoc dirigiéndose hacia la cantina. Los saludó y éstos le devolvieron el saludo. Casi todos se estaban

tomando bastante bien el exilio inesperado. Trebor y los demás directivos de la compañía habían sido instalados en unos barracones construidos apresuradamente, y allí se pasaban la mayor parte del tiempo. Nadie había recibido permiso todavía para evacuar, ni a otro Uquemer ni a la MedStar, porque cuanto más se atenuaba la cúpula estropeada para permitir el paso de naves, más se descompasaban los armónicos. La mayoría de las aeroambulancias entrantes estaban siendo desviadas a los Uquemer 5 y 14 las unidades más cercanas, pero sólo podían ocuparse de unos pocos casos extra, por lo que todavía tenían que admitir algunos heridos.

La bota procesada de Zan seguía escondida bajo el catre de Jos, La había guardado sin saber muy bien qué hada con ella. Ahora sabía que, de alguna manera, fue esperando una oportunidad así.

Lo que la República no sabía, no podía hacerle daño, y podía servir para salvar la vida de un soldado; una vida que, para Jos, ahora valía lo mismo que cualquier otra cosa En algún momento había que empezar a tomar posiciones, Jos no estaba seguro de muchas cosas en su vida, pero tenía clara una: deja morir a un hombre cuando se le podía salvar estaba mal. Y que el vacío se llevase a quien dijera lo contrario.

—¿Jos?

Alzo la vista y vio a Vaetes aproximándose.

Se lo heló la sangre en las venas a la velocidad de una transfusión criovascular. Intento mantenerse entero para recibir la noticia de que Tolk había estado en el sitio equivocado en el momento incorrecto en la MedStar, que ya habían confirmado la identidad de los cadáveres, que jamás volvería a ver su sonrisa…

—Tolk está bien. Acabo de hablar con ella…

El alivio de Jos fue tan grande que estuvo a punto de sollozar. Se sintió como debió sentarse el legendario gigante Salta, portador del mundo, cuando transfirió su pesada carga a un pedestal de platino que le había formado su hermano Yorell.

—Gracias —fue todo lo que pudo decir.

¡Viva! ¡Tolk estaba viva!

—Tardará un tiempo en volver, me temo. La explosión destruyo cuatro cubiertas de la zona interna del casco, y, como sin duda sabes, allí estaban los hangares de despegue. Está ayudando con los heridos.

—Da igual —dijo Jos—. Mientras esté bien.

—Merit también está bien.

—Sabía que no estaba en la base —dijo Jos—, pero no sabía que había subido —se dio cuenta de que la expresión del coronel era sombría—. ¿Qué paso?

—Hace poco hablé con la Jedi Offee y, tras unas pruebas que realizamos basándonos en sus sugerencias, hemos confirmado que esto no ha sido un accidente. Fue sabotaje. Probablemente la misma persona, o personas, que hicieron estallar el carguero.

Jos se lo quedó mirando, incapaz de procesar por un momento lo que Vaetes le acababa de contar. ¿Sabotaje? ¿Otra vez? Nunca habían llegado a encontrar al

responsable de la explosión del transporte de bota, y ahora había ocurrido lo mismo, esta vez a una escala muy superior.

Aquellas noticias eran escalofriantes. Se suponía que tenía que haber unas normas, unos mínimos, incluso en la guerra. Las naves hospital eran consideradas inviolables desde la Gran Guerra del Hiperespacio. Aunque las naves en órbita eran un objetivo muy fácil, el concepto de dañar o destruir una era impensable para los seres civilizados.

O al menos lo había sido hasta aquel momento…

16

Últimamente Den se pasaba casi todo el tiempo en la cantina. No le parecía bien del todo, pero lo cierto es que tenía sus ventajas. Para empezar, era el sitio más calentito del Uquemer con mucha diferencia. Y era el mejor lugar para conocer gente, y la gente solía ser el punto de partida para el tipo de noticias que a él le gustaban.

Y en tercer lugar, por supuesto, estaban las copas.

Hacía falta mucho para emborrachar a un sullustano. Para que estuviera borracho de verdad, borracho de si-me-caigo-al-suelo-no-lo-encuentro. Jos había intentado explicarle las razones fisiológicas de aquello empleando palabras rimbombantes como «glicólisis», «mitocondria» y «quimoabsorción polimórfica». La cosa se resumía en que las células de su cuerpo eran muy selectivas con respecto a las moléculas que usaban y cómo las usaban. Eso significaba que apenas le afectaba una cantidad de licor que a la mayoría de las especies basadas en el carbono habría sumido en un estado de exaltación de la amistad, canciones tradicionales corellianas incluidas.

En aquel momento estaba achispado y no veía razón para no seguir adelante. Ya había pagado su cuenta con el pago de su último artículo, un texto para el holozine Seres, sobre Uli Divini El Niño Cirujano. Le hizo un gesto a Teedle, que se acercó rodando hasta su mesa.

—Otro whisky johriano, Teedle. On the rocks.

—Enseguida, cariño —se alejó y Den le gritó.

—¡Y eso significa «hielo»! —había tenido que aprender por las malas ya que la programación idiomática en Básico de la androide no era tan amplia como debería.

Teedle le replicó por encima del hombro:

—Y supongo que lo querrás en vaso, ¿no?

Den se rió. Aquélla sí que era una respuesta inesperada. Sin duda, el programador neuronal de la androide tenía sentido del humor.

Observó los restos del líquido verde que quedaban en su vaso, pensando en las conversaciones que había tenido hacía poco con Jos y con I-Cinco. El androide había dicho en una ocasión que todos los de su clase tenían sentido del humor. Den se preguntó qué parte de la personalidad de Teedle habría sido programada y qué parte sería intrínseca. Se suponía que había una prueba muy sencilla, desarrollada hacía siglos, que postulaba que si uno podía mantener una conversación con otra entidad oculta y no ser capaz de diferenciar si se trataba de un ser orgánico o cibernético, la mencionada entidad tenía que considerarse consciente de sí misma.

Jamás había oído de ningún androide sometido a esa prueba, al menos no de forma publicitada, lo cual no era sorprendente, ya que, después de todo, los presidentes de grandes corporaciones de fabricantes como Cybot Galáctica o Industrias Automaton nunca querrían que a sus productos les diera de repente por pensar que gozaban de los mismos derechos que un ser orgánico.

Estaba seguro de que I-Cinco podría pasar la prueba sin problemas. Y puede que Teedle también.

Teedle le trajo la copa.

—On the rocks, cari H2O sólida.

Den dio un trago al whisky. Estaba frío pero peleón, y le calentó por dentro. Agitó el vaso y escuchó el tintineo de los globos de hielo. Lo cierto es que en aquel momento no andaban escasos de la gélida materia. La cúpula se había estropeado hacía ya una semana, y seguía sin haber indicios de cuándo estaría reparada. Al menos habían conseguido estabilizar la temperatura, aunque fuera a unos incómodos seis grados bajo cero. Había dejado de nevar, pero para entonces tres de las tiendas ya habían sucumbido bajo el peso de la nieve. No era tan malo como estar destinado en Hoth, cosa que sabía por experiencia, pero tampoco es que fuera agradable.

Por lo que había oído, había al menos dos piezas de recambio de vital importancia que había que traer de fuera del sistema. Hasta su llegada, tendrían que sufrir el largo y frío invierno.

Vio a un par de cómicos sentados en una mesa cercana. Le hubiera encantado hacer un artículo sobre ellos. Estaban poniéndose cada vez más nerviosos por estar allí, y era de entender. Tenían completamente desbaratadas las agendas. Pero hacer un artículo sobre su mal trago requeriría hablar de la cúpula estropeada, y los poderes fácticos habían decidido que por ahora se trataba de información clasificada. Él se había puesto un poco pesado al respecto, pero Vaetes fue tajante. Den no podía entender de qué manera podían aprovecharse los separatistas de aquello, ya que todo el mundo afirmaba que era un fallo de funcionamiento. Aun así, ésa era la postura oficial, y no tenía visos de cambiar en un tiempo.

Por tanto, poco le quedaba por hacer a excepción de tomarse otra.

El sabotaje de la MedStar no aceleraba en absoluto las cosas. Por lo que Den había podido determinar, que no era mucho, ni siquiera con sus fuentes de información, la explosión había sido, sin lugar a dudas, provocada. Eso ya era horrible por sí solo porque hacer estallar una nave hospital era un acto de barbarie impropio hasta en la guerra. Pero el hecho de que además estuviera relacionado con la anterior explosión del transporte parecía indicar que, de alguna manera, había un espía entre ellos.

No hacía falta decir que esa información tampoco se la permitían dar.

No por los canales oficiales.

Negó con la cabeza. Aquello parecía absurdo: ¿qué hacía un espía en un Uquemer olvidado en un planeta maldito como aquél? Y pensar que cuando aceptó aquel destino se había preparado para el aburrimiento y el ocio obligado. El tiempo que había pasado en el Uquemer-7 había sido de todo menos aburrido.

Mientras se terminaba la bebida, vio a I-Cinco entrar en la cantina. Le indicó que se acercara, pero el androide se dirigió hacia la barra, donde se encontraba Teedle.

Los dos androides hablaron un rato. Den estaba lo suficientemente cerca como para oír la conversación. Normalmente no tenía escrúpulo ninguno a la hora de poner la oreja,

pero, dado que aquella conversación estaba en binario, y no en Básico, no había mucho que sacar de los veloces silbidos y pitidos que intercambiaron.

Al cabo de un rato, Teedle siguió a lo suyo e I-Cinco se unió a Den en la mesa.

—No sabía que hablaras binario —dijo Den.

—¿Te sorprende? Seguro que sabes que los androides de protocolo, incluso de un linaje discontinuo como el mío, estamos programados con multitud de idiomas.

—Ya. Así que supongo que sólo estabas siendo simpático con la señorita.

—No mucho. Si quieres saberlo, te diré que le estaba pidiendo el número de serie y los parámetros del sustrato de campo.

Den estaba lo bastante borracho como para encontrar aquello gracioso.

—Menuda frase —dijo entre risas—. Quizá la utilice con esa encantadora bailarina de compañía: «vamos a mi cubículo, nena, que te voy a leer. Tu y yo tenemos que hablar de esos parámetros de sustrato de campo».

Se rió de nuevo.

—Los orgánicos son una fuente constante de diversión —dijo I-Cinco—. Si bien sólo para sí mismos.

Den consiguió dejar de reír, aunque sus agallas aletearon con un regocijo incontenible.

—No te pongas así. Oye, nunca te hemos llegado a emborrachar, ¿verdad? Tuve un par de ideas, pero aquello no salió adelante.

—La verdad es que no sé si dar las gracias por ello o lamentarlo. La sugerencia de Klo Merit podría funcionar, pero sólo cuando haya recuperado todos los datos de memoria que he perdido. Hasta entonces, mis inhibidores de control no locales impedirían cualquier alteración en la línea de base.

—Bueno, seguiré pensando en ello. No temas —Den apuró su copa.

—Es un consuelo. ¿Ahora es cuando te desmayas y te vuelves a derrumbar sobre el cuenco de patasetas? Porque, aunque me encanta la comedia física orgánica, me quedan muchas otras tareas ridículamente fáciles por hacer.

—No estoy tan borracho —dijo Den. Puso el vaso vacío sobre la mesa sin volcarlo, aunque esto último le costó algo de esfuerzo.

—Lo importante es que lo creas de verdad —el androide se dirigió hacia la puerta, haciéndose a un lado para permitir el paso a dos seres. Den entrecerró los ojos ante el momentáneo resplandor de la nieve. Les reconoció al cabo de un instante: eran la falleen y el umbarano. Si no le fallaba la memoria, habían llegado recientemente para suplir puestos administrativos. Trabajarían para el nuevo oficial de suministros. Sintió una punzada de envidia: al menos ellos tenían una función allí. Hasta que se arreglara el apagón, él no tenía otra cosa que hacer que sentarse a beber en la cantina.

Algo que, bien pensado, no estaba tan mal después de todo…

17

Ya estaba hecho.

El espía estaba frente a un ventanal, mirando al planeta verde y azulado a sus pies. El coste inicial había sido de treinta y tres vidas biológicas, diecisiete androides y varios miles de millones de créditos en daños materiales. Y la cosa no acababa ahí. Dado que Columna había recibido la orden de destruir las cubiertas inferiores, la admisión de pacientes del planeta había sido restringida en gran medida: los enfermos y los heridos empezarían a apilarse en los Uquemor, y aquellos que, ele ser transferidos a la MedStar, habrían sobrevivido, no lo conseguirían. Asimismo, los envíos de bota sufrirían una drástica ralentización, aunque no tanto como para levantar las iras de Sol Negro. Los mafiosos sabían de las conexiones separatistas de Columna. No cabía duda de que estaba moviéndose por arenas movedizas. Tenía que asegurarse de que los servicios prestados a Sol Negro compensasen las inconveniencias causadas en los envíos de bota, o no tardaría en tener al nediji Kaird llamando a su puerta, como había llamado a la puerta del almirante Bleyd, No se podía negar que había sido un golpe para la República. ¿Bastaba para ganar la guerra? No, claro que no. Pero era otro bloque sobre el lomo del bantha, como decía el refrán. ¿Quién decía que aquél no sería el que hiciera la carga insoportable para la criatura? ¿O al menos el que se acercara a hacerlo?

Aun así, Columna no sentía la satisfacción del trabajo cumplido. Hacer estallar una nave médica, aunque sólo fuera una parte, era vil, maligno y reprobable. Había gente en Drongar que tenía muy buena opinión de Columna, y si se enteraban de lo que había hecho, le darían la espalda. O, lo que era más probable, se alegrarían de que Columna fuera ejecutado bajo una lluvia de disparos láser. Sin olvidar a los que pedirían a gritos ser los encargados de apretar el gatillo…

Pero más le valía no pensar en eso, pensó el espía. Las experiencias dolorosas dejaban cicatrices, y si uno les prestaba demasiada atención podían latir y arder incluso pasados los años. Lo mejor era encerrarlas en un armario y atrancar la puerta. Siempre estarían allí, pero si uno no se las miraba no hacían tanto daño. Algunas veces, ésa era la única forma de seguir avanzando.

El espía consiguió averiguar que seguían considerándolo un accidente, por lo que no buscaban un saboteador. Las operaciones entre la nave y el planeta acabarían por volver a la normalidad. Y Columna podría por fin marcharse y regresar al Uquemer.

A tramar el siguiente e inevitable golpe contra la República.

~

En opinión de Barriss, llamar milagro a los resultados de la inyección intramuscular del extracto de bota al soldado moribundo era quizá ampliar el significado del término. No se podía negar que, tan sólo unas horas antes, aquel hombre llamaba a las puertas de

la muerte, pero ahora estaba despierto y consciente, no tenía fiebre y, si los monitores telemétricos funcionaban correctamente, sus frágiles sistemas orgánicos se estaban reparando. El recuento de glóbulos blancos con tasa bacteriana había disminuido considerablemente, aunque seguía siendo ligeramente elevado. Pero, a todos los efectos, estaba casi bien.

Increíble.

Barriss recibió seis ampollas más de manos de Jos, y conocía a varios pacientes a los que sin duda les vendrían muy bien. Los que se acercaban más a los humanos en su especie parecían sacar un mayor partido ante los virus y bacterias, pero a aquellos a los que la sustancia les afectaba principalmente como analgésico, y que sufrían un dolo tan intenso que los narcóticos normales no podían aliviar, apreciaran también las inyecciones.

Había muchos más pacientes en el Uquemer de lo normal: la explosión a bordo de la MedStar había ralentizado los traslados, y aunque la mayoría estaban estables, otros seguían necesitando más cuidados de los que el Uquemer podía proporcionarles. La bota les ayudaría. El problema era que no duraría mucho más.

Mientras hacía la ronda por el pabellón médico, Barriss ya estaba maquinando cómo conseguir más de la milagrosa planta. Los cultivos de mayor tamaño estaban protegidos, por supuesto, pero Jos le había dicho que había zonas en las que crecía de forma salvaje. Zan había encontrado esos parterres y los había utilizado para sus preparaciones. Si ella pudiera encontrar uno y cosechar aunque fuera medio kilo, quizá podría crear un preparado con el que tratar a cincuenta o cien pacientes. Desconocía la dosis adecuada y las proporciones de los ingredientes activos para la solución, pero podía analizar una de las ampollas que le quedaban para averiguarlo. La química y la preparación de fármacos no fueron precisamente sus dos asignaturas favoritas durante su formación médica, pero había conseguido aprender lo suficiente como para aprobar ambas con honores. Ya encontraría la forma de conseguirlo.

Es una pena que Zan no dejara apuntes, pensó. Eso habría ahorrado tiempo y problemas.

Pero claro, si hubiera dejado esas notas por ahí, podría haber metido en problemas a quien las hubiera encontrado. Lo que habían hecho Zan y Jos, y lo que ella pretendía llevar a cabo, era técnicamente ilegal. Pero no era inmoral, y su formación como médico y como Jedi estaban totalmente de acuerdo en ese tema. Había leyes y leyes. Algunas de ellas se aprobaban por motivos equivocados, y muchas tenían defectos: casi todas tenían alguna excepción. Cuando la elección estaba entre un acto legal o un acto moral, en circunstancias idóneas, el jedi que tomara la decisión tendría que conseguir optar por ambos. Pero las circunstancias no solían ser idóneas, y en esos casos uno debía optar siempre por la vía moral y estar dispuesto a sufrir las consecuencias, si es que las había.

En ese caso, no era complicado. Salvar vidas era lo correcto. Si los medios para hacerlo estaban a mano, y uno permitía que la gente muriera por una ley que se había aprobado para beneficio de los ricos y poderosos… bueno, pues haría algo incorrecto.

Escuchó un lamento grave y se giró para ver a uno de los muchos pacientes no clones, un teniente rodiano llamado Zheepho, revolviéndose en la cama, luchando con el campo de presión que le mantenía fijo en el sitio. Zheepho padecía unas fiebres crónicas que habían permanecido aletargadas durante años, pero que habían rebrotado recientemente. La intensidad de las contracciones musculares causadas por el agente patógeno, una forma de microorganismo que no era ni una bacteria ni un virus, sino algo a medio camino, era tal que podían llegar a rasgarle los ligamentos, y había casos en que los huesos se quebraban durante los episodios más violentos. La enfermedad tenía una tasa de mortalidad del cincuenta por ciento, incluso recibiendo tratamiento. No existía cura, y la mayoría de los relajantes musculares a su alcance no eran efectivos en los rodianos. Una desconexión quirúrgica cerebral podría detener el trafico nervioso de los conductores aferentes y eferentes, pero no solo el paciente quedaría totalmente privado de la capacidad de moverse voluntariamente, sino que las convulsiones no se detendrían; la infección se hallaba en el propio tejido nervioso y no solo en las conexiones neuronales, Quizá la bota fuera de ayuda, Zheepho estaba sufriendo mucho, y moriría si no se hacía algo, En más de la mitad de los casos, la infección se extendía a los órganos y se producía el fallo de algo vital, en la mayoría de los casos el corazón, el hígado o los pulmones, Barriss había realizado investigaciones, pero la literatura, al menos la documentación a la que podía acceder desde allí, no mencionaba los efectos de la bota en los rodianos, Pero tampoco es que tuviera mucho que perder, La bota no producía efectos secundarios letales en ninguna especie, y los continuos ataques podían provocar a Zheepho un daño que superaría con mucho la capacidad de tratamiento del Uquemer, de sobrevivir a la enfermedad, Se acercó al inquieto rodiano. Tenía que quitar el campo de presión para ponerle la inyección, Un pinchazo en un deltoide o en el muslo bastaría, La ampolla nebulizaría la sustancia directamente en el tejido muscular, si es que Barriss conseguía hacerlo antes de que a él le dieran más espasmos, Tendría que emplear la Fuerza para sujetarlo, Se acercó a la cama.

—Zheepho —dijo—. Soy Barriss Offee, curandera jedi.

—Di… i… isculpe que… e n… n… no me le… le… levante, curandera —consiguió decir entre las apretadas mandíbulas.

—Tengo aquí algo que podría ayudarte —dijo ella, alzando la ampolla—, pero existe cierto riesgo que no puedo calcular con precisión. El rodiano empezó a temblar, tensándose como un puño gigante. El espasmo duró veinte segundos. El sudor verde azulado manó de todo su cuerpo, Cuando el espasmo pasó, él gruñó:

—Ahora mi… mi… mismo, curandera, aceptaría ve… ve… veneno si me lo of… of… ofreciera… ¡Aaah!

Otra contracción se apoderó de él, esta vez más breve.

—Vaya tener que quitar el campo. Intenta aguantar todo lo que puedas.

—Va… va… vale —pudo decir él.

Ella se sentía menos segura de lo que parecía. No podía hacerlo manipulando la mente de aquel hombre porque él no controlaba los músculos de los espasmos. Tendría

que sujetarlo físicamente, con una presión controlada y sostenida de la Fuerza, y eso sería difícil de hacer sin causarle daños, sobre todo en el frágil estado en que ya se encontraba el paciente, Ella encontró la conexión con la Fuerza que necesitaba y se echó hacia delante mentalmente, sujetándole con fuerza. Él se quedó quieto y ella preparó la ampolla. Quitaría el campo de sujeción, se abalanzaría, le pincharía y todo acabaría en cuestión de un segundo. Preparados, listos… ¡ya!

Apagó el campo y se echó hacia delante con ambas manos, utilizando una para sujetarle la pierna. Apretó la ampolla contra ésta y fue a apretar el gatillo. Un espasmo de los grandes hizo contraerse al rodiano. La gravedad inesperada aparto a Barriss de la fuerza.

¡Corre!

Pero cuando libero el contenido de la ampolla, la pierna de Zheepho dio un tirón, como si mil voltios de electricidad le hubiera galvanizado. La ampolla salió disparada de su muslo. Ella seguía agarrándole la pierna cuando le sobrevino un segundo espasmo, y perdió el equilibrio por un momento. Se echó hacia delante, y entonces la aguja se introdujo… en el dorso de su propia mano.

La ampolla hizo penetrar la sustancia a través de su piel, Parte fue a parar a una vena, y pudo sentirla inyección fría. Rápidamente se echó hacia atrás, activó de nuevo el campo de presión y cogió otra ampolla de bota de su bolsillo. Cuando Zheepho relajó los músculos, ella apago el campo de nuevo y le inyectó la ampolla.

Esta vez tuvo más suerte.

Un momento más tarde, el campo volvía a estar encendido, y Barriss estaba allí, de pie, mirando al rodiano. Él tembló de nuevo, pero menos que antes, y los espasmos se detuvieron al cabo de otros dos minutos.

¿Tan rápido funciona?, se preguntó ella.

—Vaya —dijo él—. Gracias, curandera. No sé lo que ha dado, pero quiero un barril lleno.

Ella sonrió.

—Volveré a verte dentro de un rato.

El rodiano estaba en la Cama Verde, la última del pabellón. Barriss atravesó el campo de esterilización y se metió en una cámara de provisiones. Utilizó la Fuerza para buscar en su interior, para hacerse un chequeo. Aunque era cierto que la bota no había mostrado efectos adversos en humanos, lo cierto es que se había suministrado una dosis bastante considerable. No se sentía distinta, pero…

Una repentina luz cayó sobre ella.

Parpadeó. Y vio a la Maestra Luminara Unduli de pie a unos tres metros de distancia, junto a la pared, observándola y sonriendo.

—¿Maestra? ¿Cómo has…?

La Maestra Unduli se volvió translúcida, luego transparente y finalmente su imagen parpadeó como una luz, apagándose.

Al tomar aire, Barriss sintió de repente un flujo de energía penetrando en su interior: energía pura, en crudo, un vasto poder. En ese momento se sintió trascendente, casi omnipotente. Estaba a la vez dentro y fuera de su cuerpo, capaz de sentir tres y hasta cuatro dimensiones. Se sentía como si pudiera agarrar el tejido del que estaban hechos el espacio y el tiempo y arrugarlo, retorcerlo a su antojo. Por un cegador instante, pudo sentir la Fuerza como nunca antes lo había hecho: en su totalidad. Había una especie de… conciencia cósmica en la que se sentía conectada con todas las cosas, en cualquier lugar, capaz de hacer de todo, de cualquier cosa…

Durante ese momento atemporal, ella fue la Fuerza.

Los soles nacían, los planetas se creaban, las civilizaciones se fundaban y caían, los planetas morían, los soles se enfriaban… El tiempo huía como un rayo láser, como una nave a hipervelocidad, pero ella podía estar al tanto de todo, Cada detalle de cada planeta de todas las galaxias que había hasta el final del universo.

Era indescriptible. Era así como debía de sentirse un dios, si es que exilio tía algo así.

No supo nunca cuánto duró aquello. Un rato o unos eones, no había forma de averiguarlo…

Y de repente acabó. Barriss se tambaleó al apoyarse en la pared y se deslizó hasta estar sentada en el frío suelo, alucinada con la experiencia.

Apenas podía respirar. El brote pasó, pero sus restos continuaban arremolinándose en su interior, potentes patrones que surgían y bailaban por todo su ser. Se sentía exhausta, pero… de alguna manera… más sabia. ¿Qué era aquello? ¿Qué le acababa de pasar?

18

Jos no recordaba haberse sentido más emocionado desde que llegó a aquel planeta. El transporte en el que iba Tolk estaba a punto de aterrizar. Él estaba junto a la plataforma, mirando hacia arriba. No es que pudiera ver nada a través de las malditas nubes que seguían cubriendo el arco de la cúpula. La nieve llegaba a la altura del pecho en algunas zonas, aunque los androides no paraban de quitarla. Se habían instalado calefactores suficientes como para que se pudiera estar en la mayoría de los sitios, y algunos incluso se habían vuelto demasiado calurosos, pero ya empezaba a ser algo más que un pequeño inconveniente. Al nivel del suelo había tal condensación que no se podía ver. Vivían en una burbuja opaca. Últimamente no habían sufrido ataques enemigos en las cercanías del Uquemer, ni misiles o rayos de partículas extraviados. Por suerte. De ser por Jos, él habría quitado la cúpula para que la nieve se hubiera derretido, cosa que no tardaría mucho, y habría hecho las reparaciones con el sistema apagado. Pero, claro, si dependiera de Jos, ni siquiera se encontraría en aquel maldito planeta. Y tampoco habría necesidad de cúpulas protectores porque no habría una maldita guerra.

La ventana invisible de la cúpula se dilató, permitiendo la entrada del transporte, además de un rápido intercambio de aire caliente y frío que provocó remolinos de niebla y nubes en una vorágine momentánea. El pequeño torbellino fue apagándose mientras la cúpula se cerraba y la nave bajaba de las nubes hacia la plataforma. La nieve que cayó por la zona de despegue estaba un tanto abigarrada: era un pálido arco iris con el rojo como tono Dominante, tenido por colonias de esporas que entraron con la corriente y se congelaron rápidamente.

La nave pareció tardar una eternidad en aterrizar y abrir sus puertas.

Bajaron cinco personas antes que Tolk, claro. Llevaba el uniforme de enfermera, y su equipaje venía detrás en la cesta de un androide porteador. Jos vio que a ella le estaban saliendo sabañones en los brazos desnudos.

Sintió una alegría tan inmensa que casi se mareó al verla, y corrió para abrazarla. Ella se dejó abrazar un momento y luego se puso rígida.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien —miró a su alrededor y tembló—. Al final resulta que lo del clima no era broma.

—Aquí no se está tan mal. Cerca del depósito hay como una bolsa de aire frío en la que la nieve llega a la altura de un wampa con zancos —Jos la cogió del brazo y echó a andar hacia el campamento—. Vamos, tienes que ponerte a cubierto. Pronto entrarás en calor —le pasó un brazo por el hombro y se dirigieron hacia la tienda de él.

—Vamos primero a mi dormitorio —dijo ella—. Tengo que coger una chaqueta.

Jos se encogió de hombros.

—Vale.

Dentro de la tienda de Tolk, el calefactor que Jos había instalado previamente había acabado con la mayor parte del aire frío. Tolk se sentó en el catre.

—Nieve —dijo—. En Drongar, Increíble.

—A eso te acostumbras rápido —dijo él—. Luego se acaba convirtiendo en un incordio a gran escala. Sobre todo teniendo en cuenta la situación en la que nos encontramos ahora con los pacientes. Si no consiguen reinstaurar pronto el servicio del trasbordador a la MedStar tendremos que amontonar a los pacientes en almacenes. Nos estamos quedando sin sitio en los pabellones.

Ella asintió. Parecía cansada, pensó Jos. Cansada y harta.

—¿Tan mal estaba la cosa allí arriba?

Ella suspiró.

—No para mí. Yo estaba en la cubierta de mando. Lo único que sentimos fue una vibración enorme antes de que nos aislaran. Yo no conocía a ninguno de los que murieron, y los heridos y supervivientes fueron atendidos por los equipos de emergencia de las cubiertas inferiores.

Jos negó con la cabeza.

—Increíble. Poner una bomba en una nave médica.

—Es horrible —dijo ella. Su voz era inexpresiva y algo distante.

El silencio prosiguió.

—¿Te apetece un estimcafé?

—Sí, por favor.

Él se puso a preparar la bebida.

—¿Y qué tal el tío abuelo Erel?

Tolk apartó los ojos de él y miró su maleta.

—Bien.

En su comportamiento había algo extraño que llamó la atención de Jos, incluso pese a los horrores recientes por los que había pasado.

—Tolk, ¿estás bien?

Ella le hizo un gesto para quitarse importancia.

—Sí, bien. Un poco cansada nada más. He pasado por unos momentos bastante tensos.

—Lo entiendo —dudó un momento—. Si quieres podemos ir a la cantina para comer algo, o quizá tomar una copa.

Ella le observó.

—Mira, Jos, de verdad que no me apetece.

—Vale, vale. Podemos quedarnos aquí, no hay problema. Si quieres voy a pillar algo al comedor y…

—Jos —dijo ella, y su voz sonó ligeramente frágil, algo que había oído demasiadas veces en demasiados congéneres—. Creo que… necesito descansar un rato.

—Ah, vale. Claro —él dudó un instante, sin saber qué decir. Ella no parecía especialmente contenta de verle. Sí, estaba cansada y había pasado por un momento

traumático… pero, al fin y al cabo, era una enfermera de cirugía. Había visto morir a más gente en un mes que muchas enfermeras en la última década, y en condiciones bastante más desagradables. Estaba hecha de duracero. ¿Cómo podía haberle afectado tanto una explosión en la que no había estado involucrada directamente?

Él miró su reloj.

—Mi turno empezará en unos minutos —dijo él, y se sintió ligeramente, sorprendido al darse cuenta de que se alegraba de tener una excusa para marcharse—. Te… te llamaré cuando termine, ¿te apetece?

—Sí… vale —dijo ella.

Él le dio un abrazo, y ella pareció quedarse rígida de nuevo al tocarla. La besó, y ella le devolvió el beso, pero fue casi como un beso de hermana… No había el menor rastro de pasión.

Al avanzar por entre la nevada, hacia la SO, Jos sintió una repentina oleada de terror de origen desconocido. Tolk había vuelto cambiada. No sabía cómo o por qué, pero no era la misma que cuando se fue.

Algo iba mal. Algo iba muy mal…

~

Den percibió que había algo distinto cuando ocupó su puesto de costumbre en la mesa de sabacc. Tardó un rato en identificar lo que era. Luego fue a pedir una bebida y se dio cuenta de que Teedle no estaba de servicio. Aquello era raro. Los androides no trabajaban por turnos, como los orgánicos. Teedle siempre estaba allí si la cantina estaba abierta. Pero aquel día no.

Y tampoco estaban Jos ni Tolk, algo que era de esperar, ya que ella acababa de regresar de la MedStar. Los jugadores, aparte de él mismo, eran Klo, Barriss, I-Cinco y una cara nueva, una que le encantaba tener delante: Eyar Marath, la cantante sullustana de la compañía. Den se sentó justo frente a ella. La cantante alzó la vista sobre su copa y le sonrió.

Den le devolvió la sonrisa. Él había estado preguntándose cómo abordarla de forma casual, y aquélla era una oportunidad de platino. Llevaba tanto tiempo sin ver a otro ejemplar de su especie que probablemente hubiera encontrado atractiva a la bruja de To'onalk. Pero aquello había terminado; Eyar estaba buenísima. Era joven, sí, probablemente Den tendría edad para poder ser su padre, pero, a juzgar por la mirada que ella le dirigía, no pensaba en él de esa forma. Tenía los ojos brillantes, oscuros como la obsidiana, y grandes incluso para ser sullustana. Sus orejas tenían una forma delicada, con grandes espirales y lóbulos. Sus mandíbulas relucían de saliva. Mostraron un tono rosa oscuro al sonreírle.

Oh, sí. Menudo terroncito de azúcar.

—Wa loota, maga un —dijo ella—. Mi nama Eyar Ahtram.

Den parpadeó. Estaba dirigiéndose a él en el inflexivo inferior, como debía hacer una hembra a su compañero.

—Wa denga, see't boas 'e. Mi nama Den Dhur.

Ella sonrió de nuevo, y de repente Den no sintió ni pizca de frío. Pero ni pizca. Allí no había ninguna relación padre hija, desde luego.

—¿Dónde está Teedle? —preguntó a la mesa en general. De repente sintió muchas ganas de tomarse una copa.

Nadie respondió.

Miró a Merit, y vio que el gran equani parecía ligeramente incómodo.

Y dijo:

—Ya no está con nosotros.

—¿Qué? ¿Le han dado otro destino? Pero si acaba de llegar —quería tomarse un matabanthas o dos para relajarse. No es que lo necesitara, pero aun así…

Hubo otro silencio incómodo. Entonces, I-Cinco lo rompió:

—La unidad TDI-501 ha sido desensamblada.

—¿Disculpa?

—Fue necesario para extraer el componente de la unidad central. La unidad TDI-501 era uno de los últimos modelos de Cybot Galáctica, y su componente técnico YX-90 era compatible con el dispositivo secundario del generador armónico de la cúpula de fuerza. Fue…

Den alzó las manos para detener al androide.

—Espera un momento. ¿Me estás diciendo que la han «canibalizado»? La expresión y la voz de I-Cinco parecían más neutras que nunca, si es que aquello era posible.

—La Sección de Ingeniería supo que la pieza de recambio tardaría unas cinco semanas en llegar, así que buscaron lo más parecido, solicitando la unidad de TDI-501.

—Teedle —dijo Den—. Se llama Teedle.

I-Cinco se detuvo un momento y prosiguió:

—Solicitaron la pieza YX-90 de la unidad. Sus parámetros de campo están dentro del alcance necesario para realinear el generador armónico de fase.

Den contempló al androide, completamente boquiabierto.

—No puedo creerlo. ¿La han destrozado para sacarle las piezas? ¿Cómo han podido? Era más que unos simples… —se detuvo al darse cuenta de todo lo que conllevaba aquello que había dicho I-Cinco— parámetros de campo. Ya me acuerdo. Tú le preguntaste por su…

Barriss dijo:

—Den, I-Cinco no está…

Den hizo caso omiso y dijo al androide.

—¿Tú te chivaste?

I-Cinco dijo:

—Me pidieron que determinara la utilidad potencial de la unidad.

—No puedo creérmelo. Era una de los tuyos.

—Odio aguarte tu honrada indignación —dijo Barriss—, pero hay una o dos cosas sobre el tema que no sabes —había algo raro en su voz, Den se dio cuenta, pero no tenía tiempo de preocuparse por ello. Su mejor camarera se había ido y su «amigo» I-Cinco había sido el responsable.

—Ya sé todo lo que necesito saber…

—Teedle se presentó voluntaria, Den —dijo Merit.

Se quedó mirando al mentalista.

—¿Eh?

—Sabía cuáles serían las consecuencias —dijo Merit—. Fue Teedle lo que se dio cuenta de la compatibilidad del alcance. I-Cinco se limitó a confirmarlo. Pero no fue idea suya.

Den negó con la cabeza. La habían destripado. Estaba tan viva como cualquiera de los sentados a la mesa, y además era mucho más gracioso. Y ¡plaf! ya no estaba.

—Creo que le debes una disculpa a I-Cinco —dijo Barriss. De nuevo había algo en su voz, algo que no podía localizar del todo. Parecía… mayor. Mucho mayor. Pero aquello era una tontería.

—No hace falta —dijo I-Cinco—. Después de todo, sólo soy un androide. ¿Por qué iba a ofenderme?

Den suspiró.

—Lo siento, I-Cinco. Me he obcecado demasiado. Creo que me he excedido… Vamos a jugar…

Klo comenzó a barajar. Habían decidido prescindir de los servicios del Tiburón Crupier hacía unas cuantas partidas, y ahora solía permanecer en un rincón mientras echaban la partida.

Ahí estaba, pensó Den. Otro recuerdo de las diferencias entre androides y biológicos. Alguien con quien interactuaban como si fuera una persona podía… apagarse, así, sin más, porque tenía un dispositivo que iba a ser más útil en otra parte. Si, la gente moría en las garras constantemente, compañeros con los que compartías borracheras y risas podían serte arrebatados de repente, pim pam, sin más, pero aquello era distinto. Era algo digno de reflexión para un sullustano como él.

Den cogió sus cartas mirando a Eyar Marath al hacerlo. Ella le devolvió la sonrisa. Bien. Al menos su demostración de mal genio no había provocado el rechazo de ella. Era preciosa. ¿Cuánto tiempo llevaba sin sentarse a la mesa con alguien de su propia especie, por no hablar de juntar las agallas? Demasiado.

Se le pasó una cosa por la cabeza.

—Bien. Lo siento. Después de todo, cuando llegue la pieza de recambio, siempre podrán reparar a Teedle y dejarla como nueva, ¿no?

Hubo otro momento de frío silencio. Entonces, I-Cinco dijo, casi con amabilidad:

—No han solicitado la pieza de recambio, Den. El ejército compensará a la corporación a la que pertenecía Teedle, pero no ven la necesidad de pagar dos veces por la reparación.

Den se quedó de piedra.
—Qué asco —dijo.
—Una expresión muy adecuada —respondió I-Cinco.
Merit repartió las cartas.

19

Jos había conseguido por fin obtener una chaqueta y un par de guantes termales, lo que significaba que la cúpula estaría reparada muy pronto. Era algo que nunca fallaba, si dejaba lo que estaba haciendo para prepararse para algo, esa necesidad pronto se desvanecía. Pero al menos de momento, él estaba calentito.

Estaba de camino al comedor cuando su intercomunicador pitó.

—Doctor Vendar, tenemos un problema en la SO.

—No estoy de guardia… —empezó a decir Jos.

—Sí, señor, el coronel Vaetes es consciente, pero le ha pedido que, por favor se acerque.

—Vale. Voy para allá.

La cosa estaba relejada en la Sala de Operaciones, ya que apenas había pacientes Alrededor de las mesas había una media docena de médicos y enfermeras. Vaetes estaba entre ellos. Se giró, vio a Jos y se alejó de su paciente, que quedo oculto por el grupo.

—Coronel, ¿Cuál es el problema?

—¿Has operado alguna vez a un nikto?

Jos alzo las cejas.

—¿Tenemos un cara-cuerno? No sabía que hubiera uno en el planeta.

—Me temo que sí. Uno de los recolectores del campo debata. Pasó por encima de un resto de explosivo e hizo saltar por los aires la cosechadora. El paciente está lleno de metralla y aquí no hay nadie que haya abierto nunca a un nikto. Tú has tratado a muchas especies. ¿Tienes experiencia con ésta?

Jos ahogó un suspiro.

—No, la última vez fue en mi primer año en cirugía. No estoy cualificado para…

—Aquí no hay nadie que haya tocado a uno, Jos. Ni siquiera el teniente Divini. Por poco que sepas, será mejor que nada.

Tenía razón.

—Enseguida me pongo —dijo Jos.

—Gracias. Tolk ya está aquí.

Jos asintió.

Se lavó a toda prisa y fue vestido y enguantado por la enfermera de esterilización, tras lo cual salió del campo. Vio a Tolk al otro lado de la mesa, alineando los instrumentos. Esperaba poder obtener más información sobre su humor, pero había mucha gente delante, y no era así como quería hablar con ella.

Como si alguna deidad bélica aburrida le hubiera leído los pensamientos, se comenzó a oír el zumbido de una aeroambulancia.

—¡Vienen pacientes! —gritó Vaetes—. Jos, ¿puedes con esto?

—Probablemente no, pero tampoco me ayudará mucho que te quedes ahí mirando. Vete. Si tengo algún problema, te pegaré un grito.

Los mirones se marcharon, dejando a Jos, Tolk y a los androides de esterilización. Jos miró al otro lado del campo. El brillo de los focos contra la frontera electrostática hacía que el rostro enmascarado de Tolk adquiriera una cualidad casi de otro mundo. Incluso con la máscara y el uniforme está preciosa, pensó él.

—Hola —dijo.

—Hola —dijo Tolk. Sus ojos, por encima de la mascarilla, no parecían alegres. No le miró.

Jos observó al paciente. Los nikto eran de apariencia reptiloide y tenían unas dos docenas de cuernecitos repartidos por toda la cara y la cabeza, y dos más grandes en la barbilla. Había cuatro o cinco subespecies distintas. Aquel ejemplar tenía la piel de color verde grisáceo, lo que significaba que procedía de las montañas o de los bosques. Le habían cortado la ropa y tenía varias heridas en el torso.

El procedimiento sería el mismo que con cualquier otro paciente, ya que Jos tendría que encontrar los canales de las heridas y extraer la metralla para luego reparar los órganos lesionados. Y tendría que arreglárselas con lo que hubiera, porque estaba seguro de que no tenían órganos nikto de reserva.

Alcanzar la metralla no era fácil. Las escamas del nikto se habían superpuesto sobre los puntos de entrada. Aquello era un acto reflejo, producto de una evolución milenaria, para mantener las heridas lo más estériles y protegidas posible hasta que se curaran. Algo que normalmente funcionaba bien, porque normalmente no había grandes trozos de duracero incrustados en las vísceras.

—Tenemos que relajar los músculos lo suficiente como para poder levantar las escamas abdominales —dijo a Paleel, una enfermera que no se había esterilizado—. Averigua cómo se le hace eso a un nikto.

—Ya lo he hecho —dijo la enfermera—. Myoplexaril, variante cuatro.

Tres miligramos por kilo de peso corporal, intravenosa.

—Vale. ¿Cuánto pesa?

—Sesenta kilogramos.

Jos realizó el cálculo.

—Dale ciento ochenta de myoplexaril, uve-cuatro, intravenosa.

Alguien le había puesto ya una intravenosa, lo cual le agradó. Poner inyecciones era un proceso cuanto menos primitivo, y además, a Jos jamás le había gustado hacerlo con reptiloides; encontrar una vena bajo la piel de escamas era siempre un desafío. Pero todos los goteos osmóticos estaban siendo utilizados en aquel momento, por lo que tendría que arreglárselas con lo que tenía a mano. Threndy, la otra enfermera, rellenó una jeringuilla de relajante muscular, comprobó una vez más la dosis y apretó el inyector contra el conducto de la intravenosa.

El medicamento tardaría un rato en hacer efecto.

—Threndy, ¿por qué no terminas de ordenar el instrumental? Paleel, ve a por otro kit reptiloide, por si acaso. Tolk, acércate a ayudarme a categorizar las heridas.

Las enfermeras se marcharon.

Con Tolk de pie junto a él, si hablaban en voz baja, podrían tener una conversación privada.

—¿Estás bien? —preguntó él.

Ella mantuvo la mirada fija en el paciente.

—Sí.

—No lo parece. Desde que volviste de la MedStar has estado un poco, bueno… distante.

Ella le miró y luego volvió a centrarse en el paciente.

—Parece que le han dado en el bazo… si es que tiene bazo —señaló a una herida con un parche de coagulante.

—Tolk Ella suspiró.

—¿Qué quieres que te diga, Jos? No fue una visita a la cúpula del placer.

Vi gente salir despedida al espacio como si fueran semillas maduras de poparbol. Los más afortunados murieron inmediatamente.

—Aquí muere gente cada día —dijo el—. Y eso sí que pareces ser capaz do soportarlo.

—No es lo mismo —dijo ella.

—No fue culpa tuya, Tolk.

Ella le miró fijamente, y estaba a punto de decir algo cuando la placa abdominal del paciente se relajó y se retiró… De una de las heridas que quedaron expuestas salió disparado un chorro de hemolinfa morada que le acertó en el pecho.

Los siguientes minutos estuvieron dedicados a detener el fluido vital.

Las enfermeras y los androides se ocuparon de ello, mientras Jos se alejaba de la mesa. Iba a tener que cambiarse ropa y volver a lavarse. Lo cual significaba que no podría tener su conversación seria con Tolk.

Vaya.

Pero no iba a dejarlo estar. Algo iba mal, algo que estaba por encima del trauma de lo sucedido. Había algo que Tolk no le contaba. Y no descansaría hasta saber lo que era.

~

Barriss Offee estaba pasándolo mal para concentrarse en su trabajo.

Un soldado yacía ante ella, en una mesa del pabellón de recuperación… o, más bien, la mayor parte de él. La metralla le había cortado las piernas hasta la mitad del muslo. La solución fue dotar al soldado de ortopedia cibertrónica: piernas robóticas que, una vez cubiertas con una capa de sintocarne, serían difíciles de distinguir. El trabajo de Barriss consistía en utilizar la Fuerza para preparar al soldado para los implantes e injertos de circuito, aliviando la reacción traumática del sistema. Era algo realmente sencillo, sólo debía facilitar el trabajo del sistema nervioso y estimular los modificadores de respuesta

biológicos. Lo había hecho muchísimas veces antes. No había motivos para pensar que aquella vez sería distinta.

Sin embargo, no podía.

Desde que experimentó aquella fusión, aquella conexión «cósmica», Barriss había tenido miedo de volver a invocar a la Fuerza. Aunque no había razones lógicas para temerlo, seguía sintiéndose paralizada a la hora de intentar conectar.

Era consciente de que estar así no era bueno, sobre todo teniendo en cuenta su puesto en aquel planeta arrasado por la guerra. Aunque en los últimos días apenas se habían producido bajas, el Uquemer-7 podía inundarse de nuevo en cualquier momento, y cuando eso ocurriera se necesitarían sus habilidades para salvar vidas. No podía permitirse seguir indefensa.

En su interior era consciente de todo aquello, pero en su corazón seguía alejándose del nexo que había formado parte de su vida desde hacía tanto tiempo.

Y aquello no podía seguir así de mal.

Dijo al androide FX-7 de guardia que volviera a poner al clon en crioapoyo a corto plazo. No le haría ningún bien intentar equilibrarle los constantes, dada la inestable situación en la que se hallaba ella. Tenía que salir de allí, despejarse la cabeza.

Quizá una partida de sabacc era lo más indicado…

~

A solas en su tienda, Barriss se sentó y miró la pared. Había buscado compañía, pero estar en presencia de sus amigos no le había ayudado a resolver nada. El poder de la experiencia que había tenido, y estaba segura de que había sido real y no una alucinación, seguía resonando en su interior, aunque ya no era más que un débil eco de lo que había sido. El goteo de la lluvia tras el rugido de la tormenta.

Aun así, jugar a las cartas en la cantina y charlar con los médicos y las enfermeras sólo le había servido para retrasar el momento de enfrentarse a aquello. No podía hablar con ninguno de sus colegas. ¿Qué podía decirles? «Oye, Jos, mira, es que me he hecho una con la galaxia… ¿qué talla rinorrea del ortolano que has tenido que atender?». Nadie podía ayudarla, y no conocía a nadie que hubiera experimentado algo así… al menos, nadie cercano…

Si es que alguien lo había experimentado alguna vez…

Barriss sabía que no era la Jedi más lista de la historia, pero tampoco era de las más estúpidas. Sabía lo que había ocurrido. Se había tomado una dosis terapéutica del extracto de bota, aunque fuera de modo accidental. No le cabía duda de que la inyección accidental y su repentina y poderosa conexión con la Fuerza habían sido causa y efecto. Desconocía el porqué o el cómo, pero estaba segura de que el preparado químico panaceático había provocado otro milagro, intensificando su conexión con la Fuerza en una magnitud que no podía ni imaginar.

Cuando empezó a aprender a utilizar la Fuerza de pequeña, se sintió como si hubiera estado viviendo en una cueva oscura y de repente le hubieran dado una lámpara para alumbrarse el camino. Fue como si de repente pudiera ver, como si antes sólo hubiera avanzado a tientas por la oscuridad. Había sido una revelación de lo más intensa y profunda.

Aliado de eso, la experiencia que había tenido tras el accidente en el pabellón había sido como cambiar esa lámpara por su propio sol privado; una diferencia comparable a poder ver una vasta llanura hasta el horizonte, con todo lujo de detalles, en contraste con la esquina de una pequeña habitación. Como si fuera un murcielalcón, capaz de divisar una piedra del tamaño de su pulgar a una distancia de mil metros, en contraste con ser una gran babosa granítica, intentando discernir los milímetros de distancia ante sus propias narices.

¿Qué había significado?

Su primera reacción había sido llamar a su Maestra. Luminara Unduli lo sabría, o quizá tendría acceso a alguien que lo supiera. En cualquier caso, no había razón para intentar resolver aquello por su cuenta, desde luego, no mundo tenía los vastos recursos de los archivos del Templo a su disposición.

Y ella lo había intentado, pero su intercomunicador no funcionó. Todo parecía ir bien, todos los circuitos daban positivo en las pruebas de funcionamiento, pero no había señal. Algo interfería en la frecuencia, ni siquiera podía recibir una hiperonda portadora desde fuera del planeta, y no tenía ni idea de por qué. Quizá se debiera a alguna operación militar: era totalmente factible que la República o los separatistas hubieran implementado recientemente algún dispositivo que pudiera eclipsar un planeta e impedir transmisiones como las suyas. O quizá se trataba de un fenómeno natural. Había tormentas magnéticas y de flujo en el espacio real que en ocasiones emitían reverberaciones hiperespaciales e interrumpían señales de comunicación. Drongar Prime era una estrella ardiente: sus descargas coronarias eran lo bastante potentes…

Barriss hizo un gesto de frustración. No tenía sentido elaborar teorías, tenía que hablar con alguien que supiera más de la Fuerza que ella para poder transmitir aquello y decidir qué hacer, si es que había que hacer algo. Intentó llamar de nuevo, en cuanto regresó a su tienda, pero seguía sin funcionar.

Pero había otra manera, una manera elegantemente sencilla…: tomarse otra dosis de bota. Estaba casi segura de que podría averiguar casi cualquier cosa en cuanto regresara a aquel inefable estado en el que se sumió, si esa vez estaba prevenida y preparada para aquello. La experiencia incluía todo el conocimiento: seguía sintiendo que era cierto. Cuando ella hubiera comprendido los parámetros del evento, podría presentar al Consejo jedi algo de incalculable valor. No podía ni imaginarse los milagros que un verdadero Maestro Jedi podría realizar imbuido de semejante poder. Con sólo tener acceso al tipo de potencial que Barriss había experimentado, incluso los pocos miembros de la Orden que quedaban podrían cambiar el curso de la guerra, vencer sin problemas a las fuerzas de Dooku y restaurar la paz en la galaxia. Estaba completamente segura de aquello, se sentía

como si pudiera conseguir todo eso por sí misma; por tanto, sabía que con semejante fuerza mística en las manos de Luminara, Obi-Wan o Yoda, cualquier cosa sería posible.

Pero… ¿podía prepararse de verdad para volver a cabalgar esa ola masiva y todopoderosa? Era perfectamente posible que en la siguiente ocasión todo se le viniera encima, y entonces carecería de fuerzas suficientes para liberarse. Quizá se la llevara para siempre, y nunca la dejara marchar, la transformaría en algo totalmente ajeno a la experiencia de cualquier ser…

Barriss suspiró. Aquello estaba más allá de sus habilidades, de su talento, de sus capacidades. Necesitaba ayuda, pero allí no había nadie capaz de ofrecérsela. Parecía que, hasta que pudiera hablar con la Maestra Unduli, tendría que aguantarse y no hacer nada.

Pero era mucho más fácil decirlo que hacerlo. El recuerdo de tanto poder, por mucho miedo que diera, le llamaba a gritos. La llamada era tan tentadora… Aunque tenía miedo, se sentía profundamente atraída a intentarlo de nuevo.

Sería fácil. Había varias ampollas llenas del destilado al alcance de la mano. Apenas tardaría un segundo en hacerse con una, aplicársela y… Sería tan fácil…

Barriss se abrazó a sí misma y tembló, sintiendo un frio que no tenía nada que ver con la nieve que se acumulaba en el exterior.

20

—Jos, amigo mío. ¿Qué tal estás?

Jos miró al mentalista.

—Pues, la verdad, he tenido días mejores. Meses mejores. Décadas, incluso.

—¿Qué ocurre?

Jos se agitó inquieto, algo realmente difícil en el formasiento que se adaptaba a todos sus movimientos para que estuviera cómodo.

—Ya sabes lo mío con Tolk.

El equani juntó las yemas de los dedos.

—Por suerte, no me he quedado ciego ni sordo últimamente.

—Sí, ya… bueno, yo pensaba que lo nuestro iba sobre las ruedas de un deslizador con armónicos personalizados. Pero es que últimamente ella… se ha enfriado.

—¿Y eso?

Jos suspiró. Todo lo relacionado con Klo y su despacho estaba diseñado para inducir a la calma: sus gestos, la decoración, el formasiento del paciente… pero Jos nunca había podido relajarse en aquel lugar. No era que desconfiara de Klo, o del proceso de mentalismo, como hacían muchos de los miembros de su familia. Aunque procedía de un extenso linaje de médicos, muchos de sus antepasados inmediatos veían con recelo el concepto de curación a través de terapia mental. Aunque su padre jamás lo admitiría, Jos sabía que el mayor de los Vondar estaba mucho más cómodo curando la depresión, la ansiedad, la esquizofrenia y semejantes ajustando los niveles de dopamina, serotonina y somastotina, en vez de a través de un intercambio de información. Jos se dijo a sí mismo que no compartía sus prejuicios, pero, aun así, seguía sintiéndose tenso en el despacho de Merit.

No estaba seguro de por qué había ido aquella vez. No tenía cita, sólo había decidido aprovechar que Merit estaba libre. Tenía que considerar el problema con alguien, y su compañero de tienda no era el adecuado, ya que Jos tenía pares de botas más viejos que él.

—A Tolk y a mí nos iba bien… entonces ella subió a la MedStar a hacer un cursillo de EM. Estaba allí cuando explotaron las cubiertas… y desde que ha vuelto ha estado más fría que la nieve acumulada en el dintel de esa ventana.

Merit asintió.

—¿A qué crees que se debe?

—Si lo supiera no estaría aquí, ¿no crees?

—¿Habéis discutido por algo?

—No.

Merit asintió y se apoyó en el respaldo de su formasiento, que se ajustó a su nuevo equilibrio y contorno.

—Bueno, el accidente perturbó a mucha gente.

—Por lo que he oído —dijo Jos—, no fue un accidente.

Merit se encogió de hombros.

—Yo también he oído esos rumores. Por supuesto, los poderes fácticos quieren que la gente piense eso… Después de todo, si fue sabotaje, eso cuestiona a los miembros del equipo de Seguridad. La República no es inmune a la paranoia de vigilarse las espaldas.

Jos lo sabía. Se encogió de hombros.

—Barriss dice que fue deliberado. Y yo la creo.

—Bueno, la verdad es que eso no tiene nada que ver con lo que estamos hablando. Tanto si la explosión fue un accidente como si fue a propósito, parece haber repercutido en Tolk más de lo que ella quiere admitir.

—Me he dado cuenta, pero no entiendo por qué. En este Uquemer muere más gente en un mes, y en ocasiones en una semana, que la que murió en la MedStar. Tolk a menudo está en la mesa de operaciones cuando mueren, mirándoles fijamente a los ojos. ¿Por qué le iba a afectar más eso que un puñado de gente que no conocía y con quien no tuvo que tratar?

—No te lo sabría decir —Klo se detuvo como pensativo.

—¿Qué?

—Nada.

—No sé leer las caras, ni soy Jedi, ni soy mentalista, Klo, pero tampoco acabo de caerme del guindo. ¿Qué pasa?

—¿Conoces bien a Tolk? Quiero decir, sí, has trabajado con ella desde que llegaste aquí y habéis establecido una relación que supongo será física… —Supones bien.

—Pero ¿hasta qué punto conoces su vida? ¿Su gente, sus ideales, su desarrollo social?

—¿Adónde quieres llegar?

—Quizá tenga razones para estar así, razones que tú no ves. Quizá haya algo en su vida que no te ha revelado.

—No me gusta el cariz que está tomando esta conversación. El mentalista alzó una mano pacificadora.

—No es mi intención insultar a Tolk —dijo—. Sólo estoy sugiriendo que, como tú has señalado, no hay razones aparentes para que le haya afectado más la explosión de la MedStar que la situación diaria que se vive en el Uquemer. Por tanto, quizás exista otra razón.

Jos le miró parpadeando.

—¿Estás sugiriendo que ella tuvo algo que ver?

—Claro que no, Jos. Solo que parece que a Tolk le pasa algo que tu ignoras por completo Si supieras lo que es, quizá podrías resolver el problema.

Al menos, tendrías más herramientas con las que trabajar.

Jos se quedó pensativo.

—Hasta ahora no he podido conseguir tener una conversación seria con ella.

—Y, por tanto, careces de la información necesaria incluso para realizar una investigación adecuada. Quizá debas averiguar algo más. Podría no ser nada grave: algún

trauma del pasado relacionado con su familia o con sus amigos que resucitó viejos recuerdos, por ejemplo. Pero hasta que tengas más datos, sólo puedes especular —dijo Klo—. Yeso no te conducirá a nada.

Jos asintió. Klo tenía razón. Necesitaba hablar con Tolk sobre aquello, averiguar qué le pasaba realmente. Fuera lo que fuese, podrían solucionarlo juntos.

A menos, claro, que Tolk tuviera algo que ver con el atentado…

Jos negó con la cabeza. De ninguna manera. En aquel momento no estaba seguro de muchas cosas, pero sabía a ciencia cierta que Tolk no había podido tener nada que ver con ese horrendo crimen. Para nada. Ningún miembro de la profesión médica podría haber participado. Su trabajo era salvar vidas, no quitarlas.

—Gracias, Klo. No te robo más tiempo.

—Siguen jugando a las cartas en la cantina. I-Cinco va ganando. Me ha limpiado de mi límite diario —dijo Klo con una sonrisa—, y por eso he vuelto aquí.

Jos se puso en pie.

—Quizá vaya a tomar algo y a echar un par de partidas.

—¿Por qué no?

Jos sonrió y se marchó.

~

No llegó a la cantina.

Cuando estaba a medio camino, cruzando la explanada conocida como el Ouad, él y otros tantos que avanzaban entre la nieve se detuvieron en seco al oír el ensordecedor chasquido de algo muy parecido a un trueno. ¿Pero qué…?

Un momento después, la temperatura comenzó a subir. Era fácil advertir la diferencia porque estaba ocurriendo a toda velocidad.

Jos no tenía mucha idea de cómo funcionaba el tema del clima, pero sabía que cuando el aire caliente entraba en contacto con el frío, pasaban cosas. Y esas cosas estaban comenzando a pasar. Una densa niebla se formó casi al momento, y dejó de verse algo a un par de metros de distancia. Sintió la bofetada de microcorrientes de aire procedentes de distintas direcciones, algunas calientes, otras frías, que levantaban remolinos de nieve derretida y mezclada con esporas. Persistentes oleadas de lluvia empezaron a azotar el suelo a ráfagas. A través de la niebla pudo ver escalofriantes parpadeos de luz… Eran las descargas eléctricas de las que había oído hablar en el pasado, conocidas como fuego Jedi. Le brillaban las puntas de los dedos. Se quedó quieto. El voltaje requerido para atravesar el aire era alto, obviamente, pero su capacidad para almacenar una carga era relativamente reducida. No había peligro. O eso pensaba el… La niebla empezó a despejarse al cabo de un momento, Jos sintió el aire cargarse de humedad mientras la temperatura seguía subiendo. Empezó a sudar y a quitarse capas de ropa: el abrigo, el chaleco, el segundo par de pantalones. Chapoteó ruidosamente sobre el barros.

—Parece que el sacrificio de Teedle no fue en vano —dijo la voz de den Dhur. Jos miró a su alrededor y vio al diminuto sullustano materializándose lentamente a través de la niebla que se disipaba.

—El invierno parece estar marchándose a buen ritmo.

Jos asintió. Para bien o para mal, la cúpula estropeada había sido reparada. Y ya empezaba a echar de menos el frío.

Otra forma humanoide comenzó a tomar forma a unos pasos de distancia.

Era I-Cinco. El androide miraba hacia arriba. Jos siguió su mirada. Por primera vez en semanas, el implacable resplandor de Drongar Prime se hizo visible, ——Creo que las cosas han vuelto a la normalidad —dijo a I-Cinco.

—Así es.

Jos contempló la base. Los témpanos de hielo goteaban y se desintegraban, el nivel del barro comenzaba a subir y los olores pútridos de las Altiplanicies Jasserak regresaban con su rancia venganza. Lo único que faltaba era el ruido de las aeroambulancias para darle el toque final.

Justo cuando aquel pensamiento le pasaba por la cabeza, el aire denso comenzó a latir con el lejano temblor de los retropropulsores.

—Es nuestra canción —dijo al androide mientras regresaba hacia la SO.

Se sintió inexplicablemente animado. Para bien o para mal, las cosas parecían estar volviendo a la normalidad. Quizá no habría más sorpresas durante un tiempo. ¿Acaso era demasiado pedir?

Quizá sí…

I-Cinco no se movió.

—Vamos —le dijo Jos—. Tenemos trabajo, ¿recuerdas?

El androide se dio la vuelta y miró a Jos. Los sutiles matices luminosos de sus fotorreceptores imprimieron a su metálico rostro una expresión de sorpresa.

—Lo recuerdo —dijo. Jos se detuvo.

—¿Recuerdas qué?

—Lo recuerdo todo.

21

Uno de los que trabajaban para Kaird era el jefe de los xenobotánicos que monitorizaban la bota. Kaird, que siempre iba un paso por delante, había estado sobornándolo generosamente, siempre oculto tras su identidad de kubaz, para que le proporcionarse información con respecto al estado de la cosecha.

Kaird se reunió con el hombre en un baño, a puerta cerrada para evitar compañía no deseadas. Los filtro del aire, como casi todo el equipo del Uquemer, funcionaban solo de forma intermitente, por lo que aquel sitio olía rematadamente mal.

Las noticias, sin embargo, olían todavía peor.

—No es la primera vez —dijo el xenobotánico—. ¿Has oído hablar de las pinillos blancas de Bogden?

—No.

—Es fascinante. Son casi tan resistentes como el duracero y se exportan mucho para los jardines de los áticos de Coruscant y otros planetas del Nú 'Jea. Sus brotes forman la mayor parte de la dieta del oso gigante renda, y…

—Fascinante. ¿Y?

—Perdona. Bien, cada tantas décadas, toda la cosecha de plantas blancas del planeta se marchita y muere. Nadie sabe muy bien por qué. Es como si hubiera una especie de telepatía vegetal que disparara un efecto cercano a la extinción. Pero lo realmente impresionante es que incluso llega a afectar a plantas que se encuentran a pársecs de distancia, en otros planetas. La teoría afirma que hay una especie de reacción en cadena en el ADN que…

—Limítate a contarme exactamente qué tiene que ver eso con la bota —dijo Kaird, resistiendo el deseo de estrangularle.

—La vida vegetal de este planeta está sometida a una mutación constante, y eso incluye a la bota. Hay una nueva mutación y, por lo que parece, se ha extendido por todo el planeta. No sabemos por qué. Podría haberlo provocado cualquier cosa. El cambio parece estar alterando las propiedades adaptogénicas de la bota.

—¿Y eso qué significa?

—Que si sigue así, y no hay razones para pensar lo contrario, en una generación, y por mucho que hagamos, la bota se marchitará. Quedará inservible.

Kaird maldijo en silencio por dentro de la máscara. ¿Cómo iba a explicarle eso al vigo? No era culpa suya, él no hubiera podido controlar lo que había pasado, pero los vigos eran famosos por su tendencia a eliminar a los portadores de malas noticias.

—¿Quién más sabe esto?

—Pues, además de ti y de mí, nadie, de momento. Todavía no he redactado el informe para el ejército. Pensé que tú querrías saberlo antes.

—Bien. ¿Podrías retrasar la entrega del informe?

—No mucho. Las estaciones botánicas del continente ejecutan pruebas periódicas. Los informes respectivos pasan por mi despacho, y quizá pueda retenerlos una semana o dos, pero no más. Unas pocas cosechas débiles están dentro de lo normal, pero algo así saldrá a la luz —el humano se encogió de hombros—. La gente habla.

Por un momento, Kaird pensó en la posibilidad de matar al botánico.

Parecía la forma más sencilla de mantener aquello en secreto el mayor tiempo posible. Pero… no. Si lo mataba, lo único que consiguiría sería que pusieran un sustituto que quizá no seria tan sobornable. Más le valía que aquel hombre trabajara para él. El conocimiento era, como siempre, poder. Se podía conseguir mucho en poco tiempo si lo que había en juego eran millones, quizás incluso miles de millones, de créditos.

—Vale —dijo Kaird—. Tendrás tu recompensa. Retén esta información todo lo que puedas.

El humano se agitó inquieto.

—Si lo averiguan me despedirán.

—Yo te conseguiré un trabajo mejor, en el que ganes tres veces más.

El botánico le miró fijamente.

—Confía en mí. Tengo muchos contactos útiles —Kaird se sacó un cubo de créditos del bolsillo y se lo lanzó al hombre, que lo encendió. La cantidad que apareció en dígitos rojos en el aire frente a él era su salario de dos años.

—¡Vaya!

—Conseguirás eso y mucho más si no destapas esto durante un par de semanas.

El hombre asintió. La codicia se perfiló en su rostro.

—De acuerdo.

El hombre se marchó, y Kaird no se demoró más de lo necesario en aquel cubículo cerrado y apestoso.

Mientras avanzaba por el barro, de regreso a su dormitorio, Kaird meditó en la situación, mientras lamentaba que el tiempo tan bueno que había hecho en las últimas semanas se hubiera desvanecido con la reparación de la cúpula. La bota siempre había sido frágil, claro, y no era sorprendente que las últimas semanas de duras condiciones climáticas hubieran resultado en la pérdida de una cosecha cercana. Su plan era compensar aquella pérdida aumentando la producción de otros campos. Gran parte de la cosecha del continente Tanlassa se enviaba a través del Uquemer-7, y con Thula y Squa Tront controlando los envíos, la porción de Sol Negro no se vería afectada. Esto podía seguir consiguiéndose hasta cierto punto, y quizá ayudar a mantener el problema oculto unos pocos días más.

Pero eso era sólo algo pasajero. La única forma de salvaguardar la situación era conseguir toda la bota en carbonita posible en el menor periodo de tiempo, y mandarla a Sol Negro. Si la planta pasaba de ser un medicamento milagroso a una mala hierba, el poco efecto que siguiera teniendo sería mucho más valioso.

Cuando era joven escuchó de su tía favorita algo que solían contar los comerciantes: «Si eres el único que posee una caja de una cosecha de vino única por valor de mil

créditos la botella, y quieres maximizar los beneficios, bébetelas todas menos una y guárdala en una caja fuerte». Había muchos ricos dispuestos a pagar una fortuna por algo tan extraordinario, pero que no moverían un dedo si hubiera una docena, o incluso menos, de botellas así repartidas por la galaxia. Una sola valdría más que la caja.

La bota, debido a sus propiedades, ya era una de las drogas más valiosas. Si desaparecería la posibilidad de obtener suministros frescos, lo que quedara se revalorizaría con más velocidad que la de una nave al alcanzar la velocidad de luz. Una persona rica y gravemente enferma pagaría lo que fuera por escapar de la muerte. La cantidad de créditos que tienes te da igual cuando tu cadáver va a ir a parar a la recicladora.

Kaird consideró sus opciones: podía robar una gran cantidad de bota e intentar sacarla clandestinamente del planeta en una nave militar o comercial… No. Demasiado arriesgado. Había demasiados elementos que escaparían tic su control.

También podía contactar con Sol Negro, en caso de que consiguiera hacer funcionar el intercomunicador. Llevaba unos días sin poder llamar, y aunque eso cambiaría pronto, también suponía un riesgo. Cuando la mutación saliera a la luz, el ejército triplicaría la vigilancia sobre la planta, lo cual agravaría todavía más las cosas.

Cogerla por la fuerza era imposible. Sol Negro sería un imperio criminal formidable, pero sus armas eran el cáliz envenenado y el puñal oculto, no la pistola y el sable láser. Todo el arsenal de Sol Negro no podía equipararse ni con el ejército clan de la República que estaba en Drongar, Kaird llegó a su tienda, selló la puerta y se quitó agradecido el asfixiante disfraz. Seguía revisando sus opciones. Tenía a sus agentes colocados, por lo que el robo en sí era factible. En cuanto a la huida y al transporte, necesitaría una nave, una que fuera lo bastante rápida como para salir airosa de una persecución en caso de descubrirse el robo antes de su marcha.

Tendría que robar una, además de los códigos de seguridad que dejaran vía libre para escapar.

Kaird sabía que a su vigo no le gustaría todo aquello. Pero también sabía que cincuenta kilogramos de bota todavía efectiva y más valiosa que nunca bastarían para calmarle.

Lanzó un suspiro de alivio. Sí. Ahora que tenía un plan general, los detalles serían más fáciles. Podía conseguirlo. La gente que se interponía en el camino de Kaird de Nedij no solía durar mucho tiempo.

Contactaría con la falleen y el umbarano y pondría en marcha el robo.

Entonces buscaría una nave adecuada y también iniciaría esa operación.

Se sentía bien pasando a la acción, tras llevar tanto tiempo haciéndose pasar por Silencioso. Kaird siempre funcionaba mejor cuando pasaba a la acción.

~

Cuando Den se despertó, la cabeza le palpitaba como un gong benwabulana, lo cual no era de sorprender. Había olvidado por completo tomarse su dosis de anularresacas antes de quedarse dormido. Últimamente parecía estar olvidando muchas cosas. Lo próximo sería perder el sentido de la orientación…

—Buenos días —dijo una alegre voz femenina.

Den se frotó los ojos y vio a Eyar Marath, de pie en su aseo y secándose con una toalla.

Sí que eran buenos, sí…

—Tu ducha sónica está rota —dijo ella sonriendo—. Tuve que utilizar la ducha de agua. El calentador podría tardar un poco en volver a llenarse, por si vas a usarlo.

Den sonrió. Después de todo, no había sido un sueño.

Eyar entró en el dormitorio de la tienda y se sentó en el borde de la cama.

—Me ha encantado estar contigo, Den-la —dijo ella, añadiendo el sufijo cariñoso a su nombre.

—Me alegro —dijo él, incorporándose para hablar con ella—. A mí también.

—¿Tienes mujeres? —preguntó ella.

—Nunca tuve tiempo de casarme —dijo él, y con un gesto de la mano quiso abarcar la guerra, su trabajo, todo—. ¿Y tú? ¿Algún marido?

—No. Lo cierto es que creo que me falta como un año para estar preparada.

Ambos sonrieron mientras ella se calzaba las botas.

—Revoc dice que nos quedaremos aquí hasta que el ejército levante la cuarentena de seguridad. ¿Crees que podríamos volver a vemos?

—Me encantaría.

Se acababan de conocer oficialmente el día anterior, e iniciar inmediatamente una relación era algo perfectamente normal para los sullustanos. Se solía decir que los sullustanos no solían perderse, pero que en ese caso siempre podían meterse en el dormitorio más cercano…

Eyar se puso en pie, agitó las aletas rápidamente y le dedicó a Den una amplia sonrisa.

—¿Estoy guapa?

—Eres la sullustana más bella en cincuenta pársecs a la redonda —dijo ella.

—Probablemente soy la única —dijo ella—, pero vale.

Ella se dirigió hacia la puerta. Para Den, aquello era más que perfecto.

Le agradaba saber que seguía teniendo su toque mágico.

Eyar se detuvo ante la puerta, volvió la vista atrás y sonrió.

—Me recuerdas a mi abuelito. Era un gruñón encantador.

Y se marchó. Den se quedó completamente boquiabierto, con las aletas temblando. ¡Su abuelo! Podría haber pasado perfectamente sin esa información…

22

Barriss intentó realizar sus prácticas de entrenamiento, pero no era capaz de concentrarse. No encontraba el ritmo, el equilibrio, la respiración adecuada… nada. Hasta las secuencias más simples le hacían sentir como si estuviera encajada en una celda de metal estrechísima, sin apenas poder moverse.

Había encontrado una parte del suelo seca, al menos no estaba cubierta hasta los tobillos en el barro, pero eso tampoco ayudaba mucho. Volvió a encender su arma y comenzó una serie básica de ejercicios de defensa. El olor a ozono y el ronroneo poderoso del sable láser le resultaron conocidos, pero no reconfortantes.

Alguien se acercaba.

Aunque nadie podía caminar sin hacer ruido en el barro y la vegetación inerte, el zumbido de la hoja hacía difícil percibir el chasqueo de ramitas, el ruidito del barro y otras advertencias sigilosas. Por suerte, ella no necesitaba ese tipo de ayudas. Barriss apagó el sable láser, se lo puso en el cinturón y se giró para mirar a Uli.

Él sonreía.

—Buh.

Ella le devolvió la sonrisa.

—Tenemos que dejar de vernos así. ¿Estás recogiendo otra vez alas-bengala para tu madre?

—Eso intento… pero parece que el frío se ha cargado a todos los que vivían en el interior de la cúpula. Hoy no ha habido suerte. Lo cierto es que echo de menos la nieve, a pesar de que era un auténtico incordio.

Barriss asintió. Ella pensaba igual. Aunque todavía no habían llegado al ecuador de la mañana, el sol tropical ya había puesto sus ardientes manos sobre el campamento. Ni el tejido osmótico de su ropa conseguía que no pasara calor.

—¿Qué tal tu entrenamiento? Pareces…

—¿Rígida? ¿Agarrotada? ¿Descentrada?

Él asintió.

—Yo iba a decir algo como «en baja forma», pero sí, tienes razón. ¿No será por el pie?

—No, eso está curado.

Él asintió.

—Bien. ¿Hay algo que yo pueda hacer para ayudarte?

—¿Me estas ofreciendo un masaje, Uli?

Él se sonrojó. A ella le pareció encantador. Entonces, de repente, decidió contarle lo que le pasaba, al menos en términos generales. Era médico y tenía buen corazón. Además, había llegado a la conclusión de que cualquier ayuda que pudiera obtener sería mejor que nada. Y el chico quizá tuviera algo constructivo que decir. Sólo los borrachos y los niños decía la verdad, según el refrán.

—¿Cuánto sabes sobre la Fuerza? Él pareció sorprendido.

—Casi nada —dijo él—. Los pocos jedi que he conocido no me hablaron de ello. A ver, conozco las teorías médicas que dicen que los midiclorianos son los orgánulos que generan esa conexión de alguna forma y demás, y he oído las típicas leyendas sobre el tema, pero sobre su funcionamiento real, y lo que es realmente…

Se encogió de hombros. Ella asintió.

—Lo cierto es que la Fuerza es la que crea los midiclorianos, como si fueran sus conductos a nuestro interior, y no al revés. Y son isomórficos en todo planeta con vida. La Fuerza, al parecer, está en toda la galaxia, y quizá en todo el universo.

»Pero, aparte de eso, la verdad es que los jedi tampoco saben realmente cómo funciona ni lo que es. Sabemos cómo establecer una conexión con ella, cómo canalizarla, pero en muchos sentidos somos como seres primitivos a orillas de un caudaloso río. Podemos meter las manos, e incluso adentrarnos un poco e intentar nadar, pero no sabemos de dónde procede. Sólo sabemos que existe, y que está conectada con la vida y la consciencia más profundamente que a nivel atómico.

Él asintió lentamente, esperando a que ella continuara.

Ella se daba cuenta de que le estaba enseñando como si fuera un niño de nueve años, pero él parecía interesado, y además era una forma de abordar su problema, aunque no llegara tan lejos.

—Una parte del entrenamiento para ser Jedi consiste en aprender a conectarse mejor con la Fuerza. Los Maestros jedi son los que mejor lo hacen: combinando su sabiduría y su experiencia son capaces de hacer cosas que a los padawan, por no mencionar a los seres ajenos a la Fuerza, nos parecen milagrosas. Aumenta nuestra fuerza, oxigena nuestros tejidos, reduce el tiempo de reacción. En cierta ocasión, en el parque de Coruscant, vi al Maestro Yoda levantando con apenas un leve gesto de la mano una roca tan grande como un carro eléctrico tamaño familiar. Los resultados pueden ser increíbles y maravillosos.

—Pero no todo es tan bueno, ¿verdad? —dijo él—. Ya hemos hablado de eso antes.

Joven pero agudo el tal Uli.

—No todo es tan bueno. El Conde Dooku fue un Jedi que se entregó al Lado Oscuro de la Fuerza. Desde el principio de los tiempos ha sido seres que han sentido esa tentación y que han cedido al deseo de poder. Hace cuatro mil años, Exar Kun, un Señor Sith, consiguió destruir un sistema estelar entero por su mala utilización de la fuerza. Hay que estar constantemente alerta a la tentación y protegerse de ella.

—Pero tú no eres el tipo de persona que haría eso —dijo Uli—. Quiero decir… Yo creo que eso le pasaría a alguien que, aun sabiendo que hace algo malo, lo hace de todas formas…

—Qué va —dijo Barriss—. Ésa es la parte complicada. Los que abrazan el Lado Oscuro no se consideran malvados. Creen estar haciendo lo que tienen que hacer, y por las razones correctas. El Lado Oscuro controla su manera de pensar, y ellos acaban creyendo que el fin justifica los medios, por terribles que éstos sean.

Uli se miró las uñas.

—Esto… ¿No estarás considerando la posibilidad de pasarte al Lado Oscuro?

Hace un año, un mes o incluso una semana, ella se habría reído ante semejante pregunta. Pero en ese momento se limitó a negar con la cabeza.

—Espero que no, pero no es un camino con un cartel que diga: «Por aquí, monstruos». Es más como una cuesta muy inclinada y resbaladiza, en la que un paso en falso te precipita a una caída que no puedes detener.

Hubo otra pausa, entonces Uli dijo:

—Los Jedi tenéis un código moral, ¿verdad? ¿Se os enseña la diferencia entre el bien y el mal?

—Sí, claro.

—Por mi experiencia sé que uno suele conocer la diferencia entre el bien y el mal. Algunas veces te mientes a ti mismo y te dices que no, por lo que optas por comerte ese helado lleno de calorías que deberías evitar, pero en el fondo sabes que no deberías hacerlo. Creo que tienes que confiar esa parte a tu propio criterio, en lo referente a las cosas importantes.

—Sí, por supuesto. Pero con las cosas grandes tienes que estar realmente seguro —dijo Barriss—. Recrearte en un postre delicioso no es exactamente lo peor en la lista de actos malignos a escala galáctica.

—Eso depende del postre —dijo él, sonriendo. Se oyó un leve pitido, y él miró su crono—. Vaya, mira la hora que es. Mi turno empieza en unos minutos. Te veo luego, Barriss.

—Sí —dijo ella. Uli se despidió con un gesto de la mano y se dirigió de vuelta a la base.

Cuando se fue, ella pensó en la conversación. No le había hablado de su problema personal, ni lo había intentado, pero el diálogo con mi le había ayudado a centrar sus pensamientos un poco. Barriss consideró la posibilidad ele regresar a su tienda para explorar más profundamente aquellos pensamientos, pero decidió que, por muy vaga y estúpida que se sintiera, necesitaba repasar sus ejercicios de sable láser. Había ocasiones en los que solo tenía que esforzarse un poco más, por muchas ganas que tuviera de abandonar.

Pero la gran pregunta seguía ahí. ¿Coger más bota era bueno o mala idea? ¿Le llevaría ese camino a nadar en el rio caudaloso que era la fuerza, o le llevaría al pantano estancado de arenas movedizas que era el Lado Oscuro? No podía saberlo.

Lo cierto es que no creía que nadie pudiera decírselo. Por lo que ella sabía, ningún Jedi se había enfrentado antes a esa elección concreta. Cualquier ayuda, procediera de su Maestra o de otros, sería puramente teórica. «Hazlo o no lo hagas», diría el Maestro Yoda.

Tenía la sensación, ligera pero insistente, de que sólo ella podía tomar esa decisión. Incluso la opción de esperar y decidir más adelante podría precipitarla en la dirección equivocada.

Volvió a encender el sable láser. Déjalo por ahora. Baila la coreografía que tan bien conoces. El dilema seguirá ahí cuando termines.

Por desgracia…

~

Kaird se sentía mucho mejor ahora que tenía un plan de acción en marcha. Con un disfraz nuevo y diferente, el de un humano corpulento, se reunió con sus agentes.

Se sentaron juntos en el abarrotado comedor durante el almuerzo. Era ruidoso y pestilente, ya que contenía gran cantidad de especies comiendo todo tipo de cosas. Nadie prestó atención a Kaird, Thula y Squa Tront.

Algunas veces, el mejor sitio para esconderse era en medio de la multitud. Firmemente protegido de la telepatía con su escudo mental, Kaird explicó sus intenciones, tranquilamente y sin rodeos.

Tal y como esperaba, Thula y Squa Tront tenían sus reservas.

—Esto acabará con la operación —dijo Thula. Mordisqueó una costilla verde azulada vegetariana y puso una mueca al percibir el sabor—. Puag. Menudo desperdicio de una buena carne. El cocinero debería cocerse a sí mismo en su propio puchero.

—Eso es exactamente lo que le habría pasado si su cocina no le hubiera gustado al tetrarca de Anarak Cuatro —dijo Squa Tront—. Pero no está sometido a repercusiones tan drásticas aquí como en su planeta natal.

—Mejor para él —dijo Thula, apartando su plato.

Kaird se lanzó a la negociación.

—Que la operación acabe aquí es algo que se me ha pasado por la cabeza —dijo en respuesta a Squa—. Hemos decidido que cortar una arteria para llenar nuestro cubo es mejor que recoger unas pocas gotas de vez en cuando. Con la guerra nunca se sabe. Alguien, en un bando o en el otro, podría ponerse tonto y borrar este planeta del mapa, y entonces no nos llevaríamos ningún beneficio.

Aquello era técnicamente cierto, aunque no tuviera nada que ver con sus razones. El «nos» en esa frase era más bien un «yo», ya que Sol Negro no sabía nada de su plan.

—Cierto —respondió el umbarano—, pero, si las cosas siguen como están, con el gota a gota sacarías más a largo plazo.

—¿Te vas a comer eso? —preguntó Thula a Kaird.

Kaird miró los montoncillos viscosos de color marrón, verde y blanco que había en su plato. No tenía ni idea de lo que le habían servido al ver su disfraz, algo de cocina humana… En su opinión, olía como una recicladora estropeada en un bar espacial abarrotado.

—Todo tuyo —le dijo, acercándole el plato. Se giró hacia Squa—. A largo plazo, todos seremos polvo estelar —dijo—. Mi trabajo es dar a Sol Negro lo que quiere, y el vuestro es darme lo que yo quiero. ¿Hay algún problema?

Thula y Squa Tront se echaron un rápido vistazo y luego le miraron a él. Negaron con la cabeza.

—No —dijeron al unísono.

La máscara humana de Kaird sonrió.

—Bien. Vais a obtener tantos beneficios que merecerá la pena si os descubren y van a por vosotros.

Ellos volvieron a mirarse.

—Pues lo cierto es que —dijo Squa— vamos a necesitar largarnos de aquí antes de que alguien se dé cuenta de que falta mercancía. Después de todo, estamos entre las primeras personas a las que buscarán en ese caso. Supongo que tendrás una vía de escape del planeta.

—Lo siento. Tendréis que apañároslas solos —dijo Kaird.

La carne falsa que llevaba encima picaba. ¡Se estaba cociendo dentro de aquel disfraz! Lo llevaba porque tenía un sistema de filtración que impedía que aquellas irritantes feromonas falle en le afectaran. Al menos eso funcionaba, pero el fino sistema de tubos de intercambio de calor y las cavidades del material no. Siempre había algo en aquellos elaborados disfraces que causaba problemas. La túnica de Silencioso era lo mejor que había probado hasta el momento.

Thula tragó saliva antes de hablar.

—En ese caso, habrá que coordinarlo todo muy bien. Tendremos que marcharnos en algún transporte civil al menos un par de días antes de que la verdad salga a la luz, o colarnos en una nave militar y estar en alguna estación nexus cuando las cosas se pongan complicadas por aquí.

—Vosotros no acabáis de salir del huevo —dijo Kaird—. Ya os inventaréis algo.

—Los créditos son lo que realmente importa —dijo Squa—. Veo algún soborno que otro en nuestro futuro próximo.

—Así es. Y tendrás créditos suficientes como para sepultar un estadio lleno de políticos.

El umbarano asintió.

—¿Cuándo y cuánto?

—Necesitare cincuenta o sesenta kilos, en carbonita, y dentro de una semana. Algo camuflado como un baúl grande de efectos personales, con un asa.

Thula le miro.

—Estamos hablando de otro veinte kilos más por la cubierta de carbonita ¿Podrías levantar setenta u ochenta kilos sin romperte algo?

—Soy más fuerte de lo que parece —dijo Kaird—. Y se le pueden poner ruedas o un pequeño retropropulsor.

Thula miró a su compañero, que asintió.

—Vale —dijo ella—. Necesitaremos una ventaja de dos días antes del momento en que calcules que vaya a saltar la alarma.

—Hecho. Tenéis cinco días para arreglarlo. Eso os deja dos días para buscar una forma de evacuación antes de que yo me vaya —sacó un cubo de créditos del bolsillo y se lo pasó al umbarano por encima de la mesa. Squa sonrió al verlo. Thula lo cogió.

—Thula se encarga de manejar el dinero —dijo Squa—. Yo soy un contable terrible.

—Vaya —dijo la falleen, mirando la proyección de los contenidos del cubo dentro de las palmas de sus manos—. Sol Negro está siendo más que generoso.

Los hombros humanos de Kaird se encogieron.

—Compartir la riqueza es bueno para el negocio. Todo el mundo queda contento.

Los tres se sonrieron entre sí. Qué cantidad de muecas, pensó Kaird. Los humanoides siempre están enseñándose los dientes y fingiendo que es un gesto amistoso.

~

Kaird salió del comedor y se acercó a un aseo con cerrojo interior. Entró como un humano gordo y, tras disolver la carne artificial en el compactar ultrasónico, algo para lo que estaba diseñada la máquina, salió vestido de Silencioso. Había una gran cantidad de aquel producto en el lugar donde lo había conseguido.

No le preocupaban la falle en y el umbarano. Los pequeños delincuentes, los ladrones y los artistas de la estafa eran de lo más pragmático. El nediji de Sol Negro quiere algo y está dispuesto a pagar bien por ello. Ningún problema, jefe. ¿Cuántos, de qué tamaño y cómo de pronto?

Pero la siguiente parte iba a ser un poco más difícil. Para aquello, Kaird necesitaba seleccionar una nave que tuviera la rapidez y el alcance suficientes como para escapar con la mercancía robada. No necesitaba tener una capacidad enorme porque, como mucho, huiría con cincuenta o sesenta kilos de bota. Ni siquiera dentro de un bloque de carbonita sería tan grande como para no poder colocarla en el asiento del copiloto y ponerle el cinturón en caso necesario. Por supuesto, también podía instalar un retropropulsor a un bloque de una o dos toneladas métricas y moverlo con la facilidad con la que se empuja una pelota, pero una cosa tan grande probablemente llamaría más la atención, y la discreción era parte importante de su plan. Ni siquiera la nave más rápida que encontrase podría escapar de un rayo de cañón de partículas de alta densidad, y quería estar lejos del alcance del arsenal de tierra, y más allá de las naves en órbita, antes de que a alguien le diera por disparar.

La codicia había provocado la caída de muchos ladrones, y Kaird no tenía intención de ser uno de ellos. Cincuenta kilos de bota a razón de miles de créditos el gramo, almacenados en las seguras bodegas de Sol Negro en Coruscant, valían mucho más que una tonelada de lo mismo reducida a tamaño atómico por algún artillero con puntería de la República, por no mencionar a la nave y al piloto que desaparecerían a la vez. Kaird era uno de los mejores agentes de Sol Negro, un asesino que había eliminado cantidades ingentes de los enemigos de la organización sin ser arrestado ni convertirse en

sospechoso ni una sola vez, y había sido posible al no ser víctima de la codicia ni de la estupidez. Debía adoptar un plan. Luego trazar un plan secundario. Y luego un plan secundario para ese plan secundario. Él ya tenía una nave en mente, y, de conseguirla, sería el transporte perfecto. Comenzaría a tantear esa posibilidad en cuanto pudiera. Para ello tendría que subir a la MedStar, pero el estado de alerta se había relajado bastante y no tendría problemas para traspasar el control aéreo como miembro de una orden religiosa.

Y después de eso sería coser y cantar. Ya casi podía oler el aire fresco y limpio de la aguilera…

23

Jos quería freír a I-Cinco a preguntas sobre su memoria totalmente restaurada, pero, por desgracia, parecía que aquel día iba a ser otra larga jornada de parcheo de soldados. No hubo nada especialmente difícil o complicado en lo referente a los procedimientos. La mayoría tenían que ver con extraer metralla, como llevaban haciendo los médicos de guerra en los frentes de batalla desde hacía unos cuantos milenios. Los separatistas eran conscientes de una de las peores cosas de la guerra: si se mata a un soldado, lo único que causas al enemigo es el coste de su reciclado. Pero si se le incapacita, se afecta al aprovisionamiento y al personal del otro lado del frente.

Jos injertaba piel, restituía tejido pulverizado, eliminaba órganos perforados y los sustituía por trasplantes nuevos. El tiempo pasaba lentamente.

Tolk trabajaba aquel día con otro médico. Siempre que podía, Jos intentaba que sus miradas se cruzaran, pero sin éxito. Ella le miraba desde detrás de su mascarilla, pero sus ojos no daban a entender nada. Luego volvía a centrarse en su trabajo.

Cuando termino su turno, nueve soldados habían pasado por sus manos enguantadas, y el habría podido quedarse dormido de pie, cosa que no le pasaba desde que hizo las practicas.

Fue al aseo, se lavó la cara y las manos y se mojó el pelo con agua templada. Aquello le ayudo a aliviar ligeramente el cansancio. Hubo un tiempo en el que él era como Uli, bueno, quizá algo mayor, y hacer un turno como el que acababa de terminar le hubiera resbalado como el agua por la espalda de un aqualish. Pero entonces, cada vez que se miraba al espejo le daba la impresión de que encontraba una nueva arruga en la cara, más canas en la barba. Estaba empezando a parecer…

Por todos los creadores, estaba empezando a parecerse a su tío abuelo. No había tenido oportunidad de hablar con Tolk, ella había terminado su turno antes que él y no había podido verla desde entonces.

Cuando salió del aseo vio a I-Cinco saliendo de la sala de desinfección de la SO. La combinación de luz ultravioleta y ultrasonidos era lo bastante completa como para acabar con cualquier agente patógeno que hubiera conseguido colarse por el campo de esterilización de los pacientes, pero el androide siempre se quejaba de que los ultrasonidos le dejaban durante los minutos siguientes con el equivalente robótica del mareo.

—¿Te han restaurado ya totalmente la memoria? —dijo Jos al ver que el androide se le acercaba.

—¿Qué?

—Enciende los sensores auditivos. Me dijiste que recordabas ya todo —dijo Jos—. Entonces, dime, ¿eras el androide gigoló de alguna rica princesa, criador de shistavanos o qué?

—Soy exactamente lo que era antes, muchas gracias por preguntar. Dije que había lagunas en mi memoria que tenía que recuperar. Por fin las he restaurado. La reparación de mis funciones cognitivas internas ha terminado.

—Ojalá yo pudiera decir lo mismo. ¿Hay algo que recuerdes en particular? Venga, I-Cinco. Compártelo.

El androide ladeó la cabeza en un gesto de asombro.

—¿Por qué tienes tantas ganas de saberlo?

—Pues porque… —Jos lo pensó. ¿Por qué sentía tanta curiosidad?—. Porque… —dijo lentamente—, porque por lo que nos contaste de tus recuerdos, has debido de llevar una vida de aventuras, primero en Coruscant y luego vagando por las rutas espaciales. Pero yo… los únicos planetas en los que he estado, aparte de éste, son Coruscant y Alderaan. Cuando miro en el espejo apenas reconozco el viejo montón de protoplasma que veo reflejado. Supongo que cuando me dijiste que lo recordabas todo, yo… —se encogió de hombros.

—Aprovecharías la oportunidad para hacer un poco de turismo indirecto.

—Algo así. Además… —Jos hizo una pausa, buscando las palabras de nuevo—. Bueno, supongo que lo mejor sería que esto se lo contase a Klo, pero…

—A él se le da muchísimo mejor que a mí lo de la intuición.

—Casi todos los médicos, sobre todo los que están aquí y otros como ellos, te dirán que no tienen miedo a la muerte porque es algo a lo que están acostumbrados. Eso quizá sea cierto para ellos, pero, por lo que a mí respecta, ésa es precisamente la razón por la que yo sí que temo a la muerte. O al menos a la barca que te lleva al otro lado.

—La padawan Offee también podría serte más útil que yo…

—La muerte suele ser dolorosa y prolongada. Parece raro, con todos los anestésicos y tratamientos que tenemos hoy en día, pero sigue habiendo mil millones de cuatrillones de seres que se las apañan como pueden por cada individuo que tiene su propio trasbordador. En ese aspecto, es probable que la galaxia no cambie nunca.

—Existen otras opciones.

—Así es. Si tienes dinero, hay opciones: un reciclado de personalidad, ser congelado en carbonita… todo tipo de opciones. Pero yo no estoy ni a un pársec de ser tan rico, y probablemente nunca lo sea. Por tanto, yo…

—Jos —dijo I-Cinco. Jos se detuvo, sorprendido. El tono del androide no había cambiado, seguía teniendo ese toque leve, indefinido, que identificaba su origen como un vocalizador en lugar de una laringe, pero, de alguna manera, sonó diferente. Casi nunca llama a la gente por su nombre, se dio cuenta de repente.

—Por lo que he estudiado de cultura popular —dijo I-Cinco—, creo que éste es el momento en el que debería recordarte todas las maravillosas ventajas que tú, como ser orgánico, tienes en comparación conmigo, un ser mecánico. Por desgracia, no se me ocurre ninguna. Sí, tú eres capaz de ser creativo, de dejar volar la imaginación, y yo no, porque mi programación nuclear no comprende elementos efímeros de ese tipo. Pero no

los echo de menos. No lamento no poder apreciar la belleza y el arte. Y lo mismo me pasa con el amor… y con las crisis existenciales como la que ahora mismo atraviesas tú.

—No me lo creo. Al menos tienes sentido del humor…

—Me programaron con sentido del humor. Casi todos los androides que interactúan con orgánicos a este nivel lo tienen.

—¡Querías emborracharte!

—Así es. Yo nunca he dicho que no me programaran con sentimientos. Y la lealtad es uno de ellos. La curiosidad es otro. Y mi falta de inhibidores de creatividad y mi parrilla sináptica ampliada me permiten extrapolar los sentimientos. Experimentar cosas propias de los orgánicos, como los compuestos que sirven para alterar la percepción, en teoría podría ayudarme a comprenderlos. Y, dado que estoy atrapado en esta galaxia con todos vosotros, necesito todos los datos que pueda obtener.

»Pero no soy el pequeño androide de los cuentos infantiles que quiere ser orgánico, Jos. Soy una máquina. Capaz de imitar los procesos de pensamiento de los seres vivos hasta un punto increíble, si me permites decirlo, pero sigo siendo una máquina. Y realmente no deseo ser nada más.

Jos se quedó mirando a I-Cinco. Estaba más sorprendido que si el androide se hubiera convertido en un kaminoano de tres cabezas. En ese momento, para su sorpresa, comenzó a enfadarse. Acababa de sufrir un giro increíble en su forma de ver el mundo, justo estaba empezando a sentirse cómodo con aquella nueva perspectiva de que quizá los androides no deberían ser tratados como si fueran batidoras con brazos, y no pensaba dejar que I-Cinco le volviera loco otra vez.

—¿Te acuerdas de una de nuestras partidas de sabacc, en la que discutimos sobre cómo puede alguien saber si es un ser consciente?

—Lo recuerdo.

—¿Recuerdas que me dijiste algo como «Si alguien es lo suficientemente consciente como para preguntarse si lo es, entonces habrá respondido a su pregunta»? Pues yo creo que tú eres lo suficientemente consciente como para responder a eso, I-Cinco. De hecho, creo que ya lo has hecho. Pero ahora te estás echando atrás, estás negando tu propia esencia —dijo Jos—. Me pregunto si tendrá algo que ver con el hecho de que acabes de recuperar la memoria.

I-Cinco se quedó callado un buen rato. Cuando volvió a hablar, Jos pudo percibir un definitivo tono de sorpresa en su voz.

—Creo… comparando la actividad neuronal subjetiva con los archivos internos sobre el tema —dijo el androide—, que estoy teniendo un ataque de ansiedad.

24

Algunas veces el espía se confundía con los nombres. La mayor parte del tiempo, era el que utilizaban los del Uquemer. Después de ése iba Columna, el nombre en clave que le había puesto uno de los instructores de espionaje de los separatistas del Conde Dooku. Lente, el nombre en clave por el que le llamaba Sol Negro, era el que menos utilizaba. Ninguno de ellos, por supuesto, era el que le habían dado al nacer, y éste no era sino uno más de una larga lista que había cambiado una y otra vez, según dictaban las circunstancias.

Sin embargo, Lente era el apodo que empleaba ahora, ya que era el que conocía el invitado que tenía en ese momento. El ser sentado frente a Lente era visiblemente humano, pero lo cierto era que bajo las rollizas adiposidades del disfraz de gordo, estaba Kaird, el nediji asesino y matón a sueldo. Se hallaban en un despacho vacío que pertenecía a una supervisora de laboratorio que había contraído durante la reciente ola de frío una terrible forma local de neumonía. La trabajadora del laboratorio, una askajiana, estaba ingresada en el pabellón médico y no necesitaría utilizar la sala en un tiempo.

El seudo-humano acababa de exponer lo que parecían ser las bases de un plan para robar una cantidad considerable de bota, y una nave en la que transportarla. Aquello no tenía ningún sentido, y Lente no dudó en comunicárselo.

—Tenemos nuestras razones.

—¿Y se puede saber por qué me cuentas todo esto?

—Porque eres nuestro agente. Me pareció justo avisarte. El robo causará una investigación. Más te vale que no te pille desprevenido.

Lente sonrió.

—Mi identidad oficial aquí está protegida. ¿Cuál es la verdadera razón? El disfraz humano era bastante bueno; la sonrisa que producía parecía auténtica.

—Al final, como todas las guerras, ésta también terminará. Pero el negocio seguirá adelante. Has sido muy valioso para nosotros y podrías volver a serlo una vez se resuelva este conflicto. No nos gusta desperdiciar el talento.

Aquello tenía más sentido, pero no era la versión completa, pensó Lente.

—Sigues sin contármelo todo, ¿verdad?

La unidad de voz del disfraz ofreció una versión muy realista de la risa humana.

—Resulta estimulante no tener que tratar con alguien estúpido e ignorante —dijo Kaird. Se echó hacia delante—. Bien. Teniendo en cuenta tu posición aquí, tienes acceso a cierta información.

—Cierto. Pero los códigos de seguridad de las naves de evacuación, sobre todo las que cuentan con unidades de hipervelocidad, no se incluyen en ella —dijo Lente.

—Tal y como yo suponía, pero puedes obtener historiales médicos.

—Cualquier individuo del Uquemer con una autorización estándar puede visualizar esos archivos. Sigo sin comprender en qué podría ayudarte eso a robar una nave.

—¿Alguna vez has visto las fichas de dominó? Puedes distribuirlas en filas larguísimas y retorcidas, y en espirales, y que haya cientos o miles de fichas entre la primera y la última. Pero si las alineas bien, con sólo empujar la primera conseguirás hacer caer la última.

Lente asintió de nuevo.

—Sí. Entiendo lo que dices.

—Vaya realizar una investigación muy básica —dijo Kaird—, y cuando haya averiguado ciertas cosas, te pediré archivos específicos que creo que podrían serme útiles. Nada que supere tu capacidad de búsqueda.

—Ningún problema —dijo Lente—. Conseguiré lo que necesites.

—Excelente —hubo una pausa—. Ahora vaya hacerte un favor, Lente.

Soy consciente de que Sol Negro no es el único objeto de tu lealtad, pero esos intereses, y los nuestros, están a punto de perder su relevancia.

Lente frunció el ceño.

—¿Cómo?

—La razón por la que estamos todos aquí es peculiar. Esa razón está empezando ya a ser insignificante, y pronto carecerá de toda importancia.

—Me temo que me he perdido. ¿Estás hablando de la bota?

—Sí. Al parecer la planta está sufriendo una nueva mutación que alterará radicalmente sus valiosas propiedades adaptogénicas. Cuando brote la próxima generación, la bota será tan valiosa como cualquier otra de las malas hierbas que crecen en esta roca. Su química cambiará tanto que ya no podrá usarse en medicina. Dado que Drongar como tal carece de importancia, estratégica o de otro tipo, tanto la República como los separatistas dejarán de tener una razón para permanecer aquí —las manos se abrieron, con las palmas hacia arriba en un gesto de libertad—. Y todos podremos irnos a casa.

—¿Cómo lo has averiguado?

—Eso da igual. Lo sé con seguridad. Te lo digo porque, una vez me vaya, podrías utilizar esa información para ayudar a los amigos que tienes bajo las órdenes del Conde Dooku. Quizá merezca la pena librar una última batalla a todo o nada por lo que queda de los campos de bota. Cuando se extingan, ya no quedará más. Al menos no aquí.

Lente, sorprendido por aquella revelación, no dijo nada. Kaird no tenía razones para mentirle sobre aquello. El robo de una considerable cantidad de bota significaría un daño, al menos indirecto, para la República, y, por tanto, Lente le deseó éxito en ese sentido. Pero si lo que estaba diciendo era cierto, a los separatistas les interesaría sobremanera recolectar todo lo que pudieran, incluso arriesgando el resto de la cosecha. Más valía media onza que ninguna.

Aquella información debía verificarse de alguna manera.

—Es una información muy valiosa —dijo Lente—. Y me la ofreces de forma gratuita.

La cabeza asintió pesadamente.

—Como ya te he dicho, este asunto de la guerra acabará por solucionarse. A nosotros nos da igual quién gane o quién pierda. Si os hacemos un favor, puede que algún día estéis en posición de devolvérnoslo. Sol Negro no olvida, ni a los enemigos ni a los amigos. Tenemos muchos de ambas variedades, pero hacer amigos no cuesta nada.

Lente asintió y sonrió. La afirmación del nediji tenía sentido, aunque estaba sazonada de una gran dosis de ironía, ya que en el pasado, Sol Negro había establecido tratos de ese tipo desde tantos ángulos que haría falta una porción nonodimensional del continuo espacio tiempo para contenerlos todos.

El humano se levantó, y sus michelines de plastiespuma se estremecieron.

—Dentro de un día o dos me pondré en contacto contigo —dijo Kaird.

—Que la escarcha no nuble nunca tu visión.

Kaird se marchó, y Lente pensó en lo que le había contado el agente de Sol Negro. Si se demostraba que aquella revelación sobre la bota era cierta, sería una información realmente valiosa con la que traficar. Casi con toda seguridad, el curso de la guerra en Drongar variaría rápidamente.

Muy rápidamente.

~

Jos caminaba pesadamente hacia su tienda. Ya no la compartía ni con Tolk ni con Uli. Ella se había vuelto a mudar a la suya tres días antes, diciendo que necesitaba espacio para pensar. Uli seguía en la unidad individual a la que se había mudado cuando Tolk se instaló con Jos. Él se pasaba el tiempo en la cantina o en la so. Sólo volvía a su tienda cuando necesitaba dormir, y en aquel momento lo necesitaba desesperadamente.

Se oyó el zumbido de las aeroambulancias, pero con tal cacofonía que Jos no pudo adivinar de cuántas se trataba. Negó con la cabeza. Iban a ser malas noticias para quien estuviera de guardia…

Su intercomunicador pitó.

Él respondió, sabiendo que eran malas noticias.

—¿Qué?

—Ha habido una explosión y un gran incendio en la planta de hidrógeno AIA —dijo Uli—. Hay al menos cien heridos graves. Tenemos nueve aeroambulancias repletas en camino, unos treinta y pico heridos, casi todos con quemaduras graves y…

—Acabo de terminar mi turno. Apenas puedo levantar las manos, y menos para operar.

—Lo sé, pero uno de los cirujanos androides acaba de hacer estallar un girostabilizador y tardaremos horas en repararlo. Andamos cortos de personal en la SO. El coronel Vaetes dijo que te llamáramos.

Jos suspiró y exclamó: —Kark.

No había ira en aquel comentario, sólo una gran desolación. ¿Es que aquello no iba a acabar nunca?

~

Los primeros pacientes del incendio empezaron a llegar a la SO cuando Jos se ponía los guantes. Vio a Tolk, y esta vez fue ella la que le saludó con la cabeza. Un gesto pequeño, pero que le hizo sentirse un poco mejor. Al menos les quedaba eso.

Se acercó a una mesa mientras un par de androides colocaban sobre ella a un paciente desde la camilla. Un clan con quemaduras bastante graves.

—¿Qué tenemos aquí?

—Quemaduras de tercer grado en el veintiséis por ciento del cuerpo —entonó uno de los androides, una unidad de diagnóstico quirúrgico—. De segundo grado en otro veintiún por ciento. De quinto grado en el diecisiete por ciento. Además, ha sufrido una laceración en el intestino delgado por lo que parece una esquirla de un tanque de hidrógeno, en el cuadrante inferior izquierdo, de forma transversal. Perforaciones en el pulmón izquierdo, que ha dejado de funcionar. Y un fragmento incrustado en el ojo.

—¿La planta fue atacada por separatistas?

—No, señor —dijo el androide de UDQ—. Fue un accidente industrial.

Genial.

—Ya es bastante horrible que los sepas maten a la gente, pero es que encima ahora nos dedicamos a hacernos saltar por los aires a nosotros mismos. Abre un equipo de quemaduras —dijo Jos a Threndy—. Que alguien le meta encefalina, cien miligramos. Y traed el desollador ultrasónico, va a necesitar que le sustituyan al menos la mitad de la piel…

~

Jos consiguió de alguna manera aguantar otros cinco pacientes, salvándolos a todos.

Y entonces mató al siguiente.

Estaba a medio camino en la primera fase de una neumonectomía en un paciente humano no clon, trabajando en el pulmón izquierdo con un escalpelo láser, cuando cortó sin querer la aorta del hombre. La sangre comenzó a manar de la vena sajada en un chorro que casi llegó al techo.

—¡Poned ahí un torniquete!

Tolk y Threndy habían tenido que alejarse para ayudar a Uli y a Vaetes, que estaban con un trasplante de corazón, pero el androide de asistencia quirúrgica colocó rápidamente el campo de presión en la arteria cortada con una precisión mecánica, perfecta. Por desgracia, la fuerza del campo no fue suficiente, y la herida continuó sangrando.

—Tapónalo —ordenó Jos—. ¿Qué fuerza tiene el campo?

—Seis coma cuatro —dijo el androide.

—Súbelo a siete.

—Pero, doctor, eso sobrepasará los parámetros del tejido…

—Da igual. He dicho siete.

Mientras el androide cumplía sus órdenes, Jos se dio cuenta de su error.

El hombre que yacía ante él no era un clon de Fett, cuya resistencia del sistema circulatorio se había aumentado para que las heridas no sangraran tanto. Aquél era un humano normal, lo que significaba que…

La aorta explotó, estallando como si se le hubiera colado dentro una bomba minúscula.

—¡Kark! ¡Necesito que alguien me ayude!

Todos los instrumentos quirúrgicos de bypass corazón-pulmón estaban siendo utilizados, y no le bastaría con un par de manos extra. El campo no podía detener la sangre, y mientras intentaba taponar la arteria estallada se dio cuenta de que ya era demasiado tarde. El paciente sufrió un shock a gran escala y falleció antes de que pudieran hacerle la cerebrostasis. Jos intentó reanimarlo poniendo un torniquete en la arteria cortada y oxigenando la zona para sustituir la sangre perdida. Lo intentó durante diez minutos, pero nada funcionó. No pudo reavivar el corazón.

Tenía cuatro pacientes más esperando. Sabía lo que tenía que hacer. Jos le declaró muerto y un androide se lo llevó. No había otra opción. Si seguía trabajando con aquel paciente, el resto probablemente moriría.

O quizá también los mates a ellos, le susurró su maligna voz interior, mientras le ponían delante al siguiente paciente.

Nunca se había sentido tan cansado en su vida. Maldita fuera aquella guerra.

25

Den se sentó escuchando al especialista médico mecánico ugnaught, Roranz Zuzz, sintiéndose como si acabaran de entregarle en bandeja de platino la llave de Coruscant. Zuzz le había proporcionado información útil en el pasado, pero nunca nada como aquello.

—¿Estás seguro?

—Tan seguro como que me llamo Roranz, colega. Ya te digo.

—¿Cómo te has enterado?

Zuzz sonrió burlón.

—Una femnaught del Uquemer-12, en Xenoby, está colada por mí, la tía.

Se encarga de todas las pruebas que se hacen a la cosecha local.

—Tómate otra —dijo Den. Aquello era fuerte. Muy fuerte. Monstruoso.

De hecho, era tan importante que…

—¿Y cómo es que yo no he oído nada al respecto?

El pequeño y rechoncho alienígena se encogió de hombros.

—Ni idea. Rachott, la fem, me dijo que estaba haciendo las pruebas ésas, y que fijo que la cosecha está cada vez peor. Y hay alguien que se está guardando los resultados. Vete tú a saber por qué.

El camarero llegó con una copa, y Zuzz la agarró como si fuera la última gota de líquido que quedara en el lado diurno de un planeta sin rotación.

Den siguió pensando en aquello. Si la bota estaba perdiendo su fuerza, sería una noticia de primera plana. La sustancia valía su peso en piedras de fuego de primer grado, o más, y, si se extinguía, el precio de lo que quedara se dispararía hasta salir de la galaxia. Cuando aquello saliera a la luz, todo hijo de vecino saldría al campo a recolectar todo lo que pudiera. Un individuo podría retirarse sólo con lo que consiguiera meterse en el bolsillo…

Sí, aquello era una auténtica noticia. Un billete a todas partes, el tipo de información que sólo aparecía una vez en la vida de un falleen. Si conseguía aprovecharla bien, y sabía que era capaz de hacerlo, quizá hasta podría ganar un Premio Poracsa, y eso le solucionaría la vida por completo.

Den debía confirmarlo lo antes posible. Tenía que dar aquella noticia antes de que alguien la filtrara. Aquello le haría ser alguien. Pondrían su nombre a las facultades de periodismo…

Invitó al ugnaught a otras tres copas, se levantó y se marchó de la cantina. Tenía que encontrar al menos otras dos confirmaciones. Quizás incluso le bastara con una. Y cuando se lo contrastaran, daría la noticia, de alguna manera. Encontraría el modo aunque en ese momento tuviera estropeada la unidad de comunicación. Se lo tatuaría a un soldado que volviera a casa de permiso, si era necesario. Lo que fuera.

Cuando se dispuso a cruzar el recinto caluroso y pestilente vio a Eyar dirigiéndose hacia el comedor. Se acercó a ella.

No había duda, era una hembra maravillosa.

Ella sonrió, e intercambiaron los saludos rituales.

—Pareces emocionado por algo —dijo ella.

—¿Cómo no iba a emocionarme en tu presencia, agallitas?

Ella se rió.

—Me gusta un sullustano que me hace reír, pero percibo algo más en tu actitud.

—Una noticia —admitió él—. Y bastante importante, si es cierta.

—¡Me alegro por ti! —su voz era cálida, generosa, sincera.

Den la miró y por un momento sintió una punzada de arrepentimiento por todas las esposas y familias que no había tenido tiempo de construir. El trabajo siempre había sido lo primero, lo último y todo. El camino que había tomado incluía no ver a sus vástagos aventurarse por las cuevas por vez primera, no escuchar el sonido de las risas infantiles y no sentir la calidez de una esposa o de varias en la cama, bajo una manta térmica. Cosas que había planeado hacer algún día, cuando tuviera tiempo. Pero nunca había ocurrido.

—Tu ceño se frunce por lo que piensas —dijo ella. Él suspiró.

—Es por algún que otro arrepentimiento propio de mi edad. Ella sonrió.

—No eres tan viejo.

—Yo pensé que te recordaba a tu abuelito.

—Así es… pero es que en mi familia empezamos jóvenes. Mi abuelo sigue siendo un hombre en forma, activo. Seis mujeres, catorce hijos, veintiséis nietos, y hace sólo dos estaciones que volvió a casarse. Ella ya está embarazada. —Impresionante.

—¿Has pensado alguna vez en volver a casa?

Él asintió.

—Así es. Cada vez más. Ir en pos de la guerra envejece mucho. He considerado la posibilidad de abandonar, de meterme en las noticias locales en Sullust e intentar encontrar unas pocas hembras mayores lo suficientemente desesperadas como para considerarme un marido.

—No tendrían que estar desesperadas —dijo ella, mirándose los pies—. Ni ser viejas.

Den se detuvo y la miró.

—Eh… se me han debido de estropear los tapones de los oídos. ¿Qué estás diciendo, Eyar-la?

Eyar también se detuvo, y se giró para mirarle a los ojos.

—Cuando termine esta guerra, y acabe la gira, tengo la intención de regresar a casa y encontrar una cueva de cohabitación.

—¿Qué? ¿Y dejar el mundo del espectáculo?

Ella volvió a reírse con un sonido que era como una cascada de tonocristales.

—Los pretendientes que conozco son jóvenes, pero unos auténticos muermos. No me entiendas mal, seguro que serían buenos padres, y probablemente me haga con uno o dos

como ellos, pero no creo que tengan muy refinado el módulo del sentido del humor. Siempre habría sitio para un sullustano como tú, Den-la.

Den se quedó de piedra. Le dedicó una sonrisa.

—Es la mejor oferta que me han hecho en una era boukk.

—Entonces considéralo como algo formal —dijo ella—. Las crías necesitan padres en forma, fuertes, pero también necesitan que sean maduros y sabios. Para mi cueva sería un honor que vivieras en ella.

Den parpadeó ante la repentina llegada de las lágrimas a sus ojos. Era imposible que fueran lágrimas, no en un viejo cínico como él. ¿Matrimonio? ¿Familia?'¿Una cueva llena de familiares políticos y crías? Él siempre había pensado que todo aquello se le había quedado ya muy atrás, fuera de su alcance. Que no era para él. Un reportero como él, curtido, a décadas de su planeta natal, siempre había pensado que moriría en el campo de batalla o borracho en algún antro pestilente de escoria y maldad.

Pero ahora se le ofrecía una alternativa, y gracias a una joven tan dulce…

—Por favor, piensa en ello —dijo ella, tomando los titubeos de él por una posible respuesta negativa.

—¿Sabes una cosa? Si vivo para ver el final de esta guerra, creo que intentaré regresar a casa —Den se detuvo, cogió aire y prosiguió—. Y para mí sería un honor que tu cueva y la mía se unieran.

Ella sonrió con un gesto amplio y encantado.

—¿De verdad? ¿Lo sería?

El entusiasmo de Eyar lo envolvió, con toda su energía y regocijo.

—¡No puedo esperar a decírselo a mi familia! ¡Den Dhur, el famoso reportero, unido a nosotros!

—No soy tan famoso.

—Ocultas tu brillantez bajo un escudo, Den-la. Llevo años leyendo tus artículos. Todo el mundo en Sullust sabe quién eres.

—No está bien burlarse de los mayores —le dijo con falsa severidad.

—Tonterías. Lo que te digo es cierto. En mi clan hay niños que quieren ser como tú de mayores.

—¿No estás bromeando? Eh… quiero decir…

Ella se rió.

—No —dijo ella. Le cogió de la mano—. ¿Te gustaría venir a mi cubículo a sellar el juramento? A menos, claro, que estés muy ocupado con esa noticia…

Den sonrió.

—La noticia puede esperar. No es tan importante —y mientras lo decía se dio cuenta de que era cierto. Al fin y al cabo, había cosas más importantes que el periodisco del día siguiente, o el dinero fácil.

¿Quién lo hubiera dicho?

~

Cuando Den salió de la tienda de Eyar, ya estaba oscureciendo. Vio a I-Cinco de pie fuera de la SO, hablando con Jos. El cirujano dijo algo al androide y luego se giró y volvió dentro.

—¡I-Cinco, viejo amigo!

El androide se giró y le vio. Den se acercó a él renqueando y le dio un puñetazo amistoso en un brazo.

—Me alegro de verte. ¿Qué pasa?

—¿Aparte de ti?

Den se rió, mientras ambos avanzaban atravesando el denso aire de la tarde. Eyar había abierto una botella de vino de grano bothano para celebrar su posible acuerdo nupcial, y él no había mostrado resistencia alguna. Se sentía realmente bien en aquel momento. Mientras estuvo con Eyar, confirmó con su intercomunicador la probable veracidad de la noticia de la bota de tres fuentes distintas en las que confiaba. Y se encontraba de humor para celebrarlo.

—Oye, tengo ganas de juerga. No puedes rechazarlo hasta que lo hayas probado —dijo al androide—. Y, hablando de ello, todavía estás pendiente de unirte al club.

—¿Y qué club es ése?

Den le señaló con un dedo acusador.

—No me digas que te estás echando atrás. Tienes que experimentar el placer de la intoxicación, Le vendrá bien a tu alma de silicona.

—Lo sé. De hecho, creo que he hallado una forma absurdamente sencilla de hacerlo. Me avergüenza no haberme dado cuenta antes. —Cuéntamelo.

—Tal y como le recordé antes al doctor Vondar, yo soy, esencialmente, una máquina. Mi procesador de la red sináptica es heurístico; extrapolo datos nuevos desde los datos que ya tengo. Pero también tengo un subprocesador algorítmico que sirve a mis necesidades autonómicas.

—Ya…

—No te has enterado de absolutamente nada, ¿verdad?

—Creo que he entendido las palabras «también» y «mis».

—Es como tu sistema nervioso parasimpático, que controla la respiración, el latido de tu corazón y demás. Funciones que tu cuerpo necesita y que no están bajo un control consciente. Yo no necesito respirar, pero necesito monitorizar constantemente cosas como el equilibrio, la lubricación, el funcionamiento de la unidad de energía…

—Vale, lo capto —dijo Den—. ¿Pero qué tiene eso que ver con pillarse una cogorza?

—Muy fácil. Mi subprocesador es programable. Puedo codificarlo para estimular un estado de ebriedad.

Den se detuvo y le miró fijamente.

—¿Puedes programarte para emborracharte? Yo pensaba que no podías andar revolviendo en tus sistemas.

—El hardware está protegido. Pero tengo cierto margen de libertad con el software, ahora que he recuperado totalmente mi memoria.

—¿Y cuánto tardarías?

Hubo un ligero pero inconfundible tono de superioridad en la voz de I-Cinco cuando respondió.

—Cuento con un nanoprocesador Sintotec AA-Uno, operando a siete petaherzios, con una capacidad de cinco exabytes. He formulado el programa en cuanto te lo he comentado. He tardado seis coma un pico segundos en codificar el algoritmo básico y calcular sus parámetros funcionales.

—Vaya. Qué… rapidez.

Se detuvieron para dejar pasar a un reducido grupo de astromecánicos R4 que pasaron rodando, pitando y silbándose entre sí.

—¿Y cuándo vas a implementarlo? O a pillarte una cogorza, como decimos los orgánicos.

—Aprovecha el momento, como decís los orgánicos. Den lo pensó.

—Vale. Supongo que puedes hacerlo en cualquier parte. Pero hay unas costumbres que respetar, tú confía en mí. Además, yo quiero acompañarte. Ya tengo un ligero puntito, y no me importaría seguir. Y ya casi es la hora del sabacc. Vamos a estar todos.

—Genial. No hay nada como tener público.

Den realizó un gesto dando a I-Cinco paso hacia la cantina, y lo siguió.

~

Había un viejo dicho nediji: «Nunca se está a más de siete alas de distancia de la Gran Ave de Presa». Aumentado para abarcar la galaxia entera, ese número podría crecer considerablemente, por supuesto, pero el principio seguía siendo el mismo; sólo había que hablar con alguien que a su vez conociera a otro alguien que conociera a otra persona, y así llegabas a darte cuenta de que estabas conectado con casi cualquiera en lo que siempre solía ser una lista bastante corta.

Kaird, que daba gracias por encontrarse de nuevo enfundado en la cómoda túnica de Silencioso, estaba oculto en la creciente sombra de una inminente tormenta, contemplando a la técnica del servicio de comidas abandonar las cocinas principales del comedor, en dirección a su barracón. La verdad de aquel proverbio se hacía todavía más simple allí, en un planeta habitado completamente por fuerzas de ocupación, sin población indígena. Aquella hembra le colocaba a apenas dos pares de manos de distancia del piloto de la nave que pretendía robar.

La hembra, una twi'leko llamada Ord Vorra, mantenía una relación con Biggs Bogan, un piloto humano que formaba parte del trío de personas que se iban rotando para conducir una nave privada para almirantes. Aquella relación entre una twi'leko y un humano era interesante por una razón bastante inusual, al menos en aquel planeta: Vorra

y Bogan eran ambos jugadores de strag, y los dos eran expertos de alto nivel. El viejo juego de estrategia y táctica, que se desarrollaba en un tablero holográfico sencillo con doce fichas, era un desafío intelectual que requería una memoria excelente y años de práctica para conseguir dominarlo. El propio Kaird empezaba a familiarizarse con el juego, pero nunca había conseguido concederle tiempo suficiente para llegar al nivel de Experto. Que hubiera dos de ellos en el mismo planeta era bastante insólito, y, naturalmente, acabaron atrayéndose el uno al otro.

Un piloto y una cocinera, ambos expertos de strag. Era una de esas cosas que demostraban que la galaxia era un lugar extraño, un hecho del que Kaird era consciente desde hacía tiempo.

Atravesó el recinto, manteniéndose a una distancia más que prudencial de la twi'leko mientras la seguía. Si le veía era poco probable que sospechara de un Silencioso que había salido a dar un paseo nocturno, pero era mejor no arriesgarse.

Una brisa cálida que anunciaba la cercanía de la lluvia apenas pudo revolver la humedad, añadiendo un poco de frescor al aire pestilente. Kaird ya había pasado por los barracones comunes en los que vivía la twi'leko, pero estaban demasiado abarrotados y siempre había alguien. Pero Vorra y Bogan sin duda habían encontrado sitios en los que estar juntos a solas, ya que el ruido y el movimiento constantes eran distracciones que preferían evitar los jugadores de strag, No es que no pudieran prescindir de ese tipo de cosas, se decía que un Experto podía planear cuatro jugadas por adelantado en medio de una lluvia de salamandras piluviana, es que no les apetecía. Por lo tanto, Kaird confiaba en que tarde o temprano la twi'leko y el humano buscarían un lugar en el que estar solos, y ese sitio sería un punto de contacto potencial para Kaird.

No le interesaba mucho Vorra, menos como salvoconducto hacia Bogan, que, en los días en que estuviera de guardia para trasladar a Keros, tendría los nuevos códigos de seguridad de la nave del almirante. Kaird se enteraría de cuándo tendría esos turnos, y entonces ya sólo sería cuestión de cómo y cuándo recoger lo que necesitaba…

Ord Vorra se paró en la tienda de abastecimiento. Kaird vagó por entre las sombras de uno de los recicladores industriales que había al otro lado de la calle del edificio de provisiones y se hizo realmente invisible.

El viento se levantó, y aumentó el olor de la lluvia inminente. Kaird esperó y sudó. La cúpula no detendría la lluvia, ni la evaporación de los charcos. Cuando se iniciaron los primeros experimentos con los escudos de fuerza y las cúpulas, ésas eran cosas que no se tomaban en serio, y el resultado solía causar muchas molestias y cosas peores para los residentes. Una cúpula llena de gases, sin vía de escape que permitiera que el vapor de agua se condensara en la parte interna causando más niebla densa o más lluvia, por no mencionar una repentina escasez de aire respirable, no era algo muy deseable. Y, por tanto, la cúpula recién reparada se había establecido con prácticamente la misma configuración que tenía antes del «período invernal», como se le conocía popularmente. Eso significaba que volvían a padecer un clima que haría deshidratarse a un dewback.

Al parecer, el nuevo almirante había heredado la vieja nave personal del antiguo, o al menos podía usarla. A Kaird le parecía bien. El vehículo en cuestión era una nave de asalto surroniana modificada, un transporte aerodinámico alimentado por cuatro motores de grado A2 y A2,50. Según lo había averiguado Kaird, era rápida en la atmósfera, comparable a un caza N-1 de Naboo, pero lo más importante es que también era rápida en la hipervelocidad. Por no mencionar que iba armada con cañones láser y de iones, y pese a medir menos de treinta metros de largo, con combustible suficiente y provisiones para un viaje largo, tenía alcance más que sobrado para escapar de aquella bola de barro de regreso a los cuarteles de Sol Negro en Coruscant.

Una vez allí, una vez terminara aquel asunto, retendría la nave de alguna manera y la emplearía para regresar a su verdadero hogar.

Regresar a las cumbres nevadas de Nedij…

La twi'leko salió del bazar llevando un pequeño paquete. Era bastante atractiva, si es que a uno le iban las bípedas sin plumas, pero demasiado pesada para los gustos de Kaird. Las hembras nediji tenían los huesos huecos y ligeros, y ese estándar estaba grabado a fuego en el cerebro de los machos nediji.

Ella se adentró en las sombras del anochecer, y Kaird reprimió el impulso de seguirla inmediatamente. No había prisa. Ya tenía a su presa, y había llegado el momento de averiguar todo lo que necesitaba saber sobre ellos. Obtendría sus historiales médicos de manos de Lente. De uno de los administrativos de Personal, recibiría sus hojas de servicio. Uno de los censores de Intercepción de Mensajes le proporcionaría copias de las comunicaciones que pudiera haber realizado o recibido la pareja de sus familiares o amigos.

En un día, o quizá menos, probablemente habría amasado todo lo que podía saberse de aquellos dos. Después, cuando tuviera datos suficientes, encontraría una piedra angular, un eslabón, una clave: el detalle alrededor del cual construir su plan. Quizá no fuera un plan perfecto, pero Kaird había aprendido muchas cosas en sus años con Sol Negro, y ésta era una de las más importantes para él: no tenía que ser perfecto. Siempre había que dejar cabos sueltos para las variables.

También pensaría en formas de solucionar cualquier contingencia, por supuesto. Luego pondría el plan en marcha. Si todo iba bien, las cosas irían sobre ruedas, como un mynock engrasado deslizándose sobre el transpariacero. Y, de haber problemas, podría solucionarlos. Seguiría saliendo bien.

Dentro de unos días estaría en su nueva nave, con una carga valorada en mucho más de lo que podía calcularse fácilmente, camino de su entrega, y también de su jubilación anticipada. Y entonces viviría feliz hasta que llegara la hora del Vuelo Final…

Se vio el resplandor de un rayo, e inmediatamente resonó el estruendo del trueno, revelando lo cerca que se había producido el choque: muy cerca. Y entonces comenzó a llover, con gotas grandes y pesadas.

Es hora de ponerse a cubierto, pensó Kaird. Ya había hecho suficiente por aquella noche. Sabía que lo mejor era no acelerar demasiado sus propios planes. Siempre era

bueno recordar la receta de su madre de nido para el guiso de taboret: lo primero de todo es cazar al taboret…

~

Columna sintió cierto arrepentimiento, incluso remordimiento, al enviar el mensaje codificado a sus superiores separatistas. Hubo un momento de duda, una pausa larga y reflexiva, pero al final, uno hacía lo que tenía que hacer. La función de control se había iniciado, la información ya se había transmitido. Y no podía recuperarse una vez enviada.

La transmisión se completó sin dificultades, aunque las comunicaciones de toda la base habían sufrido recientemente de ruidos de fondo y pérdida de recepción. Se debía a que la zona había sido interferida hacía poco por un nuevo repetidor de banda ancha de tecnología punta, estacionado en la selva, a unos cinco kilómetros de distancia. El caos no era tan consistente como para levantar sospechas, pero le proporcionaba cobertura y protección a la hora de enviar y recibir mensajes. La explicación oficial, por supuesto, eran las manchas solares.

El código, como siempre, era dificilísimo, y solía ser un desperdicio de esfuerzo, pero en ese caso, la complicación era bastante útil. No era deseable que la República interceptara y leyera aquella misiva concreta.

Al otro lado de la comunicación, el mensaje descifrado causaría una gran agitación, por decirlo suavemente. Era probable que no le concedieran crédito. Columna sabía que habría intercambios de seguimiento, al menos uno o dos, quizá más, para verificar la información. No era cuestión de confianza en sí, sino de cerciorarse: no se podía lanzar un ataque a gran escala, ni reunir y preparar tropas masivas si existía la mínima posibilidad de que el lector del código hubiera cometido un simple error.

¿Cómo? No, no dije que la bota se estuviera pudriendo, dije que los bothanos estaban rugiendo…

Columna sonrió, pero esa sonrisa se le borró rápidamente. La misión en Drongar tocaba a su fin. Quizá no fuera un golpe definitivo para derribar a la República, pero sería un dardo en el costado de la bestia que probablemente le arrancaría un aullido de dolor. Era una tragedia que gran parte del personal de este y de otros Uquemer muriera a causa de aquella acción. Pero eso, una vez dado el paso, era inevitable. Era mejor empezar a prepararse para abandonar el planeta. Le aguardaban otros sitios, otras identidades en las que un agente del talento y las capacidades de Columna sería útil. Rascar la base de la República poco a poco era algo lento, pero con el tiempo demostraría ser efectivo.

El espía sabía que todo aquello era cierto, por supuesto. Pero en el fondo también sabía que le resultaría extremadamente difícil mirar a aquellas personas a los ojos, sobre todo a una, y fingir no saber nada sobre la destrucción inminente.

Sin embargo, tenía que hacerlo. No mirarles a los ojos, no actuar de alguna manera que no fuera normal; cualquier cosa que pudiera levantar la más ligera sospecha, podría

provocar un desastre. Columna se giró hacia la puerta. Era hora de mezclarse con ellos, compartir su amistad, su alegría y su amor, mientras aún les quedara tiempo.

26

Curiosamente, cuando Barriss se dio cuenta, se estaba aseando para asistir a su partida de sabacc en la cantina. Cogió una toalla para secarse el agua de la cara y las manos: ella prefería lavarse con agua en vez de con ultrasonidos, aunque esto último funcionara en su tienda. Y cuando vio sus rasgos húmedos en el espejo sobre el pequeño lavabo, fue repentinamente consciente:

La respuesta está en la Fuerza.

Aquello no debería haber sido una revelación. Era algo que le habían dicho mil veces al menos, una letanía con la que crecía todo estudiante jedi:

«Cuando tengas dudas, consulta con la Fuerza. Quizá no siempre la interpretes correctamente, pero la Fuerza nunca miente». Ella lo sabía. Lo había aprendido pronto, y era algo que había ido adquiriendo más significado a medida que crecía. Y en lo más hondo de su ser, nunca lo dudó. La Fuerza nunca te decepciona, es eterna, infinita y omnipresente. Si puedes formular bien la pregunta, si sabes dónde mirar, cómo conseguirlo, la respuesta que necesitas siempre estará ahí.

¿Cuántas veces, después de todo, le había dicho la Maestra Unduli esas palabras, con la amabilidad y la calma propias de la convicción total?

Usa la Fuerza, Barriss.

No pienses, no te inquietes, no te enredes en los detalles, en las irritantes preocupaciones relacionadas con el tema. Tú sólo usa la Fuerza, confía en ella, recíbela. Porque ahí viven los Jedi. No en el pasado ni en el futuro, sino en ese momento eterno de alegre revelación, ese «ahora» eterno. No dejes que el miedo al fracaso te impida aprovechar la oportunidad.

Barriss se secó la cara, colgó la toalla y se miró en el espejo. Su rostro, más tranquilo y más compuesto de lo que había estado últimamente, miró hacia atrás. Sí, por supuesto. Era tan fácil: un ejemplo perfecto de esos acertijos enigmáticos que tanto le gustaban al Maestro Yoda para ayudar a la mente a liberarse de los pensamientos y conceptos lineales. La pregunta era: ¿cómo podía saber si debía utilizar o no la bota de nuevo para aumentar su conexión con la Fuerza?

Pregunta a la Fuerza.

¿Y cuál había sido hasta el momento en su vida la conexión más fuerte, más poderosa, mejor, que había tenido con la Fuerza?

La bota.

Podía ver al Maestro Yoda sonriendo y asintiendo amablemente, en el ojo de su mente. La bota era una llave, una llave que abría la puerta a un nuevo tipo de percepción. Más allá de la puerta había un camino que podía seguir, que llevaba a un sitio en el que encontraría las respuestas que necesitaba.

Y no tenía sentido esperar. Barriss abrió la caja fuerte que tenía junto a la cama y extrajo una de las ampollas que quedaban de extracto de bota. Respiró hondo, se lo puso en el brazo y se lo inyectó.

Esta vez el subidón fue casi instantáneo, como si, de alguna forma, su primera experiencia le hubiera afinado la percepción abriendo sus receptores. Esa increíble sensación de familiaridad, junto a la sorpresa y el asombro ante la novedad, el sentimiento increíble y abrumador, la profundidad de todo aquello, que se expandía hasta el infinito…

Había creído estar preparada, pero no lo estaba. Era demasiado… grande. Era algo que, en su opinión, nadie hubiera podido aceptar, procesar, asimilar en su totalidad. No le cabía en su limitada comprensión: era como intentar reducir el resplandor llameante de una piedra de fuego a una imagen plana. Sus sentidos, restringidos a tan sólo tres dimensiones, ni siquiera podían imaginarse cómo era aquello. Pero no tenía que imaginárselo. Sólo tenía que aceptarlo, ser una con el todo. Era glorioso, edificante y aterrador al mismo tiempo…

Su temor de que fuera una ilusión se desvaneció. Quizá hubiera gente que afirmara que aquello no era una verdadera conexión con la Fuerza porque había sido inducida por un agente externo a ella, que no había llegado a través de la paz interior y de la meditación. Quizás incluso ella dijera algo así en una época, pero ya no volvería a hacerlo. Aquella unión cósmica tenía que ser verdadera. Podía sentirlo en el núcleo de su ser.

Y daba igual cómo había llegado hasta allí. Lo que importaba era estar allí. Era como si tuviera hambre, y al darse cuenta se hubiera encontrado ante una mesa eterna repleta de toda la comida imaginable. Elegir un plato y no otro era difícil, pero, por otro lado, sabía que podía hacerlo.

De repente, la «mesa» giró y se movió, disolviéndose en innumerables colores, como los hilos enredados de las colonias de esporas de la noche estrellada de Drongar, Se convirtió en un tapiz gigante, del tamaño de la galaxia, un tejido entrelazado tan intrincado y complejo que a Barriss se le saltaron las lágrimas. Una obra de arte perfecta, de una belleza que retaba a toda descripción, del todo increíble…

Pero, un momento. Sí, aquello era perfecto, pero también había algo más.

Podía sentir irregularidades en el dibujo, defectos pequeños, casi insignificantes, repartidos a lo largo de su inconmensurable extensión. Barriss supo por instinto que esos pequeños errores eran necesarios de alguna manera, que eran cicatrices en los hilos sueltos de la existencia… Imperfectos, sí, pero no por ello menos esenciales. Sin ellos, el tejido no podría aguantar.

Alcanzó con su mente uno de esos pequeños hilos enredados, lo vio expandirse y cambiar, hasta convertirse en… legible, de alguna manera…

Los conceptos que se le revelaron no eran palabras ni imágenes.

Tampoco eran olores, sabores, sonidos, ni objetos táctiles. En lugar de eso, era una especie de amalgama maravillosa de todo ello, más cosas que ningún ser físico había experimentado jamás…

En ese momento, Barriss, que también formaba parte de un gran tapiz, supo cuál era el defecto del tapiz:

El campamento estaba en peligro. Había un espía entre ellos, el mismo que estaba detrás de las explosiones de la nave y de la MedStar. No estaba muerto, como habían creído, sino que seguía vivo. Aquel espía había iniciado una cadena de eventos que si no se impedían provocarían la destrucción de todos los que había allí.

Durante un brevísimo lapso, menos de lo que dura un guiño, lo supo todo: cómo, por qué, dónde y cuándo, pero entonces todo se desvaneció en una explosión de energía que no pudo controlar. No podía recordar los detalles.

Luchó por recuperarlos, consciente de lo importante que era. Pero algo se interpuso en su camino…

Barriss se encontró de repente enredada, como si la arrastrara la corriente de un río caudaloso y salvaje. Se sintió zarandeada, impotente, como una ramita: dentro, pero sin formar parte de él.

Se dio cuenta de que aquello era por el defecto. Lo había visto, lo había tocado, pero no había tenido el poder ni el talento ni lo que se necesitara para controlarlo adecuadamente. Y ahora, al intentarlo, había interrumpido de alguna forma el flujo de la Fuerza. Había perdido pie, la firme posición sobre el suelo que le había proporcionado su serenidad. La corriente desbordada la había poseído y se la llevaba por delante…

No. Ella tenía poder. Un gran poder. Y podía usarlo.

Intentó frenar, pero no había nada a lo que agarrarse, nada sólido que pudiera percibir. Estaba atrapada en la inundación, en la corriente, un remolino que giraba y le desorientaba. En lo más profundo, ella sabía que estaba buscando desesperadamente metáforas para eso que no se podía describir, buscando una especie de analogía mental que le permitiera distanciarse de aquel caos. Luchó por calmarse, se esforzó por recuperar la concentración, pero no pudo. Como una riada, pareció inundarle la boca, amenazando con ahogarla. Como un vendaval, tironeó de ella en todas direcciones, quitándole hasta el último aliento de los pulmones. Como una avalancha, amenazó con aplastarla. Era como todas esas cosas y ninguna al mismo tiempo.

Era la Fuerza.

Sintió que oía hablar a alguien, una voz tranquila y conocida, que no pudo ubicar exactamente.

Venga, dijo la voz. No luches. Coge aire y sumérgete…

¡No! ¡Yo puedo controlar esto, utilizarlo, aprovecharlo!

También podrías morir.

Barriss sintió la preocupación en aquella voz, y en algún nivel más allá de su mente consciente supo que tenía razón. Cogió aire y se relajó, dejándose llevar por la corriente, reconociendo la voz.

Maestra Unduli…

~

Barriss se encontró sentada en la cama, parpadeando como si acabara de despertar de un profundo sueño. No necesitaba mirar el crono de su cuarto para saber cuánto tiempo había pasado. Se había puesto la inyección de bota a mediodía. Y ahora estaba sentada en la oscuridad.

Se puso en pie, se acercó a la ventana, desempañó el cristal y miró al exterior. El débil brillo de la cúpula de fuerza no bastaba para ocultar las estrellas en el claro firmamento nocturno. Las constelaciones se encontraban en el ecuador de su coreografía nocturna. Debía de ser medianoche. Se había… ido… unas doce horas al menos.

Había ido a: un lugar en el que nunca antes había estado. En el que sospechaba que muy poca gente, o ninguna, había estado.

Se apartó de la ventana. Se sintió renovada, como si hubiera dormido a pierna suelta. No tenía hambre ni sed. Tampoco ganas de ir al baño. Sonrió. El recuerdo de su experiencia aún era intenso, y giraba en su mente como un espectáculo de luces, sonidos, colores, sabores y sensaciones…

Así era como tenía que ser su relación con la Fuerza. Así debía ser siempre… Frunció el ceño, sintiendo un pequeño tirón en la memoria. El defecto.

El inminente desastre del campamento. En la totalidad cósmica de lo que acababa de experimentar no era nada, era completamente insignificante cuando se comparaba con el complejo entramado del todo, pero, aun así, seguía ahí, junto con los otros innumerables defectos. Y ella sabía que, aunque eran necesarios en su totalidad y no podían eliminarse todos, en algunos casos individuales podían y debían ser reparados.

El campamento estaba en peligro mortal. Había tenido aquella revelación por una razón, de eso estaba segura. Tan segura como de que tenía que hacer algo al respecto.

27

La cantina estaba más llena de lo que Den había visto nunca. Al cabo de un rato se dio cuenta de por qué. Los miembros de la compañía de HRE estaban a punto de marcharse: al día siguiente abandonarían Drongar para completar el resto de su gira, y pensaban pasarse la noche entera de fiesta.

Cuando entraron Den e I-Cinco, el periodista estuvo a punto de echarse hacia atrás, como si hubiera recibido un golpe físico. El dulce aroma de los palitos de especias y el chicle, el intenso perfume de varias bebidas alcohólicas y, sobre todo, los olores combinados de una docena de especies o más, todo ello mezclado en el aire denso y caldeado, producía un miasma tan espeso y fuerte como una bullabesa gungan, Miró a I-Cinco.

—¿Estás seguro de que quieres seguir adelante con esto?

—A mí me parece el ambiente perfecto.

—A mí más bien me parece el tipo de ambiente que se encuentra a unos veinte klicks o así bajo las nubes de Bespin.

Den echó una ojeada recelosa. Muchos de los artistas estaban bailando, o intentando hacerlo, al son de la música de los Nodos Modales, que estaban repasando el repertorio de favoritos a un volumen que habría dañado oídos en la lejana MedStar. Den había estado en el curso de su carrera en muchos bares ruidosos, repletos y bulliciosos, y no dudó en colocar aquél entre los peores de la lista.

I-Cinco parecía impertérrito.

—Tradición, ¿recuerdas? —dijo a Den. Luego se coló entre dos ortolanos que estaban bailando y desapareció.

Den suspiró. Más me vale vigilarlo antes de que alguien o algo decida utilizarlo de palillo.

Cómo conseguir aquello era una buena pregunta. Los sullustanos estaban entre los seres más bajitos de la galaxia civilizada. Sin embargo, se abrió paso; esquivando y quitándose de encima piernas, espuelas, tentáculos y varias otras extremidades. No vio ni rastro de I-Cinco, Preocupado por su propia seguridad, al menos en lo referente al tema de los dedos de los pies aplastados, Den optó finalmente por subirse a una mesa, junto a un soldado clan que se había quedado inconsciente.

Aquella acción consiguió que pudiera mirar directamente a los ojos a los que eran de altura media. En el grupo había varias especies de mayor estatura, sobre todo un wookiee que pertenecía a la compañía y en el que se había fijado durante su primera y única función. Le sacaba más de una cabeza a todos los demás, parecía disfrutar mucho de su cerveza y estaba muy dispuesto a compartirla con los demás, sobre todo derramándosela por encima de vez en cuando.

Un wookiee borracho. Eso sin duda haría que las cosas se pusieran más interesantes a lo largo de la velada.

Den miró hacia otra parte y vio a Klo Merit cerca de la pared, sujetando una copa en una de sus peludas manos y una expresión introspectiva en el rostro. Los equani no eran especialmente altos, quizás unos cinco o seis centímetros por encima de la media, pero eran enormes. Era probable que Klo pesara más que el wookiee, y a eso se le podría sumar el peso de un ugnaught o dos. Den fue a gritar para saludarle, pero luego decidió no hacerlo. A juzgar por su expresión, el mentalista parecía necesitar una dosis de su propia medicina.

—¿Den?

Sorprendido, se giró y vio a Tolk la Trene junto a la mesa sobre la que estaba él. Ella también parecía demasiado seria para estar de fiesta.

—¿Has visto a Jos?

Den negó con la cabeza.

—Acabo de llegar hace un minuto.

—Tengo que encontrarlo —dijo ella, más para sí misma que para él. El resto de sus palabras se perdieron en el ruido ambiente.

—¿Qué? —gritó él.

Pero ella se giró y desapareció en la multitud sin añadir nada más. Había algo en la mirada de la enfermera… Den no estaba seguro de lo que era, pero le recordó aquel viejo refrán sakiyano que decía lo de «cuando el río suena…». Hizo que se le estremecieran las aletas. ¡Brrr!

Por fin divisó a I-Cinco.

El androide estaba en pie no muy lejos de Epoh Trebor, hablando con el cómico humano. Gesticulaba con mucho más énfasis de lo acostumbrado en él. Den no podía saber lo que estaba diciendo I-Cinco, ya que ni la aguda audición sullustana podía con tanto ruido ambiental, pero fuera lo que fuera, Trebor se estaba partiendo de risa.

Parece bastante obvio que el genio ha salido de la botella magnética, pensó él. Era obvio que I-Cinco ya se había implementado lo que el periodista había dado en llamar un «algoritmo ebrio».

I-Cinco estaba, por decirlo en una palabra, borracho.

También era bastante obvio que el androide no se había cortado al escribir su programa. Den se dio cuenta de que los fotorreceptores de su amigo brillaban todavía más. Eso, junto con el exceso de lenguaje corporal y lo mucho que estaba haciendo reír a un humorista veterano, hacían patente que el androide estaba completamente beodo.

Den sonrió. Misión cumplida. Él había querido hacerle un favor a su amigo ayudándole a encontrar la manera de sacudirse las convenciones, para que se soltara. Bien, I-Cinco no se merecía menos. Después de todo, si los seres orgánicos sufrían a causa de las convenciones sociales, ¿cuánto más tendrían que seguir sufriendo los seres de inteligencia artificial?

Y las verdaderas buenas noticias eran que I-Cinco ni siquiera se despertaría con resaca.

Den decidió que ya era hora de unirse a la fiesta.

Saltó de la mesa y comenzó a abrirse paso hacia la barra.

—Disculpe. Vaya pasar. Dejen pasar al bajito. Perdone, ciudadano. Eh, cuidado con mis orejas…

~

Jos se sentó en el catre mirando a la pared, sintiéndose más desgraciado que nunca. Se pasaba la vida nadando en sangre, sumergido hasta los codos en los cuerpos destrozados de los soldados clan, que eran poco más que carne de cañón de partículas en aquella guerra. Su único amigo de verdad, un músico y un cirujano brillante, había caído en aquella guerra, eliminado en un abrir y cerrar de ojos. El único punto de luz en aquel mar de desolación, la mujer a la que amaba, se había alejado de él, y ni siquiera quería decirle por qué.

Jos se quedó en blanco. Era cirujano, había visto morir a gente antes que la República requiriera de sus servicios; sabía cómo lidiar con eso. Era un problema que se había quitado de encima.

Pero se había equivocado al pensar que aquello le ayudaba. En los días en los que la muerte estaba con él desde que empezaba a trabajar hasta que terminaba, cuando trabajaba hasta el punto de ver borroso, sin parar, seguía pasándole factura.

Tolk había sido su antídoto. Tolk había estado a su lado y había merecido la pena, independientemente del hecho de que la relación hubiera significado verse relegado al ostracismo de su familia y sus amigos.

Pero ahora…

Ahora sus días eran oscuros, y las noches todavía más. No veía el final del túnel. Aquella guerra podía durar años, décadas. Ya había ocurrido antes. Quizá se hiciera viejo allí, cortando y pegando cuerpos arruinados hasta que una mañana calurosa se cayera al suelo y muriera él también.

¿Qué sentido tenía aquello?

Como médico, Jos conocía la depresión. Los pacientes de postcirugía solían tener la moral baja después de sufrir eventos que les habían alterado la vida, y, aunque enviaba con el mentalista a los más afectados, le habían enseñado a tratar los síntomas en caso de no existir un apoyo adecuado en ese campo. Pero comprender la depresión no le hacía inmune a ella. Una cosa era «conocer» y otra muy distinta «sentir».

La idea de acabar con todo era tentadora, desde luego. Y él era capaz de hacerlo si se daba el caso. Sabía perfectamente el lugar donde un pequeño corte con un vibroescalpelo provocaría una hemorragia rápida. Tomar un poco de anticoagulante, abrir una 'arteria principal y quedarse dormido… para no despertar. No sería una muerte dolorosa, como no lo sería la muerte provocada por la docena de medicamentos que podía coger de la estantería. Un saludo final, y después el Gran Salto…

El suicidio era poco frecuente entre los suyos… Pocos corellianos escogían ese camino, y, que él supiera, no lo había hecho ninguno de sus familiares.

En aquel momento no le parecía lo peor que podía pasarle. Podía hacer que pareciera un accidente para ahorrarle a su familia la vergüenza y al menos algo de dolor.

Jos negó con la cabeza de nuevo. ¿Cómo había llegado hasta aquello?

Jamás hubiera pensado que se encontraría calculando detalladamente cómo acabar con su propia vida.

Recordaba lo que le habían enseñado que debía decir a los pacientes que caían tan bajo: esperar. No hacer nada que no se pudiera rectificar. La vida es larga, las cosas cambian. Un mes, un año, dentro de cinco años, la situación de uno podía invertirse; no había más que ver a esa gente que salía de la nada, se hacía rica, lo perdía todo y volvía a recuperar su fortuna. O a aquellos que padecían una enfermedad degenerativa o incluso terminal, que decidían quedarse lo suficiente como para obtener una cura. Incluso aquellos que perdían a su pareja, a un hijo o a un padre, podían encontrar la felicidad más adelante. La clave era lo siguiente: mientras hubiera vida, habría esperanza. Los muertos no tenían posibilidades.

Jos suspiró profundamente. Sí. Ésas eran las cosas que él decía a sus pacientes, y eran todas ciertas.

Le vino a la mente un recuerdo de los días que pasó en la facultad de Medicina. El instructor, un humano canoso llamado Leig Duwan que probablemente tenía más de cien años estándar, les habló de sus días en Alderaan. El anciano sonreía mucho y no paró de hacerlo mientras les contaba la anécdota siguiente.

Había pasado por una mala época: su padre había muerto, su madre estaba ingresada en el hospital y su hermana había desaparecido en una expedición fronteriza. Duwan había suspendido un examen y todo apuntaba a que le iban a expulsar de la facultad de Medicina. Según le contó a la clase, consideró seriamente la idea del suicidio. En lugar de eso, consiguió superarlo poco a poco, y al final las cosas fueron a mejor.

Cierto día se encontró con un hombre por la calle que se detuvo y le dijo: —Doctor Duwan, quisiera darle las gracias por salvarme la vida. Duwan había oído aquello muchas veces, por supuesto, y rechazó el cumplido con ensayada facilidad.

—Es mi trabajo, ciudadano, no tiene por qué…

—No —le interrumpió el hombre—. Yo no fui su paciente. Lo cierto es que estaba atravesando un período de profunda depresión y tenía ganas de suicidarme. Tomé la decisión, ya había obtenido los' medios y me dirigía al sitio donde iba a hacerlo. Pero me di a mí mismo una última oportunidad. Si durante el trayecto me sonreía alguna persona con la que me cruzase, sólo una, no seguiría adelante con aquello. Cuando pasé ante el hospital, usted entraba en el edificio. Me sonrió y me saludó con la cabeza. Así que aquí estoy.

La moraleja de la historia, dijo Duwan, no era si su pericia como médico había salvado a alguien. La clave era que, gracias a que había conseguido superar su propia pesadumbre y había seguido adelante hasta el punto de poder sonreír a un extraño, había

podido salvarle la vida a aquel hombre. Había otros miles de seres a los que, con talento y mucha suerte, también había conseguido mantener con vida. Ser útil a los demás no era algo inútil, aunque no tuvieras nada más.

Jos miró su crono. Tenía que hacer un par de rondas y visitar a sus pacientes de postoperatorio. Si se suicidaba, alguien tendría que ocuparse de sus rondas. Eso sería una imposición, obligar a alguien a que le cubriera. Y sería… de mala educación.

Podría enfrentarse a la próxima hora. Es lo único que tienes que hacer, se dijo a sí mismo. Sólo una hora más, la próxima hora. Haz tus rondas, redacta los informes.

Podía aguantar una hora más. Y después de eso…

Bueno. Ya tendría tiempo de sobra de preocuparse por aquello cuando llegara. De momento, lo único importante era la siguiente hora.

28

Jos terminó sus rondas. Sabía lo de la fiesta de despedida de la compañía de cómicos, y normalmente no habría mostrado reticencia alguna a asistir. Pero ahora…

¿Y si Tolk estaba allí?

Verla en la SO ya era suficientemente insoportable. No estaba seguro de poder verla en un entorno social. ¿Y si estaba con otra persona?

Negó con la cabeza. Al menos en la cantina no tendría que beber solo.

Más tarde o más temprano acabaría encontrándose con ella. La base no era tan grande.

Al cuerno con todo. Jos salió de la SO, sintiéndose como un hombre camino a su propia ejecución.

~

La cantina estaba repleta. Hacía mucho calor, había mucho ruido y olía mal. Puede que al final no se encontrara allí con Tolk.

Esa esperanza no duró mucho. De hecho, fue Tolk la que se topó con él antes de que pudiera pedir la primera copa. Se giró y allí estaba, su mirada fija en su rostro, buscando algo, pero ¿qué?

No sabía qué decir. Sabía que tenía que decir algo, pero ella estaba tan preciosa pese a llevar el uniforme, con el pelo en una coleta alta y el cansancio reflejado en el rostro, tan guapa, que él se quedó sin aliento.

—Tolk —consiguió decir él—. Yo…

—He estado pensando mucho, Jos. Hay más cosas involucradas en todo esto que nuestros meros sentimientos. La guerra es mucho más que este sitio, que lo que hacemos… que lo que somos el uno para el otro. Necesito tiempo para asimilarlo', a solas —respiró hondo—. Vaya pedir el traslado al Uquemer-3.

A Jos se le quedó la boca seca. El Uquemer-3 estaba a unos mil klicks al norte, al otro lado del Mar de Esponjas.

—¿Qué dices? ¿Es que no vamos a hablar de ello?

—No, de momento no.

Jos resopló. No quería decirlo, pero alguien tenía que hacerlo:

—¿Significa eso que lo nuestro ha terminado?

Ella vaciló.

—Significa que vamos a darnos un tiempo.

Él se dio cuenta de que no había forma de disuadirla. Pero si la trasladaban, jamás volvería a verla. De eso estaba seguro.

—Tengo que irme —dijo Tolk. Y se marchó.

Jos se abrió paso hacia la barra. Se sentía aturdido. ¿Qué había ocurrido? ¿Qué había ido mal? ¿Qué había hecho o dicho?

Seguía sin poder creerlo. Ya estaba. Se había terminado. Así, sin más. Su mente buscaba frenéticamente un asidero, algo a lo que aferrarse.

Como cirujano en jefe, podía denegarle el traslado, podría decir que era demasiado valiosa para prescindir de ella. Pero ¿de qué le serviría? ¿Cómo iban a trabajar juntos? ¿A jugar juntos al sabacc? ¿Cómo iban a…?

Las preguntas se arremolinaban en su cabeza como motas de polvo, como un enjambre de chinches ígneos. ¡Maldición!

Necesitaba una copa.

Llegó a la barra, pero antes de que pudiera pedir nada escuchó un profundo gruñido. Se giró para mirar.

Eso sí que es algo insólito, pensó. Un androide y un wookiee jugando a los holo juegos.

El juego se llamaba dejarik. Aunque Jos no jugaba, estaba familiarizado con él. I-Cinco y el wookiee estaban sentados en una pequeña mesa esquinera en mitad de todo el bullicio. El wookiee estaba recubierto de un pelo suave negro como el carbón, a excepción de un parche blanco con forma de estrella en el cuadrante izquierdo del pecho. Y, en aquel momento, parecía realmente enfadado, incluso para un wookiee. Y eso sí que era enfadarse.

—Uno no puede aburrirse aquí, ¿eh?

Jos bajó la vista y vio a Den Dhur de pie junto a él. Den señaló la mesa de dejarik y suspiró.

—Quizá recuerdes que mencioné una o dos veces las ganas que tenía de que I-Cinco se emborrachara.

—Sí.

—Bueno…

~

Kaird estaba pasándoselo bien de alguna manera, aunque se viera obligado a llevar el disfraz de kubaz. No le importaba ver a la gente disfrutando, y el hecho de saber que sería el responsable de arruinar su ánimo no disminuía su diversión. Cuando la noticia de la mutación de la bota fuera del dominio público, lo más probable sería que reinara el caos. Era lo que tenía la guerra.

Una pena. Aunque no se sentía emocionalmente unido a nadie de aquel sitio, pues el sentimentalismo era un lujo que no se podía permitir, admiraba a muchos de los soldados, médicos y técnicos que poblaban el lugar. En su mayor parte, eran gente de honor. El honor, según parecía pensar la mayoría de la gente, era un código que limitaba en gran medida las opciones de uno y, lo que era peor, un método inmejorable para volver a

hipervelocidad al Gran Huevo. Kaird era un ser pragmático: no podía permitirse tener honor. Pero eso no impedía que lo admirase en otros.

Lo cierto es que facilitaba la predicción de sus acciones.

Era más difícil tratar con gente sin palabra, aunque tuviera sus ventajas.

Tomando como ejemplo a Thula y Squa Tront, lo cierto es que Kaird se sentiría bastante sorprendido, incluso decepcionado, de saber que no habían intentado dar gato por liebre a él y a Sol Negro con la transacción que tenían entre manos. No le parecía mal que encontrasen la forma de sisar algo para sí mismos; eso estaba en la naturaleza del negocio y era de esperar. Pero no le preocupaba demasiado. Por muy pícaros que fueran, también parecían ser lo bastante listos como para darse cuenta de la locura que supondría intentar engañar a gran escala a Sol Negro.

Metió el morro de su máscara en la copa. Una de las razones por las que les gustaba el disfraz de kubaz era porque le permitía beber. Era una pena que no pudiera dejarse llevar y disfrutar plenamente de la fiesta, ya que también estaba allí por una razón práctica. Al parecer, el piloto humano Bogan había cogido turno doble recientemente y, por tanto, no estaría disponible para la nave del almirante cuando Kaird le necesitara. Pero aquello tenía un remedio sencillo. Había otros dos pilotos en rotación, y uno de ellos se encontraba allí, en la cantina. Aquel piloto, que también era humano, lo cual le hizo pensar que había muchos en la galaxia, se estaba comportando de forma responsable. Como estaba de guardia, no bebía, ni fumaba, ni esnifaba ningún intoxican te. Se llamaba Sebairns, y aunque parecía estar pasándoselo muy bien, sonriendo y riendo, se había limitado a tomar un bebedizo preparado con una planta autóctona.

Dado que Kaird tenía acceso a todo tipo de información, incluidos los archivos médicos, se había enterado de que Sebairns tenía una alergia para la que no existía cura ni tratamiento preventivo. Si se exponía a cierta leguminosa común, el humano desarrollaría una grave reacción anafiláctica cuyos síntomas incluirían urticaria y una peritonitis de segundo grado. Kaird había obtenido esa información a través de la HoloRed. Significaba básicamente que el humano podía tener de repente una grave erupción quizá violenta, desmayarse y, en caso de no recibir tratamiento, llegar a ahogarse si se le cerraban las vías respiratorias. No era probable que llegase hasta ese punto en un Uquemer lleno de médicos; seguro que le llevarían rápidamente a un pabellón para tratarlo. Pero no podría trabajar durante un día o dos, lo cual era tiempo sobrado para los planes de Kaird.

Kaird había observado cuidadosamente a los camareros, y por fin llegó su momento. Se levantó y se alejó de su mesa de un asiento, como para responder a la llamada de la naturaleza. El androide camarero que llevaba la bandeja de la mesa de Sebairn tomó la misma dirección. Sus caminos se cruzarían, tal y como Kaird había planeado.

—Disculpe, ¿podría indicarme dónde está el aseo? —dijo Kaird cuando se acercó al camarero.

Aunque el servicio estaba claramente indicado en media docena de idiomas e imágenes gráficas, el androide sin duda había escuchado esa pregunta más de una vez

procedente de los parroquianos ebrios. Giró levemente la cabeza y señaló con su articulación libre.

—Por ahí, señor. La puerta del cartel luminoso.

Cuando el androide adoptó esa postura, Kaird subió la mano como para rascarse el morro, y al hacerlo soltó un pellizco de polvo de leguminosa en la bebida del piloto.

Luego se acercó al aseo. Regresaría enseguida a su mesa para asegurarse de que el objetivo bebía del vaso correcto y reaccionaba adecuadamente. Una vez conseguido, su objetivo de la noche estaría cumplido.

Era poco probable que alguien sospechara que la bebida hubiera sido manipulada. Después de todo, tampoco era veneno, y los médicos que le atendieran reconocerían la reacción inmediatamente. Y aunque sospecharan que había sido deliberado, daría igual. No había forma de relacionar a Kaird con aquello. Incluso si el androide camarero era interrogado y conseguía recordar al kubaz preguntando por el baño, el kubaz en cuestión no existía. Después de aquella noche, Kaird dejaría de necesitar aquel disfraz concreto, que quedaría reducido a nivel molecular por una unidad de reciclaje. No se puede encontrar lo que no existe.

En uno de sus disfraces de humano gordo guardaba una grabación de un episodio de las Noticias Deportivas Galácticas que le había proporcionado uno de los miembros del grupo de cómicos. En esa grabación se encontraba un reciente campeonato de strag. Si no eras hábil en las apuestas, ver un partido de strag tenía el mismo interés que ver crecer el moho. Pero si se te daban bien, era fascinante. Ni la twi'leko Vorra ni el piloto humano Bogan habrían visto ese partido en particular, porque no había sido emitido todavía. El corpulento humano del que se iba a disfrazar Kaird, al que había dado en llamar Mont Shomu, se las arreglaría para que le oyeran hablando de aquel partido del que, casualmente, tenía la grabación. La twi'leko no tardaría en pedírsela, pero el gordo se mostraría reacio a separarse de ella porque era un gran aficionado al strag, Pero lo que no le importaría sería ver el partido con ella. Y claro que podría traerse a un amigo…

Kaird sonrió al salir del baño y regresar a su mesa entre el bullicio y el calor de la agitada cantina. No había nada como ver un plan desarrollándose según lo previsto.

~

—A ver si lo he entendido —dijo Jos—. ¿Me estás diciendo que I-Cinco está borracho?

—Llevo horas observándolo —dijo Den—. Y créeme, está como una cuba. Si es que esa expresión se puede aplicar a un androide.

—Y ha sido por un programa.

—Sí.

—Un programa que escribió él mismo.

—Así es.

Jos miró a la mesa de juego, en la que se movían y agitaban constantemente en sus casillas las distintas holocriaturas transparentes que eran las piezas. I-Cinco no parecía distinto desde allí, excepto por una ligera luminosidad extra en los fotorreceptores y la exageración en sus movimientos. Jos negó con la cabeza.

—Esto cada vez es más raro —se volvió hacia la barra y cogió su copa.

—¡Ja! —exclamó I-Cinco—. ¡Mi molator se come a tu houjix! ¡Gané!

El wookiee rugió de rabia. Jos miró a la partida justo a tiempo para ver al wookiee ponerse en pie, agarrar el brazo derecho de I-Cinco y arrancarlo del hombro del androide. Los circuitos y las juntas del servomotor quedaron colgando en una lluvia de chispas y de fluido lubricante.

Oh, no.

—Hay gente que no sabe perder —dijo Den.

—Eso parece —asintió Jos.

Ambos se abalanzaron hacia el androide y le sacaron de allí mientras el furioso wookiee aullaba en su idioma y blandía el brazo mecánico por encima de la cabeza. Jos vio a varios miembros de la compañía cómica, incluido un fornido trandoshano, acercándose rápidamente para calmar a su colega.

I-Cinco no sintió dolor alguno, obviamente. Parecía más confundido que otra cosa.

—Creo que he perdido un brazo —dijo a Jos—. Estoy seguro de que lo tenía cuando llegué.

Jos metió a empujones a I-Cinco en una cabina vacía.

—Tu compañero de juegos te lo ha cogido prestado.

—I-Cinco —dijo Den—. Creo que ya es hora de que se te pase la borrachera.

I-Cinco se encogió de hombros. Jos pensó que era un gesto bastante difícil para un androide borracho con un solo brazo.

—Si tú lo dices —sus fotorreceptores parpadearon un momento y recuperaron lo que a Jos le pareció su brillo normal.

El androide le miró levemente sorprendido.

—Interesante.

—Ojalá a mí se me pasara tan fácilmente —dijo Jos.

Una humana les llevó el brazo y se lo dio a Jos.

—Toma —dijo—. Quizá quieras programar a tu androide para que no se atreva a jugar con wookiees en el futuro. Son muy, eh, competitivos.

I-Cinco miró el brazo.

—De eso ya me he dado cuenta yo. Jos examinó la extremidad.

—No soy cibertécnico —dijo—, pero creo que esto se puede reinstalar fácilmente —miró al androide—. Tienes suerte de que no te arrancara la cabeza.

—Cierto —admitió I-Cinco—. Eso hubiera sido mucho más difícil de arreglar.

—¿Pero cómo se te ocurre retar a un wookiee a una partida de dejarik?

—Ni lo pensé. Ésa es la cuestión. Estaba borracho… o al menos lo más cerca de ese estado que conseguí programar.

Jos negó con la cabeza alucinado.

—Vamos —dijo él—. Vamos al taller a ver si aún hay alguien que pueda arreglarte. La reinstalación de articulaciones mecánicas está fuera de mis capacidades.

Los tres salieron de la cantina y atravesaron la calurosa noche, I-Cinco con el brazo desmembrado en la mano.

—Me sentiría fatal si fuera el responsable de tu borrachera y de tu pelea… si me dices que no ha merecido la pena —dijo Den.

—Creo que sí la ha merecido —dijo I-Cinco—. Creo que me ha servido de mucho —miró a Jos—. ¿Recuerdas que te dije que estaba sufriendo cierto ataque de ansiedad?

Jos asintió.

—Creo que lo generaban impulsos conflictivos basados en nuevos datos recogidos en la recuperación de todos mis archivos de memoria: eso incluye información concerniente a mi antiguo amigo y socio, Lorn Pavan. He recordado que tengo un compromiso que va a requerir que vaya a Coruscant lo antes posible. Se trata de un problema que no podía solucionarse aplicando la lógica. Necesitaba intuición: la capacidad de percibir qué era lo correcto mediante mecanismos mucho más antiguos que la lógica y la aplicación de datos. De alguna manera, necesitaba alterar mi corteza sináptica y ponerla en otro modo, un modo totalmente no lineal, para poder modificar la entrada sensorial y la percepción de información.

—¿Y ha funcionado? —preguntó Den.

—Eso creo. Me he decidido por un curso de acción.

—¿Nos vas a abandonar, I-Cinco? —preguntó Jos.

—No, de momento —el androide no añadió nada más.

Jos no pudo resistirse.

—Pero… —dijo— eres una máquina, ¿recuerdas? Programado para ser un autómata, nada más. ¿Entonces qué importa lo que te lleve a tomar una decisión?

I-Cinco le miró.

—Te encanta tratarme así, ¿verdad?

—Sí, me encanta.

—Todo lo que he dicho antes es técnicamente cierto —dijo el androide—, pero me he dado cuenta de que es posible que el todo sea más que la suma de sus partes. Y que una diferencia ínfima no importa nada. Creo que, a falta de una expresión mejor, tenía miedo. Creo que intentaba convencerme a mí mismo, más que a vosotros, de que no soy lo que tú, Barriss y otros pocos me consideráis. Pero me faltaba la información necesaria para llegar a esa conclusión.

—¿Y cuál es esa conclusión?

—Que tengo sentimientos —dijo I-Cinco.

Jos sonrió socarrón y dio una palmadita al androide en la espalda de duracero.

—Ya tardabas en darte cuenta.

Encontraron un técnico ishi tib medio dormido bajo un banco de herramientas. Al principio se mostró reacio, pero la botella de vino que Den se había llevado al marcharse demostró ser un soborno efectivo.

Mientras el técnico volvía a soldarle el brazo a I-Cinco, uniendo las junturas, los cables sensores y los conductos circulatorios hidráulicos, Jos dijo:

—Por cierto, no es que me importe, pero tengo cierta curiosidad. ¿Cuál es el compromiso que has recordado?

I-Cinco no respondió enseguida, y el silencio se mantuvo lo justo para que Jos comenzara a desear no haberlo preguntado. Entonces respondió.

—Fue algo que Lorn me pidió. Me pidió que cuidara de su hijo.

29

Barriss no podía dormir. Su experiencia con la Fuerza continuaba resonando en su interior, con mucha más fuerza que después de la primera vez, enviándole potentes fogonazos de la maravillosa conciencia cósmica de la que había formado parte, junto a la sensación de que había cosas importantes por hacer. Quería regresar a ese lugar… y, si era posible, quedarse ahí.

Quizá fuera acumulativo. Quizá finalmente podría sumergirse sola en ese mar mágico, a voluntad, sin necesidad de la bota como vehículo.

No había tenido ninguna nueva revelación. El peligro se cernía sobre el campamento, pero aún no estaba a su alcance. Por una parte, sabía que aún tenía tiempo para decidir el curso de acción que debía tomar. Por otra, se escapaba a sus capacidades saber cuál sería ese curso de acción.

Escapaba a sus capacidades sin amplificar. Pero nada le parecería demasiado si se conectaba a la Fuerza mediante el milagro de la bota. Sabía con todo su corazón que lo que podría hacer con la Fuerza en ese estado sería impresionante en cuanto se acostumbrara a usarlo. Cuando aprendiera no a controlarlo, sino a fluir con ello, a ser ello.

Ahora entendía por qué los grandes Maestros Jedi podían percibir las cosas incluso a pársecs de distancia, información transmitida más rápido que cualquier onda hiperespacial. Ahora sabía, tenía la certeza, de que el universo estaba hecho de una sola pieza, y cada parte estaba conectada a todas las demás, en una tela de araña de vibrantes hilos de Fuerza que iban más allá de las dimensiones que ella podía percibir con sus sentidos. Y ella sabía cuál era su sitio en ella, y que todas las cosas, grandes y pequeñas, estaban en su posición correcta. Y que siempre lo habían estado, y que siempre lo estarían, mundos infinitos.

Ahí estaba la tentación de correr y recoger bota sin procesar, convertirla en fluido e instalarse una sonda que introdujera en su sistema la sustancia de forma constante. Se preguntó si aquello era deseo de conocer o una adicción.

Se preguntó si habría alguna diferencia entre esas dos cosas.

En cualquier caso, podría comunicar todo lo que había aprendido al Consejo Jedi, y, gracias a ello, los Jedi se harían más poderosos de lo que nadie había podido imaginar. Podrían detener aquella guerra e impedir que se declararan otras. Podrían abolir la esclavitud, transformar mundos desolados en paraísos exuberantes, perseguir el mal hasta los confines de la galaxia y acabar con él. Nada escaparía a sus capacidades. Tal era la inmensidad de aquel poder.

Todo aquello fluía en Barriss, abrumándola con su intensidad. Incluso en aquel momento, apenas podía contener el recuerdo de la experiencia.

Pero primero, antes de adentrarse demasiado en el vacío, debía lidiar con la situación del campamento. Eso sería fácil. Después podría dedicarse a temas de mayor envergadura…

~

Den avanzaba rápidamente por el campamento, hacia la plataforma de lanzamiento, con la esperanza de que no fuera demasiado tarde. Serás idiota, pensó. ¡Mira que dormirte justo hoy!

Casi nunca utilizaba el crono para despertarse. Como la mayoría de los de su especie, Den tenía un reloj interior que iba a la par con su afinado sentido de la orientación. Normalmente se ajustaba sin problemas a los ciclos de día y noche de todos los planetas en los que estaba, tardando no más de una semana estándar en los casos más extremos, y en Drongar llevaba mucho más que eso.

Pero justo el día que más lo necesitaba, su reloj interior le falló, y se durmió quizá lo justo para perderse el despegue de la nave de la compañía cómica en la que iba Eyar.

Tras la proposición que ella le había hecho y que él había aceptado, no podía dejar que se fuera sin despedirse. Era difícil saber cuándo volvería a verla. Y cuando lo hiciera, ella formaría parte de una gran familia que incluiría, sin duda, un asombroso número de crías.

Y él sería un patriarca, un viejo dispensador de sabiduría. Se sentaría en algún rincón profundo de la cueva y proporcionaría pequeños consejos sabios a los jóvenes e inocentes.

Pero de repente todo aquello no le parecía tan atractivo como cuando Eyar se lo había descrito.

Los actores estaban siendo transportados a la MedStar, en la que se encontraba su propia nave. Eyar iba a subir en el primer trasbordador.

Den apareció por la esquina del edificio principal de la pista de despegue justo a tiempo para ver a unos pocos miembros de la compañía subiendo por la rampa. Eyar estaba entre ellos.

Corrió con todas sus fuerzas, abriéndose paso entre los seres de más estatura que le rodeaban, en su mayoría técnicos y otros trabajadores.

—¡Eh! —exclamó—. ¡Eyar! ¡Espera! —maldición, no podía ver otra cosa más que piernas. Piernas vestidas, piernas cubiertas de pelo, de escamas. Piernas digitígradas, piernas plantígradas. Un auténtico bosque de extremidades de apoyo. Por fin llegó a la puerta.

—¡Eyar!

La sullustana subía triste por la rampa en último lugar. Al oír su grito se giró, y cuando le vio sus ojos, su cara y todo su cuerpo se iluminó.

—¡Den-la!

Se sintió tan aliviado al ver que ella todavía no se había ido que le dio igual que Eyar utilizara en público el sufijo familiar con su nombre. Se abrazaron.

—¡Tenía miedo de que no vinieras! ¿Qué ha pasado?

Decirle que se había dormido no era muy buena idea, eso lo sabía casi por instinto. Ella se ofendería de que él hubiera estado a punto de perderse la despedida por una razón tan trivial.

—Me llamaron de Ocio HoloRed —dijo él—. Parece que van a convertir uno de mis artículos del año pasado en una holo. Al final tuve que cortarles y venir corriendo hasta aquí.

Era sorprendente lo fácil que le había resultado mentir. Sorprendente y para nada desalentador. Pero funcionó. Ella le miró con los ojos llenos de amor.

—Vuelve pronto a Sullust —susurró. Agitó sus aletas una vez más y se giró para subir la rampa a toda prisa.

Den salió del radio del campo. El transporte, silencioso a excepción del ronroneo de los retropropulsores, se elevó rápidamente y desapareció en el brillo cegador de Drongar Prime.

Den caminó lentamente de vuelta a su tienda. Le había resultado facilísimo mentir a Eyar. Cualquiera podría decir que se trataba de un incidente pequeño, trivial y carente de importancia. Se podría decir cualquier cosa, pero ninguna de ellas tendría más validez o autenticidad que el apretón de manos de un neimoidiano.

Era una comadreja.

Eyar era una chica dulce, sincera y fiel. Él admiraba esas cualidades. ¿Pero cuánto tardarían esos mismos atributos en hartarle, en llenarlo de impaciencia…?

¿O de desprecio?

En absoluto era digno de la admiración de Eyar.

Den se detuvo en mitad del recinto. Aquello no estaba bien. Estaba muerto de miedo, y no tenía ni idea de qué podía hacer al respecto.

Miró a su alrededor. Desde donde estaba, tenía dos opciones, cada una de ellas prácticamente en direcciones opuestas. A la izquierda tenía la cantina, con sus impresionantes y altamente terapéuticas variedades de destilados. A su derecha se hallaba la consulta de Klo Merit, en la que podría hablar con el mentalista, o al menos pedir cita para más tarde. Tenía que solucionar aquello.

¿Cómo?

Den estuvo un par de minutos de pie bajo el sol ardiente, antes de girarse y trotar en la dirección finalmente elegida.

30

El zumbido de las aeroambulancias, los gritos y las conversaciones cruzadas del personal que corría hacia la zona de recepción, los gritos y quejas de los soldados… era una letanía de sonidos y exclamaciones a la que Jos había respondido en tantas ocasiones que le daba la impresión de que podría hacerlo hasta dormido.

Dormir. Se rió. Las truncadas siestas y las cabezadas que los médicos del Uquemer-7 conseguían dar en los días más favorables no eran precisamente una buena terapia de sueño. Sí, tenían inductores de ondas delta, pero pasar las seis u ocho horas de ciclo ininterrumpido, incluidas las cuatro fases y el periodo REM, comprimidas en una siesta de diez minutos no refrescaba el cerebro como el sueño en tiempo real. La única solución era una buena noche de descanso, un lujo que rara vez podían permitirse.

Casi siempre, los pacientes eran soldados clan. Para Jos, los casos más difíciles eran las especies que no eran completamente alienígenas, es decir, los individuos humanos no clónicos, porque sus anatomías le resultaban familiares, pero diferían sutilmente entre sí. Cuando operaba a un paciente humano debía tener mucho cuidado para no permitir que las manos y el cerebro recurrieran a los patrones de siempre, que quizá funcionaban con los clones, pero podrían matar a un ser humano. Ya le había pasado en una ocasión.

Los individuos totalmente alienígenas no pasaban a menudo por la SO.

Los pocos que lo hacían solían estar en Drongar por algún tipo de misión de carácter observador o evangélico. Y eran los que solían proporcionar la mayoría de los momentos de humor y de horror.

La última vez que habían tenido un incidente inesperado como aquel fue cuando Jos se empapó de los fluidos vitales del nikto. Aquella vez fue Uli quien experimentó el impacto de la novedad.

El joven cirujano estaba operando a una hembra oni. Los oni eran una especie bastante belicosa, por lo que se sabía procedente de Uru, un planeta del Borde Exterior. Nadie parecía tener ni idea de lo que hacía aquel espécimen en Drongar, probablemente sería una mercenaria. En cualquier caso, había encajado el proyectil de un lanzacartuchos, y Uli lo estaba buscando cuando se produjo un resplandor blanco azulado, un sonido semejante al de alguien agitando una colmena de picotones enfadados, y el joven cirujano salió despedido hacia atrás y se golpeó con la pared.

No salió malherido, algo que quedó demostrado cuando empezó a proferir una ristra de maldiciones. El zumbido propio de las pruebas y lecturas de los instrumentos se detuvo de repente. Threndy, la enfermera que auxiliaba a Uli, le ayudó a ponerse en pie.

—¿Estás bien, Uli? ¿Necesitas ayuda? —exclamó Jos.

—Estoy bien, gracias. ¿Pero qué ha sido eso, por los siete cielos de Sumarin? Jamás había…

Se vio interrumpido por un androide médico tripedal que se acercó junto a Uli y le susurró unas palabras. Jos no pudo oír la conversación, pero vio que de repente Uli y Threndy se echaban a reír.

—¿Qué pasa? —preguntó Jos.

—Parece ser que las hembras oni son electroforéticas. Al buscar el proyectil debo de haber tocado un lóbulo del órgano capacitador —Uli se encogió de hombros—. Me hubiera gustado saber eso antes…

Jos se rió.

—Quizá debería quedarse aquí, por si necesitamos recargar al androide. Su turno y el de Uli acabaron al mismo tiempo, y por impulso, Jos preguntó al chico si quería participar en la partida de sabacc. Las dos o tres últimas veces se habían quedado cortos de gente. Tolk ya no se presentaba, y Barriss parecía estar últimamente demasiado concentrada «jediando», como decía Den, para participar en ningún juego. Hasta Klo había estado demasiado ocupado como para aumentar sus ocasionales visitas.

Uli sonrió, en un gesto que se extendió por toda su cara.

—¡Claro! —dijo con entusiasmo—. Estaba deseando que me invitaras.

Jos le devolvió la sonrisa.

—Es un placer —estaría bien volver a tener algo parecido a un grupo completo de jugadores. En cierto modo, se sentía mal. Uli estaba tan dispuesto y era tan inocente que seguro que se lo comerían vivo. El sabacc podía ser un juego muy cruel.

~

Jos, Den, Barriss e I-Cinco salieron de la cantina.

—Vaya —dijo Jos—. ¿Quién lo hubiera dicho?

—Tú no, desde luego —respondió Den—. A menos que te traigas algo entre manos con él…

—Oye, que yo no tenía ni idea de que podía jugar así. Quiero decir, míralo. Parece la holorréplica de un granjero bonachón —se encogió de hombros—. Estábamos perdiendo jugadores. Y me daba pena.

—¿Ah, sí? ¿Y yo no te doy pena? He perdido trescientos créditos en esta partida —Den negó con la cabeza.

—Permíteme una sugerencia —dijo I-Cinco a Jos—. La próxima vez que sientas tentaciones de ser altruista con cosas como ésta, piénsatelo.

—Cierra el vocalizador —le dijo Den, amargado.

—Eres el único que no ha perdido hasta la camisa. Aunque tampoco tienes camisa que perder.

—Eso es cierto. Sin embargo, por primera vez en semanas yo tampoco he ganado nada.

Jos dio unos inútiles manotazos a una nube de chinches ígneos zumbadores.

—Te vuelvo a preguntar. ¿Para qué necesitas tú el dinero? Eres un androide.

—Un hecho que no me pasa desapercibido, pero gracias. Mi necesidad de dinero es fácil de explicar: viajar cuesta muchos créditos. Sobre todo si vas hasta Coruscant.

—¿Entonces vas a ir? —preguntó Barriss.

—Sí.

—Pero eres propiedad del ejército —dijo Jos—. Aunque pudieras encontrar una forma de que te transfirieran a Coruscant, tendrás muchas limitaciones para encontrar al hijo de Pavan.

—Eso también es cierto. Lo cual significa que vaya tener que desertar —dijo I-Cinco tranquilamente.

Durante un largo rato reinó un silencio roto sólo por el zumbido de los chinches ígneos. Entonces, Jos dijo:

—Si lo haces y te cogen no te dejarán en la memoria ni una milésima de átomo.

—Eso si me cogen. El tiempo que pasé en Coruscant no fue en vano.

Conozco una serie de métodos para pasar desapercibido, sobre todo en una megalópolis tan enorme.

Den absorbió un hidropak.

—De eso no hay duda. Pero antes tendrás que salir de Drongar, ¿Y crees que no levantarás sospechas viajando solo?

—Los androides, sobre todo los de protocolo, realizan constantemente viajes interestelares. No somos niños. Nadie me prestará atención, sobre todo si llevo los documentos de un comisionado en ruta al Templo de Coruscant por asuntos Jedi.

Miró a Barriss. Ella le devolvió la mirada con seriedad.

—¿Vas a arriesgarlo todo, incluso a ti mismo, para hacer esto? —preguntó ella.

—Es algo que le prometí a Lorn hace muchos años, cuando le arrebataron a su hijo Jax. Me pidió que, en caso de morir él, me asegurara de vigilar a Jax, aunque estuviera bajo custodia Jedi. Lorn no se fiaba de los Jedi. Jamás defraudé a Lorn en vida, no veo razón para hacerlo ahora que está muerto.

—Me veo obligado a recordarte, I-Cinco, que los Jedi defienden las leyes de la República bajo juramento —Barriss se detuvo y añadió—: Pero hay ocasiones en que esas leyes entran en conflicto con los códigos morales que abrazamos. Estos conflictos suelen requerir decisiones complicadas.

—¿Y cómo toman los Jedi esas decisiones?

—Bueno —dijo ella sonriendo levemente—. Se dice que algunos han recurrido a la bebida.

Jos sonrió. No pudo evitarlo. Y se sintió bien.

—Resulta que tengo algo que necesito enviar al Templo de Coruscant cuanto antes —continuó Barriss—. Hay pocos seres a los que encargaría esa misión. ¿Te importaría…?

—Sería un honor para mí —dijo I-Cinco.

31

Columna se quedó mirando el mensaje que había sobre su escritorio. Había tardado unas horas en descifrar el complicado código triple, pero esta vez había merecido la pena. Los separatistas habían interceptado la misiva procedente del campamento y gracias a ella habían averiguado que era cierto que la bota estaba perdiendo su efecto. Habían tomado una decisión mucho más rápido de lo que había supuesto el espía: dentro de unos días se lanzaría un ataque a gran escala a las fuerzas de la República en Drongar, Todos los mecánicos y mercenarios que el otro bando pudiera reunir participarían en la batalla, con un único propósito: hacerse con lo que quedara de bota y recolectarla para los separatistas. Muchos morirían o serían destruidos en ambos bandos… pero el mensaje, aunque corto, era bastante claro y explícito. Estaban en camino. Aquel Uquemer, junto con el resto, quedaría destruido en breve. No tomarían prisioneros, y, si lo hacían, no sería para mantenerlos con vida.

Columna se quedó mirando la nota con emociones inestables y sentimientos encontrados. Sí, sabía que iba a ocurrir, aunque no tan pronto. Sí, sería un golpe para la República, lo cual era la razón principal por la que Columna se encontraba allí. Aquello no cambiaba que la responsabilidad por las pérdidas orgánicas y materiales recayera sobre la conciencia de Columna.

El mensaje decodificado e impreso en una plantilla de plastilámina comenzó a curvarse por las esquinas. Un minuto más, y el proceso, una oxidación combustible que comenzaba en cuanto se exponía la plastilámina al aire, haría que la nota se evaporara.

Igual que pronto desaparecería la tercera identidad del espía.

En cualquier caso, daba igual. La nota había cumplido su propósito:

Columna había consignado su contenido a la memoria. La guerra también tocaría a su fin en Drongar, La bota sería recolectada, destruida o mutaría hasta convertirse en algo inútil. Todo daría el mismo resultado, en lo que a los combatientes respectaba.

Columna se iría para cuando el ataque se hiciera efectivo. Habría alguna razón para visitar la MedStar, y el transporte que condujera al espía hasta allí sería… desviado para entregar su mercancía en territorio separatista. Sin duda le proporcionarían los salvoconductos que permitirían a la nave pasar desapercibida. Después saltaría al hiperespacio, y los que quedaran atrás no serían más que un triste recuerdo.

Pronto tendría otra misión, estaría en otro planeta. La guerra continuaría en algún otro lugar, y Columna, con alguna otra falsa identidad, seguiría su curso en pos de la destrucción de la República. Sabía que acabaría por conseguirse, por mucho que tardara en ello. Al final, ocurriría.

Columna suspiró. Todavía quedaba mucho por hacer, y poco tiempo para hacerlo. Registros, archivos, información, parte de la cual podría ser muy valiosa para los jefes de Columna… Todo tenía que recogerse y condensarse en paquetes de datos que pudieran meterse en el bolsillo o en la maleta. El final, al menos aquí y ahora, estaba cerca.

~

Era casi medianoche. El disfraz de kubaz de morro largo ya no existía, y el traje obeso era demasiado difícil de poner y quitar, por lo que Kaird acudió a su encuentro con Thula vestido de monje Silencioso. Tampoco es que fuera a verlos nadie, por lo que no se preocupó por las reacciones que pudiera causar que le vieran hablando en público con semejante camuflaje.

Se apoyó en la pared de un cobertizo de almacenaje de finas paredes situado junto al comedor, aparentemente a solas. Thula estaba dentro, oculta a las miradas de cualquiera que pudiera atravesar la calurosa oscuridad tropical, pero al alcance del oído gracias a una rejilla diseñada para que el aire circulara sin dejar pasar el agua de la lluvia.

—¿Tienes lo que necesito?

—Sí.

—Entonces tus amigos y tú tenéis dos días. Os sugiero que aprovechéis bien el tiempo.

La voz de Thula era un ronroneo suave y animal.

—¿Y el finiquito?

—Mira en la parte superior del umbral de la puerta.

Hubo un breve silencio. Los oídos de Kaird eran lo suficientemente agudos como para detectar el sonido de las pisadas de la falleen, acercándose rápidamente a la puerta, deteniéndose y volviendo a pegarse a la pared. Pudo percibir un breve resplandor a través de la malla metálica cuando ella activó el cubo de créditos que él le había dejado sobre la puerta y miró la holoproyección para comprobar la suma que contenía.

—Qué generoso —dijo ella.

—¿Dónde está mi maletín? —preguntó él.

—Ahora estará en tu tienda, junto al resto de tu equipaje. Ha sido un placer hacer negocios contigo, amigo. —¿Tenéis forma de salir?

—Sí. Hemos conseguido un pasaje en una nave pequeña que saldrá mañana. Hay un piloto dispuesto a recibir sobornos.

—Un transbordador tierra-nave no os llevará muy lejos.

—Lo suficiente para conseguir algo que sí lo haga. El dinero es un lubricante muy potente.

—Quizá volvamos a vernos algún día —dijo Kaird.

—Quizá —dijo ella.

Kaird se apartó del cobertizo y regresó a su tienda. La puerta estaba cerrada, pero aquellos cierres no eran nada para ladrones profesionales como Squa Tront y Thula, que contaban con ese talento entre sus otros muchos.

El bloque de carbonita estaba junto a su otra bolsa, camuflado para parecer un baúl de cierto valor. Prácticamente parecía formar parte de su juego de maletas. La bota se

mantendría congelada en carbonita hasta que alguien activara el derretidor, Después de eso, habría que procesarla rápidamente para evitar que se pudriera rápidamente, pero ése no era su problema. Sol Negro contaba con los mejores químicos de la galaxia; él sólo tenía que llevarles la bota.

Alzó el baúl. Pesaba bastante, unos setenta kilos, pensó, pero podía cogerlo y llevarlo fácilmente.

Kaird se sintió en ese momento mejor de lo que se había sentido desde que estaba en aquel pestilente planeta. Había hecho todo lo posible, dadas las circunstancias, y, después de todo, se sentía muy satisfecho de todo'. Un par de días más de simulaciones y se encaminaría hacia su planeta natal y hacia la paz.

Una paz que sin duda merecía.

~

Jos se despertó en medio de la noche, todavía aturdido por la última borrachera. Se incorporó en su catre y se frotó los ojos. Había soñado con Tolk, y en el sueño, ella le había contado por qué quería marcharse. Perojos no podía recordar lo que era.

Se puso en pie, se acercó al aseo y se refrescó la cara con agua. Se enjuagó la boca. Últimamente bebía tanta que hasta las drogas anti veisalgia que normalmente eclipsaban las resacas dejaban ya de hacerle efecto. Se miró en el espejo.

Eres una visión francamente triste.

Suspiró. De eso no cabía duda.

Y apenas eres digno de que te llamen hombre. ¿De verdad vas a dejar que se marche? ¿Sin luchar?

Frunció el ceño a su reflejo.

—¿Y qué se supone que puedo hacer? —se respondió en voz alta—. ¡Ella no me habla! ¡Y yo no sé por qué!

¿Cómo que no? ¡No eres tan tonto! Piensa un poco. No pudiste evitar que Zan muriera. ¿Vas a dejar que Tolk se vaya sin ni siquiera saber por qué?

Jos se alejó del espejo y regresó al catre. Se quedó parado mirando la cama. Ésa era la cuestión, ¿no? La grande, la única: ¿por qué? ¿Qué había causado que Tolk, la mujer que dijo que le amaba, se marchara? Ella había hablado de la explosión de la MedStar, de las decenas de muertos… pero eso no tenía sentido. Tolk había visto cosas peores, mucho peores, y mucho más de cerca. N o, aquello era diferente. Era casi como si hubiera recibido una revelación de alguna deidad planetaria primitiva…

La repentina revelación fue un golpe tan intenso que tuvo que sentarse.

Fue como si le hubieran dado en mitad del pecho, quitándole el aliento con fuerza suficiente como para que no pudiera volver a tomar aire. Lo sabía. ¡Sabía lo que era!

El tío abuelo Erel. Él había hablado con Tolk. Le había dicho lo que era renunciar a la familia y al hogar para siempre. ¡Había envenenado la mente de Tolk!

Eso sí que tenía sentido. Ella ya predijo que el almirante querría hablar con ella. Jos también, pero de alguna forma lo había borrado de su mente por el exceso de cansancio y de trabajo. Mirando hacia atrás, le pareció increíble haber descartado esa posibilidad, pero así era. Tolk le había hablado de las explosiones, de las muertes, de todo aquel horror, y Jos se había cerrado en banda y no fue más allá.

El tío abuelo Erel.

La rabia empezó a crecer en su interior como una ola de calor. Se puso en pie, regresó al aseo y encendió la ducha sónica. Se metió en la cabina, sintiendo cómo la porquería, el sueño y el olor amargo del alcohol que seguía manando de sus poros se despegaba de su cuerpo, bajando en oleadas sucias hacia el desagüe. Miró el crono: el siguiente transporte estaba programado para despegar a media mañana. Tiempo suficiente para ducharse y vestirse, y entonces, por todo lo que amaba, haría uso de su posición, pediría favores… y elevaría las alas y echaría a volar si era necesario para hacer una vista a su querido tío y saber de primera mano cuál era la verdad… De una forma o de otra.

32

Kaird, o Mont Shomu, como se le conocía cuando llevaba su disfraz de humano obeso, sonrió mientras el piloto humano y la técnico twi'leko bebían de la botella de vino de la tierra que había traído para la ocasión. No era un mal vino; se extraía de una fruta encarnada y redonda, del tamaño de un puño humano, que crecía en los árboles seta de las altiplanicies Jasserak. Se llamaba ave dame, y la pulpa era crujiente cuando estaba madura, de un sabor ácido, pero dulce a la vez. El vino reflejaba todo aquello.

El hecho de que el vino estuviera envenenado con myiocaína no afectaba al sabor en absoluto, dado que el relajante muscular era insípido, inodoro e incoloro en su forma líquida. Para eliminar cualquier sospecha, Kaird también bebió del vino. La diferencia era que su copa también llevaba un pellizco de neutralizador mezclado con el vino, para asegurarse de no sufrir los efectos de la sustancia.

—¿Os parece que comencemos ya? —dijo la hembra twi'leko. Estaba tan animada que hablaba demasiado alto. Kaird sonrió, y el gordo rostro de su disfraz sonrió con él. Qué dulce e inocente…

Bogan, el piloto humano, estaba igual de alborotado. Se bebió la mitad del vino de frutas y encendió impaciente el holoproyector con un gesto de la mano. No era propio de un piloto beber vino, aunque no fuera mucho.

La imagen de un gran salón lleno de mesas, cada una de ellas con dos jugadores sentados, floreció en el aire ante ellos. La holoproyección tenía mucha definición, y se lo pasarían bien durante los primeros veinte o treinta minutos. Después de eso, cuando la sustancia comenzara a hacer efecto, estarían despiertos y conscientes, pero sencillamente no podrían moverse.

A los quince minutos, ambos comenzaron a sentirse más torpes, y aunque sin duda se preguntaban por qué era y se preocupaban, lo cierto es que no tenían energía para hacer otra cosa que no fuera fruncir el ceño. A los veinte minutos, ni siquiera podían flexionar los músculos faciales como para realizar ese gesto. Si les hubiera dado una pistola láser a cada uno, ninguno hubiera podido reunir las fuerzas necesarias para alzarla y dispararle.

Kaird se acercó al humano.

—¿Puedes hablar?

—Ssss… ssssssí —consiguió decir Bogan con un balbuceo arrastrado—. ¿Q… q… qué?

—Te lo diré de forma breve y sencilla. Os he drogado. Quiero los códigos de la nave personal del almirante: acceso, seguridad, operativos, todo. La droga que te he dado no tiene efectos graves, pero si no me das los códigos o me mientes, os mataré. ¿Lo entiendes?

—Ssssssí…

—Vale —Kaird sacó una grabadora del bolsillo. Sabía que daría igual que el hombre balbuceara, ya que los códigos de seguridad no tenían reconocimiento de voz, para que

cualquiera pudiera accionarlos—. Dime los códigos. Tómate tu tiempo, identifícalos claramente uno a uno. Si funcionan, tu amiga y tú pasareis una agradable noche viendo la partida de strag y mañana podréis moveros lo suficiente como para pedir ayuda. Pero si algún código falla… —Kaird sacó un pequeño detonador térmico del bolsillo. Las unidades de ese tamaño se empleaban para hacer explotar bombas de gran tamaño, y si explotaba en aquella habitación lo haría todo añicos, pintaría las paredes de sangre y de carne evaporada y acabaría derribando las paredes. Todo eso en una milésima de segundo. Se lo acercó al hombre para que pudiera verlo—. ¿Sabes lo que es esto?

—Sss…

—Bien —dijo Kaird, interrumpiéndole—. Tengo un transmisor para este detonador con un alcance de doscientos kilómetros —sacó un pequeño dispositivo, lo alzó y volvió a guardarlo—. Si ocurre algo extraño cuando me vaya en la nave robada, sí, vaya robarla con los códigos que me has dado, cualquier cosa fuera de lugar, lo activaré —se levantó, movió el holoproyector y colocó la bomba térmica sobre el dispositivo.

Bogan comenzó a sudar, lo cual era bueno.

—Sé que eres piloto, y, por tanto, serás un tío valiente que probablemente no tenga miedo a morir —le dijo—, pero tu compañera twi'leko de strag es una civil inocente. No querrás que se convierta en una pasta sanguinolenta, ¿a que no?

—N… no…

—Entonces estamos de acuerdo. ¿Los códigos?

Una vez Bogan pronunció en voz alta las palabras y los números, un proceso largo y lento, Mont Shomu cogió varios de los cojines del sofá y los empleó para colocar a la inmóvil pareja el uno junto al otro, para que pudieran ver el holoproyector. Secó el sudor de la cara de Bogan.

—Disfrutad de la partida. He puesto el proyector en repetición para que no os aburráis. Al menos no las doce primeras veces —Kaird realizó una leve inclinación y salió.

Podría haberlos matado sin más, claro, y había muchos en su gremio que lo habrían hecho sin pensarlo dos veces. Tampoco le habría importado especialmente hacerlo. Ya había enviado a mucha gente de vuelta al Huevo Cósmico en lo que llevaba de vida, y dos más no afectarían al total. Pero tenía razones para no matarles. En primer lugar, nadie le había pagado por hacerlo. En segundo lugar, no era necesario. Ambos estaban fuera de servicio y encerrados en una tienda, y cuando alguien les echara de menos, Kaird estaría muy lejos de allí. Ellos no tenían ni idea de que él era un nediji, y el humano gordo al que habían conocido sería sintocarne reciclada en cuestión de minutos. Se había asegurado de que ningún camino llevara hasta su nido.

Sonrió dentro de su disfraz. Lo cierto era que lo del detonador térmico era un cuento. Mecánica y eléctricamente era idéntico a una granada, pero no contenía carga explosiva, y, por tanto, era inofensivo. El «transmisor» que le había enseñado a Bogan era un peine de plumas. Por lo que Kaird sabía, no había transmisores de mano de ese tamaño en doscientos klicks a la redonda. Y lo que era más importante, si los códigos no

funcionaban y alguien le capturaba, no quería que le acusaran de cargos de asesinato intencionado. Le pillarían por robar una nave, claro, pero eso no era un crimen de pena de muerte, ni siquiera tratándose del transporte de un almirante en tiempos de guerra. Y Sol Negro acabaría enviando a alguien para averiguar lo que le había pasado, y conseguirían liberarle. Un consejo de guerra que le encontrara culpable de asesinato, por otro lado, le freiría y reciclaría mucho antes de que a Sol Negro se le ocurriera preguntar por él.

Además, estaba el tema del antiguo almirante al que ya había eliminado, el sakiyano Tarnisse Bleyd, y a nadie le convenía que espiaran dentro de su mente y descubrieran aquello. Pero incluso en la guerra había reglas, y los escáneres cerebrales no podían realizarse sin la autorización adecuada. Y, llegados a ese punto, más le valdría cerrarse en banda que hablar, ya que en cualquier caso estaría muerto y prefería hacerlo él, de forma rápida e indolora, porque Sol Negro no tendría miramientos en caso de descontento.

Pero el mejor plan seguía siendo evitar que le capturaran.

Kaird se dirigió a un aseo para deshacerse del último de los pesados disfraces humanos. Y en buena hora. Mont Shomu, al igual que el kubaz Hunandin, le había hecho un buen servicio, pero le alegraba no tener que volver a llevar aquellos pesados trajes. Se preguntó cómo podían funcionar los humanos que llevaban una cantidad de tejido adiposo semejante. En lo que a Kaird competía, prefería que lo desplumasen y lo asaran en un horno a vivir así.

~

Jos estaba más enfadado que nunca en su vida. Veía al hombre que tenía ante sí prácticamente como si tuviera una niebla roja ante los ojos.

—Si no fueras mi tío abuelo y mi oficial al mando, te dejaría inconsciente —le dijo entre dientes.

—Supongo que yo en tu lugar me sentiría igual.

Estaban en el despacho del almirante en la MedStar, y estaban solos, pero Jos tenía la ligera sospecha de que si empezaba a liarse a guantazos con Erel, alguien entraría a ver qué pasaba. Varias personas de hecho, y todas ellas agentes de seguridad, grandes, armados y carentes de sentido del humor.

No es que le importara. Tal y como se sentía, nada ni nadie habría podido detenerle si hubiera querido aplastar a su recién recuperado tío.

—¿Cómo te atreves a interferir así entre ella y yo? ¿Con qué derecho?

—Sólo quería ahorrarte el sufrimiento.

—¿Ahorrarme el sufrimiento? ¿Alejando de mí a la mujer que amo? Me va a perdonar, doctor, pero no veo tan clara la receta. Tolk es la cura para muchas de las cosas que me molestan, que me duelen, que me asustan, hasta un punto que ni te imaginas —Jos caminó iracundo de un lado a otro—. ¡Sigo sin poder creer que ella te hiciera caso!

—El que lo hiciera es un indicativo de su amor y consideración por ti, Jos.

—¿Por qué?

—Porque no quiere apartarte de tu familia y de tus amigos.

—Pero ésa fue la imagen triste que tú le diste. Se lo pintaste como si nos fueran a mirar como a la escoria de la galaxia.

—He de admitir que así es.

Jos tuvo que relajar los puños de forma consciente. Respiró hondo, soltó el aire y volvió a inspirar. Tranquilo, se dijo a sí mismo. Romperle la nariz al almirante podría ser realmente satisfactorio, pero no la mejor jugada, por mucho que el hombre se lo mereciera. Es médico, se recordó Jos a sí mismo. Estaba haciendo lo que creía que era mejor. Pero le seguía costando. Quería arrearle un puñetazo al viejo. Lo deseaba.

Aun así, lo cierto era que se le había pasado un poco la rabia. Volvió a respirar hondo.

—Bueno, tío, si mi familia no está dispuesta a aceptar a la mujer que amo, entonces sólo es mi familia de nombre, y estoy mejor sin ella.

Keros negó con la cabeza, en un gesto de infinita tristeza.

—Yo también pensaba así. Recuerda que ya he pasado por esto, Jos.

—Pero tú no eres yo. Quizá me arrepienta, aunque lo dudo, pero aunque eso ocurra, habrá sido mi decisión. Me corresponde a mí tomarla.

—No es tan sencillo, hijo. Estás hablando de costumbres culturales que existen desde hace miles de años. Hay mucha tradición que las justifica.

—Y dentro de sesenta u ochenta años, gran parte de esa cultura y esa tradición, incluidas las prohibiciones con respecto a los ensters y los eksters, habrán desaparecido —Jos se detuvo, luchando por retener su rabia. Sabía que podía explicarle aquello a su tío. Era inteligente y sabía expresarse. Si podía explicarle un complicado procedimiento a un paciente nervioso, sin duda podría poner aquello en términos comprensibles.

—Escucha —dijo—. Tú te adelantaste a tu tiempo, y yo sigo por delante. Pero mis hijos y los hijos de mis hijos no tendrán que lidiar con esa basura adocenada.

El tío Erel negó con la cabeza.

—Lo encuentro difícil de creer. ¿Acaso puedes prever el futuro? Jos negó con la cabeza y suspiró.

—Puedo ver el presente, tío —se detuvo de nuevo—. Llevas mucho tiempo lejos de casa. ¿Alguna vez has oído mencionar el término Hustru fonster?

Su tío negó con la cabeza.

—Me suena a hoodish.

—Casi. Es vulanish, un dialecto igualmente oscuro de los Grandes Cañones del Sur. Creo que los últimos hablantes de ese idioma en nuestro planeta desaparecieron hace cincuenta años. En cualquier caso, lo que significa es «la esposa en la ventana». Es un término que ha empezado a emplearse hace unos años, y del que no se habla en reuniones formales.

Su tío abuelo parecía atónito.

Jos prosiguió.

—Imaginemos a un joven de buena familia que se ve atraído por una chica ekster. Bien, todo el mundo se guiña los ojos, se da codazos de complicidad y mira hacia otro lado mientras él da rienda suelta a sus instintos. No está prohibido, es algo que se permite mientras luego regrese al rebaño.

»Pero, cada vez más a menudo, los buenos hijos están saliendo del planeta y encontrando eksters con las que quieren continuar sus relaciones. Sí, la costumbre lo prohíbe, pero los que tienen medios, han encontrado la forma de sortear esa costumbre.

»El buen hijo, o hija, regresa a casa y se casa con un enster. Pero este marido o mujer entra en el matrimonio por razones estrictamente comerciales o de posición social. Los recién casados contratan a un ama de llaves, un jardinero o una cocinera que casualmente es ekster. Supongo que sabrás a dónde vaya parar.

Su tío no dijo nada.

—Técnicamente —prosiguió Jos— no hay una prohibición respecto a ese tipo de acuerdos. Por eso todo el mundo está contento. No hay escándalos, no hay vergüenza, y si el «ama de llaves» se queda embarazada de alguna relación desconocida, vaya, los dueños de la casa crían a ese niño casi como si fuera propio, tal es su preocupación por sus valiosos empleados. Quizá incluso llega a producirse la adopción legal, ya que cada vez hay más matrimonios enster como ése que se declaran estériles.

»Y, claro, si el hijo de una buena esposa se parece al jardinero, o el retoño de la asistenta es igual que el señor de la casa, pues sin duda es una coincidencia.

Su tío negó con la cabeza.

—¿Y eso se lleva a cabo en nuestro mundo?

—Y de forma cada vez más frecuente.

Erel se quedó como si hubiera mordido algo amargo.

—Bien. Pues ahí tienes tu repuesta.

—No, señor —replicó Jos. Volvió a calentarse, pero aquella vez ni pisó el freno—. Me niego a someter a mi mujer a semejante práctica. Vivir una mentira que no se cree nadie, sólo por mantener una costumbre arcaica y anacrónica que ya no sirve para nada. Yo quiero casarme con Tolk para toda la vida, y cualquiera que piense que eso es inaceptable que abra las escotillas y respire un poco de vacío.

—Tu familia…

—¡Tolk es mi familia! Ella es la primera y la más importante. Cualquiera que venga a partir de ahora irá después de ella. La amo. No puedo comprender la vida sin ella. Y si tengo que arrastrarme por un campo de cuchillas de obsidiana para convencerla, lo haré.

El viejo sonrió.

—¿Te divierte esto? —Jos sintió cómo su ira crecía todavía más. ¡Mopak! ¡Iba a asestarle un buen guantazo a aquel hombre, por muy tío abuelo o comandante suyo que fuese!

—Yo le hice este mismo discurso a mi hermano mucho antes de que tú nacieras —se puso en pie—. Felicitaciones, sobrino. Apoyaré tu decisión en todo lo que pueda.

Jos parpadeó, sintiéndose como si le hubieran dado un latigazo de uno de los remolinos de vacío contra los que tenían que luchar los pilotos de caza.

—¿Qué?

—Enfrentarse a mil años de tradición no es tarea para débiles. Si Tolk no significara tanto para ti, quizás acabarías arrepintiéndote. Pero, como tú dices, puede que te arrepientas de todas formas, aunque al menos comienzas desde una posición de poder.

Jos se apoyó sobre el escritorio y miró al viejo directamente a los ojos.

—Por el momento, tío, gracias a tu mediación, voy a partir de cero. Tolk va a ser trasladada a otro Uquemer. Ya no me habla. N o sé por qué, pero no creo que las cosas se arreglen estando a mil klicks de distancia.

—Hijo, ningún miembro de las Fuerzas Médicas Expedicionarias de la República sale de este planeta sin mi permiso. Si la mujer que amas es digna de que renuncies a todo lo demás, entonces tienes algo que merece la pena. Yo corregiré mi error. Y ella se quedará aquí.

—¿Pero, cómo? El daño ya está hecho. ¿Cómo vas a…?

—Dejando que Tolk vea la grabación de esta conversación —dijo el almirante Keros—. Ella iba a renunciar a ti porque te ama. Si ve y oye lo mucho que la quieres, seguro que servirá de algo.

Jos se sentó, sintiéndose como si acabara de subirse a un trasbordador. ¿Podía Erel rectificar su error? ¿O sería ya demasiado tarde?

—No te preocupes, Jos. Lo que yo rompo, yo lo arreglo.

Y por primera vez desde hacía días, Jos sintió una profunda esperanza en su interior.

33

Den Dhur se sentó en la cantina a darle vueltas a la cabeza.

Había terminado ya el borrador del artículo sobre las mutaciones de la bota, y, con toda modestia, lo consideraba uno de sus mejores logros. Había incluido algunos puntos de interés examinando las formas potenciales en las que varias especies podrían verse afectadas por la pérdida del adaptogénico milagroso, empleando una serie de casos de éxito verificados por la HoloRed. Además, había hecho hincapié en la ironía de librar una guerra por una planta que de repente muta, convirtiendo dicho conflicto en algo inútil.

Sí, aquélla era la clase de periodismo que generaba noticias. Su firma en algo así podría volver a ponerle en órbita y proporcionarle una misión a algún lugar menos… emocionante que Drongar, Y si de verdad acababa regresando a Sullust y aceptando la oferta de Eyar, sería una gran noticia de despedida.

Sólo había un problema. Y, por mucho que pensaba, no encontraba la forma de solucionarlo.

Cuando fuera del dominio público que la bota era inútil, Den preveía dos cosas. La segunda sería el cese de las hostilidades y la evacuación de Drongar, ya que no quedaría nada en aquella bola de cieno por lo que mereciera la pena luchar. Yeso a él le parecía estupendo.

Pero la primera sería una batalla final sin límites entre los separatistas y la República por los últimos cultivos de bota. Dado que la planta crecía casi en exclusiva en aquella área de Tanlassa Sur, en una superficie de unos mil klicks cuadrados, la lucha se concentraría allí. Las tropas enemigas arrasarían los quince Uquemer encargados del deber de cuidar a los heridos y, más en el caso del Uquemer-7 y de algunos más que también se encargaban de recolectar la bota. Los androides de combate, los droidekas, mercenarios de todas clases y casi cualquiera que soñara con hacerse rico rápidamente vendrían aullando por encima de las barricadas como un enjambre de cochinillos del pantano. Sería horrible.

En el preciso momento en que oyó el rumor se dio cuenta de que aquello pasaría. Pero la noticia saldría a la luz, tarde o temprano. ¿Por qué no iba a ser él quien se quedara los beneficios?

Pero, por mucho que odiara admitirlo, ya sabía cuál era la respuesta. De alguna forma, durante su estancia allí se había contagiado de un germen más letal que cualquier bicho del pestilente ecosistema de Drongar: la conciencia.

Den podía publicar aquello en secreto, eso lo sabía, pero entonces sería parcialmente responsable de que encima de quienes había acabado por considerar amigos cayera un montón de abono de bantha.

Den suspiró con fuerza, agitando las aletas de exasperación. Tanto si la filtración procedía de él, como si procedía de otra persona, la calamidad sería casi segura. Y cuando eso ocurriera, más le valía contemplarlo a unos cuantos pársecs de distancia. Lo

cual significaba que tendría que encontrar un pasaje en algún transporte de salida. Y pronto. Y por eso se le ocurrió que acompañar a I-Cinco en su viaje a Coruscant era una opción bastante atractiva. Desde allí le sería fácil llegar hasta Sullust o cualquier otro sitio.

Pero seguía sin decidirse sobre su retirada. De hecho, a su lado, un troig de dos cabezas era un ejemplo de determinación. ¿Abandonarlo todo y convertirse en el patriarca del clan de Eyar? ¿O volver a la vorágine del trabajo que había desempeñado toda su vida adulta? Al fin y al cabo, aún quedaban buenas noticias por desenterrar.

Por otro lado, Eyar era una hembra de lo más adorable y deseable… Tendría que decidirse pronto. I-Cinco marcharía en breve en su misión para Barriss Offee. No habría problemas con que Den le acompañara…; era un civil, libre de ir y venir cuando le viniera en gana. Podrían llegar a los planetas del Núcleo en cuarenta y ocho horas estándar, quizá menos.

No tenía razones para quedarse, a menos que quisiera arriesgar la vida permaneciendo allí para informar de las últimas horas de caos. Y, como ya le había contado a todo el que hubiera estado dispuesto a escuchar, él no era ningún héroe.

Pero irse y dejar allí a gente como Jos, y Barriss, y Tolk, Klo, Uli… era algo que no le resultaba fácil.

¿Cómo habían llegado las cosas a ese extremo? ¿Por qué de repente tenía tanta gente por la que preocuparse?

Maldición.

~

Subir a la MedStar fue fácil en su papel de Silencioso. Las Órdenes religiosas y meditativas, sobre todo las que tenían efectos beneficiosos en los enfermos y heridos, solían tener tratamiento preferente. Una vez a bordo, y tras facturar adecuadamente su baúl, Kaird se dirigió al hangar principal. Como los Silenciosos no hablaban, dio al guardia un documento con su petición, mostró su identichip falso y se le permitió el paso. A todas luces, el viajero Silencioso iba a almacenar su equipaje en un transporte militar que saldría hacia los planetas del Núcleo al día siguiente. Allí habría otro guardia, pero no haría caso a alguien disfrazado como Kaird; la figura encapuchada del Silencioso no despertaría las sospechas del guardia.

La nave del almirante estaba apartada de los demás trasbordadores y las naves, lo cual no era sorprendente. Para llegar hasta ella, debía recorrer un pasillo privado y largo.

No había guardias apostados en el hangar, pues no era necesario; sin los códigos, no se podía entrar en la nave, ni operarla, ni traspasar el Control de Vuelo, ni las naves piquete. Y los únicos que tenían los códigos eran los pilotos, así que no había razón para preocuparse.

Kaird se movió lentamente, con la preocupación de alguien que medita constantemente sobre temas profundos. Sabía que le esperaba una zona ciega, justo a la vuelta de la esquina. La había encontrado cuando estudiaba los planos de la MedStar, por los que había pagado un buen dinero. No había cámaras cubriendo el área, que era pequeña, de tan sólo unos pocos metros cuadrados, peto no necesitaba más.

Cuando llegó a ese punto, miró a su alrededor, no vio a nadie y se quitó rápidamente la túnica. Debajo llevaba uno de los uniformes de Bogan y una máscara de piel humana sencilla. La máscara era genérica, parecía humana, y a corta distancia no haría creer a nadie que se trataba de Bogan, pero sí engañaría a las cámaras de seguridad. Lo único que podría llamar la atención sería la máscara de filtrado que tenía que llevar, ahuecada para adaptarse a su boca en forma de pico. Su otro disfraz humano era lo bastante carnoso como para ocultar su pico de tres centímetros. Bogan, sin embargo, era exomorfo, por lo que Kaird había tenido que ser un poco más creativo. Aun así, esas máscaras eran bastante frecuentes en la MedStar, sobre todo después de la explosión, ya que en la atmósfera de la nave seguía habiendo polvo y posibles partículas tóxicas.

Los últimos cien metros eran los más peligrosos. Si se cruzaba con alguien en el tramo final tendría que matarlo rápidamente y correr por su vida. Pero no esperaba encontrarse con nadie, y mientras se acercaba a la puerta de la nave comenzó a suspirar de alivio.

—Eh, ¿eres tú, Bogan? —gritó alguien desde atrás.

Una punzada de miedo helado se clavó en su corazón, matando el alivio que acababa de experimentar. Cogió aire rápidamente y se giró lo justo para que se le viera la máscara. Saludó con la mano al hombre, que estaba a unos treinta metros. Luego introdujo rápidamente el código de acceso en el teclado.

—¡No te des con las paredes al salir! —le gritó el hombre, con una carcajada.

Kaird le hizo un gesto de mal gusto con la mano, y la voz volvió a reírse, esta vez más alto.

La escotilla se abrió. Kaird subió rápidamente los escalones. Una vez dentro de la nave dejó el baúl de bota en el suelo y entró en la cabina. Introdujo los códigos de seguridad, encendió los controles principales e inició las comprobaciones rutinarias de lanzamiento.

Control de Vuelo apareció en el intercomunicador.

—A-uno, aquí Control de Vuelo. Le tenemos en pantalla en ignición. ¿Es usted, teniente Bogan?

Aquella era otra de las partes difíciles, pero Kaird la había planeado con el mismo cuidado que las demás. Podía imitar la voz de Bogan; los humanos eran fáciles de imitar, dado su limitado sistema de cuerdas vocales. Pero fabricar una máscara lo suficientemente buena como para engañar a alguien que estuviera mirando por la holo cámara de una nave era cuando menos problemático. En Coruscant, con un molde de caras, un buen artista para el pelo y la coloración y unas cuantas horas para arreglarse no

habría problema, pero en aquel lugar tan salvaje no tenía opción, y probablemente querrían verle la cara. O más bien, la cara de Bogan.

Cargó un chip rápidamente y accionó un mando. La imagen del piloto humano con la máscara de aire apareció en el monitor del intercomunicador, con interferencias.

—Sí, soy yo —dijo Kaird con la voz de Bogan—. Yo… ¡vaya! La cámara está haciendo cosas raras —al decir eso, cortó la transmisión. Sólo habían sido un par de segundos, lo justo para que Control de Vuelo pudiera vislumbrar un rostro humano. Eso, y la imitación de la voz de Bogan, deberían bastar para convencerles de que era quien ellos creían.

—Van a tener que imaginarse mi bello rostro, Control.

Se oyeron risas desde Control. Kaird se dio cuenta de que era una humana.

—He visto pastores de nerf más guapos que tú. De hecho, he visto nerf que eran más guapos que tú —la voz se puso seria—. ¿Qué haces, Bogan? Hoy no tenemos planes de vuelo para el almirante.

—Necesito horas de práctica —respondió Kaird haciendo de Boganpara cuando me haga piloto comercial tras licenciarme. Sólo me ausentaré un par de horas. Un par de bucles, un par de picados, vuelvo a traer la nave y todos contentos.

—¿Y al almirante no le importa?

—Él me ha dicho que no pensaba ir a ninguna parte. Creo que iba hacia la bañera cuando le vi, pero puedes llamarle y preguntárselo, si quieres. —¿Sacar al almirante de la bañera? Sí, claro. Dame los códigos del compartimiento.

Kaird sonrió con su mueca de depredador y le pasó el código.

—Verificado —respondió Control—. Tiene permiso para acceder a la cámara de vacío.

Las puertas que separaban la cámara de presurización del compartimento se abrieron. Una ligera brisa sacudió unos desperdicios mientras Kaird hacía entrar la nave en el gigantesco compartimento. Las enormes puertas se cerraron tras él, se oyó una sirena de alarma y se encendió una luz roja.

—Alerta, alerta: compartimento despresurizándose —dijo la autovoz del intercomunicador—. Todo el personal no protegido debe evacuar la cámara de inmediato. Alerta, alerta.

La voz repitió su letanía de alerta hasta que la sirena se silenció y la luz roja se apagó. Al cabo de otro momento, las puertas exteriores se abrieron, revelando la negrura espacial, con sus puntos luminosos de estrellas lejanas.

—A-uno, introduzca los códigos de despegue.

Kaird lo hizo.

—A-uno, permiso para despegar. Procure no chocar con las paredes al salir.

Kaird volvió a sonreír y cogió los mandos. La nave comenzó a salir del compartimento. Por el Huevo Cósmico, estaba abandonando Drongar y llevaba valiosos presentes para sus superiores. Presentes que pronto lo liberarían y le dejarían irse a casa por fin. ¿Podía haber algo mejor?

34

No tenía mucho que meter en las maletas. Los años que Den había pasado como corresponsal de guerra le habían enseñado a viajar ligero de equipaje. Tampoco es que se limitara a llevar el cepillo de aletas, pero casi. Sus ropas mu1ticlimáticas eran todas de tejidos comprimibles, y su dictavoz apenas tenía el tamaño de un pulgar. Dos bultos, ambos pequeños, eran todo lo que necesitaba. Se los echaba al hombro y cogía la puerta. Lo había hecho mil veces. Como poco.

El telefonillo resonó.

—Pasa.

El panel de entrada se abrió, y apareció I-Cinco.

—Eres justo el androide que estaba esperando —dijo Den.

Los fotorreceptores de I-Cinco hicieron algo parecido al equivalente androide de arquear las cejas. Miró a su alrededor.

—Pareces estar haciendo las maletas para irte, aunque es un poco difícil adivinar adónde, dado el… ambiente general.

Den sonrió.

—No soy el mejor amo de casa del planeta —admitió—. Probablemente no sea el mejor amo de casa de ningún planeta conocido. Ni de los desconocidos, creo.

—Bueno, tampoco está tan mal —dijo el androide—. Dame treinta minutos y un lanzallamas y…

—Creo que todavía queda en la base un trasbordador para transportar a los últimos cómicos. Seguro que un androide que hace unos monólogos tan desternillantes estará en su lista de necesidades.

—No lo dudo. Precisamente por eso, yo saldré justo en la nave siguiente. Den asintió. Era lo que había supuesto.

—¿Entonces Barriss te ha encargado la misión?

—Sí. Llevo información muy secreta y un frasquito que tengo que entregar —I-Cinco extendió la mano—. He venido para despedirme.

Den no cogió la mano del androide.

—No es necesario. Me voy contigo.

Otro repentino cambio en la luminosidad de los fotorreceptores, esta vez indicando sorpresa.

—¿De veras? ¿Ya qué debo ese honor?

—Al hecho de que muy pronto este lugar será arrasado por separatistas, androides, mercenarios y cualquier cosa que tengan lo bastante lista como para moverse y disparar al mismo tiempo —Den le explicó brevemente el tema de la mutación de la bota, y cuál sería el probable resultado cuando aquello saliera a la luz pública.

—La mutación no me sorprende —dijo I-Cinco—. Todo este planeta es un gigantesco experimento transgénico. Teniendo en cuenta toda la polinización cruzada de las esporas

y el potencial del ADN nativo, lo único que me sorprende es que haya permanecido estable tanto tiempo.

—Bueno, «estabilidad» es una palabra que no se va a emplear mucho al menos a corto plazo. Por eso regreso a Coruscant —Den se encogió de hombros—. Se me ocurrió que podíamos viajar juntos.

—No tengo nada que objetar. Aunque dudo que los otros androides me dirijan la palabra si viajo con un orgánico.

—Más te valdría cortar un poco esa parte tan melindrosa que tienes en tu programación. Si no, alguien lo hará por ti… con un vibrocuchillo. A la gente no le gustan los androides de lengua afilada.

—Como te podrás imaginar, no eres ni de lejos el primero en decirme algo así. Sin embargo, a mí gusta porque eso le da un poco de sabor a una existencia que de otro modo sería bastante anodina. Y puedo cuidarme solo, gracias.

Den miró su crono.

—Faltan unas nueve horas para que salga el transporte. ¿Tienes algún plan para ese tiempo?

—A mí me parecería adecuado pasarlo en la sala de operaciones, ayudando a Jos y a los demás. Después de todo, ésa era mi misión principal.

—Yo tengo otro lugar en mente. Pero aunque vamos a pasarnos estas horas en sitios separados, lo cierto es que ambos tienen al menos una cosa en común —dijo Den con una sonrisa.

—El alcohol —el androide se quedó callado un momento—. ¿Vas a contarle a alguien lo de la mutación de la bota?

Den miró a I-Cinco, sin duda era agudo como un sable láser.

—Oficialmente, no. Y aunque me dedicara a contárselo al personal de la base no conseguiría nada bueno, porque no están en posición de hacer nada más que preocuparse.

—Percibo que hay algo que estás omitiendo.

—Sí, bueno, algunos de los jugadores de cartas y yo nos hemos hecho amigos, y lo cierto es que no me gustaría que esto les pillara desprevenidos.

—Pero si tú mismo has dicho que no podrían hacer nada, ¿por qué decírselo?

Den se encogió de hombros.

—¿Tú no querrías saberlo?

—Claro que sí. Cuanta más información tenga uno, mejor equipado estará.

—Pues eso —Den se acercó a la puerta—. Vaya tomarme una copa o seis, y les contaré a mis amigos las noticias. Te veo en el hangar.

35

Barriss intentó volver a llamar. Fuera lo que fuera lo que había bloqueado sus intentos de establecer una conexión con el Templo Jedi había sido constante durante días, y no quería hacerse demasiadas ilusiones. Recordaba algo que Jos le había dicho una noche mientras jugaban al sabacc, citando un consejo que había leído una vez en un restaurante: «Minimiza las expectativas para evitar las decepciones». Eso sí que es una filosofía realista, pensó.

Luego, quizá porque no se lo esperaba, su intercomunicador se encendió. El holoproyector se iluminó a una escala uno-seis, y Barriss se encontró a sí misma delante de una imagen de la Maestra Luminara Unduli. Sintió una gran alegría ante aquella visión.

—¡Maestra!

—¿Quién si no? ¿Acaso no me has llamado?

Barriss sonrió, anticipando el momento de compartir aquel gran secreto terrible. Era increíble cómo las cargas mentales y espirituales podían aligerarse al dividirlas, al igual que las cargas físicas.

—Sí —de repente, Barriss se sintió como si su mente estuviera demasiado llena y desorganizada como para hablar. Vaciló. Tenía que conseguirlo, tenía que exponer todo aquello adecuadamente. Aquel secreto tenía el potencial para afectar a toda la galaxia después de todo…

Antes de poder hablar, Luminara dijo:

—Barriss, ¿qué pasa? ¿Estás bien?

—Lo siento. Estoy intentando averiguar por dónde empezar. Están, eh, están pasando muchas cosas.

—Pues escoge un punto de partida. —¿Había cierta aspereza en la voz de su Maestra, o quizá era un fallo en la transmisión? Esperaba que fuera lo último—. Desde ahí podrás avanzar o retroceder —prosiguió la Maestra Unduli.

Barriss respiró hondo.

—Muy bien. He descubierto algo asombroso sobre la bota…

Habló rápidamente a su Maestra de sus experiencias, le contó la historia, intentando mantener la coherencia e intentando también comunicar no sólo lo que había pasado, sino también cómo se había sentido, la sensación de conexión total con la Fuerza, la maravilla que había sido.

La Maestra Unduli escuchó sin interrumpir. De vez en cuando asentía para animarla, pero permaneció en silencio, sin atosigar a Barriss cuando necesitaba poner en orden sus pensamientos.

—… y eso es un poco lo que hay —terminó Barriss—. Bueno, eso y que aquí hay un androide llamado I-Cinco que aparecerá por allí pronto con un mensaje codificado que recoge lo que acabo de decir. Me preocupaba que pasara algo que me impidiera contar

esto, no he podido contactar contigo por el intercomunicador y, de todas formas, I-Cinco necesitaba una razón para viajar a Coruscant, así que decidimos unir fuerzas. Es un androide de lo más peculiar y tiene una conexión con el Templo… En una ocasión perteneció al padre de uno de nuestros padawan. Quizá pueda resultamos útil —se dio cuenta de que estaba hablando por hablar y se calló.

La Maestra Unduli se quedó en silencio un momento. Luego dijo:

—¿Estás segura de que lo que experimentaste no fue una especie de… ilusión?

—No fue ninguna ilusión, Maestra —dijo Barriss—. Fue una unión con la Fuerza más potente de lo que hubiera imaginado posible. Fue real. De eso estoy tan segura como de que estoy hablando contigo ahora mismo.

Incluso más, quiso añadir, pero no lo hizo.

Su Maestra asintió.

—Es algo realmente extraordinario —tras un momento añadió—. El Maestro Yoda y otros miembros del Consejo han comentado recientemente que percibieron no una perturbación, sino más bien un surgimiento, en la Fuerza hace poco. Quizás ésta sea la explicación.

Barriss esperó un instante, pero la mujer mantuvo un silencio preocupado.

—Presiento un gran peligro para estas personas, Maestra. Como ya te he dicho, el «accidente» a bordo de la MedStar no fue tal. Y el responsable atacará de nuevo, y también presiento, bueno, sé, que podría prevenirlo si utilizo esta nueva conexión. No me cabe ni la menor duda al respecto. El poder es abrumador. Incluso ahora siento sus ecos reverberando en mi interior.

—Entonces ¿por qué no lo has utilizado todavía? —preguntó la Maestra Unduli.

—Porque no estoy cualificada. No tengo ni la experiencia ni la sabiduría para tomar ese tipo de decisiones o emprender una acción así —Barriss abrió las manos—. Maestra, ¿qué debo hacer?

El pequeño holograma de su Maestra permaneció en silencio un momento. Su expresión, dado el tamaño y la resolución de la imagen, era difícil de interpretar. Entonces habló.

—Esa pregunta no tiene fácil respuesta, Barriss. Tú estás allí y yo aquí, y no puedo conocer la situación como tú. Pero, teniendo eso en cuenta, creo que deberías… —El holograma se apagó un momento, parpadeó y las líneas de escáner empezaron a recorrerlo de arriba abajo en una onda constante. La voz de la Maestra Unduli titubeó, interrumpiéndose por momentos—… intentar… saber… conocer la verdad, porque… —entonces la imagen se desvaneció y la voz se detuvo.

¡No!, quiso gritar Barriss. ¡Vuelve!

Pulsó los controles de la unidad con movimientos casi frenéticos, pero no sirvió de nada. La conexión se había cortado. Se había ido.

Se había ido.

Barriss se pasó distraídamente los dedos por el pelo. El peso de la responsabilidad que creía haberse quitado de encima, o que pensaba haber dividido al menos, volvió a posarse sobre ella con más fuerza que antes.

¿Qué podía hacer? ¿Alguna vez un padawan había tenido que resolver un problema tan espinoso como aquél?

Sólo quedaba un punto luminoso, y tampoco lo era tanto. Al menos los Jedi ya estaban al corriente de lo que pasaba con la bota. Pasara lo que pasara en Drongar, podrían pensar y tomar una decisión respaldados por los más sabios y expertos miembros del Consejo Jedi. Pero eso no facilitaba en absoluto su decisión personal, aunque era algo.

Y, se recordó a sí misma, I-Cinco acabará llevando la historia completa y el bote lleno de extracto. Desde luego, yo hice todo lo que podía hacer respecto a mi obligación de informar al Consejo. Ya no depende de mí.

Pero ella seguía sintiendo el mismo peso. Antes era como un tronco de árbol, pero ahora era como una losa de piedra.

Se preguntó cuánto tiempo podría aguantarlo.

36

Kaird sintió una profunda sensación de alivio al dejar atrás el último grupo de naves vigía. Era un profesional, y enfrentarse a la muerte era parte de su vida. No le daba miedo volver al Huevo. Tarde o temprano, todos debemos hacer ese viaje, y él había pospuesto ese trayecto bastantes más veces que la mayoría. Aun así, estar en el espacio exterior a punto de dar el salto a la hipervelocidad significaba que había vuelto a sobrevivir, y era permisible sentir cierto orgullo por ello.

Regresaba a Coruscant, portando una valiosa carga para los suyos.

También tenía una gratificante sensación por haberlo conseguido. Había conseguido sacar partido a una mala situación, había conseguido rescatar algo de lo que inicialmente iba a ser un completo desastre. Sí, tal y como decía el dicho, no había carroña tan mala que no ofreciera algo al carroñero.

Con la nave en piloto automático, Kaird se aseó, se comió unas gachas de bool sintetizadas y realizó una corta serie de ejercicios marciales. Sintiéndose menos agarrotado tras calentar los músculos y abrir los pulmones, regresó al compartimento de entrada en el que había dejado el falso bulto con la valiosa carga. Prefería ponerlo donde pudiera verlo, aunque estaba solo en la nave. Cuanto menos dejara al azar, menos cosas podrían salir mal.

El baúl estaba donde lo había dejado. Era pesado, aunque no tanto como para no poder levantarlo y portarlo, pero sí lo bastante como para querer ponerle unas ruedas. Kaird lo arrastró hasta la cabina de control.

La nave tenía una serie de puertas de presión en el pasillo. En caso de rotura del casco, esas puertas se sellaban rápida y automáticamente para mantener separados los distintos compartimentos. Tenían el umbral ligeramente elevado para que el sellado tuviera un mayor efecto. La elevación era de un par de centímetros, pero tenía que recordar levantar los pies para no tropezar cuando el campo de gravedad-A estaba activado. Kaird hacía todo aquello de forma casi inconsciente después de años viajando por el espacio. Los fabricantes de equipaje eran conscientes de esos obstáculos en los umbrales, y, por tanto, las ruedas estándar de las maletas estaban hechas de un material flexible que pasaba fácilmente por encima.

Pero no las ruedas de aquel baúl trucado. Kaird no sabía dónde habían encontrado esas ruedas sus antiguos socios, pero lo cierto es que estaban hechas de algo más duro, porque cuando llegó al primer umbral, el maletín chocó y una de las ruedas se rompió.

Kaird negó con la cabeza. Tendría que llevarlo a pulso, después de todo. Alzó el maletín, y tanto la rueda como su eje se salieron, llevándose un trozo de carbonita del tamaño de un puño que, cayó al suelo con un ruido metálico.

Algo metálico relució desde el borde de la maleta rota.

Kaird lo observó. Un repentino estallido hormonal recorrió su sistema, haciendo que las plumillas se le pusieran de punta, abultándose para que pareciera mayor que cualquier

depredador que pudiera considerarle una presa. El hecho de que no hubiera nada remotamente parecido a un depredador en los varios miles de kilómetros cúbicos de espacio vacío que había a su alrededor no le hizo tener menos miedo instintivo.

No tenía que haber nada metálico en la carbonita.

La bota era frágil. Incluso cuando se comprimía en bloques podía pudrirse, y ésa era la razón por la que el contrabando se transportaba en carbonita: el proceso de congelación del carbón suspendía casi todas las acciones orgánicas moleculares. La bota no se estabilizaba realmente hasta que un proceso adicional la convertía en una sustancia en forma de tableta. En el formato de ladrillo que solía emplearse para el transporte, cualquier cosa incluida en el paquete podría causar reacciones químicas no deseadas. En esta fase se tomaban grandes precauciones para asegurarse de que el producto se embalaba lo más puro posible, y él había insistido en que se pusiera todo el cuidado por parte de los contrabandistas.

Entonces, ¿por qué estaba viendo algo metálico dentro del bloque de carbonita?

Sus plumones comenzaron a suavizarse mientras respiraba varias veces para calmarse, asegurándose de que sus exhalaciones eran un segundo o dos más largas que las inhalaciones, para expulsar todo el dióxido de carbono de su sistema. Funcionaba: sintió que su pulso recobraba la normalidad mientras su nivel de ansiedad descendía.

Consideró las posibilidades. Primera posibilidad: había algo dentro de la carbonita con la bota.

Segunda: había algo dentro de la carbonita en lugar de la bota…

La nave de asalto contaba con una unidad médica que incluía un diagnosticador. Kaird alzó con cuidado el maletín en ambos brazos y se dirigió al automed. En el transcurso de su carrera había tenido que utilizar esos dispositivos en alguna ocasión para atender heridas, ya fueran suyas o de sus camaradas. No era un experto, pero aquellas máquinas se diseñaban para poder utilizarse con una formación médica mínima, y venían equipadas con sencillas instrucciones.

Aquel modelo tenía un resonador de imagen.

Kaird colocó cuidadosamente el bulto sobre la mesa del diagnosticador, Consultó las instrucciones del dispositivo en el ordenador y encontró los controles, que accionó debidamente.

Un escudo de radiación de transpariacero con forma de aro casi traslúcido bajó hacia la maleta. Se oyó un potente zumbido. El dispositivo médico apenas tardó un momento en emitir una imagen de lo que había dentro, y lo que el escáner mostró no eran bloques de bota comprimida.

Lo que mostró era una bomba.

Kaird estudió la imagen que flotaba en el aire sobre el ordenador con su ojo experto. Vio cuatro detonadores térmicos enlazados en serie con un temporizador. Más que suficientes para vaporizar la carbonita y todo lo que hubiera entre el casco de la nave y ella. Quizás incluso con potencia suficiente para hacer saltar por los aires el transporte entero. Lo que apareció cuando la carbonita se resquebrajó era la esquina de uno de los

detonadores. Y dado que la carbonita no influía en el desarrollo de los procesos electrónicos o mecánicos, no había razón para pensar que no fuera a estallar de acuerdo a lo planeado.

Thula y Squa Tront le habían traicionado. Se habían quedado con la bota y en su lugar le habían dado una sentencia de muerte. ¡Y él les había pagado bien por ello!

La suerte era algo curioso. Él había optado por llevar la maleta a pulso en lugar de rodando. Si no hubiera sido por aquella rueda de mala calidad, si aquella escotilla no la hubiera roto, entonces la bomba habría estado sentadita junto a él en la cabina de control en el momento de estallar.

Había sido una jugada arriesgada. Si hubiera funcionado, la pareja se habría hecho de oro y nadie se hubiera enterado de nada.

¡Y quizá funcione después de todo, si te quedas ahí parado como un polluelo asustado…!

Kaird alzó la maleta y se dirigió rápidamente al compartimento más cercano. No sabía cuándo saltaría el temporizador. Sintió cómo comenzaba a sudar mientras volvía a poner el bulto en el compartimento, regresaba al otro lado de la escotilla, apagaba el campo de gravedad-A y pulsaba el botón de ciclo.

Los vientos volvían a soplar a favor de Kaird. La corriente de aire de la cabina despresurizada se llevó la bomba fuera de la nave, hacia el vacío. Él regresó a la cabina, y en unos segundos ya había acelerado lo bastante como para dejar atrás la maleta. Quizá tardara horas o incluso días en estallar…

La llamarada insonora se reflejó en sus retrovisores menos de dos minutos después de haber lanzado la bomba. La lectura mostró un impacto de medio kilotón. La bomba le habría convertido a él y a la nave en una nube de plasma incandescente.

Kaird se apoyó en el asiento. Había cometido un error, un error muy serio que podía haberle costado la vida. Había caído en un exceso de confianza. Había dado por hecho que Thula y Squa Tront eran lo suficientemente listos como para darse cuenta de la tontería que sería engañarle. Que iría a por ellos y que se lo haría pagar con sangre, por mucho que tardara, por muy lejos que huyeran. Sol Negro tenía ojos y oídos en todas partes y, más tarde o más temprano, él los encontraría.

Con lo que no había contado era con que la pareja tuviera la sangre fría de intentar asesinar a un asesino. Eran delincuentes de baja estofa, sin historial de violencia. No había sabido lo que tenían en su interior, yeso había sido un error fatal. Siempre era mejor sobrevalorar el potencial de un enemigo que subestimarlo. Si uno se preparaba para lo peor, siempre le resultaba más fácil controlarlo.

Lo que se le atragantaba en el buche era que casi habían hecho bien al subestimarlo. Había tenido suerte y, como todo el mundo sabe, había ocasiones en las que la suerte era mejor que el talento. Y él lo aceptaba.

La pérdida de la bota no era un error terrible en sí, ya que su vigo jamás sabría que aquello habría estado sobre la mesa. Kaird podía darle la vuelta a todo para que la historia no le dejara demasiado mal. Sí, él había descubierto que la planta había mutado, pero, por

desgracia, cuando lo averiguó, el ejército se había hecho con todo y no hubo manera de recolectar nada. Los vigas quedarían defraudados, pero era parte del negocio, y lo cierto es que Kaird era una herramienta demasiado valiosa como para castigarlo por una desgracia que no había provocado. Siempre habría alguna otra forma de sacar dinero.

Nadie sabría que había errado, excepto el propio Kaird y otros dos.

Lo cual significaba, pensó lúgubremente, que seguía siendo esclavo de Sol Negro. La posibilidad de que su amo, enriquecido y agradecido, le diera permiso para retirarse ya no estaba sobre la mesa, y uno no podía coger y marcharse cuando tenía un trabajo como el de Kaird.

No había nada que hacer.

Kaird apretó un puño, parecía como si estuviera aplastando el destino de aquellas dos comadrejas. Esperaba que Thula y Squa Tront disfrutaran de sus vidas al máximo, durante el tiempo que les quedara. Ese tiempo no sería en absoluto tanto como ellos pensaban, y su final sería de lo más desagradable.

De lo más desagradable.

Kaird introdujo las coordenadas en el ordenador de navegación y activó el hipermotor. La nave se estremeció cuando el campo de gravedad parpadeó, el firmamento dibujado en el visor frontal se convirtió en un montón de líneas luminosas, los motores rugieron y se alejó.

37

El coronel D'Arc Vaetes, como líder del Uquemer-7, era el oficial militar de mayor rango que tenía a mano. Barriss fue a verlo durante un receso temporal en las operaciones. Hacía un día o dos que las cosas estaban sorprendentemente tranquilas. Se preguntó si no sería la calma previa a la tormenta.

Como padawan, podía haber pedido y probablemente habría conseguido una audiencia con el nuevo almirante de la MedStar, pero había un protocolo asentado en las relaciones con las Fuerzas Armadas, y Barriss había visto cómo funcionaba tantas veces que sabía que era mejor intentarlo antes con la cadena de mando. El ejército de la República era muchas cosas, pero «flexible» no ·era la primera palabra que se le venía a la mente a la hora de tratar con él. Estaba la forma correcta, la incorrecta y la militar…

—¿Qué puedo hacer por usted, padawan Offee?

—La base está en peligro, coronel —dijo ella.

El coronel sonrió.

—¿De veras? ¿Un Uquemer que se encuentra en un frente activo de guerra está en peligro? Quién lo hubiera dicho…

—No, señor. Quiero decir, está en más peligro de lo normal… Sea lo que sea «normal».

Vaetes era un cirujano de primera clase, un oficial de 'carrera y de todo menos tonto. Su sonrisa se desvaneció, y se giró para centrar en ella toda su atención.

—Explíquese, por favor.

—Creo que la persona responsable de la explosión del trasbordador de bota hace algún tiempo es la misma que estuvo detrás del ataque en la MedStar, y que esta persona está a punto de convertirse en vital en una acción que pondrá en peligro la vida de los miembros del Uquemer. Y no sólo de éste.

—La investigación del trasbordador se cerró hace tiempo —dijo Vaetes—. Se determinó que Filba El hutt era espía, además del responsable del sabotaje. Ésa fue la conclusión del coronel Doil, el oficial al cargo de la investigación.

—Yo no lo creo. O al menos, no es la historia completa.

—De acuerdo. Entonces, ¿quién es el responsable? ¿Y qué va a hacer que nos pondrá tan en peligro?

Barriss suspiró.

—Todavía no sé exactamente de quién se trata. Ni lo que ocurrirá. Vaetes la miró.

—Entonces ¿por qué sabe lo que sabe? ¿Por intuición?

—Lo supe gracias a la Fuerza. Es difícil de explicar a alguien que no la ha sentido, pero es mucho más que una intuición.

No podía contarle que su conexión con la Fuerza había sido aumentada con el consumo de drogas, y además con una droga a la que se suponía que no tenía acceso. Cualquier credibilidad que pudiera tener se evaporaría rápidamente si iba por ese camino.

Vaetes era un hombre del ejército, extremadamente pragmático, además de cirujano. Por su experiencia con la mayoría de los cirujanos sabía que, para ellos, si un problema no podía extirparse con un escalpelo, no existía.

—Padawan Offee, sé que la Fuerza es una gran parte de su organización… es el método operativo, pero… —dijo Vaetes, encogiéndose de hombros—. ¿Qué vaya decir al almirante para justificar cualquier acción? Y, dada la falta de información específica, aunque accediera a concederle su confianza en esto, ¿qué se supone que tendríamos que hacer?

Barriss sintió que le inundaba una sensación de frustración. ¿Qué podía decir? Él tenía razón. Y si no podía convencer a Vaetes, un hombre que la conocía y al que ella sabía que caía bien, ¿qué posibilidades tenía de convencer a alguien que no la conocía para nada? Todo aquello era demasiado vago.

—Coronel, ¿sería posible que contactara usted con Coruscant? Mi intercomunicador no puede realizar llamadas adecuadamente. ' Él negó con la cabeza.

—Se supone que esto es secreto militar, padawan Offee, pero por el momento nosotros tampoco podemos llamar a casa. Es por algún tipo de fallo subetérico que afecta a las comunicaciones de largo alcance. Nuestros técnicos de comunicación no acaban de encontrarlo.

Barriss asintió. Ella albergaba la esperanza de que si el ejército podía hablar con el Consejo Jedi, quizás éste podría avalarla, al menos para poder justificar la alarma. Pero, al parecer, eso no iba a ocurrir.

—Escuche —dijo él—. Vaya decirle lo que vamos a hacer… Vaya hablar con el comandante de la unidad de tropa de este Uquemer, le diré que algún paciente enemigo me dijo antes de morir que iba a pasar algo y que refuerce los controles. Me temo que no puedo hacer otra cosa a menos que nos dé algo más sólido que podamos verificar.

Algo era mejor que nada.

—Gracias, señor.

Al salir del despacho, Barriss vio a Jos Vondar alejándose de la pista de aterrizaje. Estaba nublado, probablemente iba a llover de nuevo, pero el aura de Jos estaba más luminosa y su energía más alta de lo que ella había percibido en mucho tiempo. Al menos estaba más luminosa que la suya en aquel momento.

Se apresuró a alcanzarlo.

—Jos, ¿qué tal estás?

Él sonrió.

—Mejor de lo que he estado últimamente, creo. O al menos eso espero.

Lo averiguaré pronto.

—Me alegra oírlo.

Él la miró.

—¿Qué te preocupa?

A ella le sorprendió la pregunta.

—¿Por qué crees que hay algo que me preocupa?

—Se ve. Tu lenguaje corporal, la expresión de tu cara, tu comportamiento en general, todo me dice que estás angustiada por algo. ¿Qué pasa?

No pasaría nada malo por decírselo, y él ya sabía que ella tenía acceso a la bota. Quizá el hecho de tener otra mente trabajando en el problema la ayudase. En ese momento le vendría bien cualquier ayuda que pudiera encontrar.

Le fue explicando mientras andaban, contándole lo de su experiencia con la Fuerza, la bota y su certeza sobre el peligro inminente. Casi sin darse cuenta, cuando hubo terminado estaban delante de la tienda de Jos.

—Y eso es lo que hay —dijo ella.

—Por todos los banthas —dijo él—. Es increíble.

—Sí, me siento como la adivina mitológica Daranas, de Alderaan. Puedo ver el futuro, pero nadie cree en mis advertencias.

Jos dijo:

—Bueno, se lo has contado a Vaetes, y él va a transmitírselo a las tropas de tierra. Y, de haber algún peligro, probablemente vendrá por ahí. Al menos tendrán ventaja.

Ella asintió.

—¿Y de verdad crees que la bota aumenta y concentra la conexión con la Fuerza?

—Totalmente —dijo ella—. Y sé que otorga un gran poder. Creo que con esa conexión podría detener el peligro de alguna manera. Quizás incluso detener por completo la guerra en este planeta.

Él no dijo nada, pero ella pudo sentir a través de la Fuerza que no acababa de creerla.

—Crees que es alguna clase de alucinación, ¿verdad?

—Yo no he dicho eso.

—Pero lo piensas.

Él se frotó la cara.

—Barriss, eres médico. Sabes que la medicina ejerce diferentes efectos en cada uno. Dar a un devaroniano dos centímetros cúbicos de nitrato pletílico le curaría una neumonía y abriría sus pulmones congestionados sin casi ningún efecto secundario, pero si le das esa misma dosis a un humano le subirás la presión arterial a un nivel de síncope. Y si se la das a un bothano…

—Estará muerto antes de tocar el suelo —terminó ella—. ¿Qué quieres decir con eso?

—La bota es la droga milagrosa de nuestra era. A cada paso que damos nos maravillamos ante el nuevo efecto que ejerce en alguna especie en la que no se había probado antes. Y quizá sí te conecte con la Fuerza de alguna forma misteriosa y potente. O quizá te lo imaginaste. Un científico tendría que llevar a cabo una serie de pruebas objetivas para comprobar si existe esa forma de conexión. Ambos hemos trabajado con pacientes con delirios psicodélicos. Ellos también creen en lo que ven, oyen y sienten.

Ella asintió.

—Sí, pero la Fuerza no es algo que pueda colocarse sobre la mesa del laboratorio para diseccionarla. Y yo sé que lo que experimenté era real. —Pero eres la única.

—La Maestra Unduli me dijo que varios miembros del Consejo sintieron las ondas.

—Odio ser el abogado del Sith, pero, si entiendo bien lo que me estás contando, no hay forma de demostrar que lo que sintieron fue un eco de tu experiencia. Es todo demasiado subjetivo. Aun así, supongamos, por continuar con el argumento, que todo es cierto. ¿Qué riesgos conlleva que tengas tanto poder? ¿Qué podrías provocar involuntariamente?

Barriss asintió. Sí. Había dado con el corazón del problema. ¿Quién era ella para blandir un arma que podía ser como un sable láser de tamaño planetario? ¿Qué podría hacer por accidente? No había forma de adivinarlo. Hasta el más sabio de los Maestros Jedi tendría que asumir semejante poder con suma precaución y una vida entera de experiencia. Y ella era apenas una padawan, carente de talento o de sabiduría.

Por tanto, la decisión era tomar la antorcha que le ofrecía la Fuerza y emplearla para alejar a los gatos salvajes de su puerta, corriendo el riesgo de quemar la casa al hacerlo.

De una forma o de otra, pronto tendría que tomar una decisión. Porque de una cosa estaba segura: se estaba quedando sin tiempo.

38

Jos estaba en medio de una extracción de metralla a un soldado. En aquel caso, tendría que recolocar las vísceras. Las unidades de refrigeración del edificio no funcionaban, el aire estaba saturado y la necesidad de hundirse hasta los codos en los pestilentes intestinos del soldado no ayudaba en absoluto. Mientras luchaba por sacar otro pedazo de duracero del abdomen tendido ante él, Jos pensó que aquello era cirugía mimn'yet por llamarlo alguna cosa. O incluso algo peor.

Aun así, Jos sonreía mientras realizaba su grotesca tarea. Su corazón parecía tener su propia unidad antigravitatoria. Amenazaba con explotarle en el pecho y salir volando hacia las bandas de hollín y óxido que teñían el cielo. Se sintió como si pudiera con cualquier caso, cura o herida, por grave que fuera. La razón para estar tan contento era sencilla:

Tolk y él habían vuelto.

El tío Erel había sido fiel a su palabra. Había arreglado lo que había roto, que, en aquel caso, era el corazón de Jos.

Podía sentir la presencia de ella a su lado, atenta y dispuesta a echarle una mano cuando necesitara un instrumento quirúrgico. No habían tenido ocasión de hablar mucho antes de que llegaran las aeroambulancias que les habían obligado a acudir a la SO. Sólo una disculpa susurrada, un beso rápido y a desinfectarse y vestirse.

Eso había sido todo. Pero había sido más que suficiente.

Terminó la operación. El soldado fue estabilizado y se lo llevaron en una camilla para hacer sitio al siguiente, cuyo pecho estaba lleno de sangre seca.

—¿Sabéis qué? —dijo Jos a toda la sala en general—. Creo que esta galaxia sería un sitio mucho más agradable en el que vivir si tan sólo dejáramos de matarnos los unos a los otros. ¿Quién está conmigo?

Se oyeron unas risillas y un par de hurras ahogados como respuesta.

—Eres un visionario —le dijo I-Cinco.

—Cuéntaselo a Palpatine, a ver qué te dice —le sugirió Uli.

Sí, era un humor macabro, pero al menos era humor. Al menos hubo otras sonrisas en la SO, aunque sólo fuera por un momento.

Jos y Tolk se sonrieron a través de las máscaras. Jos se sintió invencible e invulnerable. Volvía a estar con la mujer que amaba. Era lo único que necesitaba… sabía que en aquel momento podría con cualquier cosa a la que tuviera que enfrentarse.

De repente, algo golpeó la cúpula de fuerza y explotó.

~

En el exterior, la lluvia se había detenido, y Barriss avanzaba entre los charcos desde la SO a su lugar de entrenamiento. Se había permitido sentir el miedo, preocuparse, y sabía que sólo una mente tranquila podía permitirle recuperar el equilibrio mental.

Bailó, sable láser en mano. Apartó todo de sus pensamientos, se cerró a todo y se centró completamente en sus movimientos. Confía en la Fuerza.

Al cabo de unos minutos estaba sudando, pero sólo hacer algo que no había podido hacer últimamente… No lo pensaba, sólo lo hacía.

Su espíritu se calmó. La Fuerza estaba ahí. No el poder ilimitado que había sentido, sino aquel reconfortante faro en la oscuridad, la presencia que había estado con ella desde que era niña. Una vieja amiga que le tendía la mano, ofreciéndole lo que necesitaba desesperadamente:

Paz.

Y con esa paz llegó la claridad. No estaba forjada en duracero, ni fue anunciada por estridentes trompetas, como ocurrió cuando se vio arrastrada por la tumultuosa corriente de la Fuerza, sino que era una confianza tranquila: iba a poder con aquello. Y podría hacer todo lo que necesitara hacer.

Barriss apagó el sable láser y se lo colgó del cinturón.

Aquella gente estaba ahora bajo su responsabilidad. Ella tenía las herramientas para protegerles, incluso sin contar con la bota. Era Jedi. Quizá sólo fuera una padawan, pero seguía teniendo habilidades que casi nadie tenía.

Había un espía en el campamento, de eso estaba segura. ¿Quién era? Si conseguía sorprenderlo, probablemente averiguaría cuál era el peligro que se avecinaba.

Ya llevaba en Drongar un tiempo, y su uso de la Fuerza se había desarrollado lo suficiente como para poder eliminar a algunos sujetos como sospechosos. Era curandera, y eso le proporcionaba una conexión con los demás que no tenían ni Jedi mayores que ella, que no eran curanderos. Había tenido una estrecha relación con muchos miembros del personal médico, y sus esencias, pensamientos y sentimientos eran visibles para alguien con su formación.

Había demasiadas personas en aquel Uquemer como para poder hablar personalmente con todas y emplear la Fuerza para intentar leer en su interior. Pero ella podía eliminar a algunos usando el sentido común: el espía, fuera quien fuese, no era un soldado, difícilmente sería un androide, y debía de ser alguien en posición de acceder a información valiosa. Alguien con autoridad.

Y allí, en el Uquemer-7, eso significaba que probablemente ella lo conocería.

Barriss se encaminó a su tienda. No sabía quién era el espía, pero igual podía averiguarlo por eliminación.

En primer lugar, tendría que ser alguien que hubiera estado ya en su puesto antes de llegar al planeta, porque las acciones sospechosas ya habían dado comienzo. Era obvio que la explosión del transporte de bota debió prepararse durante un tiempo.

Eso eliminaba automáticamente a Uli, ya que llegó poco tiempo antes. ¿Jos? No. Le conocía desde hacía el tiempo suficiente como para saber que no era un asesino.

Zan estaba muerto, y su corazón era demasiado puro en cualquier caso. ¿El coronel Vaetes? Estaba en posición de acceder a información vital más que cualquier otro, pero… no. No tenía protección contra la telepatía y ella no había percibido mucha maldad en él.

¿Y eso qué le dejaba? ¿A Den Dhur? El periodista parecía un cínico, pero obviamente no tanto. Y tampoco lo consideraba tan malvado como para matar a alguien…

Por tanto, de toda la gente que conocía Barriss, ¿quién podía estar en posición de acceder a información útil? ¿Quién sería capaz de asesinar a gente con la que había trabajado?

Ninguno de los que había tocado a través de la Fuerza era capaz de algo así. Eran médicos, enfermeras, técnicos… Todos dedicados a salvar vidas. Ella sabía que aquello era un imperativo dentro de todos ellos, y la Fuerza no mentía.

Un momento. Era cierto que la Fuerza no mentía, pero tampoco solía revelarlo todo. Había dos personas a las que conocía, pero no podía ir más allá de la superficie con ellos: Tolk la Trene, la lorrdiana que podía interpretar un gesto como si fuera un libro para niños, pero que protegía celosamente sus pensamientos y emociones. Y Klo Merit, el mentalista equani que también tenía, por defecto profesional, un escudo mental que protegía sus pensamientos y sentimientos, ocultándolos tras una sonrisa:

Tolk era teniente, enfermera, pero tampoco le resultaba imposible acceder a información secreta, sobre todo teniendo en cuenta sus habilidades leyendo expresiones. Merit, como mentalista, también estaba capacitado para ello.

Pero ¿cómo iba a ser uno de ellos dos? Tolk y Jos estaban enamorados.

Barriss podía verlo en cada uno de sus movimientos, y en las miradas que se dedicaban. ¿Podía alguien que estuviera enamorado de alguien ser capaz de matar al por mayor?

Sí, por supuesto, si se tenía en cuenta la historia. Se podía amar a una hermana y al mismo tiempo matar a un hermano. Ocurría constantemente.

Aun así, Barriss no quería creer eso de Tolk. Si fuera espía, eso significaría que habría todavía más muerte en su conciencia, porque la revelación de su traición mataría a Jos. Si no inmediatamente, sí en última instancia. Jamás se recuperaría de una herida así.

¿Y Merit? ¿El mentalista que sanaba las lesiones psíquicas, que calmaba la angustia y el dolor psicológico día sí, día también? ¿Cómo podía ser él?

Ambos candidatos le parecían imposibles. Y, aun así, Barriss pensó con toda la calma y tranquilidad que podía, y cada vez le parecía más probable, que fuera uno de los dos.

De repente recordó otro hecho: tanto Tolk como Merit habían estado en la MedStar cuando ocurrió la explosión. Tolk había vuelto cambiada. Se había apartado de Jos. Eso parecía haberse arreglado ya, pero ¿qué significaba? ¿Realmente había sufrido Tolk con aquel desastre? ¿O le retorcía la culpabilidad?

Merit no se pronunció con respecto al sabotaje, de eso estaba segura, al menos no en las partidas de sabacc. Por lo que ella sabía, el gran equani había mantenido la misma preocupación algo neutra y profesional por sus pacientes antes de su viaje a la MedStar que después. Pero ¿indicaba eso la sangre fría de un asesino profesional, o tan sólo la

capacidad de desconectar para evitar quemarse, algo que era una amenaza constante para un mentalista?

En aquel momento no contaba con pruebas que culparan a ninguno de los dos.

Habría grabaciones. Si alguien de aquel Uquemer había estado en la nave en órbita en el momento del sabotaje, tendría que incluirlo en la lista de sospechosos. Pero si no…

¿Tolk? ¿O Merit?

Cuanto más pensaba en ello, más le parecía que el agente secreto tenía que ser uno de los dos. Era la única opción que tenía sentido. Cualquier asesino con la mente abierta a ella habría sido como una lámpara negra entre todos aquellos médicos. No habría podido pasar desapercibido.

Ella sabía que existía un método rápido para saber la verdad. Dejó de ir hacia su tienda, se giró y se dirigió hacia la SO. Un método simple y directo. Solían ser los mejores…

Se vio un resplandor en el cielo, seguido casi instantáneamente por un gran estruendo. Barriss alzó la vista y vio la onda de calor de un proyectil explosivo colisionando con la cúpula de fuerza.

¡Estaban siendo atacados!

Corrió hacia la sala de operaciones.

~

Den salió de la cantina con la copa todavía en la mano y dejó el edificio justo cuando otro obús de mortero impactaba en la cúpula, llenando el aire de luces y ruidos abrumadores.

Puso una mueca de disgusto. Parecía que, después de todo, no iba a tener que contar a nadie lo de la mutación de la bota. Le parecía bastante obvio que el rumor se había hecho público.

Una pequeña unidad de soldados marchó a paso ligero por el perímetro interior de la cúpula, hacia la salida, junto a un par de pequeños vehículos que transportaban munición extra y blindaje. En el exterior de la cúpula habían comenzado a reunirse más unidades.

Den se puso en pie y dio pensativo un trago a su matabanthas.

—Parece que van a retrasar mi vuelo —murmuró.

~

En la SO, mientras se disipaban lentamente los ecos de la última explosión, Jos dijo:

—Me estoy cansando de esta historia —alzó la mirada al techo y gritó—: ¡Eh! Somos una unidad médica, no tenemos nada que valga la pena volar por los aires.

Hubo otra explosión, pero no pareció afectar mucho a la so. Se estremecieron unos pocos recipientes, y el bacta de los tanques se agitó.

—No creo que te hayan oído —dijo I-Cinco.

Vio a Tolk sonriendo a través de la máscara. Fue como la luz del sol. No deseaba que le pasara algo, pero si él moría en ese momento, moriría realmente feliz.

Alzó la mirada y vio la cara de Den Dhur al otro lado del cristal de la puerta de la SO. El pequeño reportero debía de estar de pie sobre una silla o algo.

Den alzó un vaso lleno de algo verde, le ofreció a Jos un brindis silencioso y bebió.

Jos le saludó con la cabeza y volvió a su trabajo. Ya casi había terminado con aquel paciente. Lo mejor era parchearle e intentar averiguar qué estaba pasando.

~

Barriss llegó a la SO. Vio a Den de pie en una mesa frente al ventanal y se acercó a él. No pasaría nada por comprobar lo que creía saber.

—Den, necesito que hagas algo por mí.

—Habla.

—Ábreme tu mente.

Él frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Por favor.

—Vale, pero si ves algo vergonzoso, es culpa tuya.

Ella le alcanzó con la Fuerza…

Aquélla era la persona que había arriesgado su vida por salvar el instrumento musical de Zan Yant, un acto desprendido de heroísmo que él no dejaba de negar. Barriss sintió que tenía una mente aguda, ágil y brillante. Había zonas oscuras también, arrepentimientos y pérdida, pero nada tan oscuro como el asesinato.

—Gracias —dijo ella.

Otra explosión retumbó sobre ellos. Den alzó la vista y luego miró a la padawan.

—Mortero de doscientos milímetros. Pueden lanzarlos hasta que se apague el sol… ni arañarán el escudo. Pero cuando empiecen con los lanzapartículas y los láseres de gigavatios, entonces sí que tendremos un problema. Y empezarán con ellos. Esto sólo es para llamar nuestra atención, para ablandarnos —se detuvo, terminó su bebida y tiró la copa a la pared. Estaba hecha de algo duro porque rebotó y no se rompió.

—¿Por qué dices eso? —preguntó ella—. ¿Sabes por qué está ocurriendo esto?

—Me hago una idea. No es que importe ya. La bota se está estropeando, está perdiendo sus efectos. Las nuevas plantas se están transformando en algo que ya no servirá como medicamento. Creo que los separatistas lo han averiguado y están aquí para recoger lo poco que quede.

—¿Cómo lo sabes?

—Mi trabajo consiste en saber cosas, Barriss. Iba a contárselo a todos antes de que I-Cinco y yo nos marcháramos, pero… —se encogió de hombros y miró hacia arriba—. Algún día me dirás de qué iba ese rollo de «Ábreme tu mente», ¿vale?

—Algún día —prometió ella. Si es que sobrevivimos. Entonces bajó por el pasillo hacia la sala de desinfección de la SO, se puso un traje quirúrgico, pero no se molestó en lavarse. No iba a acercarse tanto a los pacientes.

Se dirigió hacia Jos y Tolk.

—Barriss. ¿Qué pasa? —dijo Jos. Ella pudo percibir el cambio que había en su voz. Fueran cuales fuesen sus demonios, habían sido diezmados.

—Tengo que hablar un momento con Tolk.

Tolk alzó una ceja interrogante.

Barriss respiró hondo. Aquí existía un riesgo. Si Tolk era la espía, pedirle que bajara su defensa mental revelaría el hecho de que Barriss sospechaba de ella. Y quizá tuviera un arma, y si era la espía no tendría reparos en usarla. Barriss podía protegerse, podía coger en un abrir y cerrar de ojos el sable láser a través de una abertura en el costado, pero quizá pondría en peligro a los demás. Un disparo láser extraviado podía acabar dando a cualquiera.

Otro impacto de mortero dio en el escudo. Den tenía razón, la cúpula aguantaría, siempre que no se apagara, pero cuando menos destrozaba los nervios. Y no había forma de averiguar si el ataque iba a recrudecerse.

La confrontación era arriesgada, pero Barriss sintió que era de menor magnitud. Y sabía que debía asumirla; la vida no consistía en ir de puerto en puerto. Algunas veces había que navegar por aguas tormentosas y arriesgarse al naufragio. No había tiempo para esperar una ocasión más oportuna. ¿Quién sabía qué más planes malvados podía tener preparados el espía?

—¿Barriss?

—Tolk, necesito que bajes tus defensas mentales y te abras a mí. Es importante.

Tolk no lo dudó.

—Vale.

Con esa única palabra, Barriss supo que ya tenía la respuesta. El sondeo mental se limitó a confirmarlo. Lo que manaba de Tolk estaba inundado de amor por Jos Vondar y del respeto que sentía por sí misma y del orgullo que sentía por pertenecer a su profesión. No tenía nada que ver ni con espionaje ni con sabotaje.

Eso significaba que sólo quedaba una persona de la que podía sospecharse con cierta lógica.

—Gracias, Tolk.

—Y… ¿por qué hemos hecho esto?

Barriss la miró a ella y a Jos. Era obvio que tenían que saberlo. Sobre todo Jos.

Respiró hondo y se lo contó.

~

Klo Merit, también conocido como Columna y Lente, contempló por última vez su despacho. Las rondas de artillería que explotaban causando más o menos daños contra la cúpula de fuerza no suponían una amenaza, pero, una vez más, nadie se había molestado en informarle de cuándo comenzaría el ataque real, lo cual le irritaba profundamente. Era un recurso valioso para los separatistas… ¿Por qué se empeñaban en ponerle en peligro?

Bueno, ya se encargaría más tarde de tratar ese tema con ellos. De momento, tenía un conductor sobornado esperando. Saldría de allí a escondidas en un vehículo de suministro y se alejaría del Uquemer. Cuando estuviera lejos se desharía del conductor y activaría su transmisor codificado. Cualquier androide de batalla que se cruzara con él le reconocería como amigo, no enemigo, y podría atravesar el frente sin problemas. No era lo mismo que tener un desfile de honor a su llegada, pero eran los gajes del oficio de espía. Entrar sigilosamente, salir sigilosamente, y si uno hacía lo que tenía que hacer, nadie sabría quién eras realmente.

—Es hora de irse —dijo en voz alta. Había hecho lo que tenía que hacer, y aunque albergaba ciertos remordimientos, la situación estaba como estaba. Se dirigió hacia la puerta, la abrió…

Y se llevó una sorpresa. Jos Vondar estaba allí, de pie ante él, apuntándole con una pistola láser.

39

Las rondas de mortero empezaron a caer con más frecuencia, y el comentario de Den sobre los rayos de partículas y el armamento láser estaba demostrando ser cierto. Los destructivos rayos de consistente energía eran visibles en la distancia, al reflejarse la luz del sol en las partículas de polvo y las esporas del aire. Hasta el momento, ninguno había pasado cerca de la cúpula, pero esa suerte no duraría mucho. Mientras Barriss buscaba a Vaetes a toda prisa para contarle sus sospechas, su certeza, sobre la culpabilidad de Merit, notó que una tormenta se acercaba hacia ellos. Aquello les vendría bien: la lluvia interfería con la artillería táctica de rayos, absorbiendo o rechazando gran parte de su fuerza. A los androides de combate probablemente tampoco les gustara la cercanía de los rayos, pero mientras el cielo se oscurecía, los resplandores de los proyectiles parecían producirse cada vez con más frecuencia, mezclados con los rayos naturales.

La guerra se acercaba rápidamente en todos sus aspectos letales.

La sensación de fatalidad inminente era casi palpable. Ya era tarde para capturar al espía separatista y sacar algo bueno de ello, pensó Barriss. Podría responder por sus crímenes, siempre que sobreviviera alguien del ejército de la República, pero en ese momento, en pleno ataque, su mayor preocupación no era Merit. La supervivencia del campamento sí. A menos que ocurriera un milagro, los ataques combinados de mortero y artillería energética acabarían por reducirlos a todos a ceniza.

Tú puedes detenerlo.

Fue casi como una voz palpable en su cabeza. Llevaba una ampolla de bota en el bolsillo. Sólo tenía que sacarla, inyectársela en el brazo, y en unos segundos tendría la capacidad de darle la vuelta al conflicto, de eso no cabía duda. Lo sabía. No sabía exactamente cómo se manifestaría la solución. Probablemente sería tan sencillo como realizar unos gestos con las manos y contemplar a los androides de combate apagándose y cayendo al suelo. Era una pena que no estuvieran controlados por una sola fuente de potencia orbital, como el ejército que la Federación de Comercio envió a la batalla de Naboo, pero alguien había aprendido la lección después de aquello. Sin embargo, en algún lugar de las vastas y omnipotentes energías de la Fuerza, había una forma de detenerlos, y ella podía llegar hasta allí con la ayuda de la bota.

Y lo sabía. No había duda.

¿Cómo se sentiría teniendo tanto poder como para poder detener una guerra? ¿Cómo sería pasar en cuestión de momentos de ser una padawan a convertirse en la Jedi más poderosa de toda la galaxia, una Jedi capaz de emplear la Fuerza como nadie había pensado o experimentado antes? ¿Cómo sería poder dirigir una gran cantidad de energía, de potencia primaria, como un volcán activo canalizando roca fundida y lanzándola en erupciones de fuentes de lava? Nada podría interponerse a su paso. Nada en la galaxia podía resistirse a la Fuerza cuando era canalizada adecuadamente, moldeada, preparada y conducida a voluntad.

Se metió la mano en el bolsillo y agarró la ampolla.

Piensa en todas las vidas que podrías salvar.

Sí. Al fin y al cabo, a eso se dedicaba ella, ¿no? Ésa era su misión principal. Era curandera. Salvaba vidas. Pero aquella vez sería a una escala gigantesca.

Coge la bota y sálvalos a todos, o…

No cojas la bota y sé consciente de que multitud de seres morirán con toda seguridad, incluidos aquellos de los que se había hecho amiga.

Barriss sacó la ampolla del bolsillo. Para entonces, el ambiente ya era casi apocalíptico. Los morteros hacían explosión, el trueno y el rayo eran casi constantes, además de los láseres y los rayos de partículas, que comenzaban a golpear la misma cúpula. Un proyectil impactó justamente sobre su cabeza, y la cascada resultante de pulsaciones de alta energía sobre la cobertura exterior de la cúpula fue casi cegadora. Se suponía que el campo mantenía a raya los rayos gamma, las partículas alfa y demás radiaciones letales, pero ¿durante cuánto tiempo? Ya podía sentir en la piel el cosquilleo de la atmósfera ionizada, saborear el regusto a ozono.

La elección era sencilla, ¿verdad? ¿Por qué lo dudaba siquiera? Los beneficios superaban con mucho los riesgos. El fin justificaba de sobra los medios. Ella ya había estado en el corazón de la Fuerza, ¿qué tenía de malo regresar y cogerlo, utilizarlo para un propósito tan noble? Estaría bien, muy bien, era lo correcto…

Se subió la manga izquierda y cogió la ampolla con la mano derecha. Se la puso en la muñeca. Otro estallido de energía, no sabía si un láser o un rayo de partículas, hizo impacto y saltaron chispas. Barriss se colocó la ampolla sobre la piel y puso el pulgar en el gatillo…

Justo cuando estaba a punto de disparar, un recuerdo brotó en su interior, un recuerdo del parque Oa de Coruscant, de una lección que aprendió allí y que había aplicado en Drongar, al enfrentarse al letal luchador Phow Ji.

El recuerdo de una conversación que mantuvo con su Maestra sobre el Lado Oscuro:

Quizá llegue el momento en el que lo experimentes, Barriss. Espero que no, pero si esa ocurre, tendrás que reconocerlo y resistirte.

¿Te sentirás mal?

No, en absoluto. Te sentirás mejor que nunca en tu vida, mejor de lo que pensabas que podrías sentirte. Te sentirás llena de poder, plena, satisfecha. Y lo peor de todo, sentirás que está bien. Y ahí es donde se encuentra el verdadero peligro.

Barriss Offee estaba allí, bajo la violencia del cielo tormentoso, a tan sólo un apretón de dedo de unirse a la Fuerza de una forma más maravillosa que nada que antes hubiera sentido, o imaginado.

Y en ese instante, en ese segundo, ese eón, comprendió lo que su Maestra intentó decirle aquel día en el parque. Que rendirse al Lado Oscuro era el camino a la ruina, a una corrupción incluso peor que la muerte. Muerta no podría hacer daño a nadie. Pero viva, y con el Lado Oscuro como guía, se convertiría en un monstruo.

También recordó algo que ella misma le había dicho a Uli un par de semanas antes:

Los que abrazan el Lado Oscuro no se consideran malvados. Creen que están haciendo lo que tienen que hacer por las razones correctas. El Lado Oscuro controla su manera de pensar, y ellos acaban creyendo que el fin justifica los medios, por muy terribles que sean.

¿Había sido su experiencia propia del Lado Oscuro? No, pensó. Como le había dicho a Uli, la Fuerza no escogía bando. Pero asumir ese tipo de poder, por muy noble que fuera la intención, le llevaría casi seguro a la ruina, si no era hoy, sería mañana, o pasado. La tentación de usarlo sería cada vez más imperiosa, las razones cada vez estarían más justificadas. Sabía de todo corazón que aquello era cierto. Ese tipo de poder no podía ayudarla, sino convertirla en una adicta. Consumiría a cualquiera que no fuera absolutamente puro, omniconsciente y totalmente desprendido. Barriss sabía que no era mala persona, pero tampoco era perfecta, y un contacto periódico de tal magnitud con la Fuerza requeriría de la perfección para sobrevivir incorrupta.

¿Qué lógica tenía poseer los poderes de un dios sin disponer de la sabiduría de un dios?

—¿Barriss?

Estaba tan sumergida en sus pensamientos que no se había dado cuenta de que Uli trotaba hacia ella. Le miró sorprendida.

—¿Estás bien? —exclamó él.

Ella sonrió. Se quitó la ampolla del brazo con cuidado y la volvió a meter en el bolsillo.

—Sí —dijo ella—. La verdad es que sí.

Otro impacto de rayo, otro reguero cromático de ionización. Uli miró nervioso hacia arriba.

—Se supone que tenemos que ponernos todos a cubierto. Coge un dosímetro para asegurarte de que no te estás friendo con las radiaciones secundarias; al parecer la cúpula no resistirá mucho más. Y más te vale hacer las maletas, mete sólo lo esencial, un bulto por persona. Si la infantería de androides consigue colarse entre los soldados, tendremos que largarnos rápidamente. Ahora mismo parece que la lucha está equilibrada, pero quién sabe lo que podría pasar…

—Entiendo. Gracias, Uli.

Él asintió y se alejó en el resplandor creciente. Ella también se dio la vuelta, pero algo le detuvo. En ese momento, Barriss sintió que algo surgía en su interior, una certeza tan fuerte y real como su viaje al centro de la Fuerza: ya no era una padawan.

Y la certeza del porqué bullía en su interior inconfundible:

Te conviertes en un auténtico Caballero Jedi en el momento en que te das cuenta de que ya eres uno.

Allí, de pie, entre el caos y la cacofonía de la tormenta y el ataque separatista, Barriss Offee echó la cabeza hacia atrás y se rió a carcajadas.

40

—Jos, ¿qué pasa? —dijo Merit.

Contempló al humano que le bloqueaba la salida. La pistola láser que tenía en las manos estaba completamente inmóvil, como si su brazo estuviera hecho de madera.

—Tú mataste a Zan —dijo Jos sin inflexión en el tono.

El miedo surgió en las entrañas de Merit, como una flor de nitrógeno congelado. No dejó que se notara. De alguna forma, Jos había sospechado de él. No significaba que su identidad se hubiera descubierto; de ser así, probablemente habría tenido que enfrentarse al coronel Vaetes y a varios oficiales en lugar de al cirujano jefe del Uquemer. No era la primera vez que debía emplear la dialéctica para salir de una situación comprometida, y no sería la última, a menos que sus poderes de empatía y persuasión se desvanecieran por completo.

Habló con tono amable y expresión ligeramente atónita.

—No. Zan murió en el ataque separatista. El transporte sufrió el impacto de un proyectil perdido. Tú estabas allí, Jos. Y yo también, ¿recuerdas?

—Lo recuerdo —dijo Jos. Otro rayo de energía concentrada golpeó la cúpula, y la pirotecnia resultante le iluminó desde atrás. Casi parecía haber llegado desde otro plano superior, como un demonio sediento de venganza.

—Lo recuerdo —repitió—. Y también recuerdo que me ayudaste a aliviar el dolor, Klo. Recuerdo que tu comprensión, tu capacidad para hacer tan bien tu trabajo me ayudó a curarme, me ayudó a superarlo. Eso te lo debo, Klo. O te lo debería, pero como estuviste involucrado en el ataque separatista, creo que cualquier obligación que tuviera contigo, ha quedado anulada. ¿No?

¿Cómo va a saberlo? No puede saberlo. Lo sospecha, pero no lo sabe. He tenido mucho cuidado, no he dejado nada que…

Olvídate de eso ahora. Arregla el problema que tienes en este momento.

Él podía darle la vuelta a aquello. Después de todo, era un experto en manipulación y control emocional. Y, si tuviera tiempo, seguro que podría convencer a Jos de que se equivocaba, de que estaba en un error.

Pero se estaban quedando sin tiempo.

—Estás bajo mucha presión, Jos —dijo Merit—. No sé de dónde te has sacado esto, pero creo que deberíamos posponer cualquier discusión hasta que estemos sanos y salvos lejos de este planeta.

Jos se rió, pero las habilidades empáticas de Merit no percibieron humor ninguno. En lugar de eso, sintió su rabia controlada por una fría determinación, como un tapón de hielo obstruyendo un conducto volcánico.

—Perdona —dijo Jos—. Es que eso me ha hecho gracia… Que pienses que vas a alguna parte —el trueno retumbó, como haciendo eco a sus palabras.

En ese momento, Merit se dio cuenta de dos cosas. Una, quejos Van dar no actuaba en base a una sospecha. Lo sabía. Daba igual cómo lo había averiguado. Yeso le llevó a darse cuenta de la segunda cosa: si no mataba a Jos, Jos le mataría a él. Había jugado demasiadas partidas con él como para creer otra cosa.

Suspiró. La verdad es que Jos le caía bien, le admiraba. Le hubiera gustado abandonar Drongar sin tener que volver a matar, pero los deseos rara vez se hacían realidad.

Oculta en la manga derecha de su abrigo tenía una pequeña pistola láser.

—Hablando de presión —dijo Jos—, yo creo que tú también estás bajo mucha presión. ¿Cómo pudiste, Klo? ¿Qué te llevó a traicionar a tus amigos? ¿A tus clientes? ¿A matar a gente que conocías, gente con la que trabajabas, con la que comías, con la que jugabas a las cartas?

Dispara. Dispara y vete. Cada segundo que desperdicies con él te pondrá en mayor peligro.

—¿Has oído hablar alguna vez del sistema Nharl? —preguntó Merit.

—No.

—Eran cinco planetas alrededor de un sol. Uno de ellos era mi planeta, Equanus. ¿Sabes por qué no se ven muchos equanis por la galaxia, Jos? Porque quedamos muy pocos, cientos, miles como mucho, de una especie que en su momento superó los mil millones de seres. ¿Y sabes por qué quedamos tan pocos? Porque sólo sobrevivimos los que hace dos años, seis meses y tres días no estábamos en nuestro planeta.

Merit nunca había contado esa historia a nadie. Sabía que era una idiotez, incluso algo suicida, pero fue como si se le hubiera abierto una presa, psíquica. No sabía si podría detener las palabras, por mucho que deseara hacerlo.

—Hace dos años, seis meses y tres días, una llamarada solar brotó de nuestro sol situado a diez minutos luz. Una erupción enorme, insólita, mucho mayor que la que haya producido cualquier estrella en diez millones de años. Un estallido de tanta fuerza que Equanus se abrasó. La atmósfera y los océanos se evaporaron en cuestión de minutos; la tierra se convirtió en ceniza carbonizada. Nuestros científicos supieron que ocurriría, pero ya era demasiado tarde. Llegó antes de que nadie tuviera la menor esperanza de escapar. Supieron que iba a ocurrir, y supieron que no podían hacer nada. Las líneas de comunicación del planeta quedaron saturadas por todas las personas que llamaron para decirse adiós.

Podía percibir que Jos le escuchaba; pudo sentir que la rabia del humano se mitigaba ligeramente, y vio que le había aturdido el impacto de tantas muertes. Era lógico, se trataba de un médico. La verdad era que, en ese momento, a Merit le daba igual, como le daba igual caer bajo fuego amigo al minuto siguiente. Lo único que le importaba era contar su historia.

—Todos los equani, casi mil millones de seres… nuestro arte, nuestra civilización, nuestras esperanzas, sueños, todo, quedaron reducidos a cenizas en un momento, Jos. Se fueron. Murieron. Para siempre.

—Lo… siento —repuso Jos despacio—. ¿Pero qué tiene que ver eso con esto?

Hizo un gesto con la pistola, como para abarcar la situación en la que se encontraban, y Merit podría haber aprovechado el momento para matarlo, para reventarle el pecho con su arma de mano.

Pero no lo hizo.

—¿Que qué tiene que ver con esto? Es muy sencillo: esa explosión solar no fue un desastre natural, doctor. La República, la gloriosa, maravillosa y benigna República Galáctica y sus líderes militares estaban probando una nueva arma. Un revienta-planetas, un superartefacto para desarrollar una especie de estación de combate definitiva. La dispararon contra el sol, y fallaron. Los científicos y militares que crearon esa abominación tenían una base en nuestra luna. La explosión también los alcanzó a ellos. Es poco consuelo para mí y para los equani que no estaban en el planeta cuando éste fue asesinado.

—Yo… yo no sabía nada de esto.

—Claro que no. No es algo que la República esté ansiosa por dar a conocer a la galaxia. Lo taparon, pero yo me las arreglé para averiguarlo. La República acabó con mi especie, Jos. Ni juntando a todos los supervivientes habría suficiente como para repoblar otro planeta. Sí, puedes decirme que aquellos que pulsaron el botón también murieron, pero ¿qué pasa con los que les enviaron allí? ¿Qué pasa con los burócratas responsables de ello? Ellos siguen riendo, amando, comiendo y durmiendo… Siguen vivos. ¿Me preguntabas por qué? Pues por eso, Jos.

La mano con la que Jos sujetaba el arma descendió ligeramente, y, por un momento, Merit pensó que quizá, sólo quizá, su antiguo amigo y paciente daría marcha atrás. Pero entonces la expresión y la postura de Jos se reafirmaron.

—No puedo ni imaginarme cómo te sentiste —dijo él—, pero sé cómo me siento yo. Puede que la muerte de un solo ser no pueda compararse con la muerte de un planeta entero, pero la pérdida es la pérdida. El dolor es dolor. ¿Crees que los padres de Zan sienten menos dolor que tú?

—¡Han perdido a un hijo! ¡Yo perdí a mi planeta! ¡Cientos de millones de hijos, hijas, madres y padres, Jos! No puedes comparar. Fue un crimen desmedido.

Jos negó con la cabeza.

—Independientemente de las razones que tuvieras, del dolor… lo que hiciste estuvo mal.

—Es obvio que yo veo las cosas de otro modo —Merit abrió las manos.

Ahora tenía el brazo derecho apuntando directamente a Jos. Sólo debía flexionar la muñeca—. Bueno. ¿Qué vas a hacer, Jos? ¿Me vas a disparar? —De verdad que no quiero, Klo, ni siquiera tras lo que has hecho. Pero no puedo dejar que te vayas. Barriss ha ido a avisar a Vaetes. Pronto vendrán los de seguridad.

Merit negó con la cabeza.

—Pero yo no estaré aquí Jos.

—Sí que estarás.

Un momento antes, Merit habría jurado que Jos le dispararía. Pero ahora, tras escuchar su historia, el mentalista se dio cuenta de que algo había cambiado. La resolución del hombre ya no era tan firme.

—No vas a utilizar esa arma, Jos. Te conozco. Eres médico, un hombre compasivo. Salvas vidas, no las quitas. Te he visto en ocasiones aguantar durante un día entero, completamente exhausto, apenas capaz de mantenerte en pie, sólo por salvarle la vida a un clan. No puedes hacer esto. Va en contra de todo lo que eres.

Jos no era hombre de armas. Merit sabía que podía matarle en un abrir y cerrar de ojos. Pero no lo necesitaba. Jos no iba a disparar.

Merit empezó a retroceder hacia la puerta.

—¡No lo hagas, Klo!

~

Jos apuntó a Klo con la pistola láser.

—¡No lo hagas, Klo!

El gran equani siguió retrocediendo.

Jos recordó la visión de Zan muerto en el suelo de aquella nave. Él mismo había sufrido lesiones entonces, y las contusiones apenas le permitieron moverse. Le había costado sudor y lágrimas arrastrarse por el suelo para llegar hasta su amigo.

Matar a Merit no le devolvería a Zan. La venganza no le devolvería a nadie. Y Klo tenía razón: Jos salvaba vidas, no las quitaba.

Pero si Klo se iba, continuaría trabajando para los separatistas, continuaría haciendo daño a la República. ¿Cuántos morirían debido a aquel odio, a esa necesidad de venganza? Fueran uno o mil, si le permitía escapar, la responsabilidad de esas muertes recaería también sobre sus hombros. Porque él podría haber detenido a Klo Merit. Allí. Ahora.

—¡Klo!

Merit dio otro paso atrás. El sensor de proximidad de la puerta trasera registró su presencia y se abrió.

Jos respiró hondo, apuntó… y disparó.

Hubo una explosión, un estruendo de trueno, una luz cegadora. El dolor le atravesó. Gritó, se sintió caer…

41

La cúpula de fuerza explotó.

Irónicamente, fue un rayo de la tormenta, y no de partículas, lo que acabó por sobrecargar la barrera. Por un lado, fue una suerte, como reflexionó Den, aunque el rayo fue lo bastante potente como para ponerle a todo el mundo los pelos, los tentáculos o lo que fuera, de punta, ya que ese rayo no llegó acompañado de lo realmente horrible, que eran los rayos gamma. Pero los agradecimientos tendrían que quedar para más tarde. En ese momento, Den estaba demasiado ocupado ocultándose bajo una mesa en la cantina como para pensar en otra cosa que no fuera escapar. Las naves llevaban una hora trasladando pacientes, y sabía que los siguientes en subir a bordo serían los civiles como él. Después le tocaría a los oficiales y, por último, y siempre que quedara alguien para entonces, los soldados clan.

Ese orden le parecía estupendo. En lo que a él se refería, tenía intención de ser el primero en la cola de los civiles.

I-Cinco estaba a su lado, agazapado bajo la mesa. Los fotorreceptores del androide estaban oscuros; había optado por apagarse cuando el juego entre las fuerzas elementales llegó a su apogeo. Aunque su cubierta solía bastar para soportar las ondas electromagnéticas, ¿por qué arriesgarse? Acababa de recuperar su memoria y no quería volver a perderla.

Den encendió el interruptor de la nuca de I-Cinco.

—Nos vamos —le dijo.

—Tú quizá. La salida de los androides está programada para después de las tropas, si mal no recuerdo.

Den cogió a I-Cinco de la mano y tiró de él hacia la puerta. La cantina estaba desierta. El personal y los camareros ya estaban en los hangares de lanzamiento, esperando a embarcar. Vio varias cajas de vinos de cosecha y alcohol que le hubiera encantado llevarse consigo, pero dudaba que reunieran los requisitos necesarios.

—No eres un androide —dijo Den mientras ambos salían del edificio hacia la tarde llena de humo.

—¿Ah, no?

—No. Eres un enviado diplomático en misión para los Jedi. Eso te lleva directamente al principio de la cola —un impacto de mortero a menos de un klick les llenó de barro—. Suponiendo que lleguemos a la cola —añadió.

—¿No pasamos ya por esto hace unos meses?

—Sí, pero la última vez sólo perseguían hacer retroceder las líneas enemigas para hacerse con más bota. Esta vez quieren eliminarnos. Ya no les queda nada que perder.

Otra explosión, esta vez demasiado cerca. Apenas se hacían intentos de levantar el campamento, según pudo ver Den. Los androides trabajadores se concentraban en salvar las provisiones y lo poco que quedara de bota útil.

Den tropezó y estuvo a punto de caer en un cráter. I-Cinco tiró de él y le puso en pie de nuevo.

—La pista está ahí delante —dijo el androide—. A poco más de quince metros.

Den intentó responder, pero de repente todo se llenó de un humo ácido, llenándole los agujeros de la nariz. Tosió, luchando por respirar aire limpio, pero no lo consiguió.

De repente sintió que le alzaban por los aires. I-Cinco le estaba llevando en brazos, avanzando a largas zancadas hacia el hangar de despegue. Den intentó respirar, pero siguió sin conseguirlo.

Me está llevando con mucha más facilidad que la que yo tuve para llevar la quetarra de Zan, pensó. Y fue el último pensamiento coherente que tuvo en un tiempo.

42

—Mira… ya vuelve en sí —dijo la voz de Barriss. Sonaba hueca, como procedente de un pozo.

Jos intentó abrir los ojos, pero la luz blanca le cegó.

—Zan —intentó decir—. No lo hagas. No te mueras…

Pero ya era demasiado tarde. Y sabía que si abría los ojos vería el cuerpo sin vida de Zan tumbado sobre la cubierta. Y no quería verlo, no quería verlo otra vez…

—Jos —sintió unas manos cálidas—. Jos, soy Barriss. Todo va bien.

Vuelve con nosotros.

Jos abrió los ojos. La luz no fue tan intensa en ese momento. Parpadeó Y se centró en Tolk, que lloraba sonriendo mientras le miraba.

—¿Dónde estamos?

—En el hangar de heridos uno de la MedStar —dijo ella.

Jos se apoyó sobre un codo.

—¡Auch! —le dolía la cabeza. Se tocó la venda de sintocarne de la cabeza. Uli le quitó la mano.

—Cuidado, campeón. Tienes suerte de seguir vivo. Se te cayó el techo encima. Tienes una contusión.

—Merit —susurró Jos—. ¿Qué pasó? ¿Está…?

—Está muerto, Jos —dijo Barriss con suavidad.

Jos vio al coronel Vaetes y al almirante Keros de pie junto a Tolk y Barriss.

—Merit intentaba escapar. Yo le disparé —dijo Jos.

—Hiciste lo correcto, Jos —repuso Vaetes.

—Sí —añadió el tío Erel—. Impediste la huida de un peligroso agente enemigo, arriesgando tu propia vida.

—Cuando Uli, los de seguridad y yo llegamos allí te encontramos a ti inconsciente y a Merit muerto. Llevaba un arma escondida en la manga, pero no tuvo oportunidad de usarla. Uli te metió en el transporte —alzó la mano derecha para saludarlo en silencio—. Bien hecho, capitán —bajó la mano y añadió—: Estoy orgulloso de ti, sobrino.

—No estoy seguro… —dijo Jos.

—¿De qué?

—De si lo hice porque sabía que iba a causar más muertes y dolor o por… —se quedó en el aire.

—¿Por Zan? —dijo Tolk.

Jos asintió.

—Da igual. Había que detenerlo. Tú lo conseguiste. De lo demás ya nos ocuparemos luego. Tenemos tiempo de sobra.

Era cierto, lo había hecho. Había matado a otro ser vivo. Daba igual el porqué, daba igual si había una razón buena y adecuada para ello. Él, un médico, había destruido una

vida. Jos sabía que le quedaban unas cuantas noches de insomnio por delante como resultado.

Pero, como dijo Tolk, ¿qué otra cosa podría haber hecho? Jos empezó a agitar la cabeza confuso, y gruñó.

—Cuidado —dijo Uli—. Tienes que dejar que el pegamento se seque.

—¿Y el Uquemer? ¿Qué ha pasado?

—Mira —la voz de Den se oyó cercana. El periodista e I-Cinco acababan de entrar, y Den señaló un ventanal. Tolk y Barriss ayudaron con cuidado a Jos a levantarse.

El cuadrante inferior del continente sur parecía estar completamente en llamas: las espesas nubes de humo se repartían por la atmósfera superior, vagando sobre el mar de Kondrus.

—Adiós a la bota —murmuró Den.

—Los separatistas también han emprendido la huida —dijo Vaetes—. Hemos conseguido salvar la mayor parte de las tropas.

—¿Cómo? —preguntó Vli—. Daba la impresión de que iban a aplastarnos.

—Así —dijo Vaetes, señalando a otro ventanal. Uli se acercó y miró hacia afuera.

—¡Vaya!

Barriss vio por el lado de babor una nave enorme en forma de cuña, cargada de armamento, avanzando lentamente hacia ellos.

—Es un destructor estelar de la República —dijo ella—. Clase Venator.

—El Resolución. Lo han enviado para barrer esto y escoltamos de vuelta a los sistemas del Núcleo —dijo el almirante—. La batalla de Drongar ha terminado. Allí ya no queda nada por lo que luchar. Hemos salido con dos toneladas métricas de bota que los androides están sellando en carbonita lo más rápido que pueden. Todavía no tenemos información sobre cuánto se han llevado los separatistas.

—Dada la intensidad de su bombardeo de saturación, me sorprendería que hubieran conseguido mucho —musitó Vaetes.

—Tengo que tumbarme —dijo Jos—. Estoy un poco cansado.

Barriss y Tolk le volvieron a llevar a la cama. Se sintió genial. Cerró los ojos, y las distintas conversaciones de su alrededor se fundieron en un zumbido lejano, como los sonidos de los picotones y los chinches ígneos de las calurosas noches de Drongar…

~

Barriss escuchó a medias las conversaciones a su alrededor mientras reflexionaba sobre cómo había salido todo al final. Dos toneladas métricas de bota en buenas condiciones le parecían una recompensa pequeña para todo lo que se había invertido en dolor y muerte. Se dio cuenta de que Den la miraba con una sonrisilla, y le devolvió el gesto.

I-Cinco se acercó a la Jedi.

—Supongo que mi misión a Coruscant ya no tiene la misma prioridad que antes —dijo— porque tú también vas para allá.

—Así es. Pero guarda el frasco de extracto. Todavía quedan muchos pársecs de aquí al Núcleo y podría pasar cualquier cosa.

I-Cinco vaciló.

—Como te podrás imaginar, no soy partidario de decir este tipo de cosas, pero algo me lo pide…

—¿Intuición? —le interrumpió ella, con una sonrisa.

—Quizás. En cualquier caso… que la Fuerza te acompañe, Jedi Offee, Ella asintió en un gesto de aprobación y le puso una mano en el hombro.

—Que tengas suerte en tu búsqueda, I-Cinco, y que la Fuerza te acompañe también.

Él se alejó, mientras ella se volvía para mirar por la escotilla. Vio que estaban saliendo de la órbita. Drongar estaba cada vez más lejos, mientras la fragata MedStar, acompañada por el Resolución, se adentraba en el espacio interplanetario.

Su misión había terminado. Si todo iba bien, en un par de días estándar volvería a estar ante la Maestra Unduli en el Templo Jedi, pero no como padawan, sino como una Jedi de pleno derecho. Se preguntó qué nuevas misiones, qué nuevas aventuras la esperaban después de eso.

Fuera lo que fuese, Barriss Offee sabía que se enfrentaría a ellas segura de contar con el abrazo protector de la Fuerza.

~

—Bueno —dijo Den a I-Cinco—. Parece que, después de todo, tu viaje a Coruscant no te va a costar tanto.

—Sólo la destrucción de medio planeta. A mí sí que me parece un poco caro —respondió el androide—. ¿Y tú, Den Dhur? ¿Adónde te diriges?

Den agitó las aletas, pensativo.

—Lo cierto es que debería ir a Sullust. Hay una hembra muy atractiva y todo un clan esperándome allí, ya sabes. Tienen una gran opinión de mí en mi planeta.

—Ya me lo has dicho. Varias veces.

Den suspiró. Una vida de adoración patriarcal y valoración. Había sido fácil echar de menos su planeta mientras sudaba la vida en Drongar, pero ahora recordaba la razón principal por la que se marchó de casa: Sullust era aburrido.

—Pero la verdad es que Eyar todavía tardará un tiempo en llegar allí. No tengo prisa.

—Se puede ganar dinero en el Subsuelo Sur de Coruscant, si, por ejemplo, se necesita para, digamos, una dote —dijo I-Cinco—. Y a mí no me importaría un socio que no atrajera la preocupación de las autoridades sobre mi propietario. Por muy irritante que me parezca el subterfugio, lo cierto es que es necesario.

Den asintió. Siempre había marcas fáciles de encontrar en las mesas de sabacc de sitios como el club Outlander. No hacía mal a nadie ganando unos créditos mientras se pensaba un poco más la oferta de Eyar…

Miró hacia arriba, al androide.

—I-Cinco —dijo—. Creo que esto podría ser el principio de una amistad muy lucrativa.

Epílogo

Más tarde, cuando todos se marcharon, Jos Vondar y Tolk la Trene se abrazaron y observaron el firmamento a través del visor.

—¿Seguro que esto es lo que quieres? —preguntó ella.

Él asintió.

—Estoy seguro. ¿Y tú? Ella sonrió.

—Yo iré adonde tu vayas. Pero prométeme que no tendré que ser ni la cocinera ni la asistenta.

—No nos quedaremos si las cosas se ponen difíciles —dijo Jos—. No permitiré que vivas como una paria. Pero se lo debo a mi familia, y te lo debo a ti. Al menos hay que intentarlo.

Se oyó una voz desde atrás.

—Habrá al menos un miembro de la familia que estará de vuestro lado —sorprendido, Jos se giró para ver al tío abuelo Erel sonriendo desde la puerta.

—He pedido que me re asignen a la Base de Borellos en Corellia —dijo él—. Si vas a volver para enfrentarte a ese prejuicio, Jos, yo no puedo ser menos.

Jos le miró, incrédulo.

—¿En serio?

—Totalmente. Me he pasado casi toda la vida solo. Ahora que tengo algo de familia, no pienso renunciar a ella.

Tolk le abrazó.

—Entonces, bienvenido a casa, tío Erel.

Y, mirando a los dos, a su prometida ya su tío, Jos se dio cuenta de que toda la lucha llevada a cabo en Drongar por la droga milagrosa del momento había sido inútil. Porque la verdadera panacea de los problemas que azotaban a la humanidad o a cualquier otra especie viva de seres orgánicos, cibernéticos, clones o lo que fuera, ya llevaba milenios descubierta, desde que los seres miraban con recelo a las estrellas. Se podía llamar Fuerza, amor o de cualquier otra forma, pero Jos sabía que no podía encontrarse en los pantanos de algún planeta lejano, sino en las profundidades inexploradas del corazón.

Su intercomunicador resonó, y una voz les advirtió que se prepararan para saltar al hiperespacio. Jos cogió a Tolk de la mano mientras el hipermotor se activaba, y salieron del Borde, hacia el luminoso centro de la galaxia.

FIN